
HOJA DE LATA
YULIÁN SEMIÓNOV
Diamantes para la dictadura del proletariado
Traducción de Marta Sánchez-Nieves

DIAMANTES PARA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO


colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

YULIÁN SEMIÓNOV

DIAMANTES PARA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

TRADUCCIÓN DE MARTA SÁNCHEZ-NIEVES



Sensibles a las Letras, 72

Título original: Бриллианты для диктатуры пролетариата
Primera edición en Hoja de Lata: septiembre del 2018

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212, Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.
Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayíu
Corrección de pruebas: Textosfera S. L.

ISBN: 978-84-18918-32-2
Producción del ePub: booqlab



Published with the support of
the Institute for Literary Translation (Russia)

Traductores.

ÍNDICE

DECRETO DEL SÓVIET DE LOS COMISARIOS DEL PUEBLO

Sobre la institución del Depósito Estatal de Alhajas de la República, el Consejo de Comisarios del Pueblo

HA DISPUESTO:

De cara a concentrar, conservar y controlar todas las alhajas pertenecientes a la RSFSR consistentes en oro, platino y plata en lingotes, así como los artículos hechos de estos, de diamantes, de piedras preciosas multicolor y de perlas, anejo a la Dirección Central Presupuestaria se ha constituido en Moscú el Depósito Estatal de Alhajas de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (DEA de la RSFSR)…

V. I. Lenin
Presidente del Sóviet de Comisarios del Pueblo

V. D. Bonch-Bruiévich
Administrador del Sóviet de Comisarios del Pueblo

S. Brichkin
Secretario

MOSCÚ, 21 DE ABRIL

—¿Y quién es ese de ahí, el del rincón? — preg untó el francés.

Misha Yeroshin, que llevaba días enteros con Blenner, un periodista de París, respondió con el ceño fruncido:

—Un pintor… No me acuerdo de su apellido. Se ha vendido a los bolcheviques.

—¿Tiene talento?

—Es una nulidad.

—¿Y el que está a su lado?

—Otro pintor. Trabaja con Lunacharksi, un lameculos de los comisarios.

—¿Aquí solo se reúnen artistas del pincel?

—Para nada. Ahí tiene a Kliúiev. Y a Marienhof al lado. Unos gusanos. Unos cobardes que callan mientras los comisarios los mantienen.

El francés esbozó una ligera sonrisa:

—Empiezo a tener la impresión de que esto de meterse unos con otros es una costumbre moscovita. ¿Ha sido siempre así o empezó después de la revolución?

A Misha no le dio tiempo a responder: Staritski, el crítico teatral, se había acercado a su mesa.

—¿Está libre? —preguntó.

—Por favor —respondió Blenner—, no esperamos a nadie más.

En un pequeño semisótano de la calle Kropótkinskaia se había abierto poco tiempo atrás un comedor en el que se servía té y café —previa muestra del carnet emitido por el Comité Central de Mejora de la Vida de los Científicos— a la inteligencia científica y creadora de la capital. Por eso aquí se amontonaba gente que se conocía, si no personalmente, al menos sí de oídas.

—¿Quién es? —preguntó sin ceremonia alguna Staritski, mirando fijamente al francés—. ¿A quién te has traído, Misha?

Yeroshin, que era de los que sentían el tradicional respeto por los extranjeros, empezó a agitarse en la silla, pero el francés esbozó una sonrisa bondadosa y le tendió a Staritski su tarjeta de visita.

El crítico se metió la tarjeta en el bolsillo y preguntó: —¿Del Komintern?

—Más bien de la Entente.

—Entonces tenga cuidado con Misha, es agente secreto de la Checa.

—Pero mira que eres animal. —Misha hizo un intento por sonreír—. Tú y tus tonterías de siempre…

—¿Dónde está aquí la tontería? Yo evito a todo burgués, incluso al propio, al de casa, así que de acercarme al ajeno… ¡Dios me libre, me proteja y me ampare! Nada, nada, cuando todo este galimatías acabe, te ajusticiaremos, Misha. Por razones sanitarias e higiénicas.

—¿Usted es de los que creen que el «galimatías» se va a acabar? —preguntó Blenner.

—El mundo vive según las leyes de la lógica y no puede soportar la locura por mucho tiempo. Y aquí no se trata de individuos, sino de cierto sistema supramundial que nos gobierna según sus propias leyes, unas desconocidas.

—Cualquier alteración de este mundo viene determinada por los individuos —señaló el francés—. Cifrar las esperanzas en un esquema supramundial establecido es, a su manera, una deserción civil.

—¿Entonces, qué?, ¿me está diciendo que empuñe un Nagant?

—Para nada… Solo intento hacerme una imagen clara de lo que ocurre…

—Imágenes claras en Rusia no ha habido ni habrá: aquí cada uno es un Clemenceau a su manera. Además, solamente los corredores, los exploradores, quieren tener imágenes claras. ¿Es usted corredor?

—Todo periodista es, en cierta medida, corredor.

—Así que le interesa la claridad… —resopló Staritski y declamó—: «No hay muerte más honrosa que la muerte en beneficio de la patria, y esta no puede asustar al auténtico ciudadano, al honrado». Alexander Uliánov. El hermano de Lenin. Justo esto es lo que tendremos muy pronto en la infeliz y atormentada Rusia, donde se han alzado… hermano contra hermano.

—Prefiere usted citar a Uliánov… El espíritu de sacrificio de los enviados a la muerte no le resulta muy atrayente… ¿solo a nivel personal?

—¿Y con qué derecho me habla usted así?

—¿Cómo? —El francés no comprendió—. Es una pregunta. No comprendo que pueda ofenderle una pregunta cuando tiene la posibilidad de responder.

A Blenner lo empezaban a crispar sus interlocutores. Montaban unos planes fantásticos, hacían alusiones misteriosas a saber de qué y presagiaban unos cambios inminentes; al mismo tiempo, ni uno de ellos decía una sola palabra buena sobre aquel a quien un minuto antes había saludado amigablemente, en ocasiones hasta con un beso. Al principio a Blenner lo trastornaban estas conversaciones y ya se había construido una concepción clara de sus futuros artículos: «Rusia al borde del estallido». Pero tras su encuentro con Litvínov,[1] quien, siendo todavía embajador en Estonia, había sido confirmado como subcomisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, el francés se vio obligado a des hacerse de esa concepción.

—¿Pregunta usted por la denominada oposición creadora? —le había inquirido Litvínov—. Claro que hay oposición, sería ridículo que no la hubiera. Chéjov sostenía: «Aquel que habla más que escribe se desgasta sin haber escrito nada de provecho». Con nosotros están Gorki, Blok, Serafimóvich, Briúsov; unos vástagos magníficos: Maiakovski, Pasternak, Aséiev; detrás de nosotros marchan Timiriázev, Shokalski, Óbruchev, Graftio, Gubkin; con nosotros están Koniónkov, Konchalovski, Petrov-Vodkin, Nésterov, Kandinski, Kustódiev… A veces las cosas se les ponen un poco difíciles, como en todas partes, también nosotros tenemos nuestros idiotas particulares y nadies envidiosos en los organismos que se dedican a la ilustración cultural. Pero en ningún otro país el arte consigue un auditorio enorme e interesado como el que ha aparecido en Rusia después de la revolución…

Rebuscó en su mesa y le lanzó un periódico al francés:

—Es de los suyos. Paul Nadau, ¿lo conoce? De París, también periodista. —Litvínov sonrió de nuevo—. Ahí tiene, lea lo que escribe de nuestra oposición, que no parlotea alrededor de una taza de té, sino que es seria, habla de los eseristas y de los cadetes. Estuvo con ellos en la cárcel de Butyrka.

Blenner cogió el periódico y enseguida vio unos párrafos subrayados: «Toda la celda debatía con gran solemnidad problemas de orden interno, como, por ejemplo, la designación del cuartelero. La manía infantil por el parlamentarismo que había caído sobre toda Rusia se ponía de manifiesto en los interminables discursos vacíos de nuestra celda. Bajo la dirección del presidente las enmiendas se sustituían por contraenmiendas; estas, a su vez, por propuestas, y a estas las sustituían las contrapropuestas. Los participantes de este siniestro torneo carcelario empleaban unos métodos que no estarían de más en el palacio de Westminster. Los presos escuchaban pacientes esos debates oratorios que no llegaban a nada… Tres días después de fuera llegaron unas cestas con productos para los miembros del Partido Socialista Revolucionario. Sin cortarse, estos se pusieron a llenarse los carrillos. Los demás presos se daban la vuelta en silencio para no sufrir mucho. Pero el delegado no lo resistió, se puso en pie y dijo: “Propongo debatir en asamblea la cuestión de la socialización de todos los víveres”. Se hizo el silencio. Solo se oían los chasquidos de las mandíbulas de los camaradas eseristas, que empezaron a masticar más deprisa. Finalmente, uno de ellos pronunció con voz dulzona: “Esta idea nos resulta atractiva, colegas, por supuesto, puesto que deriva directamente de los principios de nuestro partido. Pero ¡reflexionemos! ¿Estamos dispuestos a atentar contra la libertad de conciencia? Aquí hay muchos que no comparten nuestras ideas —añadió el orador señalando a un coronel mayor y hambriento, a un terrateniente con el estómago vacío y a un famoso abogado moscovita encolerizado por el hambre—. ¿Obligaremos a

estos señores a convertirse en socialistas a pesar de su voluntad? ¡Claro que no, camaradas! Afirmo que la consiguiente deliberación de esta cuestión debe ser aplazada". Y el orador se apresuró a recuperar enérgicamente el tiempo perdido en la destrucción intensiva de alimentos».

—¿Qué le parece? —preguntó Litvínov—. Si lo hubiera escrito un bolchevique…, pero es que resulta que su colega, que es burgués…, no nos soporta. Aun así, también dijo cuando lo liberaron: «Se está mejor con ustedes, al menos ustedes son concretos, pero esos… Como medusas antes de una tormenta: inmensos e inestables».

… Y ahora, al encontrarse con varios rusos en aquel pequeño semisótano, Blenner no logró obligarse a hablar con ellos sin ideas preconcebidas: ante sus ojos estaba el artículo de Nadau. Lo conocía, era un hombre formal al que era más fácil matar que obligarlo a decir una mentira.

Cuando Staritski se apartó de ellos, Blenner preguntó:

—¿Tiene algo publicado?

—¡Es incapaz de escribir dos líneas! Un charlatán. Y si hay alguien aquí que sea agente de la Checa, ese es él, se lo aseguro.

El escritor Nikándrov —alto, venoso, destacable— entró en el pequeño semisótano cuando ya había oscurecido.

—¿Quién es? —preguntó el francés al momento.

—Leonid Nikándrov, literato.

—¿También sin talento?

—A ver cómo se lo explico… Ensayos, novelas cortas sobre historia antigua, investigaciones sobre Pedro el Grande… No es combativo, no es para nada combativo.

El francés se presentó él solito a Nikándrov, le pidió que le dejara hacerle una breve entrevista.

—Tome asiento.

Malhumorado, Nikándrov accedió.

—Pero que su compañero se vaya a esperar a otra mesa.

—Conoce la ciudad, es lo único por lo que utilizo sus servicios —respondió Blenner y, girándose apenas, dijo en voz alta—: Misha, hoy no lo retengo más, gracias.

Misha, obsequioso, se despidió del francés y fue a sentarse a otra mesa: una donde armaban ruido los poetas.

—Tengo varias preguntas que hacerle, ciudadano Nikándrov. Me gustaría saber quién tiene, en la Rusia actual y en su opinión, más talento en la literatura, en la pintura, en el teatro.

—En la literatura, yo —sonrió Nikándrov. Y esa sonrisa hizo de su cara venosa y tensa algo completamente diferente: sincera, de una bondad torpe—,

si quiere la verdad. Aunque en principio debería responder que Bunin, Gorki y Blok.

—Bunin está en París y a mí me interesa Rusia.

—Ya puede estar Bunin en África, que solo pertenece a Rusia.

—¿Cree usted que Bunin quiere pertenecer a esta Rusia?

—¿Y está usted convencido de que esta Rusia seguirá siendo siempre así?

—No estoy preparado para dar una respuesta, aunque solo sea porque no he leído las obras de Bunin y lo conozco solo de oídas.

—Verá, a usted le interesan los literatos rusos como figuras dentro de un sistema político, ¿no? Entonces nuestra conversación no va a funcionar.

—Mentiría si le dijera que no me interesa el sistema político. Pero tengo vivo interés en las bellas letras.

—Pues a mí no me interesan las bellas letras. Yo pertenezco a la literatura.

—¿Dónde puedo comprar sus libros?

—No me publican mucho por aquí…

—Estoy dispuesto a ayudarlo para que lo publiquen en París.

Nikándrov miró atentamente al francés y respondió:

—Pues se lo agradezco, si es que está hablando en serio.

—Estoy hablando en serio… Antes de que pasemos a sus creaciones, me gustaría preguntarle por aquellos a los que usted valora en el mundo de la pintura.

—Tenemos mucha gente con talento. Lentúlov, Martirós Sarián, Konchalovski, Maliavin… Es imposible nombrarlos a todos… Konstantín Korovin, ¡Nésterov!

—Gracias a Dios. —El francés esbozó una amplia sonrisa—. Es usted el primer ruso que me dice que hay talento en Moscú.

—¿A quién ha conocido usted? No tiene sentido hablar con esa panda. —Nikándrov señaló con la cabeza a los visitantes del comedor—. Auténticas alimañas. Peores que los comisarios, al menos estos saben lo que hacen, mientras que esos de ahí se limitan a gruñir desde la puerta. Levántales la voz, que se esconderán con el rabo entre las piernas. Eso sí, bien que dicen: «Aquí no hay nadie de talento»…

—¿Es difícil la vida para los que lo tienen?

—¿Y dónde es fácil? Es complicado tener talento, claro, dado que este siempre busca su propia verdad, y la verdad… está siempre en su interior, en su visión del mundo.

—¿Usted no está de acuerdo con Marx cuando dice: «El hombre no es libre de la sociedad»?

—No. El hombre nace libre: nadie lo ha despojado de su derecho a disponer de su vida según su propio parecer.

—Se han establecido ciertas limitaciones al respecto: a los infelices suicidas

no se los entierra en los cementerios, sino fuera.

—Después de mí, el diluvio.

—Yo pensaba que un literato pensaba ante todo en sus conciudadanos.

—Dejemos que el literato piense en sí mismo. Pero que sea honrado hasta el fin. Esto sí que es una buena enseñanza para sus conciudadanos, ya verá.

—Con ese talante, ¿le cuesta vivir aquí?

—Me cuesta vivir aquí. Pero no por talante.

—¿Tiene intención de abandonar Rusia?

—Sí, estoy haciendo gestiones para conseguir el pasaporte.

—Si me da sus manuscritos, puede que para cuando usted llegue ya esté listo el libro…

Nikándrov se puso de pie:

—Vámonos de este burdel…

En la calle soplaba un viento gélido.

—En ninguna capital del mundo existe un cadalso tan cómodo y bonito como el de Moscú. ¿Sabe qué es el Lugar Frontal? Es donde cortaban cabezas. Fíjese, se han escrito tomos y tomos sobre la crueldad en la historia del Gobierno ruso, pero en tiempos de Iván el Terrible y de Pedro el Grande se ejecutó a menos gente que hugonotes despacharon ustedes en París en una sola noche —continuó Nikándrov—. Asustamos con nuestra crueldad, pero, en re alidad, somos buenos. Ustedes, los europeos ilustrados, no abren la boca sobre la crueldad, pero sí que han sido crueles: así es como llegaron a la democracia. Mientras que solo en Rusia es posible que Zasúlich disparara a un general de la policía y que se la justificara en un juicio soberano… Somos… ¡euroasiáticos! Primero los tártaros se cobraron tributos y violaron a nuestras madres, de ahí que tengamos tantos apellidos tártaros: Baskákov, Yamschikov, Yasákov; y de ahí también nuestro repiqueteo blasfemo que tanto gusta a Occidente, pues, cuando están furiosos, no van más allá de mencionar el trasero. Después, a este gran pueblo que anduvo de los varegos a los griegos lo empezaron a gobernar zarinas alemanas. Ni un solo pueblo del mundo ha sido tan dulce ni ha estado tan entretenido apreciando su historia como el mío; mire, Borodín escribe la ópera El príncipe Ígor, donde al invasor Konchak se le representa como un hombre lleno de nobleza, bondad y fuerza. Y esto no disminuye la belleza espiritual de Ígor, ¡sino todo lo contrario! O tome a Pushkin… Escribió unos epigramas contra el soberano, estuvo bajo el incesante control de los gendarmes, confraternizó con los decembristas, pero fue el primero en glorificar la represión del levantamiento revolucionario polaco… ¿Por qué? Porque cada uno de nosotros es una esfinge y adivinar cómo va a continuar cada caso es completamente imposible y peligroso.

—¿Por qué peligroso?

—Porque cada adivinación supone crear una concepción opuesta. Pero ¿y

si no coincide? ¿La concepción ya se ha formulado? ¿Rusia ha hecho la finta de turno? Entonces, ¿qué? Al momento ustedes agarrarían sus zepelines, esos Bertas tan grandes que tienen y los gases serán tres veces peores…

—Comprendo su odio por su pueblo, suele pasar, pero ¿qué pintamos aquí nosotros? ¿Por qué nos maldice también a nosotros?

—Bueno, ya ve cuánto nos cuesta hablar… Yo quiero a mi pueblo y estoy dispuesto a entregar la vida por él. Y a ustedes no los maldigo; nuestra lengua es así: fraseológica, emocional, como quiera usted llamarla, pero no es más que lengua. El intelectual ruso valora París más que un francés, y conoce a Rabelais y a Balzac mucho mejor que sus intelectuales, se lo digo sin ánimo de ofender.

—Es difícil comprenderlos, en efecto. Aunque, por otra parte, a Dostoievski sí lo comprendemos. No se enfade: ¿es posible que el nivel de comprensión de un literato crezca de acuerdo a su talento?

—Entonces ¿cómo es que no entiende ni jota de Pushkin? ¿De Lérmontov o de Leskov? Me parece que Europa es egoístamente selectiva en cuanto a su aprecio del talento ruso: lo que encaja en sus medidas normales y corrientes os maravilla: «¡Ved qué cosas hacen los rusos!». De cuando en cuando me da hasta miedo pensar: «Si Gógol no hubiera nacido en Rusia, el mundo ni lo conocería». Pero resulta que Pushkin no encaja en sus medidas. No has hecho más que enmarcarlo como revolucionario y va y se comporta como un cortesano; apenas has dominado su amor sublime por Natalia y, por favor, qué tenemos aquí: una línea guasona en su diario sobre cómo se encargó de Anna Kern…

—¿Y no le parece a usted que los bolcheviques se han alzado no tanto contra el régimen social, como contra el nacional?

—¿Quiere llegar a que entre los comisarios hay mucha judería?

—Creo que los comisarios están encabezados por un ruso, por Lenin…

—Pardon, usted mismo es…

—Francés, soy francés… Mi nariz es aguileña no a causa de la diseminación de la sangre judía, soy gascón… Allí sentimos inclinación por los viajes y la política. Nos gustan las mujeres, claro, pero aún más la política.

—Si es usted político, dígame entonces: ¿cuándo van a ayudar sus líderes a Rusia?

—¿Se refiere usted a los emigrantes blancos y a la oposición interna? No van a ayudarlos, solo van a prestar ayuda a una fuerza efectiva.

—Eso quiere decir que no hay esperanzas, ¿no?

—¿Por qué…? Las medidas categóricas son ajenas a la política; no estamos hablando del amor, donde sí es posible una explosión total.

—En tal caso, la política se me presenta como el matrimonio de dos enemigos jurados.

—Está cerca de la verdad… Y no se trata de nuestra capitulación ante los

bolcheviques, simplemente el mundo es pequeño y Rusia es tan grande que sin ella no es posible la actividad vital normal del planeta.

—¿Simpatiza con el bolchevismo?

—Los bolcheviques privaron a mi familia de sus medios de existencia al anular la deuda de la administración zarista. Mi hermano, padre de tres hijos, se pegó un tiro, había depositado todos sus ahorros en préstamos rusos… Pero yo no odio a los bolcheviques, odio a los ciegos en política.

—Espere, querido francés, nosotros le devolveremos su deuda. El pueblo se despertará y todo volverá a su sitio.

—¿Y qué hacer con un pueblo que está en completo silencio?

—El pueblo está en completo silencio hasta que destaque un guía, un jefe que tenga bandera.

—¿Y bajo qué bandera puede alzarse el pueblo? ¿Bajo la bandera de aquel que proclama: «Devolveremos a la burguesía francesa sus millones»?

Nikándrov se paró de repente y articuló en voz baja:

—¡Que el demonio me lleve, ya está bien!… Siempre he sabido qué es lo que no quiero y qué deseo. Escapar cuanto antes de aquí… Aunque sea al medio de la nada, ¡donde sea! Pero que sea ya… Bueno, aquí es donde vivo. Venga, le haré un té y le enseñaré mis manuscritos…

Mientras subían por la escalera, Blenner dijo:

—Es el primer discutidor abstracto que he conocido en Moscú. Todos los demás no hacen más que meterse unos con otros. Y usted no se detiene en las particularidades…

—Es que usted es extranjero. Le interesan sobre todo las particularidades, en cuanto a la generalidad… usted tiene una propia. ¡Voy a descubrirle una particularidad! Gobierne quien gobierne, yo quiero a mi tierra y no voy a ponerme a airear los trapos sucios solo para darle esa satisfacción. Yo soy yo, si le intereso así, bienvenido; si no, nos daremos la espalda y adiós muy buenas…

Chicherin se encogió de frío y se echó sobre los hombros una chaqueta corta y sin mangas de piel de conejo. La sien izquierda le molestaba con un dolor largo y fastidioso: llevaba mucho rato trabajando con documentos, acababa de llegarle por correo diplomático un último envío de Berlín y de Londres.

En su detallado informe Ioffe escribía desde Berlín:

> El canciller ha declarado que considera la colaboración ruso-germana una barrera en el camino del expansionismo político de Francia y de la presión económica de Inglaterra. Considera que el principal obstáculo para cumplir con el plan de intercambio económico y cultural serán no tanto las fuerzas externas como la oposición interna por parte del potente capital del Ruhr. Rathenau ha recalcado que la irresponsable dureza de las contribuciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles permite ahora aislar el excesivo extremismo del capital germano, pues los productores —los obreros y los

> campesinos—, así como los intelectuales con disposición patriótica, van a apoyar, sin duda alguna, al gabinete en sus intentos de organizar unas relaciones equitativas con una gran potencia, incluso aunque esta potencia resulte ser la Rusia comunista…

Krasin informaba desde Londres sobre el curso de las últimas conversaciones con los representantes de las tres principales firmas de acero y con el secretario Lloyd George. Escribía:

> Los ingleses están tan seguros de ser una potencia que no ven necesario disimular los puntos de empalme que consideran de interés estratégico. En particular mister Enright me preguntó directamente: «¿En qué medida van a limitar ustedes el capital francés no solo en Rusia, sino también en los países limítrofes, y cómo piensan ayudar a los empresarios británicos a crear barreras contra el posible resurgimiento del poderío industrial germano?». A diferencia de conversaciones pasadas, se nota la ajustada concreción en el planteamiento de las preguntas, lo que atestigua las serias intenciones de la parte contraria.

Chicherin se llegó a la estufa de azulejos, pegó bien la espalda, sintió el lento calor y cerró los ojos. Esbozó una sonrisa.

«Han empezado a revolverse —pensó Chicherin—. Por fin se han dado cuenta de que el gobierno de Lenin “no se vendrá abajo definitivamente y para siempre” al cabo de tres días».

Chicherin regresó a la mesa, descolgó el teléfono y llamó a Karaján.

—¿Cómo van las cosas con los cursos breves de francés y de inglés? —preguntó—. Por favor, tome este asunto bajo su más estricto control. Siempre nos fallan minucias enojosas: reconocernos, aceptarnos…, ya lo están haciendo, pero diplomáticos que puedan encaminar este reconocimiento en provecho de la causa… se cuentan con los dedos de una mano.

765. 651. 216. 854. 922. 519… 648. 726. 569. 433… 113. 578. 723. 944… 137. 649. 523. 966. 483… 465. 282. 697. 193.[2]… 66[3] …

> Querido Auguste:
>
> ¡Qué contento estoy de poder enviarte noticias con ayuda de unos amigos! Te has olvidado por completo de nosotros. ¿Cómo está la tía Roza? Imagino que allí con vosotros está como una rosa, pero aquí se hubiera congelado del todo: nuestro clima no es para ella. Igoriok estudia de la mañana a la noche, es bastante difícil que entre en la universidad, por cuanto ahora en la república no es imprescindible la experiencia laboral; sin embargo, el chico tiene tanto talento que seguimos confiando en que se convierta en un auténtico ingeniero ferroviario de verdad. Se le está pasando su antigua pasión por la geología: excepto el tío Iván, nadie puede darle consejos sobre los minerales útiles de Siberia, pero el tío Iván está tan ocupado con sus cosas que no tiene tiempo ni para dormir bien. Además, le ha subido la presión sanguínea de 150 a 190. Y los médicos de aquí de momento no pueden hacer nada al respecto, lo tratamos con una dieta de setas, dicen que ahora es la novedad. En verano secamos dos atados de cincuenta y trescientas

unidades. Será suficiente para todo el invierno, pero si le servirá a Iván… no me atrevo ni a pensarlo. Si puedes, invita a Liólochka a París, dos o tres meses. Seguro que le dan el pasaporte si te muestras insistente y demuestras la necesidad de su estancia contigo, no solo como pariente, sino como persona que conoce a la perfección tu manera de escribir solfeo de oído, sin notas. Si puedes, envíame con quien tengas ocasión varias latas de cacao. Espero tus cartas.[4]

Tu afectuoso tío.[5]

25. 67. 41.5982. 6.3519.4.69.416. 5. 8893. 14. 9. 6421.[6]

Yo, R. R. Volobúiev, agente de la Policía Judicial de la provincia de Mozhaisk, Gobierno de Moscú, he levantado la siguiente acta de detención del ciudadano Grigori Serguéievich Belov. Circunstancias de la detención: el ciudadano G. S. Belov llegó en tren a Moscú y empezó a buscar un cochero de punto para ir a la aldea de Vozdvizhenka. Todos los cocheros ya estaban repartidos entre los trabajadores; sin embargo, Belov, que estaba en estado de cierta embriaguez, sacó de su maletín un reloj de oro de bolsillo abombado con el sistema «Hnos. Buhre» y ofreció al cochero Kuzorguin Afrikán Abrámovich la tapa de oro puro si este echaba a sus viajeros y lo llevaba a él, al ciudadano Belov, a la aldea. Basándome en esto, detuve al ciudadano Belov y lo conduje a la comisaría de la milicia en la estación.

—Firme —indicó Volobúiev—, mire ahí, a la esquinita.

—No es «a la esquinita», sino «en la esquinita» —lo corrigió Belov—, un representante del poder debe expresarse con corrección. En cuanto a la firma, no voy a hacerlo.

—¿Cómo que no?

—Pues como que no.

—Si no está de acuerdo con algo, cámbielo, volveremos a escribirlo, pero tiene que firmar, aquí todos firman cuando los pillamos.

—¿En base a qué me han apresado?

—¿Por qué estropear un reloj? Los bandidos suelen ofrecer las cosas así, los que no tienen dinero legal, sino solo trastos del pueblo robados ¡a los proletarios!

—Yo soy un trabajador con responsabilidades, ¿queda claro? Sería mejor que me soltara ahora, sin hacer ruido y por las buenas, de lo contrario… haré que tenga muchos disgustos en todo Moscú.

—¡Tengo los nervios curtidos de sustos! No me da miedo…

La puerta de la milicia se abrió y en el pequeño cuarto, lleno de humo de cabo a rabo, un militsioner metió a dos mendigas con unos niños de pecho. Un crío y una cría de unos cinco años se agarraban a la falda de las mujeres. Y un rapaz de unos diez años forcejeaba por escaparse de la mano seca y campesina del miliciano al mismo tiempo que se des hacía en blasfemias realmente originales.

—¿Y esto? —preguntó Volobúiev—. ¿Qué ha pasado, Lapshín?

—Son del Volga, y el chiquillo hurga en los bolsillos…

—Mételos en la celda, allí lo arreglaremos…

—Ay, gusano, gusano —dijo con amargura una de las mujeres, con el pelo negro y despeinado al descubierto—, seguro que tragas bien de pan, pero mis tetas no tienen leche, y ya ves, mi crío se apaga… Y gracias a Dios te dan ropa…, pero si no hay ni para pan, ¿cómo van a dar ahora dinero por ropa? Mi Nikolashka hurga entre los billetitos, salva a sus hermanos, a sus hermanas.

—Suelta al chiquillo, Lapshín.

—Es que muerde, camarada Volobúiev…

—Eso es que va a vivir —se sonrió sombrío Volobúiev— , al menos los dientes no se le mueven.

Abrió un cajón de la mesa, sacó unas rebanadas de pan, partió la mitad y se la tendió al chico:

—Toma.

Este agarró el pan y, dividiéndolo a su vez en dos, se lo tendió a las mujeres.

Volobúiev resopló y le dio al muchacho el trozo que había decidido quedarse.

—Podéis iros —dijo—. Suéltalos, Lapshín…

Cuando las mujeres se hubieron marchado, Belov dijo:

—Suelta a un ladronzuelo, pero a un hombre honrado…

Un aldeano es un aldeano, por mucho que vaya de uniforme…

Volobúiev lanzó una mirada dura al rostro colorado, juvenil y todavía lampiño de ese joven guapo y vestido a la usanza del viejo régimen, mientras empezaba a rascar la funda de su arma; sacó su Nagant y levantó el percutor. Habría disparado a ese Belov bien alimentado y rosáceo, pero este empezó a lanzar unos gritos tan espantosos y estridentes que Volobúiev se recompuso en un santiamén, aunque la mandíbula se le quedó entumecida y los brazos se le movían como bailando.

—¡Se lo contaré todo! —gritaba Belov—. ¡No dispare! ¡Aquí está todo! ¡En el maletín! ¡Mire! ¡No dispare, buen hombre!

Volobúiev cerró los ojos y se mantuvo así durante unos segundos, después guardó el Nagant en su funda, se acercó a Belov, le quitó de las manos el maletín y, tras abrir los cierres, esparció el contenido en la mesa. Brotó una montaña de oro: tres pitilleras, doce relojes, quince anillos con diamantes, cuatro monedas zaristas de diez rublos.

Volobúiev se quedó un buen rato sentado junto a esta montaña de oro y lentamente tocó todos y cada uno de los objetos… Después —sin que ni siquiera él se lo esperara— dejó caer la cabeza sobre el oro frío y mate y lanzó un aullido, de una sola nota, espantoso, como de mujer…

—Si quieres, quédate todo, pero por Dios te lo pido, déjame ir —oyó a su espalda la voz de Belov—. Quédatelo, nadie lo sabrá, yo seré una tumba, seré mudo, no se me escapará ni una palabra, buen hombre…

Volobúiev se secó las lágrimas, se sonó en un trapo y dijo:

—Discúlpeme la debilidad; la propuesta de soborno la recogeremos en un acta aparte, por supuesto, y ponga del revés los bolsillos: eche encima de la mesa todo lo que lleve.

En los bolsillos de Belov había ciento cincuenta mil rublos, un carnet de trabajador del DEA de la RSFSR y una carta sin dirección con el siguiente contenido:

> Grisha, me veo obligado a escribirte esta carta porque una y otra vez esquivas los encuentros personales, algo que me duele, como ser humano y como amigo (perdóname, pero te sigo considerando un amigo, igual que antes, y no un compañero de habitación accidental).
>
> Cuando nos encontramos —¿lo recuerdas?—, eras una de las mejores personas que yo conocía, eras capaz de regalar tu última camisa a un amigo.
>
> Pero ¿qué es lo que te ha pasado, Grigori? ¿De veras el poder del oro y de las perlas es más importante para ti que el poder de la amistad entre los hombres? Si es así, sírvete entregarme una tercera parte de lo que te sacas en el DEA. En caso de que te niegues a cumplir mi petición, denunciaré a las autoridades tu actividad en el trabajo, no la abierta por la que recibes dinero del Gobierno de nuestra república trabajadora, sino la secreta que perjudica a los proletarios infelices y hambrientos. Por consiguiente, si para el día de mañana por la mañana no vienes a nuestro piso y repartes conmigo joyas por valor de 1 (un) millón de rublos, al momento pondré una denuncia en la Checa.
>
> Tu antiguo amigo y ahora conocido

Kuzmá Tumánov

—¿Dónde reside Tumánov? —preguntó Volobúiev.

—En Palija.

—Palija, ¿y eso qué es?

—Hay una calle así, en Moscú.

—Entonces tiene que decir: calle tal, número tal.

—Número doce, piso seis «a».

—¿Cómo es eso, seis «a»? El cinco es cinco, el seis será seis, y si hay siete, pues hay que decirlo.

—¡Maldito burro! —empezó a gritar Belov—. ¿Por qué has tenido que meterte en mi vida? ¡Oscuridad con patas! ¡No voy a hablar contigo! No lo haré, ¿lo has comprendido? ¡No lo haré! —Y entonces Belov se lanzó sobre el agente judicial, pero lo hizo con poco arte, era un muchacho delicado, por eso a Volobúiev no le costó nada darle un puñetazo en el hombro; Belov se cayó y empezó a dar cabezazos al suelo sucio, lleno de escupitajos.

—Lo que tenemos aquí no es un interrogatorio — com entó Volobúiev

mientras se alejaba hacia la puerta—, sino sendas crisis nerviosas. Solo que cuando yo aúllo, lo hago por los hambrientos, mientras que tú te comportas como un bruto por los relojes y las monedas, perro sarnoso.

Abrió bien la puerta y gritó:

—¡Lapshín! A ver, alguno, buscadme a Lapshín, que invite a unos testigos y que tire para acá, tengo un burgués baboseando el suelo y sacudiéndose el trasero con los talones.

Ese mismo día la Checa moscovita se llevó a Belov. Se encontraba en estado de postración: entendía mal las preguntas. El médico al que llamaron hizo constar que sufría un fuerte choque y dio al detenido un tranquilizante, no sin ordenar antes que no se le sometiera a interrogatorio en los cinco días siguientes.

El presidente de la Checa moscovita, Messing,[7] escribió su resolución: «Al jefe de la cárcel: pido que se cumplan las instrucciones del médico».

Ninguna de las búsquedas de Kuzmá Tumánov dio resultado: había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Un grupo operativo de la Checa de Moscú salió en dirección a la aldea Avérkino, donde vivía el padre de Belov, Serguéi Mokéievich. Antes tenía tres tractores, pero el nuevo poder se los había confiscado en el diecinueve. El registro de la casa del viejo Belov no aportó nada nuevo.

Una semana después el médico vio en el detenido una brusca transformación. Este lo miraba ansioso a los ojos y preguntó en un susurro:

—Doctor, si soy sincero, ¿no me fusilarán?

—Yo solo soy el médico, querido, y de verdad que no conozco los pormenores… A ver, un pie sobre el otro…

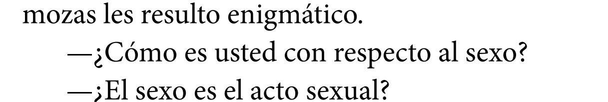
—Dios mío, ¿qué pinta aquí el pie? La noche después de que usted se fuera, me desperté empapado de sudor. Me daba miedo abrir los ojos, pensaba que había sido un sueño, ha sido un sueño… Me quedé echado, sin levantarme, después abrí un ojo… el techo gris y la bombilla con rejillas. Y lo que pude llorar, doctor, toda la noche llorando. Aunque llorar era como dulce: ¿cuánto más tengo que llorar en esta vida? Y sentía dolor en una mano, como si la atravesara una corriente, estar tumbado en el catre resultaba incluso agradable… Y mear en el bacín, también es como dulce, tierno…

—Y antes ¿en qué pensaba? —preguntó el médico—. ¿Cuándo empezó con todo eso?

—¿Usted en qué piensa cuando está borracho?

—Huy, mi querido amigo, ya no recuerdo cuando he estado yo borracho…

—Pues yo, borracho, soy tonto. A saber las cosas que puedo llegar a hacer por una moza. Cuando estoy bebido, el coraje se me desata. Y a la mañana siguiente me da vergüenza mirarme al espejo: me escupiría a la jeta, pero achispado me gusto tanto… Entonces soy fuerte, lleno de desprecio, y a las


mozas les resulto enigmático.

—¿Cómo es usted con respecto al sexo?

—¿El sexo es el acto sexual?

—Casi. —El doctor no pudo evitar una sonrisa.

—Solo puedo si estoy borracho. Sobrio, me quedo pasmado delante de las mozas, no puedo decir ni una palabra, y de sexo ni hablamos.

—¿En su familia nadie ha tenido la enfermedad de las caídas?

—No estoy loco, doctor, no lo estoy… Comprendo con precisión todo lo que ocurre a mi alrededor, dónde estoy y qué me puede pasar…

El doctor recetó una nueva sesión de tranquilizantes, aunque en su conversación con el jefe de la cárcel expresó su suposición de que el arrestado era completamente responsable de sus actos.

Esa misma noche Belov escribió una carta a Dzerzhinski en la que le pedía que lo llamara para interrogarlo. Cuando le denegaron el interrogatorio, se declaró en huelga de hambre. No se esperaban eso del joven. Messing, el presidente de la Checa moscovita, se acercó a la cárcel.

—¿Cuáles son sus peticiones? —preguntó a Belov—. ¿Por qué una huelga de hambre?

—Porque no me interrogan.

—No está en condiciones de ser interrogado.

—Cada día que paso sin saber… es como morir… ¡Pondré fin a mi vida!

—Con relación al fin de su vida, intentaremos no permitírselo. —Messing medio se giró hacia el jefe de la cárcel y le pidió—: Si notan algún truco de esa clase, métanlo en una celda de castigo.

—Claro, camarada Messing.

—¿Quiere declarar algo más, Belov?

—Y usted, ¿usted no tiene nada que declararme?

—¡No se haga el gracioso!

—No lo hago. Cada persona tiene su propia forma de comunicarse… Quiero saber qué es lo que me aguarda si hago una confesión.

—La confesión espontánea se ofrece cuando el hombre no puede pasar sin ella, si quiere sentirse limpio… Pero si este negocia («deme pan a cambio de mi confesión»), entonces no hay nada de qué hablar…

—Yo no pido pan, sino vivir…

—Mientras ponga condiciones, no habrá conversación que valga. Y esa huelga de hambre… acabe ya, no es serio. Aguantará dos días, después empezará a quejarse…

—¿Por qué me habla con tanta dureza?

—Dé gracias de que hable con usted, Belov. Tengo muchas ganas de fusilarlo, justo aquí, sin moverme del sitio… Está bien, está bien… Moscú no cree en las lágrimas, ya sabe. ¡Con las joyas que le hemos quitado podría

alimentarse una fábrica!

—¡Pero es que tengo veinte años! ¡Solo veinte! —Belov empezó a gritar y a hacer crujir los nudillos—. ¡Quiero vivir! Es necesario que viva, lo que pasa es que soy joven y tonto.

—A los veinte años ya hay que tener algo de cabeza… Yo tengo veintiséis, por cierto. Si quiere, escriba todos los detalles y póngalo a mi nombre: cómo mató a Kuzmá Tumánov, dónde tiene instalado su escondite —Messing hablaba sin prisa, fijándose en que las pupilas de Belov se dilataban y en que este retrocedía despacito—, y cuantos más detalles escriba, será mejor…

—¿Para mí?

—Para nosotros más, por supuesto —se sonrió Messing— , pero el tribunal puede que tenga en cuenta su tonta edad, ¿por qué no? Demuestre, ¿por qué no?, que no los robó usted, sino otros, y que usted solo es un eslabón de transmisión…

«No digas nada, nada de nada —recordó Belov con precisión y claridad pasmosa la cara de Iván Ivánovich durante su último encuentro—. Por mucho miedo que tengas, por mal que te vaya, no digas nada. No es por asustarte, te estoy contando un secreto. Fíjate: hay amnistías todos los años, para el Primero de Mayo y para el aniversario de Octubre. Punto uno. Después, no van a durar mucho, el hambre los derrotará. Punto dos. No permitimos que se ofenda a los nuestros, nuestros brazos también son alargados, hemos salido de situaciones tales que tú… este es el tercer punto. Y recuerda que el tiempo siempre trabaja en beneficio de quien es valiente y duro. Al que se desanima al momento se le considera un gasto prescindible».

—No voy a escribir nada —dijo Belov al fin—. Puede no interrogarme incluso: agua que corre nunca mal coge. No han querido por las buenas, pues no hace falta.

—Pero qué canalla… —De la sorpresa, a Messing se le alargaron las palabras—. Vaya canalla estás hecho, ¿eh? Muy bien, vuelve a tu celda. Y recuerda que no volveré a hablar contigo, por mucho que lo pidas. Es mi última palabra, gusano.

Messing puso en conocimiento de Alski,[8] el vicecomisario de Economía, el arresto de Belov y le pidió que no informara a nadie más del asunto.

—Incluso le recomendaría que informara al DEA de que Belov ha partido en viaje de trabajo a Tobolsk.

—No me gustan mucho estos trucos —respondió Alski— , pero si a usted le parece completamente oportuno, le haré el favor, como excepción.

—Camarada Alski, las excepciones aquí no tienen nada que ver, simplemente Belov ha robado joyas por valor de un millón.

—¿Cómo? —exclamó Alski—. ¡Eso es imposible!

—Sabe, bastante me estalla ya la cabeza con la verdad, así que no tengo

fuerzas para inventarme nada, aparte de que mi profesión no me lo permite.

—¿Quién lo ha tasado?

—Hemos llevado a Petrogrado las alhajas para no meter en este asunto a su gente del DEA.

—¿Pone en duda a todo un colectivo por culpa de un solo rufián?

—¿Dónde ha visto usted un colectivo?

—¿Y Shelejés? ¿Y Pozhamchi? ¿Alexándrov? Y, por último, Levitski, el viejo maestro y especialista que trabaja tan bien.

—Aparte de los camaradas citados, allí trabaja mucha más gente. Y tengo una petición que hacerle: sería conveniente que tres de los nuestros se introdujeran allí, como si fueran trabajadores. ¿Cómo lo ve?

—Negativo —respondió Alski—. ¿En serio cree que no somos capaces de poner orden nosotros solos? Solicitaré una inspección, mandaré especialistas de verdad, ¿por qué considerar al DEA una cueva de ladrones?

—Mire… No tengo derecho a inmiscuirme en sus privilegios, pero pienso informar a Félix Edmúndovich.

---

[1] Murió la víspera de su detención en 1951. (Si no se indica otra cosa, las notas son del autor).

[2] «Para Dzerzhinski: Fuentes cercanas al Ministerio de Economía aseguran que en Rusia existe una organización clandestina dedicada al pillaje de diamantes y de oro. Estos artículos se traspasan —o deben ser traspasados— a Revel y a Amberes». (Félix Dzerzhinski (1877-1926), fundador de la Policía secreta bol- chevique, la Checa, dedicada a combatir la contrarrevolución. [N. de la T.])

[3] 66: código de Román, el agente soviético en Revel, camarada Fiódor Sa- vélievich Shelejés.

[4] «Al director de la firma Marchand, París: El precio autorizado por el Narkom de Economía para los brillantes de quilate y de quilate y medio es de 1500 rublos. Las perlas enhebradas no redondas, de 50 a 300 rublos en oro. Las perlas pareadas, redondas y, además, enhebradas, de 50 a 200 rublos el quilate. El platino se cotiza a 80 rublos el zolotnik. El oro, a 32 rublos el zolotnik de pureza 96. Niéguese a comprar joyas a los bolcheviques y a sus precios, no conocen la situación de nuestro negocio. Aquí somos solo dos: Pozhamchi y yo. Haga fracasar sus operaciones comerciales: es lo único que puede apartar- nos del contacto directo con usted. En caso de que los bolcheviques, habiendo comprendido la imposibilidad de comercializar con los diamantes, nos per- mitan salir a Riga o a Revel, nos llevaremos cantidad suficiente de mercancía. En el momento act. no veo otro camino». (El Narodny Komissar o Narkom, comisario del pueblo, es el equivalente al Ministerio en el organigrama sovié- tico. El zolotnik es una antigua medida rusa equivalente a 4,26 g. [N. de la T.])

[5] «Afectuoso tío», seudónimo del principal tasador de brillantes del DEA de la RSFSR, Yákov Savélievich Shelejés.

[6] «Para Chicherin y Krestinski: Las conversaciones con los representantes de las firmas comerciales Chomet, Marchand y Tarlind han sido un fracaso. Ofrecen unas sumas miserables por diamantes, zafiros y esmeraldas. Ga- netski». (Ganetski era el embajador de la RSFSR en Riga. Fusilado en el año 1937. [N. de la T.])

[7] Fusilado en 1937.

[8] Fusilado en 1937.

EL PRINCIPIO DE LOS PRINCIPIOS

Cuando por la mañana temprano sonó el teléfono en la recepción de la Checa y alguien de voz un poco ronca, con acento extranjero, pidió que lo pasaran directamente con el jefe de contraespionaje, y cuando se aclaró que quien llamaba a los chequistas era el polaco Stef-Stepansky, cuyo expediente era bastante abultado (Stepansky era empleado de la Segunda Sección del Estado Mayor polaco), el miembro del consejo de la Checa Kédrov,[9] siguiendo el consejo de Dzerzhinski, envió a hablar con él al ayujefsecex, a Vsévolod Vladímirov.

—Vsévolod y su brillo son insustituibles en una conversación con los bailarines de polca —dijo Félix Edmúndovich Dzerzhinski—. La juventud de Vsévolod, su elegancia y dulzura nos permitirán comprender con precisión a Stepansky: es perro viejo, tratará de jugar con nuestro muchacho. Y, más pronto o más tarde, todo juego acaba descubriendo al agente, sus intenciones reales. Y negarse a contactar con Stepansky sería poco razonable: tiene acceso a Londres, París y Berlín.

Vsévolod se encontró con Stepansky en un despacho de tabaco en la calle 3.ª Meschánskaia. Tras observar de pies a cabeza y con tenacidad a su interlocutor, el polaco dijo:

—Me agrada que hayamos quedado y comprendo dónde nos encontramos usted y yo. Sin embargo, le pediría que la parte de ajuste de nuestra conversación la mantengamos en la calle, donde nadie vaya a escucharnos. Si nos comprendemos bien «en libertad» —sonrió—, creo que es así como hablan ustedes de «no estar en la cárcel», entonces continuaremos la conversación aquí, donde, como presumo, cada una de mis palabras será audible para al menos dos de sus colegas.

Vsévolod miró alegre a Stepansky, lo tomó del brazo y dijo:

—No voy a ocultarle que no estoy más cansado porque no puedo, así que un paseo no me vendrá mal, sobre todo con un interlocutor tan interesante.

Mientras iba al encuentro del polaco, ya sabía por el servicio de vigilancia exterior que Stepansky vendría solo. Cierto que, por si acaso, se había puesto unas gafas ahumadas con cero dioptrías; pertenecía a esa clase de gente a la

que unas gafas le hacían cambiar muchísimo.

Iban por una acera empedrada a través de la que ya había empezado a brotar hierba fresca, como podada a la manera inglesa, pasaban junto a unas casas pequeñitas, y desde fuera parecían dos camaradas dando un paseo.

—Entonces, ¿qué es lo que le ha traído hasta mí? — preg untó Vsévolod.

—Hasta usted no me ha traído nada. Yo he venido a ver a la Checa.

—Loable. A mí como individuo, y a nosotros como colectivo, nos gusta que venga a vernos gente interesante…

—¿Necesita que me presente?

—¿Cómo?

—¿Rango, operación, enlaces?

—A grandes rasgos, ya lo sabemos.

—¿Saben que soy teniente general del espionaje polaco?

—Me parece que recordaremos mejor los detalles si los formula por escrito, ¿no?

—¿Cree usted que voy a ponerme a escribir?

—Lo hará. Si ha tramado algo en contra nuestra, tendrá que seguir el juego. Y si lo que lo ha traído hasta nosotros es una intención auténtica de colaboración, querrá convencernos de su sinceridad y empezará a hacerlo con cosillas sin importancia, a saber: los apellidos de sus amigos, de sus íntimos y familiares. ¿O no es así?

—¡Bravo!

Sus miradas se encontraron. Vsévolod sonrió y en sus ojos no había ni la severidad ni el sentimiento de superioridad que tanto había temido Stepansky.

Vsévolod, a su vez, reparó en que el polaco estaba sin afeitar, que tenía la camisa arrugada, las botas sin limpiar y el abrigo sucio; en el hombro izquierdo había algo de pelusilla, y los dedos estaban cubiertos de esa capa grisácea de suciedad especialmente visible en unas manos tan bien cuidadas y gruesas.

—¡Bravo! —repitió Stepansky—. Razona usted con claridad, joven…

—No merece la pena hacerlo de otra manera.

—No pretendía ofenderlo con la mención a su juventud…

—Eso es algo que no ofende. Al contrario…

—No sé si habrá tenido usted ocasión —dijo Stepansky, que empezaba a cabrearse— de tratar con agentes serios y formales de los servicios de información extranjeros, pero quiero hacerle una observación: el Estado Mayor polaco se encuentra ahora en el centro de interés de todos los países europeos. Yo, en particular, tengo contacto con franceses e ingleses.

—¿Recuerda el nombre de su gente en París y en Londres?

—Naturalmente.

—¿Las operaciones?

—¿Las antiguas?

—Y las nuevas.

—Las que tienen intención de realizar Londres o París, no. Pero sus operaciones no se me escapan, me considero especialista en el mundo de los sóviets… ¿Cuándo va a informar de esta entrevista a sus superiores? ¿Puede llamar a alguno de sus jefes con responsabilidades?

—Ya lo organizaremos —prometió Vsévolod.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos siete días.

—No es posible…

—Qué se le va a hacer…

Después de una larga pausa Vsévolod preguntó:

—¿Cuándo le han robado?

No lo sabía con seguridad y no podía saberlo. Simplemente su cerebro —el cerebro de un analista, de un hombre valiente y alegre— había analizado los hechos automáticamente; de toda la cantidad de información recibida Vsévolod había seleccionado la siguiente: en primer lugar, el polaco tenía hambre, pues había mirado varios carteles de tabernas y olfateaba los olores de las salchichas fritas; en segundo lugar, quería fumar, pero no tenía tabaco; en tercero, Stef-Stepansky tenía fama de presumido y su ropa siempre se distinguía por un gusto impecable, mientras que ahora estaba desaliñado y sucio; en cuarto, remarcaba cuanto podía su importancia, algo que suele pasar con la gente que se ve obligada, debido a determinadas circunstancias, a cifrar más esperanzas en el pasado que a confiar en un futuro salvador.

Stef-Stepansky frunció el ceño con repugnancia:

—¿Han sido ustedes?

—¿Acaso sus amigos en la embajada no han podido ayudarlo? —continuó Vsévolod sin responder a su respuesta.

—¿Ha vivido usted en Europa?

—Sí.

—Por lo visto en el ambiente de la emigración… Apoyo mutuo, camaradería y cosas así… Es jov… Perdone…

—Pero no, por Dios, está bien… Es que nosotros no nos ganamos los rangos con la edad.

—¿Con sus cualidades en el trabajo?

—Exacto.

—¿Y quién da dinero en Europa «solo porque sí»?

—Ponga una denuncia y diga que le ha robado la Checa… ¿Es que no le ofrecerían ayuda para el camino de vuelta?

—¡Bravo! ¿Y qué hago en Polonia?

«¡Lo tengo! —se dijo Vsévolod—. ¡El ratón ha caído en la trampa! Allí no

tendría nada que llevarse a la boca porque lo echarán del servicio, en el portamonedas se ha llevado algo importante o demasiado dinero. Lo de venir a vernos va en serio, parece».

—Tenga, fume un poco —propuso Vsévolod.

Por la forma ansiosa con que Stepansky daba caladas, intentando al mismo tiempo sujetar el cigarrillo de manera que no quedaran al descubierto sus dedos sucios, Vladímirov terminó de convencerse de que su versión era correcta.

—Vamos a picar algo, ¿quiere? —propuso Vsévolod.

Tras ordenar para Stepansky salchichas hechas al estilo cochero, gelatina y cerveza, dijo:

—Supongo que no tiene sentido que vayamos a un restaurante, podría haber conocidos suyos.

Stepansky asintió en silencio, porque no podía abrir la boca: las salchichas estaban calientes, pero, como todo hombre hambriento, había partido un trozo demasiado grande y con cuidado aspiraba aire por las fosas nasales, para de alguna manera enfriar la carne chisporroteante, basta, maravillosa…

Después de comer Stef-Stepansky cerró los ojos y dijo:

—Y ahora, por dormir una horita, media vida.

—Vamos a mi casa, deliberaremos allí, y puede echarse a descansar mientras le preparan una habitación de hotel. Todavía tengo algunas preguntas que hacerle.

—Adelante…

—¿El apellido Bechkovski no le dice nada?

—No.

—¿Y Krakowiacki?

—No.

—¿Qué me dice de Lesnowrodzki?

—¿El coronel Lesnowrodzki? Creo que es el supervisor de su representación en Varsovia.

Nota del representante plenipotenciario de la rSfSr en Varsovia para Skirmunt, ministro de Asuntos Exteriores de Polonia

En el transcurso de las últimas semanas, en la representación plenipotenciaria rusa ha aparecido varias veces una persona desconocida que a posteriori ha resultado ser el coronel Lesnowrodzki, agente de la II Sección del Estado Mayor polaco, con el ofrecimiento de suministrar al Gobierno ruso documentos oficiales secretos del Estado Mayor de Polonia. En la representación plenipotenciaria rusa ha recibido constantes negativas de servirse de su ofrecimiento. Con todo, el 10 de octubre, ya entrada la tarde, el coronel Lesnowrodzki apareció en la representación plenipotenciaria rusa trayendo consigo diferentes documentos y un expediente secreto completo sobre el espionaje polaco en Alemania con numerosos sellos, firmas y timbres de la II Sección, con un mapa

y fotografías de, presuntamente, los espías polacos en Alemania, y propuso que le compraran todos estos documentos por 500 000 marcos. Nada más ser informado de este asunto, llamé enseguida al viceministro Dąbski y le pedí que enviara inmediatamente a la representación plenipotenciaria a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, junto con representantes de otras autoridades para levantar acta y arrestar al coronel Lesnowrodzki. Lamentablemente, debido a lo tardío de la hora, el viceministro Dąbski no pudo enviar a un representante del Ministerio de Asuntos Exteriores. A la representación plenipotenciaria solo se enviaron delegados de la policía general y de la judicial, quienes detuvieron al coronel Lesnowrodzki, pero se negaron a interrogarlo. La ausencia en el expediente de la primera declaración del señor Lesnowrodzki en la misma representación plenipotenciaria constituye un detrimento considerable para su normal instrucción, que puede influir en su ulterior desarrollo. Mientras se esperaba a los representantes de las autoridades polacas, el coronel Lesnowrodzki reconoció que, en su calidad de agente de la II Sección del Estado Mayor, su jefe inmediato el mayor Kierzkowski le había encomendado ganarse la confianza de la representación plenipotenciaria con finalidad provocadora y que los documentos facilitados eran una falsificación preparada por la II Sección y que a él se los había entregado el mayor Kierzkowski para que los vendiera en la representación plenipotenciaria rusa.

En un momento en que los gobiernos ruso y polaco intentan por la vía de las negociaciones arreglar los malentendidos entre ambos países y que recientemente han alcanzado acuerdos sobre todas las cuestiones en disputa, el Estado Mayor polaco emplea todos sus esfuerzos en tensar y deteriorar, por medio de provocaciones criminales, las relaciones entre Rusia y Polonia.

En la última semana, en la representación plenipotenciaria rusa han aparecido sistemáticamente personas sospechosas que mostraban certificados de la II Sección del Estado Mayor de Polonia con la firma del mayor Kierzkowski y se ofrecían a conseguirnos diversos documentos. Todas las veces estos ofrecimientos terminaban con nuestra exigencia de que se abandonara inmediatamente el edificio de la representación plenipotenciaria.

En su día, cuando el Gobierno de Rusia hizo públicos unos documentos que probaban el trabajo criminal de la II Sección del Estado Mayor al mantener contactos con la Unión Popular de Defensa de la Patria y la Libertad, encabezada por Sávinkov, Odintsov y otros más, las personas desenmascaradas, para defenderse, intentaron encubrir su delito con un folletín publicado en todos los periódicos polacos y firmado por Masłowski. Para justificar y reforzar este método de defensa, la II Sección del Estado Mayor ideó un auténtico plan de provocaciones que, de salir bien, debía servir para justificar y salvar de la acusación legal e irrefutable que el Gobierno de Rusia había presentado al Estado Mayor polaco.

El incidente con el coronel Lesnowrodzki evidencia un trabajo de provocación bien ideado, dirigido por el Estado Mayor polaco, contra la representación plenipotenciaria rusa.

Presentando adjunto

1) una copia del acta levantada el 10 de octubre en la representación plenipotenciaria rusa,

2) la tarjeta de identificación del coronel Lesnowrodzki con el número 3835, emitida por la II Sección del Estado Mayor polaco y firmada por el mayor Kierzkowski,

3) todos los documentos que el señor Lesnowrodzki llevó a la representación plenipotenciaria rusa para su venta por orden de la II Sección de este mismo Estado Mayor,

tengo el honor de pedirle, señor ministro, que dé los pasos que considere necesarios para poner fin a las provocaciones de la II Sección del Estado Mayor polaco, que se han propuesto como objetivo dificultar las relaciones entre Rusia y Polonia.

Acepte, señor ministro, la seguridad de mi completo respeto.

Karaján[10]

A Stepansky le enseñaron esta nota por la noche, en cuanto Vsévolod le comunicó a Kédrov los datos relacionados con Lesnowrodzki. Stepansky confirmó la nota en su totalidad e incluso, de broma, le dio su visto bueno.

A la mañana siguiente empezó a declarar. Lo más grave era que, según sus datos, había una persona entre los empleados de la embajada rusa en Revel[11] que trabajaba para un servicio de información extranjero.

—Para qué servicio de información en concreto trabaja, eso no lo sé, pero que existe es incuestionable. Por fragmentos de conversaciones puedo suponer que la emigración preparó a esa persona para que la reclutaran.

Vsévolod solicitó datos de la emigración en Revel. Le trajeron la lista de los individuos más destacados: desde el monárquico de extrema derecha Vorontsov hasta el eserista Vajt, editor del periódico El Popular. Le nombró a Stepansky los apellidos de los líderes del comité de apoyo a emigrantes y refugiados: Vírubov, Lvov, Seeler, Obolenski, de los editores del periódico cadete Últimas Noticias, Ratke y Liajnitski, con la esperanza de que el polaco recordara alguno en concreto; pero Stepansky afirmó categórico que, aunque había oído esos nombres, no podía extender su conexión hasta un diplomático ruso.

Dijo también que en Moscú existía un movimiento clandestino muy fuerte que tenía a su disposición enormes reservas de diamantes, oro y platino. Este movimiento se mantenía aparte de cualquier lucha política y perseguía solo objetivos de índole personal: el enriquecimiento propio. Algunas de estas personas mantenían contactos con representantes de los círculos diplomáticos locales, que no solo acaparaban alhajas y otros tesoros, sino que en una serie de ocasiones habían hecho también de eslabón de transmisión: las joyas parten a París y a Londres y después los corredores especulan en la bolsa. Además, juegan a la baja con las acciones de las firmas que están empezando operaciones comerciales con Rusia.

—Me da que uno de mis amigos de aquí, cuyo nombre, como usted comprenderá, no voy a decir y no diré más adelante —dijo Stepansky—, tiene vínculos con ese mundo clandestino moscovita, pero por fines interesados, personales: compra joyas para él; por cierto, me han birlado un dinero que pertenecía a su familia, dos mil dólares, de esto hablaremos más adelante…

—¿Y si nosotros encontramos a esa persona con nuestros propios medios?

—Son libres de hacer lo que quieran, es su deber. Lo importante es que yo

no tenga remordimientos de conciencia. Por cierto, que en ese mundo clandestino se oía el nombre de una vieja muy rica, Yelena Ávgustovna Stajóvich…

Al cabo de tres días, el miembro del consejo de la Checa Gleb Ivánovich Boki[12] convocó al jefe de la Checa Messing, al segundo del jefe de la Sección Especial Búdnikov y a Vladímirov.

Antes de esta reunión, Boki había estado con Dzerzhinski y Unszlicht[13]: había propuesto que se observara con mayor atención a los especuladores de divisas, pero Unszlicht replicó con vehemencia:

—No estamos hablando de eseristas o cadetes que reclaman cual urogallos. Los especuladores de divisas «apolíticos» son bastante más cuidadosos e inteligentes. A cada hora puede engendrarse la salida de Rusia de las joyas. Hay que atraparlos enseguida. Los registros minuciosos, los interrogatorios elaborados con precisión… en este caso el riesgo de desfase no está justificado, no estamos ante un —sonrió— complot contrarrevolucionario que podemos examinar sin prisas…

Boki no estaba de acuerdo con Unszlicht:

—Atraparemos a diez, a doce personas, y dos se irán. O una. Si hay que apretar para sacar información… hagámoslo enseguida, ¡a todos!

—Me da a mí que no tiene razón, Gleb —dijo Dzerzhinski con voz pausada—. El tiempo en que construiremos urinarios públicos con oro lo marcó Ilich con exactitud absoluta: el comunismo… La maldición del vellocino de oro es algo sorprendente. Cuando la demanda esté a la altura de la capacidad, y esto solo será posible cuando las tiendas se doblen bajo el peso de las mercancías, entonces el oro se convertirá en un metal corriente, uno de color mate, sin sabor ni olor. Hasta entonces el oro ofrece a su propietario la posibilidad de tener pan, estoy siendo bruto aposta, y más que a todos los demás, hasta ese momento no vamos a lograr aplastar el poder del oro con arrestos y requisiciones. En una palabra, estoy a favor de realizar la operación hoy mismo. Cada hora es valiosa. En el futuro cercano la NEP[14] nos dará la posibilidad de extraer el oro aquí, en casa.

La redada de la Checa moscovita contra los «centros de oro» clandestinos la encabezó Messing. La operación transcurrió, algo excepcional, de forma pacífica: ni un disparo, ni un intento de huida. Sobre todo cayó gente mayor, respetable. Se comportaron con dignidad, aunque se pusieron muy pálidos y no pudieron estar mucho tiempo de pie, pidieron sillas, las piernas no los sostenían. Y tuvieron que estar mucho tiempo de pie, mientras los agentes de la Checa de Moscú hacían el inventario de los artículos encontrados.

Se le confiscaron bastantes alhajas a la antigua dama de palacio Yelena Ávgustovna Stajóvich. Alemana, hablaba un ruso bastante flojo y por eso Boki

le pidió a Vsévolod que la interrogara en su lengua materna. Vladímirov no sabía llevar un interrogatorio, porque su trabajo en el servicio de información política conllevaba una actividad realmente distinta: tan pronto servía siete meses en el grupo de prensa de Kolchak junto al conocido escritor Vaniushin, que después de la derrota del almirante esperó al «capitán ayudante Maxim Isáiev» en Harbin, como salía a Londres o aparecía en Varsovia.

Sin embargo, el tiempo apremiaba; los tres traductores que servían en la Checa estaban trabajando fuera y esperar su regreso sería inoportuno.

—Buenas tardes —dijo Vladímirov mientras le ofrecía asiento a la mujer—, tengo unas preguntas para usted.

—¿Es usted alemán?

—Ruso.

—¿Trabaja aquí por su propia voluntad?

—Completamente.

Stajóvich se comportaba con una dignidad sorprendente, lo que gustó a Vladímirov. Había llegado a ver a gente que se arrastraba por el suelo, que se mesaba los cabellos, que intentaba besar las botas de los chequistas, que mendigaba clemencia, mientras que esta anciana estaba tranquila, tenía la mirada fija y atenta en la cara de su interlocutor, la estudiaba.

—Veamos, lo primero: ¿por qué tiene esas joyas?

—Son joyas de la familia. No soy responsable de ellas, me llegaron de mis antepasados, nobles rusos…

—Entonces sírvase responder a mis preguntas en ruso — señaló Vladímirov con brusquedad—. Para usted el concepto «ruso» es particularmente abstracto, como, por cierto, lo fue para sus antepasados.

—No se atreva a hablar así a una dama de la soberana rusa.

—Sí me atrevo. Si «ruso» hubiera sido para usted la esencia, la vida, el dolor… ¡habría pensado en cuántos millones de rusos morían y morían de hambre! Y con esas piedrecitas suyas se podría haber dado de comer a un vólost.

—No hemos sido nosotros quienes hemos traído esta hambre a Rusia…

—¿Yo, entonces?

—Usted. Y la banda a la que sirve.

Vladímirov miró muy serio a la mujer, a su cara tranquila y estirada, y dijo:

—Una «banda», de acuerdo con el ordenamiento de la legislación penal, es un grupo de criminales que sustrae bienes ajenos por medio del asesinato, el robo y el soborno. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Y ahora le pregunto, ciudadana Stajóvich: ¿por qué me miente?

—Si se atreve a seguir en ese tono, me negaré a responder. Mi vida ya está vivida, no me asustará con la muerte.

—No pretendo asustarla con la muerte. Es más, mañana mismo la dejaremos libre… Pero encontraremos la forma de decirle a la gente, y nuestra prensa se lee en París y en Londres, que usted, tras sobornar a esa persona que usted y yo sabemos, recibió hace una semana en el antiguo Banco de los Mercaderes, presentando un certificado falsificado, estas joyas del edecán del gran príncipe Serguéi Alexándrovich y que ahora está haciendo trámites para hacer pasar las joyas por suyas, de su familia, que le han llegado como herencia de sus antepasados nobles siguiendo la forma y el fondo de la ley.

—¡No, no! —de pronto empezó a susurrar Stajóvich—. ¡No, no!

Cada palabra de las pronunciadas por Vladímirov era cierta.

La vigilancia a la que se había sometido a Stajóvich después de las declaraciones de Stef-Stepansky había dado unos resultados asombrosos: vieron a la anciana entrando a su casa ya avanzada la tarde y llevando una maletita. En el interrogatorio el cochero dijo que la anciana lo había contratado junto al Banco de los Mercaderes, de donde había salido con un hombre. Este se fue a pie por una travesía, mientras que la anciana regresó a casa «conmigo», según dijo el cochero. Atraparon a la anciana enseguida, ni siquiera tuvo tiempo de esconder las joyas. Lo único que no sabía Vladímirov era el apellido de su acompañante, por eso se había expresado de esa forma —«tras sobornar a esa persona que usted y yo sabemos»—, contando con que, después de un golpe tan demoledor, la anciana se descubriría por completo.

—¡Sí! —dijo él—. ¡Sí! Y, ahora, dejémonos de emociones. Vayamos a los hechos. La dirección de su acompañante: ayer salió con él del Banco de los Mercaderes…

—¿Sabe acaso usted qué significa el último amor de una mujer? ¡No lo descubriré! Es un encanto, es el más cariñoso, es honrado y resuelto, como Otelo…

—Para mí, Otelo es la persona más repugnante de la literatura —dijo burlón Vladímirov, rompiendo el ritmo del interrogatorio—, se apropió del bárbaro derecho de quitarle la vida a otra persona, rindiéndose al ciego sentimiento de los celos… Según la ley universal, habría que juzgarlo por monstruo asesino…

—Usted nunca ha amado…

—Sí lo he hecho, sí —Vladímirov tranquilizó a la anciana—, he querido, Yelena Ávgustovna.

—Uno de los hombres más bajos de la tierra rusa, el conde Tolstói, también odiaba a Shakespeare.

—Gracias por la comparación —dijo Vladímirov—. Es un doble orgullo. Pero nos hemos apartado un poco con esto de la literatura. Regresemos a las piedras. Uno: la dirección de su acompañante; dos: el número de teléfono de la embajada a la que entregaba las joyas; y tres: la dirección del corredor que

especula por usted en la bolsa de Londres.

El director del antiguo Banco de los Mercaderes informó a los chequistas de que no había aparecido por el trabajo el subjefe de la Sección de Alhajas Mijaíl Mijaílovich Krútov, el mismo que, según se aclaró más tarde, le había entregado a Stajóvich las joyas del gran príncipe con un certificado falso del Narkom de Economía. El grupo de la Checa moscovita enviado a su piso informó de que esa mañana Krútov se había dado de baja del registro de la casa y dijo que salía urgentemente para Kiev, a ver a su hermana enferma. Según los informes, Krútov no tenía parientes en Kiev.

Krútov se instaló en Serguíev Posad, en casa de Oleg, el hermano del asaltante y bandido Faddeika. Era la tercera semana que Oleg sufría de alcoholismo. Era un trabajador artístico de cajas fuertes, las cascaba como si fueran nueces. Cierto que ahora Oleg trabajaba poco, se dedicaba más a beber escondido en una pequeña dacha. Era un lugar tranquilo.

Faddeika llegó a ver a su hermano ya cuando caía la tarde, durante el día no se movía por la ciudad: la Checa hacía estragos con todas sus fuerzas.

—Mira lo que haremos —le dijo Krútov mientras removía con un cuchillo el té en una taza de aluminio—, vamos a cargarnos su táctica. No haremos que los hombres vayan a las mozas, sino al revés…

—Sé más claro —le pidió Faddeika—, que te complicas más de la cuenta y no entiendo un pimiento.

—Ahora que la Checa ha atrapado a todos los viejecitos con piedras, los que han quedado pasarán a la clandestinidad. Y puesto que «todo lo mío lo llevo conmigo»… ¿lo entiendes? Empezarán a llevar las piedrecitas en los bolsillos. Cuentan de ti que tienes chulos, ¿es así?

—Sí.

—¿Y qué clase de mujercitas tienen?

—Huum… pues… mujeres, pechugonas.

—Las pechugonas te las puedes quedar. Necesitamos que sean delgadas, jovencitas, a ser posibles de las aristócratas. Con esas pican. ¿No has comprendido nada?

—Nada —respondió Faddeika echándose a reír.

—Está bien. Mañana me llevarás con tus chulos… Yo mismo les daré las directrices.

---

[9] Fusilado en el año 1941.

[10] Fusilado en 1937.
[11] Actual Tallin, Estonia. (N. de la T.)
[12] Fusilado en 1937.
[13] Fusilado en 1937.
[14] Siglas en ruso de Nueva Política Económica, intento de Lenin por di- namizar la economía rusa mediante el desarrollo de un «capitalismo de Es- tado». Con ese fin, se permitió la introducción de cierta iniciativa privada que fomentara un mercado interior al tiempo que se mantenía un control estatal sobre los sectores clave de la economía soviética. Se decretó en 1921 y duró hasta 1929, sustituida por el Primer Plan Quinquenal. (N. de la T.)

INTERMEZZO EN REVEL

Nikándrov contuvo la respiración cuando el guarda fronterizo empezó a pasar una segunda vez las hojas de su pasaporte nuevecito, con olor a hule.

—¿Cuál va a ser su profesión?

—Escritor.

—¿Y cómo es que se va?

«¿Será posible que los bolcheviques hayan vuelto a jugar conmigo? —le pasó por la cabeza, enfadado y cansado—. ¿Qué es lo que quieren de mí? ¿Será posible que me manden de vuelta a Moscú? Uf, menuda jeta: napias blancas y con pecas. Es un crío y ya está de los nervios».

Pero el guarda, después de dar unas vueltas al pasaporte, se lo devolvió a Nikándrov, volvió a mirar de arriba abajo y con sospecha al escritor y salió del compartimento.

Nikándrov cerró los ojos y se recostó sobre el respaldo rígido de felpa del asiento.

«Hasta siempre, Rusia desaseada, país de esclavos, país de señores —recitaba para sí a Lérmontov y se tragaba las lágrimas—. Ellos me hicieron llorón, los malditos comisarios. Tenían razón los romanos: no hay nada más terrible que los esclavos rebelados, su libertad es tiránica y ciega, y sus ideales están impregnados de barbarie y crueldad, porque predican el bien universal, pero universal no hay nada, excepto el nacimiento y la muerte», pensaba mientras prestaba atención a los golpecitos del guarda fronterizo en el compartimento vecino, donde viajaba un enigmático comisario de Moscú, acompañado de dos chequistas vestidos de cuero y con máuseres.

Nikándrov salió al pasillo. Primero había decidido encerrarse en el compartimento y quedarse allí hasta que su tren hubiera pasado la frontera, pero después pensó con desagrado: «¿Será posible que me hayan convertido en un cobarde tan miserable que hasta me dé miedo su presencia cercana?». Y se puso de pie, se ajustó la chaqueta cual soldado y, deteniendo la mirada en el hombre entrecano y en la cuarentena que sonreía de mentira en el espejo, abrió la puerta con brusquedad.

El vagón estaba medio vacío.

En el compartimento vecino, el comandante del servicio de fronteras y los chequistas de cazadora de cuero se despedían del enigmático hombre achaparrado: ojos color aceituna, abrigo de piel de castor y zapatos romos, la última moda americana.

—Le deseamos un feliz viaje —dijo uno de los chequistas, estrechando la mano a su tutelado— y que regrese felizmente cuanto antes, camarada Pozhamchi.

Los guardas y los chequistas se fueron, la locomotora silbó, rechinaron los topes, tintinearon las jarras en sus soportes de cobre y el tren marchó lentamente de Rusia a Estonia.

Pozhamchi estaba al lado de la ventana, sin quitarse el abrigo a pesar de que el vagón estaba bien caldeado.

Pasaban volando las casitas campesinas: casas con cubierta de tejas, de mampostería, con ventanas grandes.

Nikándrov se acordó de Rusia: las ventanucas cegatas, sin luz, la ruina, la suciedad, la pobreza…

—¿No le da vergüenza, comisario? —preguntó Nikándrov inesperadamente incluso para él.

—¿Perdone? ¿Es a mí? —sonrió Pozhamchi.

—¿A quién si no? El comisario lleva unos zapatos color frambuesa, mientras el infeliz aldeano, tal como vivía en la barbarie, así sigue viviendo. ¿Contra qué se alzaron? Ni un solo país del mundo ha llegado a otro país con la humillante petición: «Sean nuestros dueños, nuestra tierra es abundante, pero ¡no hay orden!». Rusia lo ha hecho. Y ustedes van y la meten de cabeza ¡en una revolución! Y estaba preparada para la revolución como yo lo estoy… ¡para procrear!

—Uy, pero no se altere —le pidió Pozhamchi—. Quizá yo…

—¿Usted qué? A ver, ¿qué? ¡No hay revoluciones! ¡Hay ambiciones, muchas! ¿A cuántos millones han engañado, eh? ¿Cómo va a llevar a cabo la sucia y pobre Rusia una revolución social? A ellos —Nikándrov señaló con rabia el paisaje estonio que pasaba—, a ellos les tocaba empezar, ¡y no a nosotros con nuestros pies descalzos y nuestros febriles instintos tártaros!

Nikándrov sentía que su aspecto era ridículo y penoso mientras vociferaba todo lo que le causaba dolor, pero no era capaz de detenerse. Vio que su compañero de viaje quería objetar, y esto le dio más rabia todavía.

—¡Bien me sé sus objeciones! ¡El país de esclavos analfabetos se aplica para ofrecer al mundo un nuevo camino! ¡Nosotros, los que no sabemos qué es el metropolitano o el aeroplano, nos hemos alzado contra el poder de los Estados norteamericanos! Unos tipejos borrachos que queman cuadros solo porque estaban colgados en la casa de un terrateniente…, ¡así son los que pretenden rehacer el mundo! ¡La revolución es la cumbre del desarrollo lógico! ¡La

revolución está obligada a hacer la vida mejor de esa de la que reniega! ¿Y qué ha traído su revolución? ¡Hambre! ¡Ruina! ¡El poder de unos brutos que me dictan qué puedo y qué no puedo escribir!

Cuanto más rabiosos eran los gritos de Nikándrov, más sonriente se volvía la cara de Pozhamchi, y ya no estrechaba asustado contra su pecho el maletín grueso de piel de cerdo.

—¿De qué se ríe? —preguntó Nikándrov con pesar—. No debería reírse de sí mismo. El mal es vengativo: se vengará en la segunda generación, y en la tercera. Se han olvidado de sí mismos, embriagados con su minuto de poder, ¡al menos piensen en los niños! Rusia no les perdonará lo que han hecho con ella, nunca se lo perdonará, y su camino de regreso a la sensatez será sangriento y la sangre de estos años no tendrá ni punto de comparación con la sangre que se les avecina por sus pecados…

—Qué ganas de enojarse por nada —se sonrió Pozhamchi, aprovechando que Nikándrov le daba chupadas a la pipa—. Si me lo permite, yo pienso justo como usted, y no tengo intención de regresar con estos de los sóviets.

—¿Cómo?

—Pues eso mismo —respondió con cierta alegría maliciosa Pozhamchi—, solo que, muy señor mío, a juzgar por lo que veo, a usted le resultó fácil el «adieu, Rusia», mientras que a mí me ha supuesto mucho esfuerzo marchar, y un grandísimo riesgo.

Y mientras echaba otro vistazo al horario de las paradas, Pozhamchi se dirigió sin prisas hacia la salida: el tren se había detenido en una pequeña estación. Junto al edificio, Nikándrov vio varios trineos y un automóvil negro con aspecto de fiera —casi seguro alemán— con la matrícula salpicada de barro.

De pronto, Nikándrov se echó a reír. Se puso en cuclillas, se golpeaba las rodillas con las palmas —secas, grandes, esculpidas con líneas bien marcadas —, se ahogaba de risa, pero volvió a sentir lágrimas saladas en la garganta. «Dios mío — pensó—, ¡soy libre! Él como un ratón en un barco ahogándose y yo… ¡orgulloso! Yo regresaré a casa vencedor y él, ¡nunca!»

El jefe de vagón, mientras frotaba con un trapo el pasamanos de cobre, dijo a Pozhamchi:

—Solo paramos cinco minutos, no se vaya lejos, camarada. Aquí ni chapurrean ruso, cada uno habla a su manera…

—Gracias —dijo Pozhamchi, y saltó al andén con ligereza impropia de su edad. Después marchó trotando hacia el edificio de la estación.

En una mesita de un bufé pequeño y limpio había tres personas. Lanzaron una mirada fugaz al recién llegado y continuaron sorbiendo en silencio la cerveza de sus jarras de barro.

—Gentil hombre —se dirigió Pozhamchi al camarero del bufé—, ¿a quién

se puede contratar aquí para ir a Revel?

—El tren va para allá —respondió este en perfecto ruso— , ¿para qué quiere caballos?

Pozhamchi dejó escapar una risa obsequiosa:

—Para ir en trineo. Bueno, póngame un vasito, y algo de pescado.

—¿Cuál?

—Ese de ahí, el rojo. ¡A los rojos les sienta mal el pescado rojo! —volvió a reírse mientras sacaba la cartera del bolsillo interior del abrigo.

—No debería beber —oyó una voz tras de sí y sintió una mano en su hombro.

Enseguida se sintió ligerísimo, las piernas le flojearon, volviéndose al momento glaciales y húmedas. Se giró. Los tres que habían estado a la mesa junto a la ventana ahora estaban a su espalda: dos le palparon rápidamente los bolsillos —no fuera a llevar un arma— mientras el tercero, por lo visto el principal, mantenía una mano en su hombro, como antes.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Pozhamchi, sin reconocer su propia voz.

—No debe beber o el embajador notará el olor a vodka; el camarada Litvínov tiene un olfato extraordinario, y puede tener después disgustos en el Narkom de Economía, con Nikolái Nikoláich, con el camarada Krestinski…

—Entonces… ¿son de los nuestros?

—Sí —respondió el mayor y lo empujó hacia la salida—. ¿Los de la embajada lo esperan en la próxima estación?

—¿Por?

—No me maree con preguntitas —dijo el mayor llevándolo del brazo— y responda.

—En la próxima… Pero ustedes… aquí están, antes incluso —balbuceaba Pozhamchi—, y gracias a Dios, pues estoy lleno de miedo, por eso decidí permitirme… para darme ánimos.

—Eso está bien. Ahora pasaremos con usted al compartimento, porque viaja solo, ¿no?

—Exacto.

—Eso está bien —repitió el mayor ayudando a Pozhamchi a subir al vagón.

«¡Ay, señor —le pasó por la cabeza impetuosa y fríamente—, y le he soltado al literato que no quiero volver! Ay, señor, ¿de veras estoy perdido? En Revel me iré corriendo a la policía, gritaré que me están atacando…».

Los tres condujeron a Pozhamchi hasta el compartimento —Nikándrov no estaba en el pasillo—, cerraron la puerta y se sentaron en los asientos de felpa; el único que no se sentó fue el jefe, se inclinó un poco sobre el asustado hombre con abrigo de castor y maletín amarillo bien sujeto en la mano derecha.

—¿Cuánto lleva ahora en diamantes?

—Según el curso del dólar… Aunque me van a disculpar, no me han enseñado los mandatos siquiera…

El jefe se volvió a sus compañeros:

—Vlas Ígorevich, presente su mandato.

Vlas Ígorevich se sacó del bolsillo una Browning de morro ancho y apuntó con ella a Pozhamchi.

—Este es el primer mandato —dijo con calma el jefe—, pero es demasiado ruidoso, por eso hemos traído un segundo, ¿no es verdad, Valentín Fránzevich?

Valentín Fránzevich sacó la mano del bolsillo de su casaca corta de cuero guarnecida con añino gris. En ella tenía un cuchillo y Pozhamchi enseguida percibió lo agudo que era, el cuchillo en cuestión, y frío, aunque solo llegó a ver un instante el trozo de acero color blanco quirúrgico: Valentín Fránzevich lo escondió enseguida, mientras lanzaba miradas burlonas al inspector del DEA.

—Pero, entonces… ¿son maleantes?

—¿Acaso tengo pinta de maleante? —preguntó el jefe—. Hubo años en que ni siquiera se atrevía a llamarme por mi nombre y patronímico, sino como mucho «su excelencia».

—¡Dios mío! ¿De veras es usted, Víktor Vitálievich? —Gracias a Dios que me ha reconocido —sonrió este—. ¿Tan mayor me hace el bigote? ¿O son las gafas? Entonces, ¿cuánto hay en dólares?

—Unos dos millones.

—¿Y usted quería largarse con esa riqueza que pertenece a la república de los obreros y de los campesinos? ¡Ay, ay, Nikolái Makárych, qué vergüenza! El pueblo pasa hambre y usted…

—¡Por Dios, Víktor Vitálievich! Estoy dispuesto a darle la mitad, pero no…

—No voy a hacerlo —se sonrió Víktor Vitálievich—, no voy a matarlo. ¿Le apetece fumar?

—Lo he dejado.

—¿Por el corazón?

—Sí, bueno, no puedo quejarme. El tabaco es un poco caro.

—¿Incluso para usted?

—Grano a grano hincha la gallina… —Nikolái Makárych hizo un esfuerzo por bromear e incluso se rio un poco, mientras miraba de reojo a los dos sentados junto a la puerta, pero Víktor Vitálievich lo interrumpió:

—De acuerdo, se acabó el recordar, tenemos el tiempo justo. No fuma, ya fumo yo solo. En la siguiente estación subirán dos de la embajada para vigilar las piedras; nos ha supuesto mucho trabajo ganarles la delantera, así que, hale, seamos breves y serios. Dígame, entre esas piedras que lleva en el maletín, ¿hay algo que pertenezca a mi familia?

—Un collar de esmeraldas y gemas sueltas, su tía los empeñó por treinta y dos mil en oro, en la primavera del diecisiete, antes de la revuelta.

Pozhamchi alargó el brazo hacia el maletín, pero Víktor Vitálievich volvió a colocar la mano en su hombro:

—No hace falta, Nikolái Makárych. No voy a llevarme las piedras, siempre me han parecido odiosas y, ahora, más todavía. Tengo algo que pedirle: entrégueselas al camarada Litvínov de la forma más intacta posible, ¿está claro?

—No comprendo, su excelencia…

—¡Y dale con el excelencia! ¿Cuándo vamos a superar el excelencia? A ver, no soy ni excelencia ni conde, soy simplemente Vorontsov. Un emigrado. Un enemigo del pueblo trabajador. Sin patria y sin linaje. Y es algo muy malo, Nikolái Makárych. Que un Vorontsov esté en la tierra sin familia, sin linaje. Para ustedes los comerciantes es sencillo: para ustedes la patria está allí donde se puede realizar la compra-venta, pero para mí la patria es solo una, y con ella en el corazón moriré, y se llama Rusia. Y tengo intención de regresar. Y entonces para usted también será todo más sencillo, podrá comerciar con las piedrecitas y seguir con los negocios que se traía con mi tía. Y usted, Nikolái Makárych, va a ayudarme a regresar a mi patria, y para eso necesito que siga trabajando en el DEA como siempre. ¿Qué ingresos tenía antes de la revolución?

—Trece mil, es fácil de comprobar en mi cuenta del banco.

—No soy de la inspección obrera, no me voy a poner a comprobar nada, confío en su palabra. ¿Qué cree usted, los bolcheviques van a quedarse mucho tiempo?

—No van a aguantar mucho tiempo.

—¿Y si encima nosotros hacemos presión? —Entonces se desmoronarán, Víktor Vitálievich. Pero solo si se ponen en serio, al pueblo no hay que enfurecerlo sin más… con azotainas y desprecio por la gente de a pie…

—Bueno, ya sabe, nadie puede garantizar que no haya errores… Rotos… nos hemos vuelto más inteligentes. A ver, veamos, por todos sus años con los sóviets recibirá cincuenta mil en oro por año. ¿Se lo pongo por escrito o le basta con mi palabra?

—No puedo regresar, no tengo fuerzas.

—Nikolái Makárych, voy a ser convincente. Escúcheme atentamente: si usted, a pesar de mi petición, insiste en su decisión de huir ahora, haré que lo entreguen: ha robado objetos muy valiosos que pertenecen al Estado, no, a nosotros, a los Vorontsov, a los Naríshkin y a los Yusúpov. Nadie le comprará las piedras, y podemos demostrar que son nuestras, bien lo sabe…

—Sí —suspiró Nikolái Makárych—, cómo no voy a saberlo…

—Y la policía lo meterá en la cárcel, y las cárceles de aquí no son ni un poquito mejores que las de Moscú. Incluso peores: aquí no hay amnistías, aquí

se aprende a contar los años de condena como el dinero. Y tenga en cuenta que los gobernantes locales odian tanto como nosotros a los dueños del Kremlin, pero, además, les tienen mucho miedo y de buen grado nos entregarán a Moscú si descubren a alguno de sus porteros de las embajadas. Dentro de cinco minutos hay una parada, la gente de Litvínov vendrá y le llevará directamente a la calle Pikk. Si por el camino se le ocurre gritar o llamar a la policía, aquí mis amigos ayudarán a los chequistas que estarán custodiándolo. No va a negarse a realizar este trabajo, ¿verdad, Valentín Flánzevich?

Este asintió en silencio.

—Si acepta satisfacer nuestra petición —continuó Vorontsov—, estoy dispuesto a enseñarle su pasaporte de… ciudadano alemán. Lo recibirá aquí mismo, después de que haya hecho otros tres o cuatro viajes. Al menos entiende que no tiene más salida que aceptar mis condiciones, ¿no?

—Solo un imbécil no lo entendería —respondió Nikolái Makárych.

—Eso está bien. Mañana por la tarde venga al Corona de Oro, el que está en el sótano, yo lo buscaré allí. ¿De acuerdo?

—Sí.

—No se ponga así, no se me enfade —sonrió Vorontsov ligeramente—, con esa fortuna no habría salido adelante aquí, su cabecita no lo soportaría, no es de esa clase: recuerda con demasiada exactitud sus ingresos anuales.

—Me las habría apañado, Víktor Vitálievich, y ya me va a perdonar, pero los aristócratas que no sabían ni querían contar sus ingresos…, esos son los que condujeron a Rusia a la bancarrota. Los aristócratas tendrían que haber tenido amor platónico por Rusia y haber traspasado su administración a aquellos a los que les gustan las cifras y las recuerdan.

—¡Si ese es el programa! Ya verá, el nuevo gobierno le ofrecerá el puesto de camarada del ministro de Economía.

—¿Y el ministro, de su estamento, se pondrá otra vez a darme indicaciones? Ni que decir tiene que sería mejor que se dedicara a apostar en las carreras y a cazar, sin duda: como ordene…

—Ya basta, Nikolái Makárych, ya basta —respondió Vorontsov, y sus pómulos empezaron a rechinar—. Mi bisabuelo salió bajo las balas a la plaza del Senado,[15] vale, era jugador y, aun así, tenía carruajes en propiedad. Queremos a Rusia, y el esquema solo es importante para que usted aplique su incansable fuerza. Esto es más serio. Y si se hubiera decidido a huir con esos millones del Kremlin, los chequistas lo habrían pescado de todas formas. Debe ganarse su confianza para no temer un registro en la frontera, entonces le dará piedras a Litvínov y también sacará para usted. Cuánto se va a llevar usted, es cosa suya. A mí me dará, en cada viaje, un millón. Como si usted quiere cinco, no voy a controlarlo. Hasta la vista. Mis amigos se quedan en el compartimento vecino; si pasa algo, dé una voz, lo ayudarán. Yo tampoco

andaré muy lejos…

—Haced algo con el escritor, por pura tontería se me ha escapado que estaba huyendo de los sóviets…

Los tres se dieron la vuelta al momento.

—¿Qué escritor? —preguntó Vorontsov.

—No me he quedado con su nombre, solo que es literato.

—Mal hecho —dijo Vorontsov—. ¿Cómo hace esas cosas? Vorontsov sacó de su bolsillo interior un estilete alargado, presionó un ingenioso botoncito —un punzón fino surgió con gracia— y lanzó una mirada interrogante a Vlas Ígorevich. Este alargó el brazo y Vorontsov le entregó el estilete.

Vorontsov salió el último del compartimento. Entornó con cuidado la puerta, se dio la vuelta y, al ver a Nikándrov junto a la ventana, soltó el aire como dando un gemido.

—¡Dios mío, Lenia! ¡Leonid, querido mío!

Litvínov, el embajador de la RSFSR en Estonia, se levantó despacio de la mesa y salió sin prisa, con un suave contoneo, al encuentro de Pozhamchi. Lo palpó con sus fríos ojos azules, ocultos tras los gruesos cristales de las gafas, esbozó una sonrisa seca y con un gesto invitó al principal tasador del DEA de la república a una mesa pequeña, de patas raquíticas y arqueadas, puesta para dos personas.

—¿Ha llegado sin incidentes? —preguntó Litvínov.

—Sí, todo en orden, gracias a Dios. —Pozhamchi respondió sonriendo agitado y obsequioso en exceso y comprendiendo que, desde fuera, no se vería bien. Por alguna razón le parecía que ese hombre de cabeza grande al final de la conversación iba a hacerle preguntas sobre literatura y sobre su diálogo con Vorontsov en el compartimento del tren y, por eso, se sentía inseguro, como si lo observaran con un microscopio. No había tenido tiempo ni de recuperarse, de crearse una línea clara de comportamiento, porque unos diplomáticos espigados —Jrómov y Potapchuk— se sentaron en su compartimento a los tres minutos de que hubiera salido Vorontsov, y desde la estación lo llevaron enseguida a la embajada y aquí, sin dejar que se aseara y picara algo, lo invitaron a ver al embajador.

—Bueno, pues si es gracias a Dios… —Litvínov se sonrió con esa extraña sonrisa suya—, por favor, tome un café.

—Muy agradecido.

«De los suburbios casi seguro —pensó Litvínov—. ¿Por qué los suburbanos son tan tenaces en política y en las finanzas? ¿Es por un defecto en su amor propio o por un codicioso deseo de ser urbanos?».

—¿No le han pedido que me transmita nada?

—El camarada Krestinski me sancionó que le transmitiera sus saludos.

—Gracias. Qué interesante: «sancionó», puede verse al mismo tiempo como «autorizó» o como «castigó»…

—¿Quién ha castigado? —Pozhamchi no lo entendió.

—De momento nadie, a nadie —respondió Litvínov pensando: «Si él me hablara con sus términos y su vocabulario, imagino que yo tampoco lo entendería a la primera».

Clavó su dura mirada en el sobrecejo de su interlocutor y preguntó:

—¿Hay algo que quiera hacer? ¿Alguna petición?

—No, no hay peticiones, camarada Litvínov, qué dice…

—En ese caso, permítame que lo felicite por el trabajo tan noble que ha realizado trayéndonos las alhajas. Permítame que le haga entrega de un premio… —y Litvínov le dio a Pozhamchi un sobre con dos papelitos verdes de cien dólares cada uno.

—Muy agradecido —dijo Pozhamchi, y no dejó que su cara mostrara que lo había comprendido a la primera: Litvínov lo tenía sólidamente atrapado con su mirada especial. Por lo visto, esa sonrisa maliciosa y desdeñosa dejaba al descubierto justo lo que Litvínov intentaba ocultar tan a conciencia, y hoy y cinco años completos, desde el momento en que triunfó la revolución. ¿Cómo no iba a sonreír con desdén cuando en su cartera había ocho mil dólares y, en el maletín que iba a dar a ese bandido de ojos fríos, casi dos millones?

«De todo hay en la viña del Señor —pensó Pozhamchi— . ¿Qué necesidad tenía yo de fiar a la tía de Vorontsov a cuenta de las esmeraldas? Todos estamos listos a la hora de ver la ganancia cercana, pero eso de mirar hacia delante, allá donde todo está negro y lleno de espinas, bien que nos esforzamos en no pensarlo, somos como los topos».

—¿Qué ingresos tenía usted antes de la revolución? —preguntó Litvínov.

—¿Mis ingresos? Lo he borrado de mi memoria. ¿En los ingresos está la felicidad?

—Eso es cierto. ¿Y dónde está? ¿La felicidad?

—Quién sabe… —respondió Pozhamchi—. Cada felicidad es diferente, no las hay iguales.

—También es cierto —convino el embajador y se levantó.

Pozhamchi le tendió el maletín:

—Ahí está… Todo… ¿Los recoge usted o alguno de sus ayudantes?

—¿Y qué hay que recoger? —Litvínov se encogió de hombros—. Usted ha podido desaparecer con la maletita. En la primera parada en Estonia.

Pozhamchi se quedó helado otra vez y, con una risita obsequiosa, levantó con recelo la mirada. El embajador lo miraba sin pestañear y su cara parecía decir: «Vamos, desembucha, desahógate, habla…».

—¿Por qué? —preguntó Pozhamchi sin que viniera a cuento—. No sé por qué iba a marcharme, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza…

Descerró el maletín y, comprendiendo que estaba haciendo justo lo que no debería hacer, esparció en la mesa los saquitos de gamuza que contenían las piedras y los collares. Los retenía con el característico gesto de todos los joyeros. Un movimiento insinuante y tímido, pero fuerte al mismo tiempo, como el movimiento de un padre cuando acuna a su hijo.

Las piedrecitas verdes, blanquiazules, rojo ahumado, estaban sobre la mesa y al momento esta —qué extraño, se dijo Litvínov— se convirtió en otra, pesada, y ya no era en absoluto clara, sino oscura, se empapaba de los enigmáticos destellos de las piedras. De cuando en cuando estas parecían absorber los apagados rayos del sol y entonces disparaban fríamente una luz facetada, tornasolada y estelar, pero esta luz se alargaba solo por un instante, pues después el sol se disolvía en el silencio de la piedra; y aunque seguía siendo la de antes, aun así, la mesa se había convertido en otra: con una cualidad misteriosa, oculta al entendimiento humano; se había empapado de luz para siempre, sólida y ávidamente.

—¿Le gustan las piedras? —oyó Pozhamchi la voz del embajador.

Sintió esa voz tirando a sorda desde algún lugar lejano, y le resultó desagradable oírla, porque era árida y corriente, mientras que Pozhamchi hablaba en susurros siempre que examinaba piedras, como si estuviera en el templo de una deidad.

—¿Cómo no van a gustarme? —respondió—. En cada piedra hay una historia.

—Esta, por ejemplo —preguntó Litvínov rozando con un dedo una perla grande gris celeste—. Si no tiene color, es sosa…

—Las perlas mueren si no sienten un cuerpo cerca. Está tan marchita porque ha permanecido cinco años en un depósito. Las perlas pertenecen a ese tipo único de piedras preciosas que saben lo que es estar enamorado. Fíjese. —Pozhamchi se colocó la pieza debajo de la lengua y se quedó quieto. Pasó así como un minuto y después sacó la perla de la mejilla—. ¿Lo ve? Ha empezado a coger un tono rosa. Puede salvarse. Morirá dentro de unos diez años si la guardan en un sótano sofocante en lugar de llevarla en la mano. Y estos diamantes son del depósito de Filaret, un diamante puede sanar el corazón. Si, por ejemplo, lleva en la corbata un alfiler de diamantes, nunca le dolerá el corazón… Estas esmeraldas de Sajonia las sostuvieron las manos de Federico el Grande, del sueco Carlos, de Pedro I… Y después pasaron a manos de personas de mi profesión, seguramente por eso se han conservado. Es que somos gente callada, como todos los enamorados…

Vorontsov tenía alquilada una pequeña buhardilla en las afueras de Revel. La casa era de madera; olía a mar y a mina al mismo tiempo. El dueño, Hans Saaks, había navegado en América en los «mercantes» y desde aquella lejana

época estaba «enfermo» de mar: junto a su casa descansaban cables llenos de brea y cabos de Manila, que habían absorbido los aromas misteriosos y lejanos de los veleros del siglo pasado; la casa se caldeaba con esquisto, como en toda Estonia, por eso Vorontsov, mientras ayudaba a Nikándrov a desvestirse y se quitaba él mismo su abrigo pequeño y ligero, dijo:

—Ponte cómodo, Leniushka, te cedo mi yacija; yo me apañaré en el suelo, como en el frente.

—No quiero causarte molestias, Víktor, me iré a un hotel, allí podré convocar conferencias de prensa, reunirme con los editores.

Vorontsov lanzó una mirada algo extraña a Nikándrov y algo parecido a una sonrisa cambió su cara, que se volvió triste y bella, de una belleza de las que calan.

—De acuerdo, veamos —dijo—, ¿cuánto dinero tienes?

—No tengo… Bueno, algo suelto, unos veinte dólares… Sin embargo, me he traído el manuscrito de mi nueva novela.

Vorontsov sacó de un armarito vodka, un par de huevos duros y un queso poroso, amarillo fuerte.

—¿Sobre qué es la novela?

—Sobre los decembristas.

La cara de Vorontsov se congeló y preguntó en voz baja:

—¿Y para qué quieren aquí a los decembristas?

—¡Ya estamos con el escepticismo ruso!

—Vale, vale… —repitió Vorontsov y sirvió el vodka.

—Tiene aristas —reparó Nikándrov—, como los de tu montero en Sosnovka.

—Yelizárushka —dijo Vorontsov, y su rostro se volvió cálido, se estremeció —, ¿cómo estará ahora el viejo? Me quería y era leal, con entusiasta lealtad, esa que solo encuentras en los monteros rusos. —Cortó dos lonchas gruesas de queso y añadió—: Y en las mujeres.

—Y si te engañan, las mujeres o los monteros, también lo hacen a la rusa: con crueldad, con locura.

—Yo tengo la culpa de lo que pasó con Vera…

—No me refería a Vera… Yelizárushka fue el primero en prender fuego a tu casa en Sosnovka y en sacarles los ojos a los caballos… con un hacha…

—Eso es imposible, Lenia. Ahora cuentan de todo sobre los hombres, solo porque sí, por aburrimiento…

Nikándrov había visto a Yelizárushka cuando vivía en la aldea vecina —barbudo, entrecano, vestido con harapos—, ¡quién habría reconocido entonces al brillante escritor petersburgués! Había visto a Yelizárushka arrancándose del pecho escuálido, de clavículas salientes y angulosas, la ropa y gritando: «¡Esos parásitos nos han chupado la sangre! ¡Ya está bien!».

—Quizá tengas razón —respondió Nikándrov, que no quería causar dolor a su compañero y por primera vez en todo ese tiempo se fijó bien en la habitación de Vorontsov. Vio unas manchas grandes esparcidas por el techo; el papel en las paredes, antiguo y desencolado; el suelo mal teñido; una de las patas de la mesa estaba calzada con un periódico doblado varias veces.

—Hale, por el encuentro, Lenia.

Bebieron en silencio.

—Señor, qué envidia te tengo, todavía hoy estabas en Rusia…

—No la tengas, Víktor. Tú estás aquí, en tu cas… —Nikándrov se paró en seco, Vorontsov lo ayudó:

—En una caseta, no te compadezcas, Lenia, en una caseta. Vivo como un perro. Aunque mis perros vivían en casa, debajo de la biblioteca, ¿te acuerdas? Una vez, en Pascuas, te colaste allí con el lebrel… ¿Cómo se llamaba? Lizaveta, creo. Sí, seguro, era Jerry y la rebautizamos… En una caseta de perro, Lenia… Cuando te azuzan, un vasito viene bien.

—Ten paciencia, venderemos la novela y daremos el salto a París, aquello está lleno de los nuestros.

—En Berlín hay más.

Se tomaron otro vaso. Vorontsov se levantó —era de piernas largas, bien plantado— y con paso suave, como todo miembro de la caballería, se fue a la puerta.

—Ahora vengo. Voy a avisar al dueño de que regresaremos al alba. Ahora tengo un dueño. Vivo en casa de otros, Lenia.

Nikándrov sintió una inmensa pena por ese hombre de ojos grises que ya empezaba a perder pelo, que en Rusia había poseído fincas y haciendas célebres por su hospitalidad, por sus amplios rasgos democráticos —a la manera inglesa—, su magnífica colección de pinturas, sus bibliotecas y, lo más importante, por su espíritu único de bienquerencia e interesada respetuosidad, algo ajeno tanto a los ricos alcanzados como a los nobles empobrecidos, quienes de todas las formas posibles acentuaban su origen precisamente noble, pero en modo alguno aristocrático.

«La verdad, tiene un comportamiento admirable —pensó Nikándrov—. Habiendo perdido todo lo posible, se ha conservado a sí mismo, su dignidad. Por eso saldrá vencedor. Te destruyes cuando empiezas a hacer tratos contigo mismo. Por eso te observa vigilante el zar-fortuna, mientras forma sus enigmáticas combinaciones de ensamblaje del bien y el mal, de la falta de voluntad y la contundencia, de la fidelidad y la traición. Te tropiezas —contigo mismo, a solas con tu auténtico “yo”, das paso al mal aunque sea una pizquita — y estás perdido. Y esos tratos ya pueden traerte después gloria, reconocimiento y riquezas por un tiempo, da igual, estás sentenciado por la implacable lógica de su majestad fortuna, bajo cuyo dominio estamos todos,

pero a quien no nos ha sido dado comprender. Es como Dios. Hay que temerla piadosa, espiritualmente; solo un miedo así puede domar al diablo que hay en el hombre».

Una vez abajo, con el dueño, Vorontsov preguntó:

—Hans Gustávovich, ¿me permite utilizar el teléfono?

—Sí, claro, pero que no sea mucho tiempo…

Vorontsov llamó a la redacción del periódico Vaba Sõna y pidió que se pusiera al aparato el señor Jürla.

—Buenas tardes, Karl Ennovich, al habla Vorontsov.

—Buenas tardes, conde.

—El escritor Nikándrov ha venido de Moscú a verlo.

—¿A mí? —se sorprendió el reportero principal de la sección de artes y crónicas—. Yo no lo he invitado. Me parece que habrá venido a verlos a ustedes, no a mí…

—No, no le merece la pena relacionarse con nosotros. Se mantiene al margen de la política, es uno de los escritores con mayor talento de Rusia. Me gustaría pedirle que viniera hoy al Corona de Oro, Nikándrov le contará lo que está ocurriendo en Rusia.

—Creo que, a grandes rasgos, podemos sospechar qué es lo que está ocurriendo en Rusia.

—Pero obtendrá las noticias más frescas de mano de un escritor que se ha visto forzado a abandonar la patria.

—Comprendo, comprendo… ¿Me darán de beber?

—Habrá vodka.

—¿Ve en qué burdo materialista me he convertido desde que en su país vencieron los materialistas? —Jürla se echó a reír—. No se me retrasen.

—Lo esperamos sobre las diez.

Vorontsov dejó el auricular en su sitio, sus dedos fuertes se restregaron los pómulos y alargó varias veces los labios en una mueca de risa violenta, insonora.

Llamar a las redacciones de los dos periódicos rusos — Últimas Noticias y El Popular— era arriesgado. En Últimas Noticias sentían inclinación por la plataforma de los cadetes, mientras que El Popular era el órgano de los socialistas revolucionarios. Estos periódicos no tenían peso alguno, y Vorontsov quería atraer sobre Nikándrov la atención no tanto de la emigración infeliz, sin dinero y sumida en intrigas, como de la intelectualidad local. Por eso no llamó ni a Liajnitski, el editor del Últimas Noticias, ni a Vladímir Baránov, el principal crítico de El Popular. Al editor Vajt simplemente no podía llamarlo: el eserista lo odiaba.

«Siempre nos pasa lo mismo —pensó mientras pasaba las hojas de su

agenda—. Cuando los extranjeros demuestran interés, entonces también los nuestros empiezan a dar vueltas alrededor. Y si llevo ahora a Nikándrov a que se relacione con los nuestros, empezarán a arrugar la nariz: unos porque no ha sido suficiente de izquierdas, y otros porque no tiene excesiva fama de ser de derechas… Nada, que los locales armen ruido, entonces también lo harán los nuestros… sin necesidad de pedírselo».

—¿Jan? Hola, buenas —dijo Vorontsov cuando hubo llamado al siguiente número—. Tengo algo que pedirle. Coja a alguno de sus compañeros poetas y vengan hacia las diez al Corona de Oro, Nikándrov ha venido de Moscú.

—¿Y ese quién es?

—Su colega escritor. Es un cerebro y un muchacho encantador. He invitado a Jürla, va a dar la noticia: una conferencia de prensa que conducirán los poetas, sensacional por sí sola.

Vorontsov se volvió hacia Saaks, volvió a restregarse las mejillas frías y bien afeitadas y dijo:

—Hans Gustávovich, quería pedirle algo. ¿Haría el favor de prestarme cinco mil marcos?

—No puedo, amigo mío. No puedo de ninguna manera.

—Siempre he sido formal… Cinco mil, son solo quince mil dólares…

—Su formalidad solo puede interesar a una persona: a usted. De lo contrario tendría que pagar intereses. ¿Y a mí qué más me da? No se ofenda, señor Vorontsov, pero cada persona debe tener su propio objetivo.

—Tiene razón… ¿Puedo hacer otra llamada?

—Claro, claro, ya se lo he dicho.

Vorontsov cubrió ligeramente el auricular con la mano:

—Zhenia, soy yo. Ha venido Nikándrov. Va a ser muy violento que el primer día se dé de bruces con… Bueno, ya me entiendes. Coge a uno de los nuestros y venid hacia las diez al Corona. Si Zamiátina, Jolov y Glébov no están ocupados en el cabaré, tráetelos también. Y preparad el máximo de preguntas sobre su pasado, sobre su papel en nuestra vida cultural y su relación con los traductores en Europa. ¿Me has comprendido?

Vorontsov se giró de nuevo a Hans Gustávovich y dijo:

—Le ofrezco un anillo de compromiso. Este, ¿cómo lo ve?

—fale, pero todas las joyerías han cerrado la compra-fenta.

—¿Qué me está diciendo, que lo que llevo en el dedo es cobre?

—¿Por qué cobre? No es cobre. Comprendo que no va a llefar cobre en el dedo. El cobre deja en los dedos chorreaduras y después viene el reumatismo. Simplemente no sé cuánto fale ese anillo y quiero ser honrado.

—No le estoy vendiendo el anillo. Se lo dejo en prenda. Por cinco mil marcos. Si no se los he devuelto dentro de una semana, podrá venderlo por veinte mil.

—Anda, qué astuto e inteligente es usted, señor forontsov —Saaks se echó a reír mientras sacaba el dinero—, y cómo le gusta el riesgo. ¿Acaso se puede dejar el amor en prenda?

—Eso ya no es de su incumbencia.

—Hasta la fista. Y no se cabree, es una broma. Por cierto, ha llamado la mujer que lo llama por las noches.

—¿Qué mensaje ha dejado?

—Me ha pedido que le diga que el estado de su amigo ha empeorado.

—¿Ha empeorado mucho?

—Sí, sí, es ferdad, dijo «ha empeorado mucho». Pidió que pasara a verlo hoy por la tarde.

—Tengo que hacer otra llamada —dijo Vorontsov y, sin esperar el permiso detallado y lento de Saaks, solicitó el número y, en alemán, cambiando ligeramente la voz, dijo—: Por favor, dígale a la dama que los sábados alquila la habitación número siete que hoy me retrasaré y que no llegaré a las diez, sino hacia la medianoche.

—Sí, señor, le dejaré una nota a nuestra huésped.

—No es necesario. Dígaselo de palabra.

—De acuerdo, señor, se lo diré de palabra.

—Perdona, me he entretenido —dijo Vorontsov de regreso en su cuarto—, ¿por qué no has bebido sin mí, Lenia?

—Solo no soy capaz.

—Así que estás asegurado contra el alcoholismo, ¿eh?

—Cierto.

—Aquí ya se ha montado cierto revuelo alrededor de tu figura: la prensa, los poetas…

—¿Se lo han olido? ¿Cómo?

—Los folicularios, ya sabes qué trabajo tienen, además, no eres una aguja en un pajar. ¿Tienes hambre?

—Supongo, solo que no tengo sensación de hambre.

—¿Tienes muda de recambio? ¿Nada de piojos?

—He pasado por el centro de desinfección y no tengo recambio. ¿Nos movemos a alguna parte?

—¿No tienes una camisa algo más nueva? ¿Corbata?

—Nada, no he traído nada de Moscú, ni de Washington.

—Si hubieras venido de Washington, colaría, pero como has venido de Moscú… el portero del local no va a dejar que…

—¿A quién?

—A nosotros. Mejor dicho, a ti, yo llevo corbata.

—¿Quieres decir que nos va a echar? ¿Qué es, miembro del Sóviet de los

Diputados?

—Para nada —respondió Vorontsov mientras sacaba de una maleta escondida debajo de la cama una camisa muy almidonada—, no le tiene mucho cariño a ese Sóviet, aunque podría decirse que es un trabajador. Los que se han consagrado al servilismo también tienen sus parias y patricios, sus esclavos y aves de rapiña. Y hace mucho que comprendieron que la riqueza y la independencia solo pueden alcanzarse por medio de una autohumillación sofisticada, especial. Odia a los clientes, los odia muy en serio, aunque es todo sonrisas, respeto y dulzura y ofrece dosis de trato familiar. Creo que los lacayos moscovitas tenían fichas con nuestros nombres… hasta la revolución. Y cuando pidieron la cuenta, pues no había quién les pagara, y por eso sacaron los ojos a los potros… Con un hacha…

Nikándrov se quedó mirando fijamente a Vorontsov, pero su rostro era impenetrable.

—La industria local de humillación lacayuna es asombrosa —continuaba Vorontsov—. Ofrece ocho horas de esclavitud y dieciséis de una misteriosa libertad, potente. Los lacayos empezarán pronto a crear sus propios clubs, créeme. Bueno, pues que les vaya bien. ¿Una más para el camino? La corbata no es del mismo tono, ya me perdonarás, solo tengo dos.

—¿En serio no te llevaste nada de casa, Víktor?

—Unos cien mil en diamantes…

—¿Bebiste mucho?

—Lenia, he prestado ayuda. Al principio a Antón Iványch Denikin, después me fui a Omsk, le entregué todo al almirante… ¿Recuerdas al corneta Ratomski? Murió de hambre en Shanghái, y había una vacante, de lacayo en un club inglés. No fue. Siempre había considerado que sus antepasados no eran de sangre muy pura, su soberbia era excesiva… Porque yo sí me habría humillado y habría ahorrado dinero en el club para el viaje a Europa… Su señoría, haga el favor, por aquí…

—Por ti, Víktor —dijo Nikándrov alzando el vaso y sintiendo que, por tercera vez en el día, no podía contener las lágrimas—. Por tu corazón y tu valentía.

—Está bien, Lenia… Está bien… Todo lo que pasó… ha sido útil. Hombre escaldado…

Ya en la calle, mientras avanzaban entre el precavido crepúsculo primaveral, tardío, con el presentimiento alarmante del mar, con el agua lila del primer deshielo junto a la orilla, cortado por el relieve marcado de los tejados oscuros, Nikándrov preguntó por fin:

—¿De verdad que no pudo ayudarte ninguno de los nuestros?

Vorontsov no respondió, se limitó a esbozar una sonrisa amarga.

—Recuerda el camino, Lenia —dijo por fin—, te toca volver solo, yo tengo

una cita de trabajo hoy por la noche.

—¿No te molestaré?

—No, no llevo a nadie a casa…

—¿Te avergüenzas de tu cueva?

—¡Qué dices…! No soy un mercader, ni mucho menos… No, la persona vive en el centro y le resulta más fácil acercarse hasta aquí. Lenia, dime, como cuando de pequeño te confesabas a un viejo bondadoso, ¿en casa es igual de terrible que antes? ¿Como en el dieciocho?

—Para mí que es peor. Han llevado al aldeano a la extenuación total. Nuestra aldea les da igual… Ellos quieren al proletariado urbano… Resulta que han decidido destruir el sistema campesino, hacer que los aldeanos se marchen a la ciudad, que se conviertan en fuerza trabajadora gratuita para construir fábricas: según su esquema, sin fábricas no habrá felicidad ni en la vida ni en la revolución mundial. Un esquema cruel, y en ese esquema nosotros solo somos componentes inanimados, llamémoslo así, elementos transferibles de la sociedad…

revel, para román.

Es imprescindible averiguar cuál de los colaboradores de nuestra embajada tiene contacto con gente de las representaciones extranjeras acreditadas en Estonia. Por cuanto los informes proporcionados por nuestra fuente están sujetos a comprobación, le pedimos que mantenga excepcional cautela y tacto.

Boki

[15] Durante el levantamiento de los decembristas en 1825. (N. de la T.)

LA DISTRIBUCIÓN DE FUERZAS

Päts, jefe del Estado estonio, salió rápidamente al encuentro de Litvínov por una alfombra gruesa que disimulaba el sonido de los pasos.

Al principio no había alfombra y había que salir al encuentro de los embajadores atravesando una sala enorme, cuyo parqué se expresaba de una forma especial, resonante a más no poder, y al presidente lo alteraba ese estruendo soldadesco cuyo eco resonante golpeteaba por toda la sala, aunque él intentara que sus pasos fueran suaves, de puntillas.

—Buenas tardes, señor presidente…

—Buenas tardes, disculpe que le haya hecho esperar… Päts hizo una pausa creyendo que Litvínov respondería lo obligado en este caso, algo tipo «comprendo lo ocupado que está», pero el embajador no respondió nada, la pausa se alargaba y el presidente, extendiendo el brazo izquierdo, indicó dos sillones junto a la chimenea:

—Por favor.

—Gracias.

Como si fuera a embestir, Litvínov bajó la cabeza —en ese momento al presidente le pareció que era enorme, más grande que el cuerpo del embajador —, adelantó un poco el cuerpo y empezó a hablar:

—A pesar de nuestras repetidas peticiones, la policía estonia no ha dado ningún paso en contra de los grupos de delincuentes que, con base en Revel, realizan incursiones en ciudades y poblaciones ubicadas en nuestra república, donde se dedican a saquear, asesinar y violar.

—Por favor, hechos, señor embajador. La falta de pruebas en una cuestión así puede ser interpretada simplemente como un intento de injerencia en nuestros asuntos internos.

—Creo que, si empezamos a citar hechos, el cuadro puede ser justo el inverso. No somos nosotros quienes injerimos, sino que en nuestros asuntos internos hay injerencias: desde el territorio de Estonia se trasladan a Rusia grupos de delincuentes, aquí encuentran protección.

—Me veo obligado a repetirme: la base para debatir esta cuestión solo pueden ser hechos rigurosamente documentados.

Litvínov extrajo del bolsillo de la chaqueta varias hojitas de papel. Las fue sacando despacio, torpemente, y lo hizo de forma calculada y alegre: el presidente nunca habría pensado que traería un documento oficial en el bolsillo en lugar de en una carpeta. El embajador se permitía gastar bromas, a veces tenían su riesgo, pero siempre eran precisas y ganadoras.

Antes —tanto deportado como emigrado—, Litvínov tenía una remota idea sobre la diplomacia. Esta idea es imposible de cambiar hasta que una persona no se convierte ella misma en diplomático. Solo entonces comprende que la diplomacia es una de las variantes del comercio internacional y que es, a su vez, parecida al comercio común y corriente, aunque en los momentos de mayor peligro para el mundo recuerde al comercio de los bazares, donde vence el más tranquilo, fuerte y, obligatoriamente, honrado: la mercancía mala te pringa los morros y te difama por mucho tiempo, no es tan fácil recuperarse…

Litvínov había aprendido mucho de Chicherin, Krasin y Vorovski.

El estilo de estos hombres era magnífico: tirando a seco, sin emoción alguna, las cartas sobre la mesa, el trabajo es el trabajo, nada de bullicio y un elevado sentimiento de autoestima; no estaban representando a cualquier potencia, sino a la primera socialista en el mundo.

Una vez Litvínov le dijo al vicecomisario Karaján:

—Estoy convencido de que tarde o temprano llegaremos a resolver un problema importantísimo —todavía no nos hemos acercado, y cómo acercarse a él es la cuestión de las cuestiones, porque puede liarse pero bien—, me refiero al problema de extirpar de la conciencia de la intelectualidad rusa ese sentimiento que tiene de ser de segunda categoría.

—¿Cómo? —Karaján no lo había comprendido—. Eso nos devuelve al chovinismo de las grandes potencias.

—Ni mucho menos —replicó Litvínov—, de devolvernos a algo, sería al orgullo nacional de la Gran Rus. Adoro a Byron, ¡pero Rusia ha dado al mundo a Pushkin! ¿Maupassant? Admirable, ¡pero nosotros tenemos a Chéjov! ¿Flaubert, Zola, Dickens? Cierto, sin ellos el mundo no sería mundo. Pero ¿y sin Tolstói, Dostoievski, Turguénev, Schedrín o Lérmontov? ¿Verdi? Bien, ¿y Chaikovski, Rimski-Kórsakov, Músorgski…? ¿Cómo vivir sin ellos?

—¿Se ha dado cuenta —se sonrió Karaján— de que nuestra revolución ha despertado tanto en mí, armenio, como en usted, judío, el sublime sentimiento del patriotismo de la Gran Rus socialista?

—Sí —Litvínov estuvo de acuerdo—, y por eso durante las conversaciones no es conveniente poner los pies encima de la mesa, pero sí se debe recordar siempre que vivimos bajo el techo de la gran cultura rusa y que es posible que en el mundo no haya cultura más poderosa… Aunque luego a cualquier sueco u holandés le estrechamos la mano y le sonreímos solo porque incluso en su

propia casa se comporta con educación, como si fuera extranjero.

… Habiendo sacado del bolsillo las hojitas de papel, Litvínov las estiró sobre las rodillas y empezó a leer tranquilamente:

—El 5, el 12, el 13, el 16 y el 23 de febrero de 1921 se re alizaron doce intentos de violación de las fronteras estatales, además durante el intercambio de disparos que tuvo lugar el 23 de febrero fueron heridos dos soldados fronterizos soviéticos y uno estonio. Durante un tiroteo el 2 de marzo murió un oficial blanco, el capitán ayudante Piotr Vasílievich von Bromberg. En el muerto se descubrió una importante cantidad de dinero y un paquete de documentos soviéticos falsos. Von Bromberg residía en Revel con el líder de los delincuentes monárquicos blancos, el conde Vorontsov. El 14 de febrero del presente año la embajada de la República Soviética notificó a los órganos correspondientes estonios dónde residen y dónde se reúnen los representantes de los grupos de delincuentes emigrados…

Litvínov siguió leyendo un documento que nadie podía refutar, y el presidente, escuchándolo, pensaba triste y serio: «Nuestra única culpa es ser un país pequeño. ¡Qué trágico es el papel de los países pequeños en este gran mundo! ¿A quién echar la culpa de que Dios nos instalara en esta tierra pedregosa, bella, estéril pero tan querida?».

Cuando Litvínov hubo terminado de leer el documento, el presidente se encendió un cigarrillo y se quedó un minuto inmóvil, con los párpados caídos…

—Daré instrucciones para que lo arreglen.

—El ministro de Asuntos Exteriores ha dado instrucciones tres veces, sin embargo los bandidos siguen viviendo y reuniéndose tranquilamente en Revel, y bien sabemos nosotros dónde se reúnen y de qué hablan cuando se reúnen.

—Nosotros no vivimos según sus leyes, señor embajador. La policía necesita pruebas irrefutables… De lo contrario no podemos dar contra la parte violenta de la emigración rusa los pasos que ustedes sugieren…

—Mi gobierno me ha autorizado a hacerles saber que no está dispuesto a tolerar más acometidas de este tipo realizadas desde el territorio de un Estado con el que mantenemos relaciones diplomáticas.

—Pero espero que entienda las dificultades a las que nos enfrentamos. Usted, personalmente usted, al vivir aquí…

—No acostumbro a separar mi opinión de la opinión de mi gobierno, señor presidente.

—¿Qué quiere que hagamos, que implantemos una Checa para aislar a la emigración rusa?

—No estoy autorizado a darle consejos. Podría considerarse como una injerencia en sus asuntos. Pero quisiera que los respetables señores a los que

usted encargue este asunto presten la debida atención al hecho de que el Gobierno de la República Soviética no está dispuesto a tolerar más actos de este tipo por parte de grupos de delincuentes rusos que cuentan con la tolerancia de las autoridades estonias…

—Comprendo sus palabras…

—No son mis palabras, señor presidente —lo corrigió Litvínov con rudeza.

—¿Su gobierno nos amenaza con una intervención?

—Nosotros no amenazamos a nadie. Matan a nuestros guardias, pisotean nuestras fronteras, la prensa local realiza acusaciones sin precedentes a mi país y a sus líderes: ¡toda paciencia tiene un límite y esto conlleva acciones!

—Pero yo no puedo promulgar una orden para detener a todos esos rusos, señor embajador. ¡Póngase en mi lugar! ¡Mi pueblo no me entendería!

—Y a mi gobierno no lo entenderá mi pueblo si en el futuro continúan excesos similares en la frontera.

—No puedo por menos que señalar que su posición, señor embajador, es irracionalmente cruel.

—¿Usted habla de crueldad en mi gobierno? ¿De ese que le dio la libertad y la independencia? ¿Del que intervino en contra del colonialismo del zar? ¿Del que le garantiza libertad y seguridad frente a la invasión alemana? La libertad que no se ha conquistado, sino que se ha recibido de otras manos, hay que saber utilizarla con respeto y buena orientación, señor presidente.

—¿Se refiere usted a una buena orientación geográfica forzada? —sonrió con amargura el presidente.

—La buena orientación geográfica, étnica e histórica nunca puede ser forzada; siempre ha sido lo sensato en este mundo tan claramente delimitado por sí solo —respondió Litvínov y le entregó a Päts una nota del Narkom de Asuntos Exteriores.

> Hemos tenido conocimiento de que opositores al Gobierno soviético ruso, que en su lucha contra él no renuncian al crimen y a las medidas provocadoras más repugnantes, están preparando en Letonia atentados contra los miembros del Gobierno letón, contra representantes extranjeros y contra miembros de las misiones extranjeras. Al mismo tiempo que los atentados, se propone la publicación de proclamas falsas en nombre del Partido Comunista para declarar que los atentados son la respuesta a la represión de comunistas. Unido a esto, se propone empezar una campaña en la prensa culpando al Gobierno soviético ruso de aparecer como los impulsores de estos atentados. De este modo se cuenta con crear la atmósfera adecuada para promover acciones bélicas por parte de potencias extranjeras contra la Rusia soviética. Es probable que métodos similares a estos vayan a emplearse en otros estados… De entre los emigrados rusos los círculos monárquicos son participantes directos. Con relación a estas noticias, a los representantes plenipotenciarios rusos en Letonia y en otros estados vecinos se les ha encomendado que prevengan a sus gobiernos de estos planes criminales.

… Una vez se hubo marchado Litvínov, el jefe del gobierno ordenó a su secretario que pidiera al embajador británico que viniera urgentemente.

Toda ley es casual en la misma medida en que cualquier caso está sujeto a las leyes. El entrelazamiento de los intereses de las potencias, de los consorcios y partidos, si se examinan a distancia, da muestras de ser un cuadro intachable y claro desde un punto de vista lógico. Sin embargo, si se personificara la historia, se encontrarían tales circunstancias larvadas que pareciera que son contrarias al sentido común. En un primer plano, en esta situación pueden dejarse ver las simpatías y las antipatías personales, las manifestaciones de la edad; tal o cual cambio en la historia estará determinada no tanto por la marcha del desarrollo objetivo de la sociedad, cuanto por la diferencia de temperamento de los líderes oponentes; la cosa más nimia puede acabar siendo un factor determinante —incluso un constipado, cuando una persona está irritable por tener la nariz goteando y el pañuelo húmedo, y encima sonarse continuamente en presencia de las demás contrapartes (sobre todo si hablamos de conversaciones internacionales), no es conveniente, además, Dios ayude a quien se atreva—, el menoscabo y la inmovilización en un líder es a veces la doctrina realmente más peligrosa que este puede poner en práctica, por mucho que a primera vista esta doctrina no sea inflexible ni intransigente.

… La mujer del chófer del embajador británico, pequeña, todavía bonita, pero que ya había empezado a marchitarse, le había montado una escena de celos a su marido, Kurt, quien había obtenido el puesto en la embajada con enorme esfuerzo y ahora intentaba por todos los medios tener fama de trabajador aplicado y devoto. Los celos gratuitos, los gritos de su mujer, el interés de sus vecinos de casa, todo esto sacaba a Kurt de sus casillas: lo que más temía era que en la embajada se enteraran de sus escándalos domésticos.

—Si trabajo día y noche es por la familia —gritaba él—, ¡quiero que los niños y tú estéis cubiertos! No tengo tiempo para dormir contigo, ¡y mucho menos con otra! Estoy cansado, ¿lo entiendes? ¡Cansado!

—¡No te atrevas a hacerme reproches! —respondía su mujer—. ¡Yo no los hago por lavar tu ropa y prepararte la comida!

En una palabra, cuando Kurt llevaba a la mujer del embajador desde un anticuario donde esta había comprado un servicio único del siglo XVII, de repente salió una carreta desde una travesía y Kurt, normalmente calmado y calculador, inquieto ahora por la escena en casa, se agarró con tal fuerza al freno que el paquete con el servicio se cayó y se rompieron tres tazas. La esposa del embajador se limitó a hacer una observación contenida, claro —no hay que perder la dignidad delante del chófer—, pero con su marido se

comportó de una forma bien distinta: si hay que plegarse incluso ante los más allegados, ¿cómo vivir?

—Podrías solicitar un chófer de Londres —decía nerviosa—, esos animales no están en condiciones de conducir un automóvil, ¡deberían ir en vacas!

—Pero ya sabes, querida —respondió el embajador—, que el presupuesto remitido por el ministerio se ha reducido al mínimo. Mi camarero también es estonio y bien que me gustaría a mí ver en su lugar a nuestro Howard de Liverpool…

—Puedes contratar un chófer británico y pagarle con nuestro dinero…

—Entonces, querida, no podría comprar servicios de Sajonia ni ir cada año a Cannes.

—No es nada caballeroso, querido, echarme en cara los viajes a Cannes…

—Querida, estás confundiendo el concepto de reproche con la constatación de un hecho.

—Lo que acabas de decir es inmoral. No voy a permitirme hacer un reproche: tus antepasados escoceses estaban más interesados en el comercio del vodka de cebada que en su futuro…

Sin perder tiempo —como le habían pedido—, el embajador llegó a ver al presidente, todavía sin haberse tranquilizado, continuando interiormente el mordaz diálogo con su mujer, quien era tan fría y cruel que se había permitido reprocharle sus orígenes escoceses.

El presidente informó al embajador de Su Majestad de la conversación con el ruso y preguntó:

—¿Podemos contar con una diligencia rápida y efectiva por parte de Londres?

—No puedo darle una respuesta, señor presidente, sin consultarlo con el gobierno de Su Majestad.

—En este momento me interesa su punto de vista.

—Pero en Londres yo no vivo en Downing Street —respondió el embajador, y comprendió al momento que no había hablado al presidente como debía, y comprendió que había hablado así por el enfado con su mujer, lo que lo hirió aún más, pues fue consciente de que adolecía de una falta inaceptable en un diplomático: la emocionalidad, y, por eso, intentando suavizar de alguna manera su imperdonable brusquedad, dijo—: Enviaré inmediatamente a Londres un telegrama con sus recomendaciones.

El jefe del gobierno no podía estar al tanto, naturalmente, de las desagradables declaraciones que acababa de haber en casa del embajador de Su Majestad. Pero sí de que a Londres habían llegado varios funcionarios bolcheviques rusos de alto rango que estaban manteniendo conversaciones con representantes de círculos de negocios serios. Y el presidente presuponía

que en Londres se apuntaba a un giro definitivo para suavizar las relaciones con los rojos. Por eso, cuando se hubo despedido del embajador, invitó al ministro de Asuntos Exteriores Karl Einbund y le propuso que detuviera ya mismo a varios emigrantes rusos: esta acción le ofrecía la posibilidad —aunque solo en el futuro más cercano— de parar los posibles ataques del Narkom de Asuntos Exteriores, alegando que había un grupo de emigrantes detenidos y que había una investigación en marcha, de cuyos resultados serían informados todas las partes interesadas. Al presidente le gustó mucho: «todas las partes interesadas». Era expresivo, pero daba motivos para una doble interpretación, y en política eso solo puede ser un premio: cuando uno u otro párrafo, en ocasiones una palabra, ofrece la posibilidad de diferentes interpretaciones, y cualquier interpretación presupone una conversación sentados a la mesa, y no intercambios de tiros desde las trincheras.

ESA NOCHE EN REVEL

—Señor Nikándrov, permítame que lo felicite por su interesante y trágica ponencia sobre la situación en nuestra patria — dijo Yevgueni Andréievich Krasnitski, un viejo amigo de Vorontsov, de su época en el ejército—, ojalá se incorpore cuanto antes a nuestra causa común, lo acogeremos de corazón.

Con él habían llegado otras tres personas; estos eran callados, lo único que hacían era beber con todos cada vez que Vorontsov o Krasnitski proponían un brindis. Jan Rastenburg había traído a dos jovencitos: a uno se lo veía pulcro, bien alimentado, color crema, era el traductor y poeta Iván Heinasmaa; mientras que el segundo, sin peinar, era Jüri Lõpse, un popular poeta y actor. Al principio los poetas no dijeron ni mu, se concentraron con fuerza en el vodka y en los panecillos con comida, y de vez en cuando observaban la sala: por lo visto, esperaban a Jürla para empezar su partida en presencia del periodista.

El bar estaba lleno de humo y de ruido, el ambiente era alegre. Aquí se reunía gente de diferentes tribus, extraña: marineros y especuladores, pero también la bohemia y, a veces, sujetos cercanos a los círculos gubernamentales y diplomáticos, a los que casi era imposible comprender. Puede que alguno de ellos mañana esté sentado dirigiendo un departamento o puede que vengan siguiéndolo agentes secretos de la policía que seleccionan las últimas migajas de pruebas para, a la mañana siguiente, tras llamar bajito a la puerta, llevárselo a la cárcel o allá, a una isla o más lejos todavía.

Vorontsov miraba a Nikándrov con pasión. Admiraba su talento analítico, ligeramente frío, y, además, a ese hombre estaban ligados sus recuerdos más queridos: la caza, las discusiones a la hora del té vespertino en Sosnovka sobre los destinos del mundo, sobre la historia de Rusia, y las carreras de caballos… En una palabra, todo lo que se había ido para, a todas luces, no volver.

Nikándrov, quien al principio se había sentido cohibido —los años de la revolución habían dejado huella: el autocontrol, el miedo a la denuncia de algún vecino que hubiera podido escuchar alguna palabra imprudente que se le hubiera podido escapar—, ahora estaba desatado e incluso se comportaba con cierto descaro: estaba sentado con las piernas cruzadas con demasiado

descuido y soltaba ocurrencias que alguna que otra vez se pasaban de bastas. Vorontsov lo comprendía: creía que estaba provocado por un sentimiento de liberación interior que, en la mayoría de los casos, era incontrolable.

Jürla no llegó solo: con él estaba Lahme, el secretario de la redacción del Postimees, que estaba con la perdidamente bonita, y al parecer un pelín borracha, Lida Bossey, una actriz de varietés en Villa Mon Repos. Era popular en Revel: su voz era algo ronca, baja, y cantaba unas canciones extrañas, una curiosa mezcla de francesas y gitanas; al principio resultaba divertido y curioso, después los escalofríos le recorrían a uno la piel. Decían de ella que cada noche sacaba grandes cantidades de dinero de capitanes y de viejos industriales; esto le daba la posibilidad de ser completamente independiente y no pertenecer a un único protector.

Al ver a Lida, Nikándrov se recolocó, su cara se volvió aún más expresiva, se dibujaron con mayor claridad las arrugas de tristeza que rodeaban su boca. Lida se sentó cerca de él; olía a perfume ligeramente amargo, y él empezó a sentir inquietud y dicha.

El melenudo y despeinado Jüri Lõpse, tras esperar a que todos intercambiaran apretones de manos y saludos ruidosos y bebieran, preguntó:

—Señor Nikándrov, ¿en dónde ve usted el deber de un literato?

—La tarea de un literato es la literatura.

—Puedo leerle unos aforismos de La Rochefoucauld — fue la respuesta brusca de Lõpse—, me interesa su interpretación.

—Me da un poco de vergüenza responder a unas preguntas tan grandilocuentes —respondió Nikándrov encendiéndose un cigarrillo—. Por lo demás, intentaré responder… Schedrín escribió a su hijo…

—¿Quién es ese tal Schedrín? —lo interrumpió Lõpse.

—Un escritor ruso de talento genial, el gran escritor nacional. Para nosotros es como Confucio para China, como Rabelais para Francia… Resulta que escribió a su hijo que en el mundo no hay misión más honrada que la del escritor ruso… Aun admirando a Schedrín, me veo obligado a rebatirlo. ¿Quién y por qué marcó al escritor de entre toda la gente con el signo del intercesor y del buen juez? ¿Por qué un elegido cualquiera debe ser el intercesor? ¿Y si el pueblo no quiere que intercedan por él? Además, ¿qué es eso de «pueblo»? La inmensidad del concepto siempre ha permitido la aparición de tiranos, cuya lógica es concreta y limitada. ¿Por qué hemos de dividir el mundo en pasivo —el pueblo, que guarda completo silencio— y activo, el escritor que está llamado a dar la voz de alarma? ¿Y si de repente un ambicioso destruye lo ya establecido dando la voz de alarma? Pero ¿qué propone a cambio? Los derrumbes son embriagadores, recuerden los juegos de los niños, así que cómo será con las construcciones.

—Entonces, en su opinión —se sorprendió Lõpse—, ¿no debe llamarse a la

gente a combatir la pobreza y la desigualdad?

—En Rusia puede contar usted un millón de ejemplos de lo que ocurrió después de que empezara el llamamiento general por la igualdad…

—Aunque al principio haya un coste, es una idea que seduce a la gente.

—¿Y usted no es bolchevique, Lõpse? –preguntó Krasnitski.

—No lo asuste —pidió Lida Bossey—, no hay ninguna necesidad. Todos deben decir lo que piensan.

—Si este consejo suyo se tomara como la base del bolchevismo —Nikándrov se volvió hacia Lida—, yo me afiliaría a su partido…

—En el partido se dice todo lo se que quiere —Lõpse no cejaba—, todo el rato están discutiendo entre ellos.

—Entre ellos es posible —respondió Nikándrov—, pero conmigo no discutieron. Y con usted tampoco lo harán, lo pondrán de cara a la pared y punto.

—Quizá tengan razón: al menos hacen algo, al menos creen en algo, usted prefiere mantenerse a un lado…

—Se está pasando, Lõpse —intervino de nuevo Krasnitski—, el señor Nikándrov ha realizado un acto de gran valor ciudadano, ha huido de la esclavitud, ha abandonado lo más valioso que puede tener un hombre: su patria.

—¿Y por qué abandonarla? ¿No le gusta lo que ocurre en su patria? ¡Combátalo! Huir siempre es más fácil.

—¿Sabe? —Nikándrov empezó a hablar despacio al ver la cara pálida de Vorontsov—, hay algo de razón en lo que dice. Cierto que está juzgando desde fuera, pues para usted Rusia es un concepto abstracto… Pero para nosotros es nuestra patria. Allí se han quedado amigos… en la tierra… A unos los fusilaron, otros murieron de hambre y hubo quien se metió una bala en la frente. ¿Combatir con un pueblo que, al creer, construye el horror y el caos? ¿Puede admitirlo el escritor? ¿Es posible que en este caso una retirada pasiva sea más honrada? Podría escribir proclamas, halagarme con la esperanza de que la juventud me escuche. Pero ¿le corresponde a un escritor hacer que aumenten la sangre y las hostilidades? Quizá ahora sea más importante otra cosa: apartado, desde fuera, observar el proceso y sentirse preparado para regresar en cualquier momento, cuando —no el pueblo, no—, cuando aquellos que intentan gobernar al pueblo comprendan que no pueden hacer nada de nada sin los intelectuales rusos, que estos, los intelectuales, han soportado sobre sus espaldas toda la carga de la lucha contra la administración obtusa, que estos, los intelectuales, también estuvieron con el pueblo y que llevaron el conocimiento a los rincones más apartados, y que marcharon al presidio y a los trabajos forzados con la cabeza bien alta, y que estos mismos presidiarios —hijos de generales, de banqueros y altos funcionarios— podrían haber

malgastado el tiempo en sus haciendas y en paseos por Niza; bueno, pues cuando los gobernantes comprendan todo esto, entonces habrá que regresar a casa. Pero ahora, qué se le va a hacer… Estoy a favor del «joven-inexperto», pero en contra del «joven-sangriento»…

—Es lo que le agrada a la historia: lo joven siempre ha vencido a lo viejo. Y manifestarse en contra de que los hijos de los trabajadores y de los campesinos se conviertan en dueños de los salones universitarios y de las bibliotecas imperiales es indigno de un literato.

—Es difícil llevarle la contraria. Se vale de conceptos elevados, pero yo conozco la verdad oscura, bárbara…

—¿Y ha intentado ayudar a su pueblo a acercarse a conceptos elevados actuando en contra del barbarismo?

—No soy yo quien debe imponer algo al régimen, sino que el régimen está obligado a acudir a mí y a mis semejantes en busca de ayuda cuando siente que no puede seguir conteniendo los elementos bárbaros… Y el Sóviet de los Diputados acudirá a nosotros. Pronto. Muy pronto…

Jürla, que al principio escuchaba a Nikándrov con escepticismo, preguntó:

—Me dan miedo los profetas, pero, como toda la gente débil, creo en ellos. Cuando usted dice que los actuales gobernantes de Rusia comprenderán su papel en la vida del país, ¿se apoya en hechos?

—Me apoyo en hechos…

—Huy, eso es lo que más me interesa a mí, al periodista.

¿Y cuáles en concreto?

—¡Dios, hay multitud de hechos! Y no hace falta ir muy lejos: hoy en el tren venía un comisario, pues bien, quería largarse, imagino que quedarse aquí, en Revel.

Vorontsov se levantó escopetado, alzó la copa:

—¿Por qué nos alejamos de nuestro tema? El escritor y el poder, la musa y el revólver, la libertad y los sótanos de la Checa. Si os digo la verdad, no merece la pena desmenuzar lo elevado… Propongo que bebamos por los que se han quedado allí, en casa…

En cuanto hubieron bebido, Jürla sacó un cuadernito del bolsillo y preguntó a Nikándrov:

—¿No recuerda el apellido del comisario? Quizá quiera ser usted quien escriba sobre él, no pagamos mal por una información tan sonada.

—Verá, todavía no he aprendido a anotar datos.

—En ese caso, me siento honrado de saludarlo —dijo Jürla.

Vorontsov alcanzó a Jürla en el guardarropa:

—Karl Ennovich, no escriba sobre el comisario.

—Entonces no tengo nada sobre lo que escribir. Ya conoce usted a nuestros lectores: no aguantan el diálogo filosófico de esos gigantes.

—Es preferible que no escriba nada a que toque ese tema… —¿Así que es verdad? ¿Existe ese comisario? Averiguaré en la policía quién ha venido hoy de Moscú, lo averiguaré…

—Karl Ennovich, le pediría que no tocara ese tema…

—¿Y eso, es que el comisario es suyo? —Jürla le guiñó un ojo mientras se ponía el abrigo.

—Señor Jürla, le pido que no toque ese tema.

—Conspiraciones, siempre conspiraciones… Ya estamos hartos de sus conspiraciones, conde, son peor que un rábano amargo. Es hora de que se dediquen a asuntos serios.

—¿Puede darme su palabra, señor Jürla?

Jürla había resuelto no escribir sobre el comisario y tampoco sobre Nikándrov, no le parecía muy interesante, pero ahora al antiguo cajista al que tanto le había costado hacerse un nombre le agradó observar al conde Vorontsov que, cubierto de manchas rojas, le suplicaba humillado y manso a él, al hijo de un carpintero petersburgués.

—No lo sé, señor Vorontsov, no lo sé… La libertad de expresión está garantizada por nuestra constitución. —Se hacía de rogar—. No lo sé…

Y esto decidió su destino.

DIFERENCIA EN LOS INTERESES COMUNES

María Nikoláievna Olenétskaia se desnudaba deprisa y sin vergüenza ni belleza alguna. Como la mayoría de las mujeres, pensaba Vorontsov, solo fue recatada al principio. Después eso que se llama amor se convirtió para ella en un trabajo ávido, se apresuraba en tumbarse cuanto antes en la enorme cama, bajo el plumón sofocante y pesado, y por lo visto no pensaba en absoluto que sus sujetadores, imperdibles y fajas pasadas de moda pudieran resultarle a él, a Vorontsov, repugnantes.

Sabía bien que hablar con ella de cosas de trabajo al principio, en los primeros minutos de su encuentro, era inútil. Ella enseguida empezaba a darle besos en los hombros y en el cuello y, en esos momentos, él se sentía como una moza de fortuna y se odiaba con un odio compasivo, pero evidente.

Después de conocer a Vorontsov, María Nikoláievna comprendió que toda su anterior vida había sido absurda. Se había enamorado hasta perder la memoria; sufriendo penosamente, contaba los días que quedaban para volver a verlo; sentía odio por el tiempo que —implacable e indiferente— le quitaba eso mismo: ya tenía cuarenta y seis años y cada hora traía consigo la vejez, el sentimiento de su propia inutilidad.

Había conocido a Vorontsov de casualidad: después de Harbin, este había estado tres meses bebiendo, dejó de distinguir las caras. En su cabeza se mezclaban palabras chinas, japonesas y estonias; solo cuando oía hablar ruso, sobre todo a una mujer, el constante sentimiento de alarma lo abandonaba y se tranquilizaba, incluso podía dormir —diez, doce minutos— sin las pesadillas que lo atormentaban.

En un pequeño establecimiento María Nikoláievna se estaba tomando un café y él, coñac. Vorontsov no recordaba bien la cara de la mujer, pero oyó su bonita voz rusa y sintió tanta ternura y tranquilidad como hacía mucho que no le pasaba. La llevó donde vivía —era sábado— y todo el domingo lo pasó en la cama; únicamente se despertaba para beber el agua que la mujer le ofrecía y de nuevo se quedaba dormido. Desde ese día dejó de emborracharse, ese encuentro casual lo había salvado.

Al enterarse de quién era María Nikoláievna al principio se mantuvo

apartado de ella, pero después empezaron de nuevo a citarse, porque ahora, tras haber regresado a la vida, a la lucha política, solo quería una cosa: comprender qué clase de gente eran, de qué vivían, en qué se diferenciaban de él y de aquellos en cuyos círculos se movía. Cuando pasaba la noche con María Nikoláievna, se convencía de que esos «inquebrantables» vivían de lo mismo que vive toda la gente en la tierra: del amor, de la ternura, del descaro, del miedo, de la alegría. Cierto que nunca tenía en cuenta que Olenétskaia era una mujer envejecida con una vida desafortunada, hecha pedazos; tampoco tenía en cuenta que ella había llegado a la revolución de casualidad, por su hermana, más de forma corporativa que consciente, y solo después de que la república hubiera abierto sus embajadas en el extranjero.

Una vez, cuando Olenétskaia se había quedado dormida, encendió un cigarrillo y se quedó largo rato tumbado sin moverse —humillado, vacío— y pensaba: «Estábamos todos tan cansados de la brutalidad que empezamos a tener esperanzas de un cambio cardinal en nuestras vidas, ya fuera una guerra o una revolución, no importaba con tal de que algo cambiara, de que arrancara los residuos del pasado, de que nos sacudiera, y, cuando al fin llega lo que estábamos esperando, nos damos de bruces contra un muro, ¡de bruces contra un muro! Y empezamos a hacer intentos inocentes de regresar a ese pasado que odiábamos cuando era presente».

Se habría separado de ella, pero, en una ocasión, al salir de la pensión donde ella reservaba una habitación cada sábado, se le acercó un coche con matrícula diplomática y el señor vestido con ropa deportiva que iba al volante dijo:

—Víktor Vitálievich, permítame que lo acerque.

—¿Con quién tengo el placer?

—Otto Nolmar, agregado comercial de Alemania. Abrió la puerta y Vorontsov se sentó a su lado.

—Hoy el tiempo está fatal —dijo Nolmar—, el suelo está resbaladizo, a lo mejor el automóvil patina.

—Habla usted como un auténtico ruso.

—Soy nacido en Kiev, y también estudié allí… ¿Le apetece un café?

—No, gracias. Quiero dormir.

—Entonces permítame que sea extremadamente breve.

Ese alemán en pantalones de golf y sombrero con pluma puso de los nervios a Vorontsov con su lentitud delicada y su forma excesivamente cuidadosa de conducir.

—Víktor Vitálievich, tenemos interés en la señora que está enamorada de usted, la especialista en cifrado de la embajada rusa… Tenemos significa Alemania… Preveo su enfado completamente justificado: usted no debería afrontar conversaciones de este tipo. Pero antes de que exija que detenga el

coche y me diga algo insultante, y este algo insultante no podrá por menos que ser un estorbo en nuestra futura relación, le pediría que me escuche sin interrumpirme. Víktor Vitálievich, la emigración rusa, incluso la parte más organizada y decidida, no podrá hacer nada contra el régimen del Kremlin si no se pone en contacto con alguna de las personas interesadas en los organismos gubernamentales del Occidente. El régimen del Kremlin es tan fuerte que derribarlo confiando en las fuerzas de la emigración y de una clandestinidad poco numerosa y dispersa es realmente imposible. Si considera que no tengo razón, no tiene sentido que continuemos con nuestra conversación…

Tras pasar un cruce, Nolmar miró sin prisa a Vorontsov. Este guardaba silencio, observaba concentrado el camino empedrado y liso.

—¿Sigo?

—Siga.

—Gracias. Me alegra que me haya entendido bien. Alemania está atravesando ahora puede que el periodo más trágico de su historia. Sé que sus simpatías han estado siempre del lado británico, sé que se ha mofado de nosotros, de los filisteos y salchicheros. Pero estará usted de acuerdo con que los salchicheros saben trabajar, y que resurgiremos de las cenizas y que todavía tenemos cosas que decir.

—¿Y qué pinta aquí la especialista en cifrado de la embajada rusa?

—Nos interesan sobre todo las cuestiones económicas: con quién busca el Kremlin contactos comerciales, de qué medios reales dispone, todo eso está cifrado.

—¿Y qué ayuda puede prestar a nuestro movimiento?

—Naturalmente usted no se refiere a ayuda económica, ¿verdad? Yo no me atrevería a ofrecérsela, porque esto lo colocaría a usted en la situación de agente mío…

—¿Y si necesitara documentos, billetes de tren alemanes, equipamiento alemán?

—Billetes de tren letones, equipamiento estonio, documentos lituanos. Alemania no está en posición de agravar sus relaciones con Moscú. Además, favoreciendo las buenas relaciones con el Kremlin, involucrando a su patria en el sistema de relaciones comerciales mutuas, le estamos haciendo un servicio bien grande, dónde va a parar.

Nolmar detuvo el automóvil tres casas antes que la que precedía al piso de Vorontsov. Desde entonces se habían visto cuatro veces y los dos habían sacado provecho de estos encuentros. Por eso Vorontsov no rompía con Olenétskaia, por más repugnante que le pareciera.

«Está bien —pensaba ahora Vorontsov, apartándose con cuidado de una acalorada María Nikoláievna y pegándose al borde de la cama—, tenemos que

ser conscientes de que la emigración está condenada al fracaso si no subordinamos la soberbia a la razón. Que Nolmar diga en Berlín que trabajo para él, no pasa nada, que lo haga… Cuando regresemos a casa, ya ajustaremos cuentas con el amor propio».

—¿Cómo va todo? —preguntó Vorontsov, apagando el cigarrillo en el cenicero de arcilla—. ¿Alguna noticia de casa?

—Ninguna, cariño —respondió María Nikoláievna.

A Vorontsov le tocaba ser muy legal en sus conversaciones con ella: no veía posible exigir a esa infeliz mujer información a cambio de amor. Algo así lo habría humillado a él en primer lugar, y no a ella. Y diseñó otra forma para la reciprocidad en sus relaciones: le hablaba de que estaba pensando en volver a casa, pero que para eso necesitaba saber exactamente hacia dónde iban las cosas en casa, hacia la estabilización y el Estado de derecho o hacia un nuevo derramamiento de sangre, si los bolcheviques no lograban librarse de las complicaciones económicas en las que estaban trágicamente empantanados.

—¿Y qué se oye por aquí? ¿Qué se cuentan?

—Nada interesante, cariño…

—Cuántas veces me habrás dicho que no pasa nada interesante y luego, cuando me has contado detalles, he sacado conclusiones muy importantes para mí, y tú, precisamente tú, me has salvado la vida dos veces… ¿Te acuerdas?

—Sí.

Entonces le había contado el contenido del despacho cifrado sobre las actividades de los seguidores de Sávinkov en Polonia y sobre la exigencia de que se los combatiera con decisión si aparecían en Revel. Vorontsov se las apañó para explicarle entonces a María Nikoláievna lo importante que era para él ese comunicado, pues tenía muchos enemigos entre los sávinkovistas.

También se enteró por ella de la llegada de Pozhamchi, y esa noche la mujer le contó que por el día Litvínov había tenido que ir a ver al presidente en relación con la incesante actividad hostil de la emigración blanca en Revel…

A Karl Ennovich Jürla lo apuñalaron en el portal cerca de la medianoche. Encontraron su cuerpo yerto por la mañana: largos gritos dio el lechero que llevaba requesón y nata agria a los habitantes de los pisos tres y cinco…

… Bien temprano, cuando todavía no había amanecido y los últimos fríos parecían grises, pesados, Vorontsov vio, parado no muy lejos de su casa, cómo arrastraban a Nikándrov hasta un carro de la policía. Lo golpearon en el cuello y lo metieron en el carro, mientras él gritaba algo fiero y rabioso.

«Vaya, seguro que se lo llevan en mi lugar», comprendió Vorontsov, e iba a

descubrirse ante la policía, pero después decidió que soltarían a Nikándrov en cuanto se dieran cuenta del error y, a lo que parecía, a él no lo iban a liberar, pero después comprendió que era más que probable que tampoco liberaran pronto a Nikándrov, sino que lo más seguro era que lo expulsaran, bien estaría si era a Letonia, pero también podía ser de vuelta a casa, y entonces se acordó de la noche, de Karl Ennovich, de Olenétskaia, y se vio a sí mismo como desde fuera y pensó: «¡Malditos seamos todos tres veces!».

Y de pronto le resultó odioso vivir en esta tierra, hasta el punto que llegó a pensar en ir al mar y ahogarse, pero después se acordó de que él se burlaba de los suicidas, así que llamó a Nolmar.

—¿Ya sabe lo de las detenciones? —preguntó Nolmar.

—Me lo ha contado ella esta noche. No he tenido tiempo de avisar a nadie. Quién iba a pensar que el presidente se sometería con tanta rapidez a su presión…

—¿Y que han apuñalado al periodista Jürla también lo sabe?

—Usted qué cree, si los bolcheviques pierden unos cuarenta millones de dólares, ¿será perceptible? —inquirió Vorontsov sin responder a la pregunta de Nolmar.

—Naturalmente… Están situándose en su marca, necesitan comerciar. Y cuando haya desaparecido de allí, ¿dónde estará ese dinero?

—En algún sitio… Necesito documentación, Otto Vasílievich, un billete a Moscú y algo de dinero.

—¿A qué nombre los documentos?

—Al de cualquiera, no es lo importante…

—Eso ya lo entiendo… ¿Qué fotografía ha de tener?

—La mía.

—Ah, vaya… Entonces repetiré la pregunta: ¿dónde aparecerán después esos millones?

—En algún sitio…

—Entonces vaya usted a ese «algún sitio» y encargue allí los documentos…

—¿Dónde necesitarían ustedes que aparecieran? —Después de una larga pausa, cuando ya había decidido bajarse del coche, Vorontsov comprendió que su situación era tan desesperada que tocaba humillarse.

—En Alemania.

—¿Quiere que parte del dinero pase a ser para su disfrute?

—¿Por qué parte? Todo ese dinero debe pasar a nuestras manos. Por cada dólar le pagaremos en marcos, a precio especulativo, naturalmente.

—Pero Alemania no va a destinar esos dólares a favor del comercio con los soviéticos, ¿no?

—Podemos comerciar con ellos, naturalmente, pero los dólares los

necesitamos para comerciar con América. Rusia se contentará con botas, almidón y tuercas.

—¿Mi organización tendrá derecho a disponer de ese dinero, incluso si los sóviets empiezan a dar la tabarra con notitas?

—¿Pretende conseguir ese dinero ilegalmente? —sonrió Nolmar—. No me creo que pueda llegar a eso.

—Me gustaría más beber hasta que se me nuble la vista, Otto Vasílievich.

—No es mala idea.

—¿Cuándo estarán listos los documentos?

—Hoy. Y no ande por la calle, no moleste a la policía. Y necesitaré de su amiga en su ausencia. Preséntemela…

—Está enamorada de mí, no va a resultar.

Otto Vasílievich se echó a reír:

—Dado que llevo ya diez años en información, conozco a las mujeres como el padrenuestro… Y por eso he perdido todos los ideales, no puedo mirar a mis hermanas sin echarme a temblar… Resultará, Víktor Vitálievich, vaya si resultará. En nosotros, en los hombres, hay un sentimiento del deber, de caballerosidad, pero ellas son solo pasión: en cuanto la despiertas, has vencido.

—Eso es de cerdos…

—Es cierto, pero no es ser un cerdo. Por cierto, que la verdad no está muy lejos de los cerdos, y una y otra deben estar desnudas hasta cierto punto. Pero María Nikoláievna es una excepción, me ayudará por su amor por usted, estas cosas también pasan.

… Vorontsov quedó con Pozhamchi en la calle, tras interceptarlo de camino al Corona de Oro, una vez que hubo presentado a Olenétskaia y a Otto Vasílievich.

Pozhamchi fue obsequioso en exceso con Vorontsov, estaba alegre y no recordaba el día anterior. La causa de este brusco cambio en el humor de Pozhamchi había que buscarla en que ese día había conversado cara a cara, por encargo de Litvínov, con el representante del consorcio joyero francés Marchand y Cía., se había sincerado y hecho un trato: el francés prepararía un par de contratos de productos alimenticios para los soviéticos, pero a cambio no pediría dinero, sino piedras, precisamente las que Pozhamchi seleccionaría en Moscú. Y sería él precisamente —de acuerdo a la partitura redactada por los joyeros— quien trajera las piedras a Revel. Debía traer, según habían ideado, las joyas estatales y —para que no hubiera un proceso penal internacional— también las suyas, las que le pertenecían solo a él, únicas. Estas piedras le garantizaban un cinco por ciento del accionariado de Marchand y Cía.

Contando con que la gente de Marchand prepararía el contrato para los sóviets en un futuro inmediato, Pozhamchi calculaba que tendría que estar de regreso al cabo de un mes, dos a lo sumo. También había fijado que sus socios lo recibirían en la frontera con un coche; que enviaría las piedras para Litvínov al embajador y que el resto de las joyas desaparecerían ese mismo día.

Por eso creía que ya no tenía que temer a Vorontsov, y en Moscú mucho menos. Por eso Nikolái Makárych se mostraba alegre y ruidoso, le contaba chistes a un sombrío Vorontsov y se quejaba de su amarga vida en casa…

Sin olvidar la recomendación que le había hecho Vorontsov, prometió ayudar en todo a sus mensajeros. Que el propio Vorontsov tenía intención de ir a Moscú era algo que no podía suponer…

Extracto de la orden para la Checa Estatal n.º 28/7

b) Enviar al ayudante del jefe de la Sección de Exteriores Vsévolod Vladímirovich Vladímirov a Estonia en misión especial (…).

Miembro del Consejo de la Checa Estatal Kédrov

POR LA MAÑANA EN MOSCÚ

Gleb Ivánovich Boki recibió al mismo tiempo dos despachos cifrados de Revel. El primero rezaba:

> Alguien desconocido para Moscú ha expresado en el tren Moscú-Revel su deseo de quedarse en Estonia como «no retornado».
>
> Ávgust

El segundo mensaje cifrado era más preciso:

> Un ciudadano sov. desconocido ha pasado la tarde con el emigrante blanco Vorontsov. No se ha conseguido escuchar la conversación, sin embargo la relación entre ellos fue realmente amistosa. En caso de que sea de los nuestros, avisen cuanto antes para no gastar fuerzas en su vigilancia.
>
> Karl

Tras enviar los comunicados a las secciones correspondientes, Boki pidió un automóvil y llamó a Vladímirov.

—Vsévolod —dijo—, sus documentos están listos, unos hermosos documentos. Aunque no puedo entender por qué en 1920 eligió el seudónimo Isáiev y ahora se aferra a él. «Maxim Maxímovich» lo entiendo, está en Lérmontov, pero el apellido, que me aspen pero no, no lo apruebo. No hay una genealogía detrás, ni picardía, es un apellido comercial, creo yo…

Escuchó la respuesta de «Maxim Maxímovich», se echó a reír con su risa de bajo y propuso:

—Puedo llevarlo a casa, Sévushka, si ha terminado. Baje a la entrada cuatro…

En el automóvil viejo, atravesado de parte a parte por un viento frío, Boki continuó tomando el pelo a Vladímirov:

—Poco convincente, amigo mío, poco convincente… Y eso de que rechace a Lérmontov y señale a Litvínov… tampoco es convincente, incluso algo frívolo.

—Me senté en sus rodillas, lo llamé Ded Moroz.

—Esta explicación le vendrá bien al contraespionaje estonio. No, a mí me quita el sueño ese «Isáiev»…

—Mire, Gleb, si partimos de la historia de la cultura mundial, vemos que la civilización europea está sólidamente anudada por una alianza, por la primacía del cristianismo. El profeta de los cristianos es Isaías… Pero no en vano mi padre me hizo empollar parsi: Isa es el profeta de Mahoma. Uno de los nombres con mayor difusión en Japón es Ishii, en honor de su santo; en el budismo todavía no termino de situarme, por lo que no sé cómo podré sacar provecho de Isáiev en el Lejano Oriente… Vea, de este modo resulta que…

—Resulta un espléndido espécimen de bolchevique religioso y cosmopolita… Una especie de Turguénev, según la interpretación de Zola…

—Cierto —corroboró Vladímirov con seriedad—. Tengo casi al mismo tiempo puntos de unión con una inmensa cantidad de gente. Los cristianos (Rusia, Bulgaria, Serbia), lugares intensos, de continua emigración, profesan a Isaías; católicos, protestantes y luteranos, es decir, Europa y América, también. Pero, con todo, no se debe olvidar que Isaías es de origen judío… ¿Acaso esto no sería un buen tema de discusión con un muftí de El Cairo? ¿Es suficiente? Y por ahora me estoy dejando Japón —dijo Vsévolod pensativo—, todavía no es el momento…

—Es usted muy astuto, camarada Isáiev.

—¿Cómo debo entenderlo? ¿Como inteligente?

—Si un idiota es astuto, se le distingue a una versta. En nuestras estrategias y tácticas resulta imprescindible tener un idiota. Como un yesquero en el que afilas un cuchillo. Es una lástima que las generaciones recuerden solo a los inteligentes, mientras que olvidan a los idiotas, de los que nos apartamos. Es poco democrático. Alguna vez me gustaría erigir un obelisco: «Al idiota, de parte de los inteligentes agradecidos».

Vsévolod se bajó del coche en Arbat, vivía ahí con su padre.

—Salude a Vladímir Alexándrovich —pidió Boki.

—¿Lo recuerda?

—Cuánta mala sangre nos habremos hecho el uno al otro en los tiempos del destierro… Aunque del grupo de los otsovistas, su padre era brillante en las discusiones: arrebatado, emocional, con pathos.

El padre de Vsévolod —Vladímir Alexándrovich Vladímirov— era delgado, de nariz aguileña y canoso. Tenía el pelo rizado y abundante, por lo que siempre lo tenía de punta, así que parecía todavía más alto. Hablaba como un actor, con voz volumétrica, bonita y —no importa de qué tema estuviera hablando— con ardor e interés.

A Vsévolod a veces lo sorprendía ese ardor de su padre: podía ponerse hecho una fiera por cualquier tontería, mientras que en los asuntos serios siempre era tranquilo y prudente, aunque su cara se volvía azul pálido y sus

dedos alargados y huesudos alisaban el pelo más de lo habitual.

—La oposición menchevique da la bienvenida al servicio de información —refunfuñó su padre, mientras metía a trompicones en una maleta sus cuadernos hinchados por las notas—. El té está en la cocina, también hay arenque y, no puedo evitar presumir, mantequilla casera, de la de verdad, la he cambiado por un tomo de La doncella de Orleans con ilustraciones de Charontie… El kulak consideraba pornografía los desnudos, se ha interesado mucho…

—¿Has cenado?

—Sí.

—¿Y has recibido el mandato?

—He recibido una hojita…

—Si tiene sello y firma, entonces es el mandato…

—Sí, alguien ha emborronado la esquina inferior derecha.

—Viejecito, querido mío —pidió Vsévolod—, gástame bromas a mí, de mí, de nosotros, pero cuando estés de viaje por Siberia, haz el favor de abstenerte. No todos tienen sentido del humor, ay, y si te toman por contrarrevolucionario, no me dará tiempo a nada, porque estaré fuera de Moscú.

—¿Significa eso que la dictadura del proletariado condena las bromas al ostracismo?

—No… Pero ¿por qué…?

—En vuestra situación actual no estáis para bromas.

—¿Tienes alguna propuesta radical?

—Eso es demagogia, Vsévolod…

—Una pregunta no puede ser demagógica. Por norma, lo demagógico son las respuestas, ¿no?

—Lo más sencillo es levantarse barricadas de aforismos, Vsévolod. Pero ¡mira a tu alrededor! ¿Por qué se desecha ahora a toda la intelectualidad que concibió las bases de la socialdemocracia?

—Tú mismo te desechaste de la práctica de nuestra tarea, papá.

—¿Yo? Eso que dices es… ¡falso!

—Otra vez hablas sin pruebas.

—¡No haces más que repetir «sin pruebas»! Muy bien, ¡demuestra que tienes tú razón!

—El cielo es el cielo, el sol es el sol, y la tierra es el abismo, es evidente, no necesita ser demostrado. Estoy dispuesto a rebatirte, papá, porque intentas convencerme de que el cielo es la tierra y de que el sol no es otra cosa sino abismo. Y ahora empezarás a decir otra vez que primero traicionamos al marxismo al declarar el terror rojo contra la contrarrevolución, copiando, por cierto, a Robespierre, y que ahora abrimos las puertas al capital, al comerciante

particular y al nepman, y yo te responderé que es imprescindible, y que cuanto más hubiésemos tardado en hacerlo, más crítica se habría vuelto la situación en la república. Tú me dirás que la prohibición de los periódicos de mencheviques, eseristas y cadetes de izquierdas no es constitucional, y yo te preguntaré: ¿qué tendríamos que haber hecho cuando vinieron contra nosotros Denikin, Yudénich y Kolchak? Cuando una casa está ardiendo, hay que apagar el incendio y no ponerse a discutir a cuenta de con qué se apaga mejor, si con agua o con arena. Perdóname, papá, has propuesto justo esa discusión. Y nosotros luchamos y apagamos. Y, de no haberlo apagado, Yudénich y Denikin os habrían colgado a vosotros, a los mencheviques, de un poste a nuestro lado. Habéis tenido la oportunidad de empezar con nosotros… Os habéis enfadado, habéis vacilado y se os pasó el momento. Y en lugar de ser vosotros los comisarios, lo son los marinos y los obreros, que aprendieron a leer y escribir firmando órdenes de fusilamiento.

—¿De dónde has sacado tanta frialdad, Seva? ¿Ese frío glacial?

—Papá, yo nunca me habría atrevido a preguntarte de dónde has sacado tanta irresponsabilidad frívola y ambición menoscabada.

—Pero lo has hecho… —dijo su padre bajito.

—Lo he hecho… —De pronto, a Vsévolod lo abrasó el agravio—. ¿Y qué querías que hiciéramos? Tomamos el poder, proclamamos la dictadura y después vimos que por aquí no cuadra, que por allí chirría, y ¿nos hemos escondido? ¿Hemos huido? ¿Teníamos que desechar todo, que rechazar todo? ¡Habría sido cruel, papá! Para la gente, ¡para Rusia! ¡Para el sueño, en realidad! No haces más que restregarme nuestra cotidianeidad, nuestra burocracia, la cerrazón, el idiotismo, la crueldad por doquier y siempre, oscura, sin sentido, desaforada, algo que, por cierto, conozco igual que tú, ¡incluso bastante más!

Vsévolod se apartó y se fue a la ventana, se sentó en el antepecho y desde aquí continuó: sus palabras resonaban como golpes.

—También es difícil para nosotros, comprendemos todo sobre nosotros, y, mientras, decenas de miles de cabezas inteligentes como la tuya… os quedáis a un ladito y os burláis. ¡Pues ayudadnos! Os reís y por eso el marinero os odia todavía más: «Esos malditos intelectuales, ¡ellos tienen la culpa de todas las desgracias! Y encima Gorki exige raciones para ellos, no deja que los desahuciemos». Papá, la vida es algo real: primero hay que aceptarla tal cual es y ya después traspalear… Agradece a Lenin que Kornílov no se convirtiera en dictador en agosto, en ese caso estarías lamentándote del destino del marxismo no en nuestro piso, sino en un campo de trabajos forzados.

—Hasta eso me habría servido más que… —Su padre no acabó la frase. Se levantó despacio y, arrastrando los pies calzados con unos zapatones viejos y desgastados, se fue a la entrada—. Todo gobierno debe parecerse a un jardinero solícito con todas las flores, incluso las que no están de moda una

temporada. Pero vosotros, todo en tropel, la mala hierba y el grano…

—Papá, cuando en las iglesias suenan las campanas, también las palomas salen volando, se asustan, y los cuervos vuelan con ellas… ¿O no? ¿A qué hora hay que encargarte el automóvil para mañana? ¿El tren es a las seis cuarenta?

—Los cuervos no viajan en automóvil, los cuervos llegarán andando…

Vsévolod sonrió, se acercó a su padre:

—Papá, no discutamos, que mañana nos separamos… Su padre lo miró… y en su mirada había tanta melancolía y ternura que el corazón de Vsévolod se encogió; se estrechó contra el cuello de su padre y abrazó ese cuello delgado, amarillento, con pequeñas arrugas, y se quedó quieto igual que hacía de pequeño, cuando para él no había en el mundo un hombre más fuerte, justo y bueno que su padre. Y, de pronto, Vsévolod sintió que la espalda de su padre empezaba a sacudirse, y se asustó porque nunca había visto llorar a su padre, tuvo miedo de desprenderse de su cuello y se estrechó aún con más fuerza al anciano, como un cachorrillo al que estuvieran ahuyentando…

—¿Qué te pasa, papá? —dijo al fin—. ¿Qué tienes, papá querido?

—Dios te juzgará —dijo su padre. La espalda ya no le temblaba, pero Vsévolod sintió en las mejillas sus frías lágrimas.

En relación con un proyecto de directriz al Pequeño Sóviet de los Comisarios del Pueblo[16]

Camarada Tsiurupa:

Entre nosotros ha quedado una divergencia radical. Lo más importante, a mi parecer, es trasladar el centro de gravedad desde la escritura de decretos y órdenes (estamos haciendo mucho el tonto con esto) a la elección de gente y a la comprobación de su cumplimiento. Ahí está la clave.

¿No sirve el PSCP para esto? Supongamos que sí. Entonces usted y ríkov[17] deben dedicar el 9/10 de su tiempo a esto (esperar algo más que el cumplimiento de tareas sencillas de la Inspección Obrero-Campesina y del secretario es ridículo). Todos los nuestros se han hundido en el pantano escabroso y burocrático de los «departamentos». Para combatirlo diariamente se necesita mucha autoridad, cabeza y mano. Los departamentos son una mierda; los decretos son una mierda. Buscar gente, comprobar el trabajo, ahí reside todo…

Lenin

Lenin estaba sentado inmóvil y sentía que, como hiciera un solo movimiento, no podría seguir escuchando con tranquilidad a Alski, al nuevo vicecomisario de Economía, al que acababa de traer Kámenev,[18] y quizá resultara evidente, y es que para él Alski era una persona desconocida, no un soldado, visto lo visto, sino más bien de los ejecutantes razonables.

—Estoy convencido, Vladímir Ilich, de que en próximas fechas el trabajo del DEA se habrá ajustado —Alski seguía hablando— y podremos traerle

informes sobre la disposición del depósito de oro de la república para ponerse en la fila de nuestra lucha, al mismo nivel que todos los eslabones del Narkom. Estamos convencidos de que en próximas fechas podremos preparar diamantes y platino para enviarlos a Europa y comprar productos alimenticios para los hambrientos. Comprendemos cuán grande es nuestra responsabilidad y lograremos un cambio radical en el trabajo…

—Está bien, de acuerdo —Lenin frunció el ceño—, nos ha contado el desorden del DEA y nos ha dibujado el cuadro radiante de su futuro feliz y bienaventurado. ¿Por qué tiene tal seguridad en un futuro de bienestar?

—Hemos realizado dos inspecciones, muy minuciosas, meticulosas; ahora estamos preparando el nuevo proyecto para organizar el registro de los artículos almacenados; hemos reforzado el trabajo político-educativo entre el aparato de…

—¡Palabras, no son más que palabras! ¿A quién han castigado, además rigurosamente, para que sirva de ejemplo? ¿Quién es el culpable concreto de tales negligencias, de la mala organización del registro? ¿A quién se ha señalado e incomodado en los periódicos por el desorden?

—Me pareció insoportable airear estas cuestiones en la prensa…

Unos días antes de esta conversación Ríkov había ido a ver a Lenin.

—Vladímir Ilich —dijo—, me está carcomiendo el gusanillo de la duda y, como es lógico, he venido en busca de consejo.

—A ver qué gusanillo es ese —sonrió Lenin—, intentaremos entendernos con él, aunque he de confesarle que, para mí, esto es nuevo…

—Es un asunto de tal índole… Vamos a celebrar el cuarto congreso desde la victoria de octubre y en este congreso, que confirma de facto nuestra victoria sobre la intervención y los blancos, nosotros, según puedo suponer por las conversaciones con los camaradas, otra vez y antes que nada vamos a conceder espacio a la crítica, a la autocrítica, a la discusión…

—Es legítimo…

—Sí, pero en este congreso habrá todavía más cantidad de comunistas extranjeros… Publicaremos nuestros informes en los periódicos, y enseguida los traducirán en los países de la Entente… ¿No estaremos minando así la confianza en nosotros mismos, en el ejercicio de nuestra lucha y de nuestra obra ante los camaradas en el extranjero?

—¿Y qué es lo que propone? ¿Asignar una comisión especial de redacción? Entonces, ¿para qué el congreso? No, mi querido amigo, vamos a aprender a escuchar las palabras más amargas que tengan que decirnos, si es que estas obedecen, naturalmente, a un interés por nuestra tarea. El rencor y el barullo se distinguen rápido y son particularmente inofensivos para nosotros, pues un obrero no seguirá tales palabras ni creerá en ellas. Y en cuanto a nuestros

camaradas del extranjero, ese es un capítulo especial… Si nos comprenderán o no en esta etapa, si creerán o desconfiarán, esto es secundario. El proceso que se está dando en el mundo es objetivo. Volverse a mirar la expresión de las caras de los amigos es inútil cuando tenemos enemigos de sobra. El voto de confianza lo hemos conquistado tras cuatro años combatiendo a ejércitos de catorce países. Agradecemos la ayuda moral que nos prestaron, en la medida de sus posibilidades, los obreros de Europa y América, y es algo que nunca olvidaremos, pero hay que mirar a la cara a la verdad: la ayuda material solo nosotros podemos ofrecérsela, de momento no hay nadie más. Y ya solo por el hecho de existir la estamos ofreciendo: el capitalista de Inglaterra ha empezado a pagar más a su obrero porque teme que, si no lo hace por las buenas, se lo quitará por las malas; el ejemplo ruso está en la memoria de todos, afortunadamente. No, en nuestra tarea no debemos fijarnos en nadie, y en política es inadmisible construir mirillas. Hay que mirar a los ojos al pueblo, al que puede asumir el poder en sus manos, defender su poder, y ahora en una esfera más compleja, desesperadamente difícil —económica—, quiere verificar ese poder y reforzarlo por muchos años. Siempre hay que pensar primero en el pueblo artífice de la revolución y defenderlo, lo demás ya vendrá.

… Alski, claramente inquieto, decía:

—Vladímir Ilich, prometemos que en el curso de los próximos días vamos a corregir la situación del DEA y sin armar escándalo en los periódicos. Según nuestras convicciones, todo está evolucionando de la mejor forma… especialmente después de sus consejos, a los que tenemos tanta estima…

—Ajá —lo interrumpió Lenin—. Está bien. Tiene un mes de plazo, camarada Alski. Un mes. En este tiempo tiene que haber arreglado todos los asuntos del DEA. Y sin palabrerías ni hurras, más seriedad y menos informes pomposos. Y póngase en contacto ya mismo con la INSOC y con la Checa, me temo que sin su ayuda no va a poder sacar este asunto del punto muerto, por muy optimista que sea.

Lenin hizo una rápida marca en su calendario y dijo con sequedad para concluir:

—Le doy las gracias. Hasta la vista.

Alski se levantó.

—Y usted, camarada Kámenev, sea tan amable de quedarse un momento —pidió Lenin, cuando Alski ya se dirigía a la puerta. Lenin se descubrió sintiendo pena por ese hombre, pero también comprendía que no podía hablar con él de otra manera, simplemente no tenía derecho, pues era el hombre que debía responder por las propiedades de oro de la república.

—¿Qué va a decirme? —preguntó Lenin a Kámenev, cuando Alski hubo salido—. ¿Que he sido brusco? ¿Y qué quería que hiciese? El país es un caos,

muy pronto los aldeanos empezarán a empapelar sus isbas con dinero, ¡y el camarada Alski me viene con radiantes esperanzas!

—Puedo comprenderlo, Vladímir Ilich.

—Ande, pues écheme una mano a mí también…

—Todo giro en política, sobre todo uno tan brusco como es la NEP, coloca a los profesionales de nuestro partido, y es imposible que no lo haga, ante una bifurcación, de palabras y de hechos…

—¿Palabras y hechos? Esa es la contraseña de la oprí chnina, Lev Borísovich. Hay algo en su idea que no termino de comprender.

—La palabra es la «revolución mundial» y el hecho, «el desarrollo y la regulación de la economía de mercado», ante la que —Kámenev sonrió—, y cito a Lenin, «es absurdo hablar de socialismo»…

—Soy economista, no profeta, cierto. Pero tenga en cuenta que eso se escribió a principios de siglo sobre un país donde todas las palancas claves estaban concentradas en manos de la administración zarista y de la burguesía incipiente. Claro que sí, que viva la revolución socialista mundial, igual que antes, y no de palabra, sino de hecho, ¡precisamente de hecho! Debemos demostrar a nuestros obreros y campesinos, que nos han dado su voto de confianza, que podemos y que vamos a gestionar, es decir, a proveerles de trabajo y a pagar bien por ese trabajo; y cuanto más tiempo, mejor organización y claridad. La producción de mercancías en un país donde todas las palancas claves se encuentran en manos del partido es algo completamente diferente; está sujeta a análisis y a reevaluaciones. El ejército, la diplomacia, la industria pesada, los ferrocarriles, el comercio exterior, todo está en nuestras manos; es lo que le corresponde hacer al gobierno en un país campesino donde el proletariado urbano ha asumido el poder. El gobierno se quedará atascado en nimiedades si se ve obligado a decidir cuestiones como dónde puede planchar un traje o arreglar sus botas un trabajador, que se ocupen de estas cosas los nepman, sí, sí, los nepman, el pequeño propietario, o aún mejor: una cooperativa que poco a poco vaya organizando la industria de actividades de servicio público… Y nosotros tendremos que aprender a no enredarnos en nimiedades burocráticas que consumen el alma y se comen la sustancia de las ideas, y a evadirnos del trajín diario para pensar en los puntos de partida, en las cosas predominantes… con muchos años de antelación: sobre la electrificación del país, la formación de la metalurgia y el reequipamiento revolucionario y tecnológico de nuestros campesinos. Y muchos camaradas nuestros, desconcertados —¡ay, ay, que estamos restaurando el capitalismo!—, han empezado una simulación directa, para el exterior, cierto es, disimulada con informes y discursos, de la nueva política económica. Pero el obrero ruso, que no tiene ni comida ni botas, se rascará la nuca y dirá: «No, camaradas, resulta que a los bolcheviques solo se les dan bien las palabras, pero en cuanto

a los hechos, son un completo desastre y unos patanes y no deben gobernar nuestra república, sino, en el mejor de los casos, ¡algún rincón perdido por ahí lejos!». ¡Y pedirán que les devolvamos el voto de confianza! Así que hay que mirar la verdad a la cara. De lo contrario, caeremos y arrastraremos con nosotros una gran obra, ¡algo que nadie nos perdonará! Ahora ser revolucionario marxista significa solo una cosa: saber gestionar, con ganancias y beneficios, con astucia, con fuerza; saber negociar mejor que el capitalista, producir abrigos y botas… mejor que el capitalista, dar de comer en los comedores mejor que en los del capitalista, tener sanatorios para obreros como no los tiene el capitalista, todo esto es lo que significa seguir siendo revolucionario. La vida diaria es la vida diaria, es lo más tedioso, trabajoso en la política económica, lo menos interesante. Usted se olvidará de ella, por cierto que yo también. Pero el nepman que obtiene dividendos de la vida diaria siempre se va a acordar de estos dividendos. Nos deja las manos libres para lo importante al quedarse él con las preocupaciones menores, que de ninguna manera son de alcance gubernamental. Y tener miedo a esto, tener miedo a que alguien no piense esto de nosotros, no es más que bullicio —concluyó Vladímir Ilich como si continuara la discusión con Ríkov.

Kámenev ya se disponía a marcharse cuando Fótiev le trajo a Lenin varios telefonemas: del Narkom de Comercio Exterior, de la Checa y del Comité de Combustibles. Lenin echó un vistazo rápido a las tres primeras hojas, pero en la última fue como si se hubiera tropezado. Releyó el telefonema varias veces, en la frente se le marcaron claramente dos trágicas arrugas longitudinales. Llamó a Kurski, el comisario de Justicia.

—Camarada Kurski, he tenido noticias de que tres trabajadores del Comité de Combustibles enviados a Suecia para comprar maquinaria se han gastado casi todo el dinero sin cumplir el trabajo que se les había encomendado. Le ordeno que convoque inmediatamente a esas personas y, si lo permiten las circunstancias y su falta mercantil queda demostrada documentalmente, ¡que los detenga, los juzgue y se pudran en la cárcel! Rusia pasa hambre y tres chupatintas comunistas se dedican a corretear por Estocolmo, ¡dónde se ha visto eso! Sí, por favor…

Lenin colgó el teléfono y miró con dureza a Kámenev:

—¿Ordena que actúe de otra manera? ¿He sido cruel? Esperan que haya bondad corporativa, total, si somos correligionarios, ¿no?, todo queda en casa… No resultará. Y que me acusen de crueldad, lo que importa es que esta sea justa y objetiva, no personal.

Después de acompañar a Kámenev hasta la puerta, Lenin se sentó y anotó en el calendario: «Académico Ramzín.[19] Generadores. Trotski, Frunze, Tujachevski,[20] Uborévich:[21] cuestiones teóricas del ejército. Krestinski:[22] posible embajador en Berlín, llamar. Bujarin:[23] sobre el campesinado de clase

media y el denominado “aldeano con posibles”».

Lenin miró por la ventana. El cielo primaveral estaba tenso, pesado, con dos colores: azul denso y rojo calima. Los cuervos andaban alborotados. El carrillón resonaba en el frambuesa, marcaba el tiempo. Lenin comprobó su reloj y encendió la lamparita.

A los miembros del Consejo del Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrero-Campesina

… Tenía todavía esperanzas de que la afluencia de nuevos trabajadores en el comité de la INSOC diera nuevos aires al trabajo, pero en las preguntas hechas a Stalin no he logrado verlo. Por favor, escríbanme unas líneas y después, de ser necesario, fijaremos un encuentro. Tienen 8000 personas trabajando, en lugar de 9000. ¿No se podría recortar hasta 2000 con un sueldo de 6000 (es decir, triplicarlo) y elevar la calificación?

Si Avanésov[24] regresa pronto, enséñenselo a él también.

Saludos comunistas.

Lenin

Probad a comparar con el concepto común y corriente de «revolucionario» las consignas que nacen de las peculiaridades de la temporada que hemos atravesado: maniobrar, retroceder, aguardar, construir lentamente, apretar sin compasión, ejercer férrea disciplina, cargar contra el desenfreno… Resulta sorprendente que, al oír esto, de algunos «revolucionarios» se apodera una noble indignación y empiezan a «cargar» contra nosotros por haber olvidado las tradiciones de la Revolución de Octubre, por claudicar ante los especialistas burgueses, por llegar a compromisos con la burguesía, por ser unos pequeñoburgueses y unos reformistas y no sé cuántas cosas similares.

No somos capaces de juzgar públicamente la plaga burocrática y el papeleo, algo por lo que a todos nosotros y, en especial, al Narkom de Justicia deberían colgarnos de cuerdas malolientes. Y todavía no he perdido la esperanza de que alguna vez nos cuelguen, y con razón… ¿Por qué no es posible una sentencia de este tipo, por ejemplo…? Declaramos culpables de exceso de trámites y papeleo, de ineptitud, de connivencia con el burocratismo, y anunciamos una severa condena y la pública desaprobación con la advertencia de que solo por ser la primera vez procedemos a un castigo tan suave, pero en lo sucesivo enviaremos a la cárcel a esos gusanos comunistas y sindicalistas…

En el año 1921, en el III Congreso,[25] aprobamos una resolución sobre la estructura organizativa de los partidos comunistas y sobre los métodos y contenido de sus trabajos. La resolución es magnífica, pero es rusa de principio a fin, es decir, que está sacada de las condiciones rusas. Y aquí reside su parte buena, pero también la mala. Mala porque ni un solo extranjero puede leerla…, es demasiado larga. Y normalmente los extranjeros no pueden leer cosas así… Si como excepción algún extranjero la entendiera, no podría cumplirla… Tengo la impresión de que con esa resolución hemos cometido un gran error… La resolución refleja la experiencia rusa, la nuestra, por eso es completamente incomprensible para los extranjeros, y estos no están contentos con que se los cuelgue, cual icono, en un rincón y se los adore. Así no se puede conseguir nada. Deben asimilar parte de la experiencia rusa. Cómo hacer que ocurra, esto ya no lo sé…

Todo el trabajo del gobierno… está dirigido a consolidar en el plano legislativo y en grado máximo la denominada nueva política económica para así eliminar cualquier posibilidad de rechazo.

Sobre la formación de la URSS… Stalin ya ha accedido a hacer una concesión.

§ 1 decir, en lugar de «Ingreso» en la RSFSR, «Adhesión formal junto con la RSFSR en una unión de repúblicas soviéticas de Europa y Asia».

El espíritu de esta concesión está claro, espero: nos reconocemos iguales a la RSS de Ucrania y otras, y juntas y en las mismas condiciones entramos en una nueva unión, en una nueva federación…

Anunciar la severa condena al Comité Moscovita por su indulgencia con los comunistas… Confirmar a todos los comités provinciales que ante el mínimo intento de «influir» en los tribunales en términos de «suavizar» las responsabilidades de los comunistas el Comité Central va a expulsar del partido… Por medio de una circular avisar al Narkom de Justicia (copia a los comités provinciales del partido) de que los tribunales están obligados a castigar a los comunistas con más severidad que a los no comunistas…

P. D.: El colmo del deshonor y del desorden: ¡el partido en el poder defendiendo a «sus» canallas!

Podemos… hacer que el obrero urbano sea el transmisor de las ideas comunistas en el ambiente del proletario campesino.

He dicho «comunistas» y me apresuro a explicarme, pues temo causar algún malentendido o ser comprendido en un sentido demasiado directo… Mientras no tengamos en las aldeas ninguna base material para el comunismo, hasta entonces esto hará daño —podría decirse así—, será pernicioso —podría decirse así— para el comunismo…

---

[16] O PSCP, comisión permanente del Sóviet de los Comisarios del Pueblo que existió entre 1918 y 1930 y que decidía determinadas cuestiones econó- micas. (N. de la T.)

[17] Fusilado en 1938.

[18] Fusilado en 1936.

[19] Detenido en 1929.

[20] Fusilado en 1937.

[21] Fusilado en 1937.

[22] Fusilado en 1938.

[23] Fusilado en 1938.

[24] Fusilado en 1937.

[25] Del Komintern.

PARA LA HISTORIA DE LA CUESTIÓN

Medio año antes de que Lenin convocara a Alski, la información sobre la desafortunada posición del DEA había llegado a la Inspección Obrero-Campesina. El comisario Stalin invitó a su segundo Avanésov y, mientras recorría como solía su gran despacho —había pedido que unieran en una única estancia tres para que las ventanas no solo dieran a la calle, sino también al patio—, dijo con voz sorda y no muy fuerte:

—Si lo que se cuenta del DEA, aunque sea una mínima parte, se corresponde con la realidad y esta realidad se descubre, el camarada Trotski no dejará pasar la ocasión para utilizarlo en el próximo Politburó y repetir sus ataques al sistema de la Inspección Obrero-Campesina. Si no ha habido ningún robo de joyas, entonces le corresponde precisamente a la INSOC defender el honor y la dignidad de los viejos especialistas. El camarada Trotski ya hace suficientes trucos de manos con los ejemplos del honrado trabajo de los especialistas militares de su departamento, no es el único que está pensando en captar para el trabajo a los antiguos especialistas. Reúna gente con experiencia, tenacidad, y métalos a controlar el DEA. Eso no molestará, no puede hacerlo, a los trabajadores del DEA, y así protegerá a la república de robos de todo tipo, no solo en el presente, también en el futuro.

Tres días después el Departamento de Inspección le propuso a Avanésov las candidaturas de tres trabajadores: Kozlóvskaia, Gazarián y Potápov. Se suponía que Avanésov iba a conversar con cada uno de los camaradas propuestos, pero fue víctima de una influenza gravísima, con complicaciones que le afectaron a los pulmones. Stalin estaba ocupado en el Narkom de Nacionalidades y en el Comité Central, así que las tres personas pasaron automáticamente de la estructura de la INSOC a la del DEA. Una vez en el Buró de Organización del Narkom de Economía, Krestinski intercambió unas pocas palabras con Stalin; el uno y el otro conocían a Kozlóvskaia de los tiempos de la clandestinidad, además, ahora ella vivía en el Kremlin, aunque en el pabellón de la caballería real, en un piso al lado de Stučka. Krestinski, cierto era, todavía no se había mudado al Kremlin desde la Segunda Casa de los Sóviets, el antiguo Hotel Metropol, pero esto no le impidió recordar enseguida

a Kozlóvskaia y darle las gracias a Stalin por haber enviado al DEA a un trabajador tan de confianza y probado, profundamente intelectual.

—Camarada Krestinski —se sonrió Stalin—, recordaré estas palabras suyas: es el primer comisario que nos da las gracias por tener un inspector. Se lo tengo que contar sin falta al camarada Demián, que escriba una fábula o un cuento, pero la publicaremos más adelante, dentro de unos diez años, como ejemplo para la posteridad. Hablando en serio, estoy contento de que haya comprendido bien nuestra acción, gracias por su sensata bondad para con la desgraciada Inspección…

Pozhamchi lanzaba miradas penetrantes a los tres inspectores. Le había pedido al tasador Shelejés que se pasara a ver a Levitski, el jefe del DEA, en el pasado el presidente de la caja de empréstitos, y que acordara con él que serían ellos dos, Pozhamchi y Shelejés, nadie más, quienes efectuarían la inspección en el DEA, que ellos mostrarían los artículos allí depositados y les pondrían al corriente de los asuntos.

—Estará de acuerdo, camarada Levitski —Shelejés ponía énfasis al llamar a Yevgueni Yevguénievich Levitski, un antiguo funcionario de rango III, «camarada» en sus conversaciones a solas, en las reuniones y también en los informes sindicales—, estará de acuerdo en que para los colegas nuevos ya es difícil de por sí ponerse al día de nuestras sutilezas orfebres… Hay que ayudarlos para que estén bien orientados desde el primer día.

«Vaya con el gusano, anda que no es astuto —pensó Levitski mirando la cara colorada y cuadrada de Shelejés—, va a timar a esos pobres comisarios, eso es lo que va a hacer…».

Yevgueni Yevguénievich tenía un salario, como se llamaba ahora al «sueldo para la manutención», mísero, al igual que todos en el DEA, pero su ración lo sacaba de apuros: les repartían rutilus ahumado, azúcar y harina. Los primeros meses después de haber obtenido el puesto, Levitski estaba infinitamente sorprendido y contento. Comprendía que solo la excesiva honradez podía mantenerlo en esta felicidad completamente inesperada, caída del cielo: la saciedad. Ya podía ser irrisoria —en comparación con la que acostumbraba antes de la revolución—, pero es que la prosperidad se olvida muchísimo más rápido que la desgracia y el hambre. Pero después de que se estableciera la NEP, la vida en la capital empezó a cambiar precipitadamente: no había quien comprendiera si se estaban desplazando a un desconocido «mañana» o si, por el contrario, con la misma precipitación, rodaban al maravilloso y apacible «ayer». Abrieron pequeños cafés en Arbat, en los puestos apareció sin saber cómo jamón; el borgoña: etiquetas con chorretones de vino, sucias, un auténtico descuido de los franceses; los cocheros se daban aires, en su voz volvieron a aparecer las anteriores notas de respeto al ver a un hombre bien

vestido. Al reparar en esto con el ojo agudo de una persona que toda su vida ha concedido préstamos, Levitski comprendió de repente que, en esencia, era lamentable e infeliz, con su pescado y los blinis gruesos y empapados que su mujer preparaba con tanto esfuerzo y poca habilidad.

Aproximadamente una semana después de que se autorizara el comercio privado, Shelejés se pasó a verlo, lo humilló largo rato con su pronunciación descarada de «camarada» y después, colocando en la mesa una pequeña almohadilla de tafilete con diamantes, dijo:

—Yevgueni Yevguénievich, Pozhamchi y yo queremos pedirle que sea nuestro árbitro: aquí hay diez piedras, esta es la factura. —Shelejés acercó a Levitski un papel de cera que certificaba el número de piedras y sus quilates—. Pero Nikolái Makárovich y yo discrepamos en la tasación de los diamantes. Por favor, diga usted una suma.

—Déjelos —respondió Levitski un tanto sorprendido, pues la petición era, cuando menos, extraña: Shelejés y Pozhamchi eran célebres por sus fantásticos conocimientos no solo en Rusia, también en Gran Bretaña, Holanda y Francia.

Cuando Shelejés se hubo ido, Levitski miró las piedras con lupa: los diamantes eran magníficos, puros, con destellos azules, de Sudáfrica, a lo que parecía, por los barrenos. Contó distraído con el meñique las piedras y se sorprendió: había doce. No se lo podía creer y volvió a contarlas. No había duda: en lugar de los diez indicados en el inventario, en el tafilete rojo había doce diamantes. Al momento —incluso de forma un tanto automática, independientemente de su escrupulosidad íntegra y honrada— Levitski calculó a bulto que los dos de más tenían un valor de al menos siete mil en oro.

Levitski sabía que Shelejés tenía parientes de los importantes entre los bolcheviques, por eso levantó el auricular y llamó a la sección de diamantes:

—Ciudadano Shelejés, parece que se ha equivocado, hay más…

Shelejés lo interrumpió acelerado, inquieto, con rapidez:

—¡Qué dice, camarada Levitski! Será que ha contado mal, ahora mismo voy a verlo, qué cosas dice, camarada Levitski.

Levitski se quedó helado: no lograba comprender si estaban comprobando su afinidad bolchevique o si era algo que al principio hasta le dio miedo pensar. Shelejés llegó en un minuto, esparció los diamantes por la mesa, los contó y apartó dos, los más grandes:

—Se lo dije, son diez, camarada Levitski. Ni más ni menos. —Lo miró a los ojos y añadió—: El cochero ya lo está esperando, porque ha pedido que llamáramos un birlocho, ¿no? Lo acompaño, que voy de camino.

Una de sus manos grandes tapó las dos piedras, guardó las otras diez en la caja y, con la primera en el bolsillo, llevó a Levitski hasta la salida, lo sentó en el birlocho y entonces, como si le estrechara la mano en señal de despedida, a la fuerza coló en la palma fría y sudorosa de Levitski las dos gélidas

piedrecitas…

Levitski estuvo dos horas dando vueltas por la ciudad. Primero sintió miedo, uno nauseabundo y mezquino, que helaba el alma. Después, una vez convencido de que nadie lo seguía, se tranquilizó y la angustia se apoderó de él. «Malditos bolcheviques —pensaba—, siempre he sido honrado, todos sabían que soy honrado, y me han llevado a convertirme en un delincuente». Cerca de la plaza Serpujovka dejó que se fuera el cochero y se quedó vagando por las travesías de Zamoskvorechie que tanto quería, ahora despobladas, silenciosas, ocultas. Sin darse cuenta, salió a la orilla sucia del cauce seco del Yauza, junto al puente de Piedra.

«Tiraré las malditas piedras al agua y fin del asunto — pensó—, nadie sabrá nada, y si Shelejés intenta hacerme chantaje, lo denunciaré a la milicia. Aunque no… esto ya es demasiado, no solo acepto sobornos, sino que encima me convierto en delator. Nunca me atreveré a denunciarlo, con eso cuenta».

Después Levitski no fue capaz de explicarse cómo acabó junto a un palacete en Dmítrovka; aquí vivía el viejo Krópotov, el patriarca de los joyeros moscovitas que había prestado tres veces a Levitski: la primera, cuando Yevgueni Yevguénievich se marchó a Biarritz con Inga Azárina, su querida; la segunda, cuando casó a su hija y, la tercera, una semana antes de la revolución, cuando oficializó la compra de una dacha en Kúntsevo.

Krópotov, como si hubiera estado esperando a Levitski, empezó a soltar ayes, a lamentarse, lo llevó a su sala —como la llamaba él—, lo sentó en un sillón y le hizo muchísimas preguntas sobre su salud mientras recordaba la pérdida del collar de esmeraldas de los Yusúpov. Se secó las lágrimas mientras le hablaba de las inocentes extravagancias de la condesa Vorontsova y después, sin ningún tipo de transición evidente, simplemente bajando un poco la voz, dijo:

—Yevgueni Yevguénievich, lo sé todo, Shelejés ha pasado a verme. Cinco mil en oro, aquí están —y le tendió a Levitski una cartera—, ¿tiene aquí la mercancía o hay que acercarse a algún sitio?

En silencio, Levitski le tendió los dos diamantes y se marchó sin despedirse. Esa tarde se emborrachó hasta más no poder, se buscó una chica, una pequeña y roída que trabajaba en traje de colegiala, sufrió con ella hasta la mañana en un sótano vacío y frío de Palija y regresó a casa al amanecer, con un feo presentimiento que hizo que se le pasara la borrachera: le parecía que era una emboscada y que lo estaban esperando. Pero no hubo ninguna emboscada. Su llorosa mujer estaba sentada con un hacha en la mano, desde pequeña tenía miedo de los ladrones…

—¿Y ya está? —Shelejés insistía—. ¿Va a permitir que se nos cuelen inspectores hasta el fondo del asunto?

Levitski se interesó aprensivo:

—Vaya, ¿no puedo hacerlo?

—Claro que sí, camarada Levitski, usted puede hacerlo muchísimo mejor…

Levitski sacó una caja metálica de Lucky Strike («Cuesta un montón de dinero», reparó enseguida Shelejés), se encendió un cigarrillo y, sin ofrecer a su interlocutor, dijo:

—No me dé más piedras, no es necesario. Me va a entregar tres mil en oro cada mes, no aquí, por supuesto, sino junto a la galería Tretiakov, el último martes de cada mes.

—Pero, camarada Levitski, de dónde voy a sacar yo tres mil todos los meses…

—Yo no soy su camarada, recuérdelo en el futuro, y de dónde va a sacar usted tres mil todos los meses, no me interesa. Si falla…, por su propio interés, es mejor guardar silencio; por lo visto es obligatorio que pasemos por el informe pericial, y voy a definir su trabajo como decente y profusamente honrado, o como involuntariamente descuidado o

—Levitski levantó un dedo— como delictivo, mercantil…

—Sobre esto último —objetó Shelejés—, le aconsejaría que se lo pensara un poco: Krópotov dirá lo que yo le ordene, él le pasaba mi dinero, Yevgueni Yevguénievich… Y no me moleste mientras paseo a los inspectores. Y, en su presencia, sea severo conmigo, pero obligatoriamente respetuoso…

Y así se marchó del despacho, mientras que Levitski se quedó un buen rato sentado tal como estaba, incapaz de moverse: el tono de Shelejés había sido demasiado ofensivo, al igual que sus palabras, mientras que él, un antiguo consejero y miembro de la caballería, se sintió impotente y desnudo ante los golpes en cualquier momento, desde ese momento y para siempre.

Pozhamchi y Shelejés recibieron a los inspectores en la entrada; les estrecharon con fuerza la mano al saludarlos. Mientras dejaba pasar primero a Kozlóvskaia, Shelejés hizo una observación:

—Creo que nos presentó mi difunto hermano…

María Ignátievna sacó de un pequeño bolso desgastado unos anteojos, miró atentamente a Shelejés y respondió:

—Pues no lo recuerdo, preséntese, haga el favor… —Yákov Shelejés. Mi hermano, Isái, murió en el diecinueve, cuando era secretario del comité provincial en Kursk, de tuberculosis, por el hambre… Y yo seleccionaba diamantes…

Abrió la puerta del depósito de piedras preciosas. Kozlóvskaia se demoró en el umbral:

—Perdóneme… Conocí a Isái, era un camarada admirable… Soy muy

mala para las caras…

Shelejés empezó a desparramar las piedras delante de Kozlóvskaia; estas emitían destellos —profundos y misteriosos— bajo la luz pálida de las bombillas eléctricas y, en contra de su voluntad, Shelejés bajó la voz:

—Estas son las esmeraldas de los Románov, de un color azul único, y por eso es prácticamente imposible determinar su valor real. En mi opinión, estas piedras se trajeron en el siglo XVII, y nada menos que de la India.

—El ambiente está muy cargado, ¿no le parece a usted? —preguntó Kozlóvskaia, y su voz tranquila y su mirada distraída a las piedras lograron que Shelejés se despistara:

—¿Dónde está cargado?

—Aquí —respondió Kozlóvskaia—. Y hay un olor horrible a naftalina.

—Es por las cajas, echamos naftalina al tafilete para que se conserve íntegro. Antes hacían las cajitas por encargo en Bélgica, se seleccionaba el tono adecuado de tafilete, especial, con un pelillo que no dañara las piedras…

—Es usted un poeta de su trabajo —sonrió Kozlóvskaia— , será mi buen guía.

—Encantado. ¿Quiere ver el oro?

—Si le digo la verdad, todo esto no me interesa mucho…

Entre tanto, Pozhamchi guiaba por la sección de oro a Gazarián y a Potápov, esparciendo ante ellos monedas, pitilleras, anillos, colgantes, relojes… A Pozhamchi no le gustaba el oro, lo consideraba bruto y poco interesante, puramente mercantil, sin ese misterio interior que encerraban las piedras.

Al igual que Shelejés, observaba ansioso las caras de los inspectores mientras esparcía las singulares riquezas.

—¿De quién era antes todo esto? —preguntó Potápov, por lo visto un marino: avanzaba con pasos bamboleantes, ligeramente torpes.

—De los burgueses —respondió Gazarián—, ¿de quién crees que era?

—¿Y cuánto te pueden dar, por ejemplo, por esa pitillera?

—Depende de en qué mercado. Hay muchos: al por mayor, negro, internacional… En el mercado negro esta pitillera cuesta mucho dinero, pero yo nunca he estado relacionado con el mercado negro, no lo sé; pero si lo traducimos al mercado internacional, podría sacar unos novecientos dólares y no será pecado —respondió Pozhamchi.

—¿Y eso cuánto es, novecientos dólares? Y ahí tiene toda clase de piedrecitas fijadas…

—Bueno, esas piedrecitas no tienen ningún valor en especial, se intenta no esconder las auténticas piedras en el engarce para tener la posibilidad de jugar con las facetas… Aquí lo importante es la forma, fíjese en cómo cae la mano. Y el peso, claro. De esta pitillera —Pozhamchi se echó a reír— podrían hacerse

coronas para la mitad de las bocas del DEA.

Cuando Pozhamchi hubo terminado la excursión y explicado a los inspectores en qué se basaban los tasadores para determinar el valor real de uno u otro artículo de valor, Potápov lanzó un suspiro de perplejidad:

—Con este oro se puede comprar pan para toda Rusia. ¿Cómo es que estamos pasando hambre?

—Bueno, eso no es de nuestra competencia —objetó Poz hamchi—, el gobierno sabe en qué debe gastar el oro, tienen gente de mucha cabeza que piensa en el pueblo tanto como nosotros…

—¿Cómo vamos a organizar el trabajo? —preguntó Gazarián.

—Como usted considere necesario, camarada —respondió Pozhamchi.

—Creo que la tasación la van a hacer ustedes —continuó Gazarián—, pero en nuestra presencia, y, si nos surge alguna duda, nos irán dando explicaciones según vaya haciendo falta, por escrito.

—Completamente de acuerdo con usted, camarada, estoy completamente de acuerdo.

Mientras regresaban del DEA, Pozhamchi y Shelejés intercambiaban impresiones:

—No ha sido tan terrible, creo —decía Shelejés meditabundo—, y ha sido una suerte que hayan enviado a la tía a los diamantes. Es de metodología simple: intelectual, por consiguiente, confiada. Es del partido, por consiguiente, rechazará las sospechas sin fundamento: según su moral, y esto lo he deducido de las conversaciones con sus hermanos correligionarios, no hay nada más ofensivo que las sospechas sin fundamento. Es miope, por consiguiente, no podrá vigilar la manipulación manual —Shelejés sonrió—, incluso aunque le hayan ordenado que nos vigile con los ojos bien abiertos, créame lo que le digo…

—Si le creo —sonrió Pozhamchi, aunque no creía a Shelejés. Había llegado a la conclusión de que ahora que les habían impuesto unos inspectores todo se vendría abajo: esta primera inspección supondría otra más adelante, y cuantas más hubiera, seguro que se realizarían con mayor severidad. Así que Pozhamchi había decidido huir a la primera ocasión. Y esta se le presentó como caída del cielo. El comisario de Economía Krestinski le ordenó ir a Revel, a ver a Litvínov, a llevar los diamantes. ¡Y va y se encuentra con Vorontsov en la frontera!

Sin embargo, un mes después de la llegada de los inspectores al DEA, la situación había mejorado, estaba más despejada: había desaparecido el espíritu de desconfianza mutua.

Alski le pidió a Kozlóvskaia y a Gazarián que escribieran sus conclusiones sobre el trabajo realizado y sobre cómo se habían «aclimatado» al sistema del DEA los inspectores allí enviados. Ambos inspectores jefes presentaron a Alski

unos partes en los que afirmaban categóricamente que todo estaba en orden, que el trabajo avanzaba con normalidad, que la organización del trabajo era segura y que no había, ni podría haber, ningún robo.

Alski envió a Fótiev estos partes con una carta adjunta, para Lenin. No había ninguna base para no creer en los informes de los inspectores de Stalin en la INSOC y por eso en el archivador de la secretaría del Pequeño Sóviet de los Comisarios la ficha del DEA se sacó del cajetín de «Especialmente urgente».

CAMINOS…

Vsévolod se despidió de su padre en la estación. Les daba vergüenza abrazarse en público y por eso estaban muy muy cerca; la mano del padre estaba entre las manos frías de Vsévolod y este tan pronto la estrechaba con fuerza como la acariciaba con ternura, y sentía con amargura lo seca y delgada que estaba, era la mano de su padre y era tan débil e indefensa…

—Volverás, papá, y para entonces yo estaré en casa —decía Vsévolod con calma—, y tú y yo nos iremos a algún pueblo, y allí viviremos juntos, solos tú y yo, nadie más, ¿de acuerdo?

—Sí —con la misma calma respondía Vladímir Alexándrovich—, como antes, Sévushka.

—Y vamos a dar paseos por el bosque y a dormir en el pajar…

—Y yo voy a observar a las hormigas. Sueño con pasar mucho tiempo mirando de cerca las hormigas del bosque, no quiero nada más…

La locomotora pitó, los topes oxidados de los vagones se comunicaron rechinando y estos dieron una sacudida brusca, se pusieron en marcha, después ralentizaron la marcha y su padre, de pie en la plataforma, aún tuvo tiempo de gastar otra broma:

—Ya ves, hasta nuestros vagones tienen problemas que solucionar con la locomotora. Continuas coordinaciones y ratificaciones…

Vsévolod siguió un buen rato el vagón, mientras pudo ver la cara de su padre.

Boki esperaba a Vsévolod en el cuarto de la Checa de Transportes de la Línea Férrea del Báltico: el tren de Vsévolod salía media hora después.

Vladímirov debía llegar hasta Petrogrado y aquí la Checa Nor-Occ. le suministraría una «ventana» a la frontera.

—Seva —en voz no muy alta y ya por segunda vez repitió Boki—. Por favor, ten mucho cuidado. Ser brillante está bien en casa, pero allí tienes que pasar inadvertido. Tienes el carácter de tu padre: enseguida te metes en cualquier pelea. Recuerda: nada que no sea comprobar los datos de Stepansky. No termino de creerme que alguno de nuestros diplomáticos pueda trabajar

para la Entente. Lo más seguro es que el polaco se refiera a un chófer o a un secretario, en resumen, a alguno de los que simple y llanamente trabajan en el edificio. Las cartas de recomendación para Revel te las entregarán en la frontera. También allí te darán una agendita. Desechas la primera cifra y restas dos a la última y tendrás el número de teléfono de nuestro agente Román.

—Entendido.

—Ahora, a ver esto. —Boki le pasó a Vsévolod un paquete de cigarrillos—. Aquí, en el papelillo separador de la segunda capa, hay fotos de aquellos de los nuestros que han estado en Revel. No ha habido más. Que nuestros amigos vean cuál de estas siete personas se encontró con Vorontsov en el Corona de Oro, es importante; nuestros camaradas tienen muchos motivos, pero, la verdad, nada de hechos concretos…

—¿Se lo tengo que enseñar a Román?

—Sí, él sabrá qué ayuda es más de fiar para comprobarlos a todos, te reunirá con los amigos…

—En caso de que se den combinaciones interesantes, ¿debo esperar vuestras indicaciones u os fiais de mí?

—Estamos acostumbrados a fiarnos de ti, pero no acabes con el dogal al cuello.

—Bajo ningún concepto… —sonrió Vsévolod—. Desde pequeño sufro de dolores de garganta.

Boki no pensaba acompañar a Vsévolod a su vagón: un miembro del consejo de la Checa no debía acompañar a Maxim Maxímovich Isáiev. Y es que este no se iba a Revel con las manos vacías, sino como miembro del movimiento clandestino de los cadetes: ¿merecía la pena que vieran juntos a un chequista y a un contrarrevolucionario? No merecía la pena en absoluto, creían los dos, por eso se despidieron en el cuarto diminuto de cortinas bien echadas, para tapar las ventanas.

Al principio, en cuanto metieron a empujones a Nikándrov en una celda de paredes grises y minuciosamente pintada con pintura aceitosa, de techo bajo y una ventanita minúscula tapada con una reja tupida, empezó a alborotar y a aporrear la puerta, revestida de hierro claro laminado. Por la cabeza le volaba una idea: «Como en la sección de comestibles, donde descuartizan la carne».

—¡Verdugos! —gritaba Nikándrov desesperado—. ¡Oprí chniki! ¡Perros! ¡Lacayos de la Checa!

Todavía no se le había pasado la borrachera. Al amanecer, para despedirse de Lida Bossey y su pegajoso acompañante, cuya presencia la molestaba claramente, se pasaron por la estación y se tomaron otro vaso más de vodka, por eso los sentidos de Nikándrov estaban ahora especialmente sensibles y vulnerables. También en Rusia lo agobiaba la impotencia cuando se daba de

bruces con las circunstancias; incluso había desarrollado una teoría filosófica cuyo sentido consistía en que el hombre —siempre y en todas partes— estaba impotente ante las circunstancias, estaba subordinado a ellas, era su esclavo. Y si se rebela, entonces lo aplastan y destruyen. En casa había edificado esta filosofía mientras vivía en una buhardilla —libre, hambriento—, y publicaba de cuando en cuando libritos con sus ensayos; olvidado por la crítica, pero rodeado de la atención y los desvelos de sus admiradores: el pasaporte lo recibió de un comisario que hablaba con gran respeto de sus trabajos, en especial en el campo de las investigaciones históricas.

El que nadie reaccionara ante sus gritos, el que él esperara algo completamente diferente —llamadas de los editores, de una habitación del Savoy, llamadas interesándose por él de los periodistas locales y de los extranjeros acreditados en Revel—, en todo esto había algo tan cruel e insultante que convirtió a Nikándrov en animal: cayó sobre el suelo frío de piedra y empezó a rodar, a arrancarse la ropa; luego el ataque de histeria se mudó en cansancio desmayado y se quedó dormido después de vomitar hambriento bilis y vodka, habían comido poco, esa noche no habían hecho más que beber…

El instructor de la unidad política de la policía de Revel Ávgust Fránzevich Schwarzwasser era un hombre blando y manejable. Del resto de sus colegas solo lo diferenciaba una característica: era de inventiva incansable y en lo más profundo de su alma soñaba con ser escritor, con ser el autor de novelas de tramas que atraparan como lo hacían las de Conan Doyle.

Precisamente a él le llegaron los papeles requisados en el registro a Nikándrov. Una vez constatado que el atrapado en el piso de Vorontsov era un literato recién emigrado de los sóviets, Ávgust Fránzevich iba a firmar una sentencia para su inmediata —con la obligada disculpa de rigor— puesta en libertad; sin embargo, cuando los agentes de vigilancia le entregaron a su jefe los materiales de esa noche, el instructor se sentó meditabundo en la repisa de la ventana, tarareando el tema de El barón gitano. Tenía sobre qué meditar: en primer lugar, el asesinado Jürla, quien había pasado toda la tarde anterior en compañía de emigrantes y poetas, uno de los cuales era de ánimo probolchevique; en segundo lugar, Nikándrov había resultado ser amigo de Vorontsov, quien era —y no estaba confesando ningún secreto al decirlo— el líder de los «combatientes» de la emigración monárquica rusa; en tercero —y esto era lo que más sorprendía al instructor—, cómo habían dejado salir tan alegremente del país soviético a alguien que tenía tanta amistad con el líder de la emigración. Los bolcheviques vigilaban a los líderes emigrados con especial celo y conocían muy bien no solo a sus familiares, sino a todos sus amigos, a veces también a simples conocidos. Con todo, Ávgust Fránzevich hacía especial distinción al difunto Jürla, cuyo asesinato estaba de momento en

manos de la policía criminalista; en tiempos, el famoso periodista había cumplido condena en Yakutia por sus actividades socialistas, cierto que con un ligero tono nacional; por lo demás, después se apartó del movimiento. Aunque esto no le impedía prestar ayuda — alguna que otra vez hasta económica, la más formal que puede haber— a la oposición radical de izquierdas estonia…

La idea, la trama, surgió inesperadamente en la cabeza de Ávgust Fránzovich: como si fuera un paisaje apareciendo enun cristal fotográfico sumergido en un revelador. Al principio blancura total, después oscurecimiento; pero luego, primero con cautela y más tarde con mayor relieve, se va perfilando el paisaje; a Ávgust Fránzevich no le gustaba hacer fotos de las personas, pues siempre, incluso en los retratos de su mujer, le parecía ver el «de frente, de perfil» carcelario e, indefectiblemente, las huellas dactilares, pegajosas y marcadas sin cuidado.

Tras poner en conjunto —sin prisas y con todo detalle— todos los datos que conocía, Schwarzwasser consideró una versión bastante armoniosa y muy prometedora. Ya sabía de la visita del embajador ruso al presidente (la policía secreta se enteró al instante); sabía que Litvínov le había comunicado datos exactos sobre la emigración rusa y, en particular, sobre Vorontsov, considerado en Moscú el enemigo número uno dentro de los círculos rusos de Revel; se añadía, además, que Vorontsov, Jürla y Nikándrov, al que por alguna razón Moscú había dejado salir con increíble facilidad, habían pasado juntos la víspera de la misteriosa muerte del periodista. Y todo esto apoyado sólidamente en las instrucciones del jefe del gobierno para que se detuviera a Vorontsov y a seis de sus más próximos camaradas y posteriormente, transcurrido un tiempo determinado, se les soltara con la orden de que, pese a todo, debían abandonar en fechas inmediatas los límites de la república de Estonia.

«Una jugada perfecta para la Checa —animándose, sintiendo que se avecinaba algo interesante, complejo y enmarañado, Ávgust Fránzevich seguía con sus deliberaciones—. Están metiendo a su hombre en el núcleo del movimiento blanco. ¿Y por qué Nikándrov no puede ser la figura adecuada para eso? Más adecuada imposible. Y si le saco una confesión de ese tipo, entonces podré continuar la operación y elevar a Moscú una protesta por enviar a sus agentes. Y en lo sucesivo podremos rechazar todos los ataques del Kremlin a cuenta de la emigración blanca: son ustedes quienes la alimentan y luego nos cargan las culpas a nosotros».

A Ávgust Fránzevich toda la idea le pareció hasta tal punto interesante que no se puso a contrastar: la inspiración es la madre del éxito, así que pidió al guarda que le trajera sin tardar al escritor detenido.

… Recibió a Nikándrov con una sonrisa encantadora, incluso podría

decirse que coqueta, ordenó que le sirvieran té con limón, y después se lamentó:

—Cuando formábamos parte de un imperio, el té era muchísimo más barato y de mejor calidad, ni punto de comparación. Ahora, ya ve, Albión nos desuella vivos por las variedades de la India y los contribuyentes abroncan a nuestro pobre gobierno.

Nikándrov, fijando su rabiosa mirada en la cara bondadosa de Ávgust Fránzevich, estalló:

—¿Qué pinta aquí el té? ¡Lo que le estoy preguntando es en base a qué me han detenido! ¿Qué es lo que tienen aquí, sóviets o un Estado de derecho? ¡Qué escándalo! ¡Meter en presidio a un escritor ruso! ¡Sin razón! ¡La opinión pública mundial se quedará bien sorprendida cuando se entere!

—¿Y por qué debe enterarse precisamente la opinión pública mundial? ¿Quién se lo va a decir?

—¡Yo! ¡No soy mudo! Sé unir letras y no solo en los informes, ¡sé escribir! ¡Escribir!

—Ah, vaya… Me interesa sobremanera leer sus improvisaciones. Aunque ¿dónde los va a escribir? ¿Y con qué?

—Pero ¿qué es todo esto? Señor, ¿es que estoy soñando? —empezó a gritar Nikándrov—. ¿Qué está pasando?

—Si va a seguir con sus gritos histéricos, ordenaré que lo metan en una celda de castigo —dijo Schwarzwasser igual de sonriente que antes.

—¡Canalla rosáceo! —vociferó Nikándrov—. ¡Perro bolchevique! ¿Es que no os bastaba con Moscú? ¿También aquí tenéis que atormentarnos?

Sin ser consciente ya de lo que hacía —hablaban la tensión nerviosa de los últimos meses mientras esperaba el pasaporte, las noches en que los minutos pasaban angustiosos y contenidos, mientras intentaba adivinar si lo lograría o no: ¿pares o nones?—, Nikándrov agarró un tintero pesado y lo tiró a la cara pulcra y rosada del hombre pequeño que estaba sentado a la mesa. Ávgust Fránzevich apenas tuvo tiempo de levantar los brazos, algo que, probablemente, le salvó la vida. De no haber aplacado el golpe, el cristal facetado le habría partido la sien; de esta forma el tintero le golpeó la frente ruidosa y terriblemente, nublándole la vista, la sangre se mezcló con la tinta negra. Schwarzwasser soltó un grito estridente, Nikándrov se lanzó sobre él queriendo ayudar, asustado por lo que había hecho, de la borrachera pasó a una desolación tenaz, sudorosa.

Entraron corriendo colegas y guardas, se abalanzaron sobre Nikándrov, lo derribaron y empezaron a golpearlo, a lo tonto y sin sentido. Y al principio no dolía porque había demasiada gente golpeando, pero después lo arrastraron atado al sótano y lo destrozaron tanto que encaneció y se quedó ronco.

Moscú. Para Kédrov.

Transmito un breve apunte de la conversación del consejero de la misión polaca Jarosław Odrzechowski con el enviado extraordinario de Lituania I. Balčunavičas. Según las palabras de Odrzechowski, actualmente la situación de Stef-Stepansky no es sólida, por cuanto hace medio año se nombró al general de brigada Psiedlecki nuevo sustituto del jefe de la II Sección del Estado Mayor. Entre las características, este general enfatiza en primer lugar la solidez de los lazos familiares, la devoción religiosa y la sobriedad. «Dado que Stepansky está soltero, es un viva la Virgen y un borracho que no cree ni en Dios ni el demonio — continuaba Odrzechowski—. Últimamente su posición se ha vuelto inestable, aunque es un agente de primera clase, pero al nuevo general no le emociona el talento, le emocionan las características. Incluso dijo en una ocasión: "El talento está bien para el ballet; en el servicio de información o molesta o es dañino, y siempre pone en guardia"». Odrzechowski considera a Stepansky un fiel partidario de orientación parisina, aunque en los últimos tiempos ha dicho varias veces que en Occidente nadie está valorando como es debido la amenaza rusa.

román

Vorontsov llegó a Moscú por la tarde. Lloviznaba, era una lluvia inesperadamente cálida, con sol, de la que hace salir las setas, con un olor agudo a podredumbre y a limpio azulado, de montaña. A Vorontsov siempre le parecía que el limpio de las montañas tenía su propio olor: a truchas recién pescadas. Lo había experimentado en el Cáucaso; después de haber sido herido, Víktor Vitálievich se curaba en las aguas de Piatigorsk, y en otoño de 1916 su difunto hermano y él fueron a pescar truchas con Korneli Uvárov, un funcionario con un mandato especial del gobernador general. Su hermano y Uvárov se tendieron tranquilamente en la hierba, bebieron mucho, se reían, pero Víktor Vitálievich pescaba truchas: sin flotador, confiando solo en sus manos y en su aguda visión, muy penetrante ya desde pequeño. La primera trucha fue la más grande. Tiró de ella, el cuerpo tembloroso e impetuoso color aluminio del pez cortó el aire del barranco y le golpeó en la cara: no le dio tiempo a atraparlo con la mano abierta. Y entonces sintió ese olor al limpio de montaña, irrepetible. Es un olor que parece salir volando, breve, incluso instantáneo: no han pasado ni tres minutos y la trucha ya ha perdido ese aroma de corriente glacial, de cielo, de cascadas y todo su azul…

Cuando charlaba en Revel o en París con los caballeros que lo apoyaban económicamente, Vorontsov daba a entender que, por supuesto, en Moscú y en Píter existía un movimiento clandestino numeroso y bien encubierto. Al principio hablaba así para recibir aunque fuera unas migajas de dinero de los roñosos de la Entente y poder desplegar la actividad. Eran gente artera, y se vio obligado a aprenderse de memoria, con total exactitud, sin mover ni una coma, las direcciones inventadas de las personas, de los pisos francos, las contraseñas y los santos y señas. Creía que era una mentira forzosa, una mentira piadosa. Pero, poco a poco, cuantos más elementos probatorios

utilizaba al hablar y al escribir sobre su movimiento clandestino, más veces se sorprendió pensando que hasta él se lo creía. Encima, la frontera entre la verdad y la mentira se difuminaba con especial precisión en las conversaciones con sus conterráneos, a los que pretendía mantener con la dulce mentira de una esperanza cercana. Y esta involuntaria y paulatina aberración de mentiras y verdades le gastó una broma pesada: llegó a Moscú creyendo de veras que podría buscar apoyos entre sus combatientes fieles, entre los miembros de las organizaciones clandestinas. Todavía le costaba diferenciar la verdad de la mentira: al inicio de sus fantasías sobre la clandestinidad, para sus construcciones mentales se había apoyado, naturalmente, en la gente que, según sus noticias, se había quedado en Moscú o en Petrogrado; estaba convencido de la elevada honradez de sus amigos; creía que podía ser muchísimo más útil en su patria que allá, en ese pantano rancio de intrigas menores y bajezas grandes, en ese trajín por buscar un trozo de pan y un techo llevadero: solo en Rusia te ayudaban por mor de Dios, mientras que en todas estas malditas Europas solo había razón y cálculo, un cálculo frío, con lápiz y ábaco. Cierto es que una vez que Vorontsov se lamentaba de este racionalismo terrible, cruel y ruin —según él lo veía—, un gran príncipe le respondió pensativo:

—Querido Víktor Vitálievich, lo comprendo… Pero, quizá, ahí resida nuestra tragedia, en que por mor de Dios damos a todos, incluso al vago y al borracho, pero no aprendimos a contar, siempre con las esperanzas puestas en Dios, ¡él nos sacará de apuros! Quizá tampoco sea tan malo para un estado… el saber hacer cuentas, ¿no? Que otro nos insulte por eso… pero los suyos van a alabarlo…

… La estación de Moscú estaba sucia, el suelo cubierto de trocitos de papeles y de algo extraño y viejo, como trapos, no era la típica basura de una estación. Vorontsov recordaría siempre las estaciones rusas escupidas con cáscaras de pipas en la tercera clase, con un buen bufé en segunda y una aburrida y aséptica ceremoniosidad en primera.

«No hay pipas —se dijo y, al momento, se burló—: de esto se deduce, sin duda alguna, que hay más hambre que nunca. Siempre hemos tratado de ver la vida del pueblo a través de los detalles, para lo general nos faltaba tiempo…».

No había coches de punto: ya estaban todos cogidos porque Vorontsov iba el último, examinando a los que iban delante y, lo más importante, comprobando que detrás no fuera ningún secreta de la Checa. No llevaba nada de equipaje: la navaja y la brocha de afeitar y el jabón se los había guardado en un bolsillo del abrigo y andaba ahora como un moscovita de verdad, aunque lo cierto era que se diferenciaba de los moscovitas, reparó Vorontsov, en que no llevaba cartera. En Revel le había parecido lo contrario, que una cartera lo

distinguiría de la multitud, quizá pareciera una tontería, pero en el control no era una tontería ni mucho menos. Antes únicamente los funcionarios llevaban cartera, pero ahora un aldeano es quien gobierna el Estado: cómo no revelar al niño que había en su interior, oculto, cómo no ir presumiendo de cartera, incluso aunque esté vacía y el asa, suelta, y los cierres aherrumbrados no sirvan para nada…

Vorontsov cruzó sin prisa la ronda Sadóvoie y se dirigió al centro: la única dirección de un viejo amigo, del ingeniero ferroviario Abrósimov, que había conseguido averiguar de casualidad era tan moscovita y familiar que dolía: Petróvskie Linii, número dos, puerta seis. Vorontsov contaba con pasar la noche en casa de Abrósimov y después, con su ayuda, conseguir dos o tres pisos seguros donde poder establecerse los primeros tiempos.

Cerca del teatro del Hermitage aminoró el ritmo, se paró. Los tilos del Hermitage, enormes, negros por la lluvia, parecían imprimirse en el cielo gris del crepúsculo. En una pequeña iglesia las campanas repicaban suaves y afligidas.

Vorontsov se paró de pronto, pegó la espalda a una cerca cubierta de absurdos carteles y edictos, aspiró aire a pleno pulmón y meneó la cabeza: «¡Dios mío! ¿De verdad estoy en casa? ¿De verdad estoy en Moscú, Señor?».

Y sintió esa dulzura tan habitual de la primera infancia, la de la felicidad imposible, cuando su madre iba a su cuarto y él escondía la cabeza sobre sus rodillas y sus dedos largos le acariciaban con ternura el cuello finito y delicado, y su madre olía a confitura de manzana y a perfume amargo, y eso fue hace tantísimo tiempo que puede que nunca hubiera ocurrido.

Abrósimov en persona le abrió la puerta. Al ver a Vorontsov, salió asustado al rellano, recibiendo con el pecho a la visita, como si protegiera la entrada del piso.

—¿Qué ocurre? —preguntó con un susurro rápido—. ¿A qué has venido? ¿Estás solo?

Vorontsov sonrió, le rozó el brazo, respondió:

—Deja que entre primero, Guennadi.

—Imposible. Hay unos colegas del comisariado…

—¿Cuándo se marchan?

—Tarde. Estamos trabajando en un proyecto.

—¿Puedo quedarme esta noche en tu casa?

—Es peligroso… Ah, ¿por qué has venido, Víktor? ¡Ahora que empezaba a descansar del pasado! ¿Por qué has venido?

—¿Quién y dónde viven los nuestros?

—¡No veo a ninguno! Bueno, hace nada me encontré con Vera, de casualidad, en la calle… Vive en la plazoleta Sobáchaia, en el número cinco.

—No hay ningún colega —dijo Vorontsov rotundo y con asco, aunque enseguida se le pasó—. Simplemente tienes miedo…

Bajó despacio las escaleras, esperando todo el rato que Abrósimov lo llamaría de vuelta, lo abrazaría llorando y lo llevaría a su casa, y él lo comprendería, porque el miedo puede quebrar a un hombre, y no se le puede echar la culpa de nada; sí se puede echar la culpa cuando no eres capaz de vencer el miedo y no se trata solo de ti, sino de dos… Pero nadie lo llamó y oyó un cerrojo francés que rechinaba con cuidado y después un pestillo pesado retumbando. «En Moscú hay mucho bandido —se dijo maquinalmente Vorontsov—, todo el mundo lo comenta». Y solo cuando hubo salido a la calle desierta y oscura se paró, acababa de comprenderlo: Abrósimov le había dado la dirección de su mujer. Vera, la única mujer a la que había querido y que había sido su desdicha y su felicidad; todas las demás que le había traído y quitado la vida loca, impetuosa y cruel habían pasado de largo, él no las recordaba.

Y ahora, con tantos años como habían pasado desde que se separaran, era incapaz de rendir cuentas sobre quién tuvo la culpa. Al principio estaba convencido de que la tuvo ella, claro. Después, cuando conocía a otras mujeres, se acordaba cada vez más de ella y, en lugar de distanciarse, regresaba a ella atormentado, hasta sentir un dolor agudo en el corazón. Se había enamorado de ella al momento, nada más verla en la onomástica de la tía Lopujiná en septiembre, un día maravilloso de un color azul transparente, en las afueras de la ciudad, en el pinar Nazárino, el que estaba cerca del cerro Nikólina.

… Vera vivía en un gran piso comunal. Vio un pasillo en penumbra, un teléfono en la pared, dos voluminosos carros de niños y una bañera para niños grande y galvanizada colgada de un gancho…

—Eh… buenas —dijo frunciendo el ceño de forma absurda, porque no sabía cómo debía comportarse—. Buenas tardes.

—Hola —respondió Vera sonriendo ligeramente. Ella sonreía como si se hubieran separado el día anterior, y no siete años atrás.

No había salido al rellano, como Abrósimov, pero tampoco se apartó a un lado para invitarlo a entrar. Estaba en la puerta y lo miraba con expresión extraña y risueña.

—¿Tienes a alguien?

—Has planteado la pregunta de forma bastante general —respondió Vera.

—Sabía que tenías muchos defectos espléndidos —dijo Vorontsov—, pero nunca vi que fueras vulgar.

—Pasa, tengo una hora libre.

—¿Dónde están los niños?

—En el pueblo, con la abuela, la dejaron quedarse en un pabellón pequeñito.

Entraron en una habitación pequeña. Aquí se veía el encantador desorden de Vera que a veces lo disgustaba y se lo decía, sin compadecerse, y cuando estaba lejos, si se acordaba, veía en ese desorden casi infantil algo adorable que venía de los juegos con muñecas, de ese juego que está arraigado en una mujer.

—¿Los niños se parecen a mí?

La cabeza de Vera señaló la pared; aquí, entre varios cuadros, había dos retratos: un niño y una niña con un perro. Vorontsov contempló largo rato la cara de sus hijos.

—Arina se parece más que Piotr.

—Quizá… En algún momento empecé a olvidar tu cara… Vorontsov se dio la vuelta: Vera estaba recogiendo la costura de la mesa. Vorontsov se puso pálido, había camisitas de niño de color rosa y blanco.

—¿Estás casada?

—Ahora eso no es importante… Se dice «juntarse».

—¿Y con quién te has juntado?

—Yo no te pregunto con quién te has juntado tú.

—Haya estado con quien haya estado, tengo hijos. Espero que recuerden que su padre se llama Víktor Vorontsov.

Hablaba con dureza, seco, atormentándose por hacerlo; quería acercarse a Vera, apoyar su frente en la de ella y decirle que siempre la había querido y que ahora también la quería mucho, y que lo que le daba más miedo es que ese otro que estaba ahora con ella le hiciera daño y ella pudiera desmoronarse: ella no conocía a las personas, porque él siempre había estado delante y ella había estado detrás de él, pero él no era capaz de cruzar la raya invisible y fría que le impedía hacer lo que quería hacer su corazón.

—¿Vas a tomar té? —preguntó Vera.

—No, gracias. ¿Los niños conocen a su nuevo padre? —Todavía no.

—¿Eres feliz con él?

—Con él siento que soy una persona…

—¿Te ha emancipado? —preguntó Vorontsov con una risilla maliciosa—. ¿Es que es de «los camaradas»?

—No tienes ningún derecho a hacer preguntas sobre él. Yo nunca las hice sobre tus amigas…

—Simplemente organizabas escenas de celos.

—Te quería mucho —respondió Vera e involuntariamente miró un reloj grande que había sobre la cómoda.

—¿Cómo vas de dinero?

—Me abandonaste entonces… Cambié tus joyas por pan…

Vorontsov no se aguantó y preguntó:

—¿Y diste de comer con mis piedras al «camarada»?

—¿Ahora tienes celos de él?

—Estoy privado de sentir celos, bien lo sabes —dijo Vorontsov sintiendo que un dolor grave, cerrado e intenso oprimía su corazón, comprendiendo que hacía el tonto al mentir así, pues estaba claro que en sus preguntas ella percibía sus celos.

—Lo sé —respondió Vera, y volvió a sonreír ligeramente con esa sonrisa rara y hasta ese momento desconocida para Vorontsov.

—Bueno, adiós —dijo sin haberse sentado ni un momento.

—Adiós —respondió Vera—. ¿No quieres comer nada?

—Estoy bien. Gracias.

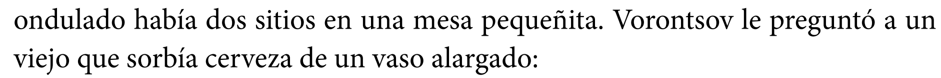
«Vaya —pensaba mientras marchaba por unas calles vacías y oscuras—, vaya. Vaya. Vaya.

—No era capaz de deshacerse de ese maldito "vaya" y por eso su paso era cada vez más rápido—. Es el fin… Y solo la he querido a ella. Únicamente a ella. Toda mi vida. Y ahora la quiero todavía más que antes. Y seguro que yo soy el único culpable de todo lo que sucedió, porque el fuerte es siempre el culpable. Pero ahora resulta que ella es más fuerte que yo. Pero entonces, en esos años que estuvimos juntos, ¿por qué era tan débil? ¿Por qué entonces no era así? ¿O creía ciegamente en nuestro amor y le pareció humillante ser la fuerte para así protegerlo de todo, incluso de mí? Voy a regresar con ella —comprendió de pronto y se paró—. Y le pegaré un tiro al "camarada" ese que se tragó mi pan. Y me la llevaré conmigo. Vaya».

Mientras, Vera estaba tumbada en la cama con la cabeza hundida en una almohada pequeña y áspera y lloraba porque, al ver a Vorontsov, comprendió que siempre, que todos estos años, lo había esperado solo a él, y que ahora vendría Andréi —inmutable, enamorado, atento— y se pondría a contarle los detalles de su día y que había visto a su hija en el piso del tío Natán, y de lo que habían hablado en la cátedra después de visitar la tienda de muebles del anticuario; y todo esto a Vera le pareció de una amargura tan inexpresable que, echándose el abrigo sobre los hombros, salió corriendo a la calle en busca de Vorontsov, pero en la calle no había nadie. Llovía, era una lluvia cálida de primavera, olía a humedad estancada.

En Arbat, Vorontsov se paró junto a un café de iluminación brillante. En las ventanas empañadas, lagrimosas, se agitaban las sombras de los lacayos. Se oía a alguno de los huéspedes entonando una antigua canción cosaca, pero, por lo visto, el «cantante» estaba afónico, porque desafinaba sin piedad alguna, se callaba para, al poco tiempo, volver a empezar.

Vorontsov empujó la puerta con un pie y entró en el café. Olía a carne frita, a cebolla y a cerveza de barriles recién abiertos. Junto a una estufilla de metal


ondulado había dos sitios en una mesa pequeñita. Vorontsov le preguntó a un viejo que sorbía cerveza de un vaso alargado:

—¿Da su permiso?

—Lo tiene —refunfuñó el otro—, siempre estoy listo para dar permiso.

Vorontsov apoyó la espalda en la estufa y se encendió un cigarrillo. Sentía cómo temblaba, pero pensaba que eran escalofríos de nervios. De ser un resfriado, debía haberlo pillado en la frontera, cuando se cayó en un hoyo con agua y después durmió en un almiar mojado, pero… no, todos esos días antes del encuentro con Vera se había encontrado bien.

«Es por ella —pensó—, me he emocionado mucho, de ahí los temblores. No pasa nada, me tomaré algo y se me pasarán».

Estuvo un buen rato esperando a algún mozo, y después llamó a un hombre que pasó rápidamente a su lado:

—¡Oye!

Este se detuvo como si lo hubieran refrenado y respondió:

—No soy su «oye», ¡soy el ciudadano camarero!

Vorontsov se quedó desconcertado.

—Disculpe, amigo. —De improviso recuperó la sangre fría—. ¿No puede uno gastar una broma sobre el viejo régimen?

—Para otra vez —conciliador y satisfecho, con cierto aire protector, empezó a decir el lacayo, mientras restregaba con un trapo maloliente la mesita y, al hacerlo, tiraba las migas sobre las rodillas de Vorontsov—, para otra vez ándese con más cautela… Yo soy poco rencoroso, pero cualquier otro le agarra de la solapa y lo lleva a la milicia. ¿Qué desea?

«Aun así, "qué deseo" —tomó nota Vorontsov y la rabia lo congeló—, no está todo perdido si dicen "qué desea"…».

—Vodka, un vaso de cerveza y algo de carne —pidió.

—¿La carne con cebolla?

—Sí, con cebolla.

—¿Bien hecha o poco hecha?

—Poco.

—¿Y para acompañar?

—¿Qué tienen?

—Jamón cocido, una pata que nos han traído hace nada de Ugodski Zavod… También le puedo ofrecer patatas desmenuzadas con arenque…

—Traiga las patatas. Sin arenque.

El lacayo hizo un movimiento parecido a una reverencia y salió trotando a la cocina.

El viejo que estaba a su lado remedaba entre hums y ufs:

—Poco hecha, arenque, jamoncito…

Vorontsov no respondió, se limitó a sonreír con cuidado, sin que se notara

apenas: había comprendido que ahora debía aprender las «normas del buen tono soviético». No tenía ganas de caer por una tontería, no tenía derecho a hacerlo; el juego que había ideado conllevaba la vida, no la muerte.

—¿De lejos? —siguió el anciano.

—Sí.

—¿Qué tal allí? ¿También ha mejorado?

—Sí… en cierta medida…

—¿Qué se entiende como «cierta medida»?

Vorontsov se cabreó: «En mis tiempos, habría ordenado que te sacaran de aquí, cuando despotricábamos de Rusia y ansiábamos el sistema democrático inglés. Ya has despotricado bastante, ahora sentadito y responde, Víktor Vitálievich. Todos lo hacíamos, la única que nunca decía nada era Vera, era más inteligente que todos nosotros, es mujer…».

—¿Pan hasta hartarse? —el viejo no se calmaba—. ¿Hay leche?

—Hay pan —respondió Vorontsov secamente—. Perdone, estoy muy cansado.

—Los cansados no tienen nada que hacer en los establecimientos de bebida, deben quedarse en casa y descansar.

Vorontsov no aguantó más:

—Con todo, permítame que me quede aquí en silencio: soy un mal conversador cuando estoy cansado.

—No sé de qué puede estar cansado, señor, sus manos son de oficina, están limpias. Su cansancio necesita precisamente de conversación. El que golpea un martillo en una herrería o el que va y viene al horno, para dormir… Pero usted, ya me va a perdonar, no está pensando en una cama sin más, sino en una mujer en ella… Y además no en la suya, sino otra, más joven.

—Haré que lo saquen de aquí ahora mismo.

El viejo se echó a reír bajito, sin mostrar los dientes. Su lengua afilada y azulona relamió unos labios gruesos ocultos bajo los bigotes píos y la barba; amenazó con un dedo a Vorontsov y susurró:

—Nada de eso, barin,[26] nada de eso…

Vorontsov experimentó cierto cansancio indiferente, lejano. «Es el destino —pensó—. De pequeño tenía sueños con viejos así, antes de los suspensos en clase».

—Vaya, así que barin. ¿Algo más?

—Está bien que no haya seguido en sus trece. ¿Es que no se acuerda de mí?

—No.

El lacayo trajo a Vorontsov una jarrita de vodka, cerveza y un trozo de carne que aún chisporroteaba rodeado de diminutas patatas amarillas.

«Patatas desmenuzadas —pensó Vorontsov, indiferente de nuevo—, te mienten a la cara, sin miedo alguno…».

—Pues yo sí lo recuerdo a usted —dijo el viejo bajando la voz—. No el apellido, pero sí la cara; fui portero en el Club Inglés. Usted solía venir… Venía con Nemiróvich, con un artista del pueblo, y con el difunto Mámontov…

«Y esto solo el primer día —observó Vorontsov mientras cortaba la carne —. Nikándrov se habría burlado de este argumento».

—¿No se estará equivocando?

—No… ¿Me invita a vodka?

—Sírvase.

El viejo bebió ruidosamente la cerveza con vodka y preguntó, ahora ya sin hacerse el loco, sino con aplicación, valorando:

—¿Y no necesita una muchacha? Mis muchachas son bonitas, tienen habitación propia, en casas particulares, así que no habrá nadie de fuera, aparte de que los cerrojos son buenos en el caso de que, no lo quiera Dios, hubiera alguna inspección.

—Así que ¿sigue con la librea? ¿Al servicio de las sanguijuelas?

—Vaya forma de ponerme a prueba… ¿Es que acaso había alguien en librea en el Club Inglés? En levitas, solamente en levitas…

—¿Y cómo no llama a la milicia? Le darán una recompensa por mí…

—Aquí no se pagan recompensas por cosas así… La Tercera Sección[27] pagaba, aunque solo con un diploma lustroso… Así que no andaba equivocado… Soy de mirada tenaz… Ustedes no se acordarán de ninguno de nosotros, pero nosotros de ustedes… del primero al último, los veíamos hasta en sueños…

—Ciudadano camarero —pidió Vorontsov al lacayo que pasó por su lado a todo correr—, otras dos jarritas.

—Y cerveza —sugirió su vecino.

—¿Y para usted? —preguntó el lacayo—. ¿También otra cerveza?

—No, para mí no.

«Quizá se quede dormido —pensó Vorontsov con tristeza—. Podría echarle más y que se quede dormido. Y entonces me iría. O empezará a dar voces detrás de mí el muy animal…».

Pero el viejo no se durmió. Se levantó el primero y propuso:

—Vamos, buen hombre. Nunca en la vida he tenido techo y reconozco a una versta a quien no lo tiene. Ahora estos no son bienvenidos en Moscú y enseguida se fijan en ellos. Vamos.

Llevó a Vorontsov a una casita pequeña en Pliuschija, lindaba con una fuerte pendiente que bajaba hasta el río Moscova; la casa estaba a oscuras, la puerta la abrió una vieja cegata que enseguida desapareció tras una puerta fina de una sola chapa y aquí —Vorontsov pudo oírlo claramente— farfulló:

—Ay, ay, ay… Graves son nuestros pecados, penosos…

El viejo abrió una puerta separada —en un rincón— y empujó a

Vorontsov:

—Yo estoy aquí, al lado. Si necesita algo, dé una voz, no tardaré nada.

Tapada con una manta de viaje, una muchacha dormía en un sofá estrechito. Vorontsov no se movió, aguzaba el oído para ver si el viejo echaba el cerrojo a la puerta de la entrada o si se marchaba. Y solo cuando el pestillo chirrió, suspiró y echó un vistazo lento a su alrededor. La ventana era baja, cerrada con postigos. Vorontsov se acercó de puntillas a los postigos, retiró con cuidado la aldabilla y echó un vistazo a la calle: la ventana daba a un jardín frondoso y las ramas desnudas de las lilas se apoyaban contra ella.

Vorontsov regresó a la puerta, cerró con llave y se la guardó en el bolsillo; se quitó su caftán cosaco, lo enrolló como si estuviera de campaña, lo colocó junto a la puerta y, como si fuera una almohada, se tumbó estirándose entre crujidos.

—Por cierto —dijo la prostituta con voz algo ronca—, pase lo que pase, hay que pagar con uno de diez rublos.

—¿Ahora?

—O por la mañana.

—¿A qué hora se acaba mi tiempo?

—¿Qué ocurre, es que no tiene documentación?

—¿Por? Sí, claro… He discutido en casa…

—No mienta. No suelen traer a tíos… a tipos así…

—Ya que estamos, ¿quién es ese tío suyo?

—Un difunto pecador en edición mejorada.

Vorontsov se sentó. Miró a la muchacha con interés inesperado: estaba echada, vuelta hacia la pared, como antes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—¿Y usted?

—Dmitri Yúrievich…

—Entonces Mitia… Mejor el nombre corto —observó la chica—, ya me va a perdonar, pero no me resulta cómodo llamarlo por su nombre completo y el patronímico: a quien duerme contigo hay que llamarlo por el nombre, intento camuflar el libertinaje con un sentimiento de…

—¿Qué delirio es este? —musitó Vorontsov al ver los enormes ojos azules, el espeso pelo negro, el bonito óvalo de su cara—. ¿Es que aquí estáis todos locos?

—Todos, sí… Usted, nosotros, yo… ¿No ha traído vodka?

—No.

—Pídaselo a él. Se cobra una tarifa complementaria, no entra con la cama.

El viejo trajo vodka en una botella sucia de color verduzco con el cuello roto.

—Trae algo de tocino —dijo la chica.

—Se ha acabado, Anna Viktórovna.

—¿Qué tienes?

—Pan.

—Trae pan.

—Podría acercarme un momento y buscar algo en Brianski.

—¿Qué puedes encontrar allí?

—Han empezado a vender empanadillas con menudillos.

—Dele dinero, Mitia, que nos traiga empanadillas.

Vorontsov sacó del bolsillo lateral un fajo de billetes y le tendió al viejo uno de diez rublos.

—Ahora vuelvo —dijo—, en un periquete.

Cuando el viejo se hubo ido, Anna Viktórovna se levantó del sofá; era alta, finita, de proporciones magníficas, a la inglesa.

—¿Bebe aunque no haya nada para acompañar? —preguntó ella acercándose a la mesa.

—Bebo de cualquier forma.

Ella sirvió el vodka en los vasos y bebió el suyo despacio, a tragos bruscos, sonoros.

—Beba, Mitia. No es que sea muy bueno, es cierto, pero está hecho con pan.

Vorontsov se apartó a la ventana, abrió los postigos. La llama del quinqué se reflejó en el cristal como las palmas de una virgen orante.

—¿Quién es y por qué está aquí? —preguntó Vorontsov.

—Huy, no tiene ningún interés.

Se acercó a la mesa, se sirvió vodka, lo bebió de un trago, miró de cerca el rostro de ella. Sus ojos eran enormes y estaban completamente inmóviles, como los de un ciego.

—¿Qué quiere, me desnudo? —preguntó Anna Viktórovna.

Él se acercó más, la sujetó por las orejas y, con los ojos cerrados, empezó a buscar sus labios.

—Un momento, deje que me desnude.

—No hace falta —dijo Vorontsov, y se alejó despacio hacia la ventana.

Estaba de pie, de cara al cristal, y vio que las palmas de la orante empezaban a temblar y después voló algo grande y blanco, y comprendió que la mujer estaba poniendo una sábana. Y después oyó el roce de sus faldas y el crujido suave del sofá.

—Pero quítese la ropa, eso sí —dijo la mujer—, odio que las correas suenen en la cama.

—Duerma, querido —susurró Anna Viktórovna—, necesita dormir, se le ve muy cansado…

Vera, que solo lo abandonaba en momentos así, volvió a flotar ante sus ojos, y de pronto sintió asco y malestar, tanto que acabó pensando: «Tengo que acabar con esto. Dejar de echar culpas, ¿a quién? ¿A mí quizá? ¿Y qué sentido tiene?».

Anna Viktórovna se dio cuenta de que él quería levantarse incluso antes de que hubiera apartado la manta. Y se estrechó contra él, le rodeó el pecho con sus brazos bastos.

—Quédate conmigo —susurró—, quédate un poco más… ¿Qué necesitas? ¿Cigarrillos? Yo te los traeré, quédate aquí.

—Gracias, los cogeré yo mismo…

—Échate —repitió ella aún más bajo y, con los ojos cerrados, empezó a besarle los hombros, el pecho, el cuello—. Ahora te traeré un cigarrillo y un poco de vodka. Quieres beber, ¿no?

—Sí.

Ella se levantó, le sonrió.

—¿Puedo recoger tu caftán? Tengo frío… me lo echaré por encima…

—Claro… Pero está sucio…

Anna Viktórovna levantó del suelo el caftán, se lo echó sobre los hombros, bonitos y marcados, dobló las mangas.

—¿Enciendo una cerilla?

—Gracias, ya lo hago yo.

Ella le tendió el paquete de cigarrillos. Prensó despacio el cigarrillo y lo encendió. Cuando empezó a buscar con la mirada dónde tirar la cerilla medio consumida, sus ojos tropezaron con el cañón mate de una pistola: Anna Viktórovna estaba a la altura de su cabeza y le apuntaba a la frente.

—Deja eso —pidió—, es de verdad.

—Lo sé —respondió ella—. Si se mueve, le agujereo la frente. Y no tiene arrugas, es bonita. ¿Dónde están las joyas? ¿Y el oro?

«La casa está apartada, cerca del río y de la estación, las locomotoras silban… nadie oirá nada. Bueno, quizá sea para bien. No hay munición en la recámara, por si acaso, no llegué a montarla…».

Se puso de pie, Anna Viktórovna retrocedió a un rincón y apretó el gatillo. El acero chasqueó con dureza. Vorontsov saltó sobre ella y le golpeó la cabeza con los puños apretados, justo en la coronilla. Se agachó junto a la mujer, le quitó la pistola de las manos, la montó y se incorporó. Entonces se quedó inmóvil, porque oyó en el pasillo los pasos silenciosos de varias personas. Se pegó a un armario pequeño y todavía tuvo tiempo de pensar en lo absurdo y ridículo que era aquello si se veía desde fuera: el conde Vorontsov desnudo y con una pistola en la mano en el cuartucho de una prostituta que trabajaba para una banda de ladrones. La esquina del armario lo tapaba. Se hundió más todavía y en ese momento la llama de la lamparita tembló. La puerta se había

abierto sin ruido alguno y pudo ver a un tipo joven con cara de babosa y degenerado. Llevaba un hacha y, detrás, a Vorontsov le dio tiempo a ver los ojos del viejo y de alguien más, de un tercero. Sin dudar ni un momento, disparó tres veces. El joven fortachón cayó sin decir nada, el viejo también —por lo visto, la bala había atravesado sin dificultad la pared finita de chapa—, pero el tercero, al que Vorontsov no veía, cayó ruidosamente y empezó a echar tacos.

—¡Silencio! —Vorontsov levantó la voz—. Si vuelves a gritar, te remato. Tira la pistola hacia la puerta.

—¡Si no tengo ninguna!

—Lo que tengas, tíralo hacia la puerta.

Una navaja cayó a los pies de Anna Viktórovna, el filo era realmente alargado, con uno así desollaban alces los monteros (Vorontsov hasta sintió el olor a pino que lo rodeaba cuando los monteros ofrecían a los perros las asaduras aún calientes).

Recogió la navaja y salió al pasillo. El herido lo miraba con ojos turbios, esféricos, mientras se apretaba el hígado con la mano. Vorontsov se acercó a la puerta de la entrada, echó el pestillo y se asomó al cuartucho de la vieja. Esta dormía y roncaba con fuerza: primero un gemido y luego largas pausas; a Vorontsov le daba miedo este tipo de ronquido: el cochero lo asustaba de pequeño.

—Tira a la habitación —dijo Vorontsov al herido, pero este se derrumbó sobre un codo. Tenía sangre en la comisura de la boca.

Vorontsov regresó a la habitación; Anna Viktórovna seguía sentada y pegada a la pared.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó mientras se vestía.

—Qué educado…

—Es la mejor forma de hipocresía: la educación…

—¿Va a dispararme?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Y a él?

—Morirá de todas formas.

—Pero no me dispare por la espalda.

—Nunca he disparado a nadie por la espalda, ni siquiera a una puta.

Anna Viktórovna se vistió.

—Antes de morir me gustaría decir que ha estado usted magnífico.

—¿Cuándo? ¿En la cama o después?

—Todo el rato. Nunca miento —se enfurruñó ella al ver la sonrisa burlona de él—. Nunca. Y quiero ayudarlo. Mueva el sofá. No tema, no estoy armada.

—¿Por qué ha decidido que tengo miedo?

—Porque tendrá que darme la espalda…

Vorontsov apartó el sofá. Había una trampilla de un sótano cerrada herméticamente, al estilo marinero.

—Levante la trampilla, hay un sótano de piedra, nadie sabe de su existencia. Del sótano sale un camino: por ahí nos llevábamos a todos, para que no hubiera pruebas. Es más sensato que me mate allí. No se oirá el disparo.

—¿Le apetece un trago? —preguntó Vorontsov cansado, dejándose caer en una silla—. Reparta.

—Señor —susurró ella de pronto—, Señor, ¿por qué Dios lo ha enviado tan tarde?

—¿Dónde están el dinero y las joyas?

Con un movimiento fuerte —entrenado— Anna Viktórovna puso el sofá «de culo», aflojó dos patas. En una estaba escondido y enrollado el dinero; la segunda pata la partió por la mitad y los diamantes empezaron a caer sobre la mesa.

—¿De dónde son? —preguntó Vorontsov.

—Faddeika mataba a todos los que me traía el viejo.

—¿Trabajaba solo? —preguntó Vorontsov rápidamente; había comprendido que tenía una oportunidad, una oportunidad única: si ella respondía que trabajaba en pareja, él tendría a la persona que ahora necesitaba como a nadie.

—Con su hermano.

—¿Dónde está el hermano?

—En Posad… Borracho. Oleg es más apocado.

—Toma, acaba con él, que deje de sufrir —dijo Vorontsov tendiéndole la navaja.

Anna Viktórovna la cogió y se fue al pasillo. Vorontsov la siguió. Faddeika todavía respiraba.

—¿Dónde se lo clavo?

—Donde quieras, en el cuello, por ejemplo.

Acuchilló a Faddeika en el cuello y —Vorontsov estaba atento— ni se inmutó, los pómulos se le pusieron rígidos, eso sí.

Media hora después habían tirado el cuerpo al sótano y se marchaban juntos. Pasaron la noche en la estación Brianski: él dormía sobre las rodillas de ella, que, sentada, sonreía todo el tiempo y acariciaba su rostro. Los ojos no eran los de antes, cansados e inmóviles, sino que estaban vivos…

Al amanecer Anna Viktórovna despertó a Vorontsov:

—Oleg, el hermano de Faddeika, sabe lo de nuestro sótano. Ahora vuelvo, usted mire al río y comprenderá.

Media hora después en la otra orilla estalló un incendio: Anna Viktórovna había quemado la casa vertiendo queroseno por tres lados. La madera seca

resplandecía brillante y amarillenta en la oscuridad inestable del amanecer.

---

[26] «Maestro» en ruso. (N. de la T.)

[27] La Tercera Sección de la Oficina Personal de su Majestad el Emperador se encargaba, entre otros asuntos, como la censura o la vigilancia de los extranjeros residentes en Rusia, de los delitos que tuvieran un cariz político. (N. de la T.)

EL HOMBRE Y LA LEY

Ternopolchenko,[28] presidente del Tribunal Revolucionario de Moscú, era un hombre solitario, taciturno y poco sociable. No le gustaba tomar la palabra en las reuniones, llevaba los procesos con aire hosco y era inflexible; por lo demás, a veces tomaba decisiones inesperadas: absolvía a gente que parecía estar sentenciada y, por el contrario, ponía bajo custodia de la sala del tribunal a los testigos de un caso, quienes, a primera vista, no eran culpables de nada. Una vez el protector de la ley Muraviov le hizo una pregunta al respecto, y el presidente respondió con sus lentas maneras habituales:

—En las sentencias soy lento, pero profundamente seguro. Está en su derecho de apelar mi decisión si refuta estas líneas de las hojas del caso. —Y le tendió a Muraviov tres gruesos tomos con cintas y marcas—. Haga el favor de ponerse al día.

El fiscal Krylenko[29] dijo de él:

—Es un jurista de un talento endiablado, pero un sentimental sin límites: se atormenta cuando tiene que dictar sentencia.

Krylenko era el único que sabía que en tiempos de la clandestinidad Ternopolchenko, entonces estudiante socialdemócrata de la Universidad de Kiev, al que su mejor amigo había traicionado entregándolo a la policía política, se pegó un tiro mientras estaba deportado y lo sacaron adelante de milagro: uno de los deportados, el eserista Goichberg, era médico y lo salvó.

Diez años después el caso de Nikodímov, Rogalin y Goi chberg le llegó a Ternopolchenko. Solicitó que lo recusaran, pero Karklin se opuso. Antes de empezar la sesión del tribunal, Ternopolchenko se aclaró la voz y preguntó a los acusados:

—¿Hay alguna objeción a la composición del tribunal? Nadie tuvo objeciones. Goichberg no hacía más que mirar a Ternopolchenko y una sonrisa amarga curvó sus labios.

—En tal caso —dijo Ternopolchenko—, yo debo autoobjetarme, por cuanto le debo la vida a Goichberg y, según los expedientes, este acusado merece que lo fusilen.

Cuando se dictó la sentencia de Goichberg —diez años de prisión—,

Ternopolchenko se fue a un bazar, vendió su reloj, compró con el dinero unas botas y tocino, fue a la cárcel —el día en que las visitas estaban oficialmente permitidas— y se lo entregó todo a Goichberg.

—Gracias, Néstor —dijo aquel—, sé que me debes la vida, no unas botas.

—De haberte juzgado yo, Ruvim —respondió Ternopolchenko—, te habría condenado al pelotón de fusilamiento.

—¿Lo dices con la mayor de las responsabilidades?

—Mayor imposible.

—Pero eso es terrible, Néstor.

—Quizá, pero es la verdad.

Un mes después recibió un telegrama de su padre desde la región de Poltávshina: «Madre y hermanas mueren de hambre. Ayúdalas como puedas». Ternopolchenko se fue a ver al comisario Kurski.

—Dmitri Ivánovich, comprendo que me dirijo a usted con una petición contraria a la ley, pero no tengo nadie más a quien dirigirme. Mire. —Dejó el telegrama sobre la mesa del comisario—. ¿Podría adelantarme dos pagas?

—Creo que es una senda factible —respondió Kurski—. Pero ¿cómo va a mantenerse usted?

Ternopolchenko se sonrió:

—Tengo un método. Cuando vivíamos allá, deportados, organizamos una comuna. Comprábamos patatas y las dividíamos en treinta montoncitos, cinco patatas al día para cada uno. Comprábamos tocino, calculando que añadíamos una tajada cada vez que las freíamos, té y seis rebanadas de pan tostado. Y con el resto del dinero nos suscribíamos a los periódicos.

Envió al pueblo sus dos salarios. El padre respondió: «He comprado con tu dinero dos libras de cerdo, una decena de huevos y medio pud de patatas, quizá vivamos hasta el verano. Y, por eso, tu padre te da las gracias, has pagado el amor y el cariño que te dimos. Ya no tenemos queja de ti, aunque sabemos de tu cargo».

La carta, doblada formando un triángulo —su padre no tenía pegamento— estuvo tres días en la secretaría del tribunal: la letra del anciano era ilegible. Pero cuando, después de mucho manosear la carta, comprendieron que quien escribía era el padre de Ternopolchenko, hubo muchas conversaciones en el tribunal, y la gente lo miraba con gran respeto y lástima, algunos con severa perplejidad. Ternopolchenko echó un vistazo rápido a la carta y se la guardó en el bolsillo de la guerrera, como si se olvidara de ella, pero esa tarde se pasó a ver a los peritos:

—¿Quién me echa una mano para un vaso de algo? Os lo devuelvo dentro de tres meses.

El perito Manúilov[30] le sirvió un vaso.

—¿Tú qué crees, Manúilov, cuándo empieza a envejecer el hombre? —

preguntó Ternopolchenko después de tomárselo.

—Creo que los primeros indicios aparecen hacia los cuarenta…

—No es cierto, camarada Manúilov. Todos empezamos a envejecer al primer grito, en el instante en que nacemos. Lo importante es identificar el momento en que el proceso se hace más intenso… Yo, según me recuerdo de pequeño, siempre he pensado en la muerte, me daba mucho miedo palmarla. Recuerdo claramente, ¿sabes?, un caluroso día de verano, las libélulas volaban por el prado… Y el prado, rojizo, se ajaba bajo el sol. También había saltamontes de alas añiles… Y de pronto sentí tanto miedo de morir y que estaría oscuro y que nunca más vería saltamontes que me eché a llorar… como si… incluso me dio un ataque de histeria, ¿sabes? Estaría bien encontrar ese maldito periodo en que un hombre se hunde en la vejez… Me parece que, en la vejez, el hombre ya no envejece más, ¿no crees?, después de un determinado momento se conserva y muere así…Cuanto más nos asusta envejecer, con mayor ímpetu envejecemos, Manúilov.

Pues a las once de la noche un extraño visitante llegó a casa de este hombre, de Néstor Ternopolchenko.

—Buenas noches, vengo a hablar con usted.

—¿Quién es usted?

—Permítame que de momento no diga mi nombre…

—No puedo hablar con alguien del que desconozco su apellido.

—Mi apellido es Sorokin, trabajo en un organismo militar. El asunto por el que he venido es excepcional, créame, de lo contrario no me habría atrevido, camarada Ternopolchenko, a acudir a usted.

—Cuente…

—Camarada Ternopolchenko, la Checa moscovita ha detenido a un mozo, Grigori Belov… No es nada mío, pero el pobre recién ha cumplido los veinte… Trabajaba en el DEA y cometió un robo, se llevó un reloj, unos brazaletes, sin saber lo que valían, sin comprender el daño que causaba a nuestra república… Recuerdo su acusación contra los trabajadores del Comité de Combustibles: usted los condenó a ser fusilados, pero luego se dirigió al Comité Ejecutivo Central solicitando una amnistía en virtud de que el delito se cometió de forma inconsciente, y los dos acusados también eran muy jóvenes.

—Bien, ¿y qué es lo que quiere de mí?

—Si le salva la vida a Belov, sus parientes le entregarán veinte millones de rublos. Puedo garantizar en su nombre que no lo sabrá nadie: solo usted y yo.

—¿Por qué se ha decidido a hacerme esa propuesta?

—Recuerdo el caso del Comité de Combustibles… Su autorrecusación con los eseristas. Así actúan solo los hombres honrados y buenos…

—Los hombres honrados y buenos —repitió pensativo Ternopolchenko—.

¿Y el dinero me lo darán por partes o todo de una vez?

—A usted estoy dispuesto a dárselo antes del juicio.

—¿Quién es su jefe?

—¿Por?

—Yo también necesito aclarar algunas cosas sobre usted… O no podré confiar en usted solo por sus ojos claros y sus halagüeñas propuestas. ¿Con quién trabaja?

—Con Líjarev.

—¿Ignat Líjarev?

—No, Vasili Yegórovich.

—¿Cómo le va?

—Bien, gracias…

—Bueno, ya está bien. —Ternopolchenko frunció el ceño—. Basta de comedias. Si tiene armas, déjelas sobre la mesa, está detenido.

—No me venga con chantajes —dijo Sorokin a toda prisa, y se puso de pie.

—Siéntese. En el piso de enfrente vive Lósev, el vicepresidente de la Checa moscovita, lo llamaré si decide huir.

Sorokin sacó una pistola y apuntó a Ternopolchenko:

—Dispararé si no deja que me marche.

—No permitiré que se marche, y dispararme, la verdad, no es tan difícil. Pero no podrá escapar, esta casa es peculiar: por muy bajo que hables, todos los sonidos resuenan. Por lo visto el arquitecto tenía antojos musicales. Deme el arma, vamos —repitió Ternopolchenko y, levantándose del taburete, se fue hacia Sorokin.

—¡Apártese o apretaré el gatillo!

—Déjelo ya, ¿quiere? —se enfadó Ternopolchenko y dio un tirón a la pistola, habiendo inclinado previamente el cañón. Sacó el cargador, lo tiró sobre la mesa y, dándole la espalda a Sorokin, se puso al teléfono.

—Que Messing venga a verme —dijo al auricular—. ¿No está? Entonces envíeme a un par de los suyos, les haré entrega de un detenido.

Ternopolchenko se giró hacia Sorokin:

—¿Cuál es su puesto? Y no me mienta: Líjarev, con quien al parecer trabaja en un organismo militar, lleva cinco meses en el Turquestán.

—Soy el secretario del Tribunal Revolucionario de la Línea Férrea del Báltico.

—¿Quién es el presidente?

—Prójorov, Pável Konstantínovich…

—¿Es usted jurista o está destinado?

—Destinado…

—¿Conoce las leyes sobre sobornos?

—¿Para qué ha llamado a la escolta? ¿No podía simplemente haberse

negado?

—No se debe perdonar el mal, Sorokin. Se puede perdonar algo fortuito, una imprudencia tonta. El mal, el meditado, sucio y extraño, no puede perdonarse. O estaríamos traicionando a la revolución.

> Yo, Valeri Nikoláievich Sorokin, en cuanto a las preguntas que se me han planteado puedo demostrar lo siguiente: en el transcurso de una semana una desconocida me llamó varias veces al trabajo y me suplicó que nos encontráramos. Al principio me negué a hablar con ella, sin embargo después, habiendo decidido que esa negativa era cruel, accedí a verla. Resultó una mujer joven que me contó entre lágrimas la detención de su amado, el joven Grigori Belov, trabajador del DEA. Me suplicó que salvara la vida de su enamorado y me dijo que, si podía hablar con el presidente del tribunal Ternopolchenko, ella y el padre del detenido no mirarían en gastos para agradecerme la vida de su novio y único hijo. No recibí dinero de los desconocidos y fui a ver a Ternopolchenko movido por un único sentimiento de caridad, cosa que ahora lamento y me maldigo por ese minuto de debilidad. Dos veces me encontré con la joven, cuyo nombre desconozco, junto al cine Are. Desconozco dónde vive. Escrito de mi puño y letra.

Sorokin

Messing subrayó con un lápiz rojo la línea «movido por un único sentimiento de caridad, cosa que ahora lamento», miró a Sorokin, sentado en la silla que estaba enfrente de él, y leyó:

—«… caridad, cosa que ahora lamento…». ¿Cómo ha podido su mano escribir algo así, a ver? Así que, cuando firmaba las condenas a muerte de los contrarrevolucionarios, especuladores y aceptadores de sobornos, estaba siendo usted un canalla, pero resulta que decide ser caritativo y, vaya, ¡es una trampa! ¿En serio?

—Deme la pistola, camarada Messing. Deje que me vaya con dignidad. No tengo fuerzas para soportar todo esto, no tengo fuerzas…

—¿Esas tenemos? ¿Que le dé la pistola? ¿Y no querrás un sable para hacerte el harakiri? ¡Lo que me faltaba por ver! Se pringa y viene con que le demos la pistola, ¡pues no va y quiere quitarse la vida!

Messing releyó la declaración de Sorokin, dobló con cuidado las hojas y las metió en una carpeta.

—¿No recuerdas nada más?

—Lo habría escrito.

—Ay, Sorokin, Sorokin… Qué tonto… Le has inventado una moza a Belov. No tiene novia alguna, suele ir de putas tu Belov… Ahora tendrás un careo con él, que te va a contar cosas de su novia, Sorokin, ya quisieran mis ojos no ver tu asquerosa cara…

—¡Belov no ha podido declarar eso, camarada Messing, no ha podido!

Messing llamó por el teléfono interno y pidió:

—Traedme a Belov.

—¿Qué sentido tiene un careo? —resopló Sorokin—. No lo he visto ni una sola vez.

Se encendieron un cigarrillo. Messing observaba en silencio a Sorokin, su cara fuerte y bonita de frente alta y nariz cartilaginosa. Sorokin miraba el suelo y fumaba sin apenas dar caladas, se limitaba a acumular poco a poco el humo en la boca; sus mejillas se inflaban y parecía que tuviera intención de lanzar pompas de jabón.

—¿Tienes hijos?

—Sí.

—¿Muchos?

—Uno.

—¿Cuántos años tiene?

—Dos añitos.

—¿Tu mujer trabaja?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la estación.

—¿De qué?

—En la taquilla.

El convoy trajo a Belov y preguntó:

—Camarada Messing, ¿debo salir o estar presente?

—Salga… Tome asiento, Belov. ¿Conoce a esta persona?

—No.

—De acuerdo. Y a ver ahora… ¿Cómo se llamaba su novia?

—Ya he declarado, ciudadano Messing, que no tengo novia. ¿Para qué narices quiero una novia en los tiempos que corren? Enseguida les da por intentar colgarte un niño.

Belov se consumía en la celda porque no podía hablar con nadie, por eso ahora se apoderó de él el deseo de oír, de reírse y responder, de hacer preguntas con tal de no sentir el silencio constante y agobiante.

—Alguien me dijo —continuaba a todo correr y comiéndose las vocales, pues temía que lo interrumpieran— que en la vida familiar hay que tener obligatoriamente un par de amiguitas aparte de la mujer, y así tendrás más ganas de ir con la tuya. Pero ¿tu mujer lo va a entender? Porque ahora tienen libertad, así que en cuanto… te arrean en toda la jeta, y ponte a meterlas en cintura.

—Suficiente, Belov —se crispó Messing.

—¡Pero si me lo ha dicho gente ya mayor!

—¡Basta! —lo interrumpió Sorokin—. Una cosa, Belov. ¿Te dice algo el apellido Prójorov?

—No, nada…

—¿Nunca has oído ese apellido?

Messing se puso tenso: había visto que algo se quebraba en la cara de Sorokin después de la revelación de Belov. Su cara había cambiado tanto que costaba reconocerla: estaba más afilada, la nariz era más larga y se le manifestaban con claridad los hoyuelos de las sienes, como si fuera un anciano.

—¿Prójorov? En la aldea teníamos un Prójorov. El tío Kostia, el maestro relojero.

Sorokin se respaldó en la silla:

—Que se lo lleven, camarada Messing. Haré una declaración. Pero que se lo lleven.

> El presidente del tribunal de la Línea del Báltico, mi jefe inmediato, Pável Konstantínovich Prójorov, me dijo hace una semana que habían detenido a Grigori Belov, un trabajador del DEA. Dijo que unos amigos del padre de Belov —Shmelkov, director de la sección de calzado en una tienda, y su empleada Kleimiónova, una muchacha de veintiún años y, a todas luces, de vida alegre— ofrecían cuarenta millones por la vida de Grigori Belov. Prójorov me pidió que fuera a ver Ternopolchenko, que estaba atravesando dificultades económicas, con la propuesta de que no condenara al paredón a Belov, sino a trabajos forzados durante el tiempo que fuera. A cambio, Prójorov me propuso que mencionara a Ternopolchenko la cantidad de veinte millones de rublos. «El resto del dinero —dijo—, lo dividiremos por la mitad: diez para mí y diez para ti». A continuación yo me dirigí a ver a Ternopolchenko, movido por la codicia y la infamia, y el camarada Ternopolchenko me detuvo, y yo no encontré en mi negra alma fuerzas para matarme allí mismo y no manchar así el honrado nombre de mi mujer y de mi hijo. Estoy dispuesto a ayudar a la investigación en todo, sin esperar por ello ninguna indulgencia.

Sorokin

Messing releyó dos veces la declaración que había escrito Sorokin allí mismo, en el despacho, y acercándole el teléfono, dijo:

—Vas a llamar a Prójorov y a decirle que te has puesto malo y que por eso no has ido a trabajar. ¿Te acuerdas del número?

—Solo tenemos uno.

—Sorokin, ¿no te estás dejando nada?

Este negó con la cabeza.

—¿Puedes llamar a Prójorov o prefieres descansar un momento?

—Puedo.

—Llama —dijo Messing, y levantó el auricular del aparato supletorio.

—Konstantínych —dijo Sorokin con voz de resfriado—, estoy algo indispuesto, hoy no iré…

—¿Qué te pasa?

—La garganta, y fiebre…

—He pasado por tu casa y no estabas…

Messing lanzó una mirada rápida a Sorokin. Este apenas cerró los ojos, como diciendo: todo en orden, no se preocupe.

—Estoy donde Roza…

—¿Quién?

—De la cooperativa de consumo.

—¿Cómo puedo llamarte?

Messing tapó el auricular con la mano y susurró:

—2-54-4, el teléfono de los vecinos…

—Al número de los vecinos —repitió Sorokin—: 2-54- 4…

—Ah, gracias… Y, bueno… ¿has ido?

—Sí.

—Uf, ¡gracias a Dios! Me estaba comiendo las uñas…

—Todo en orden…

—Pero ¿qué me dices? ¡Te felicito, Sorokin, te felicito de corazón! ¿Puedo acercarme ahora a verte?

Rápidamente Messing negó con la cabeza.

—Mejor que no —respondió Sorokin—, estoy aquí de extranjis —añadió bajando la voz—. Mañana…

Messing susurró:

—Pregunte cuándo puede traer el dinero…

—¿A qué hora? ¿Cuándo te es más cómodo que me pase un momento?

—¿Qué? —Sorokin no comprendió la pregunta de Prójorov, miraba tenso los labios de Messing.

—Que digo que cuándo me acerco mañana.

—Por la tarde, hacia las siete, y tráete el dinero, los veinte millones…

—¿Te has vuelto loco? ¡Por teléfono! —dijo Prójorov bajando la voz—. ¿Estás en tu sano juicio o de felicidad lo has perdido? Dame la dirección…

—Merzliakovski —susurró Messing—, número cuatro, puerta siete, tres timbres.

— Merzliakovski, cuatro; puerta siete, tres timbres.

—De acuerdo, me paso…

Messing susurró de nuevo:

—No antes de las siete. Y con la mercancía…

—Hacia las siete —repitió Sorokin—. Y con la mercancía…

—Comprendido —respondió Prójorov—. Hasta mañana.

Messing se levantó escopetado de la silla, llamó a sus ayudantes y dijo —delante de Sorokin, como si se hubiera olvidado de él:

—¡Todo el mundo alerta! Asignen un grupo operativo para vigilar a Prójorov, el presidente del tribunal de la Línea del Báltico. ¡Vaya con el

tribuno, menudo malnacido! Potápov, quédate con Sorokin. Chaikin, llama urgentemente a Galia Shevkun[31] y os vais a Merzliakovski, al cuarto vecino, el de Búdnikov.

A las 13.26 Prójorov ha salido del tribunal y, tras tomar un coche de punto, se ha ido al bulevar Strastnói. A la altura del número dos ha dejado el coche y ha echado a andar por el bulevar. Se ha sentado en un banco al lado de una mujer joven y permanecido allí varios minutos, sujetando al mismo tiempo la mano de ella. No era una señal convenida, porque él acariciaba la mano de la mujer y ha intentando abrazarla, pero ella lo ha rechazado y se ha ido. Kiriushin y yo nos hemos repartido los objetivos: yo me he encargado junto con Ivanova de Prójorov, y Kiriushin y Góltsev han partido en pos de la mujer, que resultó ser la trabajadora del departamento de calzado de la tienda n.º 61, Klavdia Ivánovna Kleimiónova. Prójorov ha regresado al tribunal y no ha vuelto a salir de allí. Antes de regresar a la sección, tomé la decisión de mantener bajo vigilancia a Kleimiónova y a todos aquellos con los que ella entre en contacto. Di estas instrucciones a Kiriushin antes de dividirnos. Cuando abandoné mi posición cerca del tribunal y me fui a la tienda, Kleimiónova estaba en su puesto de trabajo. Kiriushin, dando pruebas de su ingenio y de su fina cabeza revolucionaria, fue detrás de ella diciendo que estaba buscando a su superior, pero sin decir exactamente a quién. Kleimiónova estaba en el cuarto de Shmelkov, el director de la sección de calzado, quien, cuando Kiriushin pidió que le dijeran cuándo iban a poner botas a la venta, lo echó diciendo que estaba ocupado y cerró la puerta con llave. Yo llamé a más colaboradores, e hice bien porque Kleimiónova se marchó a la travesía Merzliakovski número cuatro, puerta siete, y aquí habló en la puerta con una mujer llamada Roza, le preguntó si era «Roza Tíjonova, cuñada del tío Kolia Tíjonov», a lo que Roza respondió que «no, no soy cuñada y no conozco a ningún Tíjonov», y después gritó al pasillo: «¡Soroka, quita el té del fuego!». Entonces Kleimiónova se disculpó y se marchó, caminó largo rato por la ciudad, se fue parando cerca de los escaparates de las tiendas de perfumes y después entró en el número 26 de la calle Povarskaia, puerta siete, donde vive un tal Iván Ivánovich Gazarián, que no estaba en casa, y Kleimiónova dejó una notita en el buzón. Saqué la notita y la copié: «El tío Grisha se encuentra mejor, pase hoy por la tarde a ver al médico con el nuevo medicamento».

A las 17.50 Shmelkov salió de la tienda y se dirigió a pie a la plaza Teatrálnaia. Allí entró al comedor de la Segunda Casa de los Sóviets en el antiguo Metropol, le dieron de comer a cambio de un talón y después dio un largo paseo, mirando de vez en cuando el reloj —uno de plata, asimétrico—. No ha hablado con nadie, no se ha escondido en los portales ni ha mirado alrededor para comprobar si lo seguían. A las 19h ha entrado en el número 6 de la calle Dmítrovka, en el piso del ciudadano Krópotov.

A las 18.35 Gazarián, al pasar por su casa, ha cogido la carta del buzón y, habiendo estado en su casa no más de cinco minutos, se ha dirigido a pie a la calle Dmítrovka, al número seis, a casa de un tal Nikolái Kapitónovich Krópotov.

Messing dejó a un lado los informes recién recibidos de sus colaboradores. Llevaba un buen rato sentado y mirando inexpresivamente la lista de teléfonos colocada debajo del cristal de su gran mesa. Veía ante sí la cara de Gazarián: había charlado con él haría como un mes sobre la marcha del trabajo en el principal depósito de alhajas de la república.

«¿Qué es todo esto? —pensaba Messing con amargura— . ¿Qué está pasando? ¿En quién podremos confiar si ya no podemos hacerlo en Gazarián, el que exigía la muerte para todos los que roben a la república? Si era enemigo antes de venir a nosotros, si estaba encubierto, mala cosa, incluso no sería un mal muy grande, pero ¿y si se volvió así al tener la posibilidad de robar oro? ¿De veras el oro esconde una fuerza mágica y terrible? ¿De veras el hombre está impotente ante ella?».

Ese día la cara de Sorokin había adelgazado, pero ahora sus ojos brillaban y las mejillas le ardían con rubor nervioso, azulón. Messing se fijó en que el rubor parecía tener un brillo poco natural porque los diminutos vasos de las mejillas de Sorokin eran de color púrpura.

—¿Cómo sueles tener la tensión? —preguntó.

—Normal —respondió el otro—. ¿Por?

—Nada…

—¿No puedo ayudar en nada más?

—Por eso te he hecho llamar. ¿No has dormido todavía? —Cómo quieres que duerma ahí…

—Mal hecho. Acabarás agotado si no duermes.

—Cuando los tengamos a todos, dormiré lo que necesite.

Messing se dio cuenta de que Sorokin había dicho «tengamos».

—Oye, Sorokin… No vayas a pensar que por ayudarnos no te voy a presentar ante un tribunal. Y no tengo nada claro que el tribunal vaya a dejarte con vida…

—Pero yo no quiero vivir —respondió Sorokin con gran sinceridad—. Me resulta abominable y será una carga para mi niño.

—¿Conoces bien a Prójorov?

—Hemos bebido juntos…

—¿Puedes verte con él?

—No te entiendo…

—En Merzliakovski, en casa de Roza, ¿puedes recibirlo?

—Por el caso, ¡claro que puedo!

—¿No fallarás, no te pasarás actuando?

—No.

—Roza estará contigo… Es camarada nuestra… Habrá algo de comer, bebed como es debido, pero no te pases o adiós a nuestro juego…

—No beberé nada.

—¡Mira por dónde! ¿Antes bebías?

—Sí.

—¿Y ahora no? Imposible. También ahora tienes que beber con él… Y pídele en nombre de Ternopolchenko que entreguen en joyas la mitad de la cantidad. Y además pedirás que las joyas sean estas: diamantes, esmeraldas y

brazaletes, monedas y relojes de oro.

Para Messing era importante ver cómo se iban a comportar Krópotov y Gazarián, ver hasta dónde llegaban los lazos. Con este plan, y una vez hubo acabado de hablar con Sorokin, se fue al edificio contiguo, a ver a Unszlicht y a Boki.

—Hola, Soroka —dijo Prójorov, estrechando con fuerza la mano del secretario—, cuenta, ¿te has recuperado o todavía andas ronco?

—Estoy recuperado, Konstantínych, pasa.

—No sabía nada de la tal Roza. ¿Dónde está?

—Vendrá enseguida. Es nueva…

—¿Qué tal trabaja? —preguntó Prójorov—. ¿Se apaña?

—Lo normal —respondió Sorokin haciendo pasar a Prójorov a la habitación—, trabaja bien, tiene chispa.

—Vaya, ¿y este coñac? —Prójorov alargaba las palabras mientras examinaba la mesa, llena de botellas, tocino, patatas hervidas y pescado—. ¡Qué bien vives!

—¿Empezamos con poco?

—Claro. Pero primero cuéntame cómo fue. ¿Las paredes son de fiar?

Sorokin hizo una señal con la cabeza hacia el lado izquierdo.

—Eso es el baño… No funciona desde la revolución, y esa habitación está vacía, vive no sé qué militar, lo mandaron al Turquestán. Ahora estamos solos.

Precisamente en la habitación vacía estaban Vladímir Búdnikov, el ayudante del jefe del Departamento de la Sección Especial, y Galia Shevkun, que hacía de Roza. Podía oírse hasta un susurro. Búdnikov tenía muchas ganas de fumar, pero temía que el humo se colara hasta el cuarto de Sorokin, por eso chupaba un cigarrillo sin encender mordisqueando la boquilla a cada rato.

—Bueno, cuenta, ¿cómo fue? —preguntó Prójorov—. ¿Se hizo el gallito?

—Fue duro… Al principio pensaba que me había metido en un buen lío.

—No podías meterte en líos. No tiene pruebas.

—Es un tipo pausado, hosco. No se le entiende a la primera… Y luego pasó que… Hale, vamos, con un poquito de tocino.

—Salud, Soroka.

—A tu salud, Konstantínych…

—¿Y tú por qué no bebes?

—Sí que bebo… Ayer tomé algo, ya sabes cómo va, cae mal echar algo encima de lo de ayer… Que parece que nada, pero luego enseguida te derriba, y Roza… es exigente… Dijo: «Si no me quiero yo, ¿quién me va a querer? A los demás los mido en la cama. Antes nos medíais vosotros, pero ahora hay libertad, estoy emancipada…».

Prójorov soltó una risotada:

—¿Qué dices, tan pegado a sus faldas estás?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿La quieres para ti? De momento no te la doy, no pidas…

—¿Cómo te entendiste con él?

—Irá donde yo le diga cuando se lo pida, y tú o alguno de los tuyos podréis ver si ha llegado solo o con sombras de la Lubianka.

—Está bien tu invento. ¿Y qué dijo del acuerdo?

—Que no cogerá todo el dinero.

—¿Cómo? Pero si necesita hasta el último céntimo, para sus padres…

—Dijo que diez millones en dinero y lo demás en joyas. La mitad, diamantes y zafiros, y la otra mitad, oro: brazaletes, anillos y monedas.

Prójorov dio un trago, aspiró un trozo de tocino y se echó a reír:

—¡Vaya con Ternopolchenko! Con el jacobino, ¡el hijo de Marx! Menudo es, ¿eh?

—Tú eres igual —dijo Sorokin—. No eres mejor…

Búdnikov lanzó una mirada rápida a Galia y le hizo una indicación con la cabeza:

—Ahora. Me da miedo que pueda venirse abajo. Ve, Galka.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Prójorov—. ¿Qué pinto yo aquí?

—Pues que… Llevas al paredón a un pobre trabajador que roba pan, y aquí manejas millones, ¿o no?

—Soroka, ¿qué pasa?

—Nada… Yo soy todavía peor, no hablemos de mí…

La puerta se abrió sin avisar.

—Hola, Soroka —dijo la mujer esbozando una sonrisa rápida, de gitana—. ¿Habéis empezado la fiesta sin mí, muchachos?

—Es Roza —dijo Sorokin—, él es…

—Nenájov, Konstantín —se presentó Prójorov—, nos hemos permitido tomar algo, muy poquito, mientras la esperábamos.

Galia le revolvió el pelo a Sorokin y le pidió con dulzura:

—Anda, cariño, ve a mojarte la cabeza con agua fría, te sentará bien…

—Ve a refrescarte —Prójorov soltó una carcajada—. Te lo han pedido por las buenas…

Sorokin se levantó rápidamente y salió de la habitación.

—¿Por la amistad? —propuso Prójorov—. ¡Va, Rózochka!

—No bebo Fine Champagne, solo me permito vino suave.

—Por ser la primera vez yo creo que puede tomar una copita de algo fuerte, la cabeza le dará vueltas como en los remolinos de un vals.

—Con el suave ya me da vueltas la cabeza, Kostia.

—Por el encuentro.

Se bebió de un trago medio vaso de coñac, abrazó a Galia y empezó a darle besos ansiosos. Ella intentó liberarse suavemente, pero él la sujetó con más fuerza todavía: sus manos eran fuertes como presas. Galia apoyaba los puños contra sus hombros y seguía sonriendo, pero su cara estaba pálida.

—Ahora no, Kostia. Ahora no podemos. Soroka está a punto de venir.

—Se va a quedar dormido —respondió Prójorov y, levantando a Galia, la llevó al diván.

—¡Soroka! —gritó Galia sintiéndose impotente y miserable ante ese hombre fuerte que resoplaba—. ¡Sorokin!

Búdnikov oyó los gritos lastimeros de Galia:

—¡Ay, suéltame, déjame!

Búdnikov salió de puntillas de la habitación. Vio luz en el retrete y susurró:

—¡Sorokin, vuelve a la habitación!

Pero no hubo respuesta. Búdnikov empujó la puerta con el hombro, que se abrió de golpe y, sin tener donde sujetarse, irrumpió de golpe en el pequeño retrete y su cara se golpeó con unas piernas pesadas: Sorokin se había colgado de un gancho, al parecer justo en ese momento…

—¡Socorro! —continuaba gritando Galia—. ¡Volodia-a-a!

Búdnikov abrió la puerta de la habitación, vio a Galia y a Prójorov a su lado y gritó desde el umbral, ciego de rabia:

—¡De pie, cerdo! ¡Arriba las manos!

Eran tres los que llevaban la conversación con Prójorov: Boki, Kédrov y Messing. Prójorov estaba sentado con las manos colgando entre las rodillas, incapaz de calmar el temblor de su cara. Respondía a todas las preguntas pormenorizadamente, con excesiva minuciosidad, recordando detalles que no tenían ninguna relación con el caso.

Boki le pidió que llamara al tribunal.

—¿Qué tengo que decir? Escríbamelo o me liaré.

—No hace falta que se líe. Diga que se ha puesto enfermo y que irá a trabajar mañana por la mañana.

Messing llamó al tribunal y le pasó el auricular a Prójorov.

—¿Sí? Soy yo —dijo este tranquilo, aunque su cara seguía contrayéndose con temblores pequeños, convulsivos—, estoy enfermo y ya iré mañana… ¿Cómo? Bueno, anule el caso.

—¿Qué caso es el que hay que anular? —preguntó Boki enseguida.

—Era la secretaria. Shubárina. Se había asignado una vista para hoy, por los burócratas de la fábrica de metal de Jamóvniki: retuvieron dos vagones vacíos durante una semana.

—A ver, Prójorov —dijo Boki—, ahora te interesa acercarte a ver a Kleimiónova… ¿La conoces?

—Sí.

—Bien, pues te interesa acercarte a verla y pedirle que avise a Gazarián de que vaya a verte a Merzliakovski. Y le dirás a Gazarián que Ternopolchenko ha pedido…

—Entendido —lo interrumpió Prójorov—, lo del oro y las piedras. Lo que dijo Soroka. Quieren ver a dónde los lleva Gazarián… Lo haré… Comprendo que, si no les presto ayuda, me costará más evitar el golpe… Y, bueno, fue un traspiés, por imbécil, sin mala intención…

Messing miró sorprendido a Kédrov. Este se acercó precavido un dedo a los labios: «Silencio». Boki asentía mientras oía hablar a Prójorov y de cuando en cuando intercalaba:

—Sí, claro, claro, tiene razón, Prójorov…

> revel. Para román.
>
> Según los informes recibidos de París, está de regreso en Estonia el director de la firma joyera Marchand. Presuponemos que está en contacto con nuestro movimiento clandestino de tráfico de divisas. Precisamente su consorcio rompió el acuerdo que nuestros representantes intentaron cerrar en Lituania. Posteriormente la gente de Marchand rompió los acuerdos en Londres y Amberes. En Revel, sin embargo, Marchand nos ha propuesto, a través del tasador del DEA Pozhamchi, un intercambio directo de mercancías: pan por diamantes, a precio libre. Nuestra tarea consiste en hacer que Marchand compre nuestros diamantes con dólares y francos, lo que garantizará nuestra salida a la arena del mercado internacional. Es obligatorio que ponga bajo vigilancia a Marchand y a su círculo para desenmascarar a sus contactos. Suponemos que Marchand mantiene relación con nuestro movimiento clandestino a través de terceras personas que hacen de tapadera. Estos informes nos han llegado vía medios ingleses y no contienen datos concretos.

Boki

---

[28] Fusilado en 1937.

[29] Fusilado en 1937.

[30] Fusilado en 1937.

[31] Fusilada en 1936.

EL PADRE…

En Irkutsk el viejo Vladímirov se hospedaba en una residencia del Departamento de Instrucción Cultural, no muy lejos del Museo Etnográfico Regional, a orillas del Angará. Lo ayudaba a trabajar en el caos de la biblioteca la delgadita y pecosa Ninochka Krivosheina. Se la habían adosado después de una conversación con el subjefe de la Dirección Política del V Ejército, Ósip Shelejés. Este andaba vigilante con Vladímirov: escuchaba con escepticismo el airado discurso del anciano que atacaba el desbarajuste del trabajo en la biblioteca, en el museo, en la imprenta, y que observó:

—La crítica sin más no ayuda. Ya lo sé, los libros están en el suelo, los libros se pudren. Ya lo sé, los roban, alimentan con ellos las estufas. ¿Y qué quiere que hagan si no hay leña? A ver, usted, como bolchevique, ¿qué propone?

—Yo no soy del partido.

—¿Es decir?

—¿No ha visto a nadie sin partido? Pues sírvase contemplarlo: aquí me tiene.

—¿Y cómo lo han metido en el Departamento de Instrucción?

—Con un mandato —respondió Vladímirov—. Puede consultarlo con Moscú.

—Un momento, un momento… ¿Qué Vladímirov es usted? ¿El que se marchó de aquí en el año once?

—Si el destierro puede considerarse una partida y la lucha por tener un punto de vista propio, una traición, entonces está usted en lo cierto. Soy ese Vladímirov, justo ese. Pero yo, un hombre sin partido, ¡no habría soportado una situación en que los manuscritos de los tibetanos y los mongoles, en que obras de incalculable valor cultural, se pudrieran a cielo abierto! ¡Nunca habría soportado lo que usted soporta!

—¡Es suficiente! ¡Voy a poner fin a esta conversación! —¡Acabo de empezarla! ¡No pueden fundar un Estado proletario sin aproximarse a los orígenes eternos de la cultura mundial!

—¡Primero tenemos que hacer manuales para los niños! ¡Y después ya nos

aproximaremos a los orígenes! Tenemos diez rollos de papel. Y las tipografías tienen que imprimir las órdenes del ejército, ¡por eso Ungern está a mano y los chinos con los japoneses!

—¿Por qué no ha confiscado la imprenta de Yelizárev?

—¡Lo he hecho!

—¡Mentira! ¡No está con-fis-ca-da! ¿Está usted convencido de haber descubierto todo el papel de los almacenes?

—¡Lo estoy!

—¡Mentira! ¿Dónde imprimen los nepman sus carteles? ¡Sus nepman! ¡Los nuestros! ¡Los mercaderes rojos!

—¡Ya está bien! ¡Esta conversación se ha acabado! Ya le comunicaré en la residencia la decisión que tomemos sobre usted.

Esa misma tarde Shelejés fue a ver al comandante general del V Ejército Ieronim Uborévich, un hombre de veinticinco años, alto, con lentes de profesor, un poco frío, de valentía legendaria y calma sensatez.

Uborévich escuchó a un Shelejés que ardía de rabia, asentía con la cabeza de cuando en cuando, como si estuviera de acuerdo.

—Yo, Ieronim, de verdad se lo digo, por si acaso enviaría a ese piojo intelectual a la Checa.

—¿Y qué hacemos con el intelectual apellidado Plejánov? ¿Qué ocurre, que el Comité Central no sabe de la edición de una antología de sus obras? Lenin es tan buenecito, tan confiado, que no sabe nada de nada de lo que ocurre en el país, ¿no?

—No entiendo nada de lo que dice…

—¿Sabe qué eran los padres de Chicherin?

—No.

—¡Nobles! Poseían muchísimas tierras. ¿Y el padre de Dzerzhinski? Un terrateniente. Un szlachcic que dicen en polaco. ¿Y Tujachevski? Oficial. ¿Y mi padre? Una auténtica revolución debe, cada día más, atraer a diferentes personas. En resumen, y para no perder mucho tiempo discutiendo, porque solo discuto en caso de que, en determinadas circunstancias, haya algo que no comprenda, como hombre de guerra que soy, ordeno: pásese por la Checa y pida que le asignen a alguien como ayudante de Vladímirov. No un alcornoque que lo siga hasta en las letrinas con el Nagant en la mano, sino alguien instruido… Intelectual —sonrió irónico Uborévich.

Unanián,[32] el vicepresidente de la Checa de Siberia, recibió comprensivo la petición de Shelejés y prometió asignarle a uno de sus colaboradores de mayor talento.

—Si quieres, aguarda un momento, ahora mismo lo busco.

Shelejés se quedó en el despacho y Unanián regresó a los cinco minutos

con una muchacha delgadita. Al principio Shelejés no le prestó atención, pues estaba hojeando un periódico eserista de Chitá, pero cuando Unanián dijo que era Nina Krivosheina,[33] de la Sección de Operaciones Especiales, y que la recomendaba para trabajar con Vladímirov, Shelejés se quedó boquiabierto:

—Pero ¿qué estás diciendo, Unanián? Si es… ¡si es una niña! ¡Y él es un perro viejo!

—Esta niña ha trabajado clandestinamente con Kolchak,[34] participó en la liquidación de la banda de Antip y, lo más importante, ¡ha terminado la secundaria! ¿Lo has comprendido? No tengo a nadie más. Lo tomas o lo dejas.

—Me vende como si fuera un caballo —dijo Nina— o una esclava, Serguéi Mamikónovich.

—Huy, perdón, camarada —respondió Unanián entre risas—. Pero ¿cómo quería que le explicara a este Tomás incrédulo que eres nuestra favorita?

—¿Y para qué explicarle nada? —Nina estaba sorprendida y tranquila—. Si un camarada se dirige a nosotros con una petición, debe tratar con respeto al candidato que le propongan.

Esa misma tarde Nina llegó a la residencia y le dijo a Vladímirov:

—Buenas tardes, Vladímir Alexándrovich, me han enviado para ayudarlo. Me llamo Nina.

—Hola, Nina querida. Siéntese, tómese un té. Le interpreto la Biblia a Nikodim Vasílievich, el guarda de aquí, y él me provee de té y pescado ahumado. Solo añoro una cosa: el pescado curado será mi perdición.

—Mañana le traeré unos diez. Mi hermano pesca en el Angará. Me encanta contemplar el sol a través de las bremas curadas, es amarillo…

—¡Ay, alma mía! —Vladímirov estaba atónito—. ¡Qué bien lo ha explicado! ¡El sol entre la brema curada! A nosotros, a los emigrantes rusos, nos reconocían en Suiza por el pescado curado que tomábamos con la cerveza. Los alemanes y los franceses no eran capaces de entenderlo y limpiaban los peces con un gusto horrible. ¡Con cuchillo y tenedor!

—Pero ¡si el pescado no se puede cortar con cuchillo!

—Todo es posible —respondió Vladímirov dejando escapar un suspiro—. ¿Usted es de aquí?

—Sí, soy chaldonka, nativa siberiana.

—Qué lúcida es usted… Realmente brillante. Y las cejas en diferentes direcciones, siberianas. Mi mujer era de Siberia, me casé cuando era un colono deportado en Minusinsk.

Vladímirov sacó del bolsillo una cartera gastada, rancia y aplastada y extrajo varias fotografías.

—Es esta —tendió a Nina una tarjetita vieja.

—Qué guapa…

—Y este es mi hijo, Vsévolod.

Nina tomó la fotografía y el corazón le dio un vuelco: el capitán de caballería Maxim Maxímovich Isáiev, del grupo de prensa de Kolchak, la miraba desde la foto. Nina estaba entonces en un grupo clandestino del Komsomol y, durante la retirada de Kolchak, los muchachos querían fusilar o secuestrar a los principales foliculararios del almirante: Vaniushin e Isáiev. Pero Vaniushin se marchó en un convoy del regimiento Semiónovski nada más empezar el año veinte e Isáiev entonces desapareció, como tragado por la tierra.

—Su hijo también es muy guapo —dijo Nina—. ¿Cómo se llama?

—Vsévolod.

Nina volvió a mirar la fotografía: no se había equivocado.

—Tiene cara de tener voluntad —dijo ella.

—Sí, es un hombre de una voluntad extraordinaria.

—¿Está en Moscú?

—Regresamos de Suiza en el diecisiete. Desde entonces está en Moscú. Cierto es que suele salir con frecuencia, y largas temporadas.

En ese momento se abrió la puerta y entró un anciano con una gran tetera y unos leños pequeños bajo el brazo. Abrió con el pie la portezuela de la estufa de hierro y metió tres leños. La leña estaba seca, prendió enseguida.

—La primavera ahora es difícil, viene tarde —dijo Nikodim Vasílievich—, hacía mucho que el invierno no se enganchaba tanto a los astros.

—Es cosa de Dios —sonrió Vladímirov y le hizo un pequeño guiño a Nina —. Se está vengando de sus hijos.

—¿Puede ser de otra forma? La vida está quebrantada y la venganza caerá con toda la dureza de la verdad…

—Es la vieja vida la que se ha quebrantado… La vieja…

—¿Y qué tenía de malo… esa, la vieja?

—Debo dirigir su atención a Las revelaciones de san Juan. Recuerde que tiene, creo que en el capítulo 21, unas frases admirables: «Entonces dijo el que está sentado en el trono: “Mira que hago un mundo nuevo” […]. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre».[35]

—Eso es algo, Alexándrych, que no logro entender… Usted me ha dicho que dicen que nuestro gran guía, el camarada Lenin, tiene razón cuando dice: «La fe es el opio de los trabajadores», dice eso, pero usted parece que lee la Biblia.

—Es muy sencillo —respondió Vladímirov ofreciendo a Nina otro trocito de azúcar—. La Biblia es un monumento magnífico de la cultura popular. El pueblo es sabio, Nikodim Vasílievich. Habría que, y creo que en el futuro lo haremos, habría que ir por las aldeas, por los barrios obreros y, sin prisa, no

como los gacetilleros, sino en serio, de verdad, apuntar las conversaciones de la gente.

—Las apuntarán y… ¡a los sótanos de la Checa! ¡Y bien que cobrarás por esas conversaciones!

Vladímirov rompió a reír a carcajadas; Nina también se obligó a reír.

—A la Checa, dice usted —Vladímirov hablaba entre carcajadas—. Sí, es bastante probable, no hay nada que discutir. Sin embargo, si el Pravda ha publicado el relato del contrarrevolucionario Avérchenko, parece que la Checa ha dejado de temer las conversaciones.

—¿Su hijo es filólogo? —preguntó Nina.

—No escribe mal, aunque asistía a clases en la facultad de física y matemáticas.

—¿Y qué escribe, artículos? ¿O cuentos?

—Poemas, pero nunca me los enseñó. En Berna, de pequeño, trató de ser reportero de algún periodicucho que otro…

—Alexándrych —el guarda seguía a los suyo—, pero, entonces, cuando has leído en la Biblia que Dios no dice que haya llamado a levantarse contra el poder…

—Nada parecido… El mismo Juan decía: «En proporción a su jactancia y a su lujo —está hablando del reino de Babilonia—, dadle tormentos y llantos. […] Por eso, en un solo día, llegarán sus plagas: peste, llanto y hambre y será consumida por el fuego. Porque poderoso es el Señor Dios que la ha condenado. Llorarán, harán duelo por ella los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean la humareda de sus llamas».[36]

—El padre no nos ha contado eso…

—Lo que quiere decir que no conoce la Biblia ni comprende que es una recopilación de sueños de infelices que, desde tiempos inmemoriales, han ansiado la justicia…

—Vladímir Alexándrovich —preguntó Nina—, ¿ha participado usted en debates antirreligiosos? Podríamos organizar uno, ¿eh?

—Con mucho gusto. Yo recojo el guante de cualquier teólogo.

—¿Qué guante? —Nikodim Vasílievich no lo había entendido.

—Así es como se retaban a duelo —explicó Nina—, cuando a la gente le daba por dispararse. Uno de ellos lanzaba un guante a los pies del otro.

—Pues recógelo, pero no dispares —dijo el guarda—. Hazlo de forma amable, ¿o es que no se puede? Todo el rato disparando, todo el rato la gente disparándose. Nos arreamos unos a otros, pero ¿acaso un blanco es enemigo de nuestra Rusia? Mi hermano era blanco, un aldeano sujeto a órdenes: lo que decían, eso es lo que hacía. ¿Por eso es enemigo de Rusia? ¿Es que no podemos los rusos ponernos de acuerdo?

—A veces es muy difícil —respondió Vladímirov dejando escapar un

suspiro.

—¿Dónde está ahora su hermano? —preguntó Nina.

—Lo mataron unos bandidos…

—¿A quiénes llama bandidos, a los blancos o a los rojos? Nikodim Vasílievich miró atentamente a la muchacha y respondió despacio:

—A un bandido, hija, creo que alguien es un bandido si es un desalmado.

—Ninochka —dijo Vladímirov—, es tarde, la acompaño a casa.

Por más que Nina intentara disuadirlo, Vladímirov la acompañó. La muchacha vivía lejos, cerca de la estación, pero lo que ahora necesitaba era ir a la Checa y hablarle a Unanián de Isáiev, del oficial blanco que resultaba ser hijo de este buen hombre.

Por eso la muchacha se despidió de Vladímirov junto a una casa de dos plantas en el centro, no muy lejos de la sede chequista, y se metió en el portal. Nina esperó a que el anciano se hubiera marchado, echó un vistazo desde el portal, se aseguró de que Vladímirov regresaba a casa y corrió a la Checa.

Pero Vladímirov se giró porque le pareció agradable recordar la tierna carita de la muchacha. Sorprendido, vio que Nina entraba corriendo en dos casas más allá de donde acababan de despedirse. Decidió que alguien podía haber asustado a la muchacha en el portal y, sujetando con fuerza en la mano izquierda su bastón nudoso —la derecha llevaba tres años paralizada—, regresó rápidamente. Abrió de golpe la puerta con un pie, sacó una cerilla e iluminó todo a su alrededor. Subió a la primera planta: no había nadie.

Perplejo, se acercó a la casa en la que había entrado Nina.

En un frontón junto a la puerta forrada con hule pudo encontrar un letrero: «Comisión Extraordinaria para combatir la Contrarrevolución, la Especulación y el Crimen en toda Siberia».

Vladímir Alexándrovich abrió la puerta. Un centinela armado con un fusil le cortó el paso. Nina tampoco estaba allí.

—Su pase —dijo el centinela.

—Aquí… Ninochka, una muchacha…

—¿Krivosheina? ¿Por? ¿Lo ha convocado ella?

—No —resopló Vladímirov—, no me ha convocado. Salió a la calle. Helaba. La luna estaba baja, blanca. El hielo en los charcos relumbraba creando dibujos azules. En la estación las locomotoras intercambiaban pitidos. La ciudad estaba en calma y vacía.

Al principio Vladímirov se enfadó. Después sintió asco. Quería haberse ido, pero después decidió esperar a esa agente de tres al cuarto y mirarla a los ojos.

A Nina le llevó un buen rato componer un mensaje cifrado para Moscú, después se fue al despacho de Serguéi Mamikónovich Unanián y deliberó en voz alta, como para sí:

— Vladímirov es tan agradable… No estoy a gusto, me siento una especie de traidora, de basura.

—¿Le habría creído?

—Como persona, sí.

—¿Cómo puede dividirse en persona y no persona? Le he hecho una pregunta concreta.

—No sé quénos dirán en Moscú… Si dicen que saben lo de su hijo… Si nos dicen que no lo ha ocultado…

—En ese caso —la interrumpió Unanián—, ¡podemos creer hasta que el diablo tiene cuernos! No, haz el favor de responderme sin encomendarte a Moscú.

Al salir de la Checa Nina vio a Vladímirov y enseguida se sintió mejor, porque decidió que el anciano estaba mirando por ella. Cruzó la calzada.

—Me siento obligado a decirle que es usted una tramposa, aviesa, aunque sea tan agradable. No la estaba siguiendo; me pareció que alguien la había asustado en el portal, solo por eso regresé… He perdido la costumbre de «comprobar», por cuanto mi hijo trabaja con Dzerzhinski y, por lo visto, se fían de mí…

—¿Qué? —lo interrumpió Nina—. ¿Qué es lo que ha dicho?

Inesperadamente hasta para ella, se puso de puntillas y empezó a dar besos a Vladímir Alexándrovich, unos besos rápidos e infantiles en la frente, en la nariz fría, en los labios y en las mejillas pinchudas…

---

[32] Fusilado en 1936.

[33] Fusilada en 1936.

[34] Líder de los rusos blancos, enemigos de los bolcheviques durante la gue- rra civil rusa. De 1918 a 1920 dirigió desde la ciudad de Omsk, Siberia, un go- bierno contrarrevolucionario. (N. de la T.)

[35] Ap. 21, 5 y 8. (N. de la T.)

[36] Ap. 18, 7-9. (N. de la T.)

… Y EL HIJO

El editor del periódico El Popular Grigori Fiódorovich Vajt, tras ofrecer asiento a su huésped, abrió el sobre y echó un vistazo rápido al contenido de la carta.

> Querido Grigori:
> El portador de esta carta es Maxim Maxímovich Isáiev (puede que lo haya visto en Zúrich, estuvo allí emigrado cuando era muy joven). Mis amigos y yo hemos insistido y conseguido que Isáiev saliera de Rusia. Por favor, ofrézcale su apoyo y su ayuda.
> Sinceramente suyo,
>
> Urúsov

Vajt leyó la carta dos veces; el príncipe Urúsov, antiguo camarada del ministro del Gobierno Provisional, detenido, juzgado y absuelto por el tribunal, era un hombre bien conocido en el mundo de la emigración y, a pesar de la frasecita en el informe de la Checa sobre el proceso —«ante el arrepentimiento de Urúsov y su deseo de colaborar con las autoridades soviéticas, poner en libertad bajo vigilancia»—, seguía gozando de respeto. Nadie creía que Urúsov hubiera aceptado voluntariamente colaborar con los bolcheviques. Por eso la frase en el informe del proceso provocó una mayor compasión por el infeliz príncipe, contra quien, en opinión de los emigrados, los chequistas habían empleado técnicas especialmente sádicas para así desacreditarlo a ojos de la Rusia pensadora.

—¿Cómo ha llegado, Maxim Maxímovich? —preguntó Vajt.

—Sobre la tripa —sonrió Isáiev—, por delante de los guardias fronterizos.

—¿Cómo anda de documentación?

—Mal.

—Comprendo. ¿Cuenta con que se le ayude?

—Sí.

—Pero no es usted miembro de nuestro partido, ¿no?

—No tengo partido, creo, los eseristas y los octubristas acabarán sus discusiones en Moscú, cuando se reúna la Asamblea constituyente… ¿no?

—Nosotros nos atenemos a otra doctrina…

—Por cuanto tengo unos planes concretos, me gustaría pensar en la posibilidad de adquirir documentación buena.

—Eso es casi imposible.

—En ese caso, imagino que me aconsejará qué es más sensato: ¿quemo mi documentación y voy a la policía por una nueva? ¿O se puede vivir dos meses de ilegal?

—¿Y después?

—Cuento con no quedarme mucho tiempo aquí.

Vajt se levantó de la mesa y cerró la puerta pequeña que chirriaba y daba a la habitación contigua, donde había tres personas: todo el equipo de redacción La Provincia Noroccidental de Rusia, el órgano de los eseristas.

—Tienen invitados, creo, no conviene hablar en su presencia de regresar a la patria.

—Tiene razón.

—Urúsov no dice por qué se vio obligado a salir…

—Empezaron a seguirme…

—Sobre lo de presentarse en la policía… Confieso que no hemos intentado esa táctica… ¿Puede hablarles de sus últimos años, dónde ha vivido, a qué se ha dedicado?

—He vivido en Moscú y en Siberia, he trabajado en el Estado Mayor de Kolchak, en su grupo de prensa, después me escondí.

—¿Con quién trabajó en el grupo de Kolchak?

—Con Nikolái Ivánovich Vaniushin.

—Vaniushin es un individuo de lo más pintoresco —respondió Vajt—, y, aunque somos adversarios ideológicos, como personas tenemos una antigua amistad.

—Sí… una pena —trató de sacar partido Isáiev, pues sabía que Vaniushin estaba en Harbin—, cayó de una forma tonta.

—Está vivo, a Dios gracias —respondió enseguida Vajt— . Hace poco nos llegaron noticias suyas, desde China…

—¡Imposible! Pero si Poplavski me juró que había muerto de tifus… ¿Tiene su dirección?

—Se la daré —respondió Vajt y por primera vez en toda la conversación sus ojos se suavizaron al perder la desconfiada alerta—. Por cierto, ¿cómo le va a Poplavski?

—No tengo lazos con la Checa —respondió Maxim Maxímovich—. De estar relacionado con ellos, podría contarle qué tal se siente una persona en los sótanos de Lubianka…

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Vajt, y a Maxim Maxímovich le quedó claro que el redactor sabía de la detención de Poplavski. Y se convenció de nuevo de que estaba enredando su hilo correctamente al permitir

educadamente que el eserista lo pusiera a prueba.

—¿Cuándo fue? —Maxim Maxímovich repitió la pregunta—. Ahora le digo con exactitud… en primavera…

—Imagino que tendrá hambre, ¿no?

—No voy a mentirle: mucha. No seré una carga en cuanto a la economía: tengo dos diamantes. ¿Cómo está aquí la cosa, es fácil poner a la venta piedras preciosas?

—Nunca he tenido piedras preciosas… Aunque a la comida, y no me diga que no, lo invito.

Maxim Maxímovich se fijó en que Vajt lo llevaba no al restaurante situado al lado de la redacción, sino a un pequeño café en un semisótano.

—Aquí podemos picar algo —dijo Vajt—, sirven blinis con requesón y crema de leche y compota.

Isáiev señaló el periódico que sobresalía del bolsillo de Vajt.

—¿No me dejaría echar un vistazo a un número reciente? Allí, sin palabras libres, nos hemos empezado a cubrir de pelo y a volvernos un poco mamuts.

Isáiev notó que en la cara del redactor brillaba un momentáneo orgullo; de buena gana este le tendió a Isáiev el periódico, soltó un suspiro:

—Saber que tu trabajo es necesario te da ganas de vivir.

Isáiev echó un vistazo rápido al periódico: «Según nuestros datos, este mes los precios en el mercado de Pskov han sido: una libra de pan, 450-500 rublos; un pud de patatas, 4500 rublos; una libra de cerdo, 5000 rublos; una botella de leche, 700 rublos; una decena de huevos, 3500 rublos»; «Ayer llegó a Revel un nuevo convoy de oro de Rusia, 600 pudy en total. El vagón llegó hasta el puerto, donde se trasladó el oro al barco Kalevipoeg. Este barco se dirige a Estocolmo y desde aquí, según los datos que obran en nuestro poder, a Berlín, donde el oro se transformará en rublos soviéticos»; «El representante de una de las grandes potencias ha llegado a Moscú para mantener conversaciones sobre la reorganización del Gobierno soviético. El sentido de la próxima organización es desplazar a Lenin y a Trotski; todos los poderes se concentrarán en manos del nuevo primer ministro Krasin. Con toda probabilidad, se exigirá que se aparte del poder a los elementos más extremistas. En caso de que los bolcheviques acepten estas condiciones, las grandes potencias iniciarán conversaciones con el Kremlin».

—¿Es que no tiene informadores serios? —se enfurruñó Isáiev—. Grigori Fiódorovich, amigo mío, ¿por qué hace pasar lo deseable por real? Y no me diga que los datos de Pskov los ha obtenido de un informador de fiar… He pasado por Pskov en mi camino hasta aquí. Y compré en el bazar una libra de pan. Estos precios son de hace medio año, ahora son completamente diferentes… Y ningún representante de las grandes potencias ha llegado a Moscú con una propuesta sobre Krasin.

Les sirvieron los blinis. Isáiev se abalanzó sobre ellos.

Tintineó la campanita de la puerta y Vajt exclamó, con afectada sorpresa:

—Lev Kiríllych, hola, ¿cómo usted por aquí?

Al levantar la cabeza, Isáiev vio a Golovkin: lo reconoció por las fotografías que se conservaban en la Checa. Golovkin estaba relacionado con el contraespionaje eserista.

—Le presento al ciudadano Isáiev, de Rusia. Este es nuestro periodista Lev Golovkin.

El periodista llamó a una gordinflona en delantal bien almidonado:

—Café, dos azucarillos y agua.

—¿Quiere blinis, Golovkin? —preguntó Vajt.

—No, gracias.

—Maxim Maxímovich trabajó en el diecinueve con Vaniushin, en el grupo de prensa de Kolchak —dijo Vajt—. Quizá, como colega nuestro que es, podamos pedirle que intervenga con algún suelto en el periódico.

—Sería magnífico… —dijo Golovkin haciendo un gesto de agradecimiento a la gordinflona que le había traído el café.

—Me veo obligado a declinar esta propuesta tan halagüeña.

—¿Por qué?

—Porque tengo intención de regresar a Rusia en un futuro no lejano.

—El ciudadano Isáiev trae una carta de recomendación de Urúsov —señaló Vajt.

—¿Qué tal está el príncipe? —se interesó Golovkin.

—Mal.

—Pero ¿está colaborando con los bolcheviques? —¿Qué habría hecho usted en su lugar?

—¿Cómo se encontró con él?

—En un pasillo del Banco Nacional. Ahí fue donde me escribió esa notita.

—Supongamos que le conceden un permiso de residencia temporal, ¿qué haría después?

—Después espero contar con la ayuda de los amigos.

—¿Nuestros o extranjeros?

—De todo hay.

—No se encierre cual caracol, Maxim Maxímovich —dijo Golovkin—, aparte de nosotros, no hay nadie más a quien se pueda acudir. Los del Últimas Noticias son monárquicos de las Centurias Negras, no le van a ayudar.

—Está el Comité de Ayuda a los Refugiados… Vírubov, Obolenski, creo que no están tan asustados… —dijo Isáiev tras esbozar una sonrisa abiertamente maliciosa—, ¿o tienen un destino tan triste?

—El comité está ocupado con otras tareas: no persiguen la lucha política, se han resignado a la derrota.

—Entonces, ¿en Estonia hay solo una fuerza que piensa en serio en la lucha?

Vajt y Golovkin respondieron al mismo tiempo.

—No, para nada —dijo Golovkin.

—Por supuesto, nosotros —dijo Vajt.

De pronto, Golovkin rompió a reír a carcajadas; se dobló de la risa y, secándose las lágrimas, meneaba la cabeza. Después, cuando se hubo tranquilizado, dijo:

—¡Vaya conspiradores de mierda! ¡Si tenemos miedo hasta de nuestra sombra!

Isáiev se encendió un cigarrillo.

—Siento como si se me hubiera roto algo por dentro, Lev Kiríllych. Como si hubiera limpiado los restos incrustados de una tetera… «Periodista, colega…». ¿Creen que en casa no sabemos nada de ustedes?

Tras abrocharse el botón de la chaqueta, como si tuviera intención de ponerse en pie, añadió:

—Me han autorizado para que les diga que tengan especial cuidado con todo el que venga de territorio soviético y con la gente con la que tienen lazos aquí.

—¿Cree que hay mucha gente de ese territorio soviético que va a buscar lazos con nosotros?

—Le he expuesto el deseo de unos amigos que saben de su trabajo y qué tipo de periodista es, en realidad, Lev Kiríllych.

—Uno mediocre —sonrió Golovkin—. Maxim Maxímovich, me alegraría verlo y, si logra instalarse de forma legal y firme, le pediría que pasara a vernos otra vez, antes de salir para los sóviets… Si, claro está, no se piensa mejor lo de regresar, ahora que ha probado los blinis de aquí…

—Y si usted piensa de nuevo en ir para allá, prepárese, que entonces sí que pasaré a verlo… Una pequeña diferencia en los adverbios, pero anda que no cambia el significado: «mejor» y «de nuevo», ¿o no?

—Si esta conversación es en serio, entonces me prepararé… Pediré con antelación a mis amigos de Rusia techo y documentación, para que no sea todo tan precipitado como en su caso…

—El escritor Nikándrov sí que vino todo precipitado y acabó en la cárcel —señaló Vajt—, ¡y Vorontsov se fue a los sóviets con su documentación!

Maxim Maxímovich recordó el radiograma de la Checa Noroccidental sobre el paso por la frontera estonia de un desconocido que abrió fuego y mató a dos guardas, uno estonio y otro ruso. Había sido una semana antes de que él saliera de Moscú.

—Eso de que Vorontsov ha cruzado la frontera —dijo Golovkin con dureza —, se lo contaría encantado a los «camaradas» si no me cayeran tan mal. Lo

único que me da pena es que vayan a juzgar a Vorontsov como enemigo del pueblo —añadió irónico—, es decir, como a nosotros. Tendrían que fusilarlo directamente. Cierto que hará correr la sangre allá, en la tierra soviética: provocará incendios y muertes hasta hartarse…

Al despedirse de los eseristas, convencido de que le iban a poner una «sombra», Isáiev empezó a dar vueltas por la ciudad. Identificó sus sombras con bastante rapidez: lo «acompañaban» dos muchachos, estudiantes al parecer. Lo hacían sin habilidad, disfrutando de su trabajo, así que quitárselos de encima fue tarea sencilla.

Dos horas después sonaba el teléfono en la oficina de la Sociedad Mixta Ruso-Estonia. Una voz desconocida de hombre pidió hablar con el «codirector».

—Señor Shórojov, me gustaría pedirle que me cuente las condiciones para regresar a mi país si tiene usted tiempo y ganas, claro.

—Aunque tiempo sí que tengo —respondió Shórojov—, no estoy autorizado para responder a preguntas de este tipo. Haga el favor de dirigirse a la sección consular de la embajada en las horas establecidas para atender…

Este intercambio de frases, que no decían nada a los policías que escuchaban las conversaciones telefónicas de la comisión mixta, eran el santo y seña de Shórojov y Vsévolod Vladímirov.

Esa misma tarde Shórojov, después de haberse visto con Isáiev, entregó a una persona que conocía un breve mensaje para que lo cifrara:

> Existe la posibilidad de que la persona que cruzó la frontera durante el tiroteo sea Víktor Vitálievich Vorontsov. 974 insiste en esta opción.

AY, ESTOS RUSOS…

Estos últimos días el agente alemán Nolmar estaba regresando a casa muy tarde. Una semana antes lo había visitado Klaus Dollman-Grotte. Era un hombre extraño ya en sus años de estudiante, por ejemplo: declinaba categórico las más que halagüeñas propuestas para trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores o para servir en el Estado Mayor Conjunto. Lo invitaban una y otra vez, y no solo porque estuviera protegido, a los veintitrés años sabía siete lenguas: finés, sueco, estonio, húngaro, polaco, letón y ruso. Las dominaba a la perfección, pero no se contentaba con eso: consideraba imprescindible aprender también rumano, inglés y danés.

Tras diplomarse en filología, empezó a trabajar de chupatintas mal pagado en la sección de anuncios del consorcio IG Farbenindustrie. Era, como siempre, callado, pasaba inadvertido, rehuía las fiestas y la compañía femenina, se ponía colorado si en su presencia se contaban chistes e historias picantes de estudiantes, no bebía, no fumaba y vivía solo: era un ermitaño. Después se marchó a Varsovia. Aquí quedó varias veces con Nolmar, que trabajaba en la embajada y trataba a su amigo de la época de la universidad con condescendencia, tal como corresponde que trate un diplomático a un agente comercial de tres al cuarto.

—¿Sientes cómo envejecemos? —preguntó entonces Do llman-Grotte—. Tengo un sentimiento especialmente agudo de ello cuando me despierto.

—¿Eres pesimista? —se burló Nolmar.

—No, no —Dollman-Grotte negó con la cabeza—, no hace ni cinco años que encontré en la buhardilla de casa unas muñecas de mi madre… Eran unas muñequitas graciosas en pantaloncitos y gorrito de encaje. Y ahora he rebuscado por toda la buhardilla y no he podido encontrarlas. El tiempo envejece junto con nosotros. Y solo puede vencerlo el poderío…

—¿Cuál?

—El poderío no puede definirse con la palabra «cuál». El poderío es el poderío. La memoria también es un poderío…

—¿La memoria? ¿Cómo se llamaba la novia de tu bisabuelo?, ¿lo recuerdas? Pero ¿qué construyó Ramsés en Egipto? ¿O Federico el Grande en

Berlín? Eso lo recuerdas. Y tus hijos también lo recordarán.

—Los hijos todavía hay que tenerlos. Por cierto, ¿tú estás casado?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

Después de este encuentro, estuvieron mucho tiempo sin verse. Y se vieron —para sorpresa de Nolmar— en Revel. Fue a ver al embajador y el secretario lo paró:

—Ahora no puede pasar… El embajador está con el señor consejero Dollman-Grotte.

Sin embargo, fue el propio Dollman-Grotte quien lo encontró a él: sin ceremonia alguna entró en la estancia, le dio un abrazo amistoso, empezó a hacerle preguntas sin recalcar su actual superioridad e invitó: «Si no estás hasta arriba con tus asuntillos, podemos cenar juntos en el Savoy».

Ocupaba una habitación de tres estancias en la cuarta planta: aquí solían alojarse los ministros o los miembros de familias coronadas cuando venían de visita no oficial. La mesa estaba preparada para tres personas.

—Otto, ¿te importa que se quede con nosotros una mujer adorable que ha aprendido a no importunar a los hombres? —preguntó Dollman-Grotte.

Nolmar volvió a experimentar un sentimiento de aguda humillación cuando vio a la belleza que había entrado en la sala en un vestido de baile escotado.

Pero también esta vez Dollman-Grotte acudió en su ayuda. Dijo:

—fräulein Barbara, quiero presentarle a mi amigo Otto Nolmar.

Nolmar se dijo que él no sería capaz de hablar en un tono tan seco y autoritario con esa chica locamente guapa y que, claramente, se cuidaba bien, mientras que ese supuesto corderito hablaba como si estuviera cortando hierro: seco, con aplicación, de una forma que no aceptaba réplica. Y este maldito «no acepto réplica» se coló en Nolmar y este comprendió lo que había pasado y que ya no podría ni replicar a Dollman-Grotte ni bromear con él, y se dijo con cansancio: «He perdido y ahora tengo que comportarme como es debido para que, al menos, él no comprenda enseguida con qué crueldad he perdido».

—¿Sigues sin beber? —preguntó Nolmar.

—Ya lo sabes, Otto. Tienes que perdonarme, pero ahora es una cuestión de principios.

—Por el resto no pregunto —sonrió comprensivo Nolmar.

—En eso te equivocas.

Nolmar lanzó una mirada maliciosa a fräulein Barbara y luego trasladó la mirada a Dollman-Grotte.

—Lo has comprendido bien —respondió este—, mi novia me ha cedido a su secretaria, fräulein Barbara, pero yo se la he entregado a mi chófer durante

este viaje… Siento vergüenza infinita ante ti por no beber, pero tú siempre has sabido beber bien y con gusto. Nuestra encantadora Barbara beberá por mí…

Después de media hora de conversación de sobremesa, Dollman-Grotte dijo:

—Por cuanto nuestra querida Barbara está presente en todas las conversaciones importantes —sonrió ligeramente a la mujer—, y temo que informe de estas a mi novia, a fräulein Ilse Krupp, voy a hablar delante de ella de nuestra propuesta, Otto. No tiene sentido regresar a un intercambio momentáneo de opiniones sobre el sentido del poderío. Cierto que entonces no tenía razón. No era más que miedo ante la muerte y la rapidez del envejecimiento. El negocio que te absorba, ahí es donde está la salvación de las quimeras y de los miedos. La política de un estado, ¿es acaso un negocio? Y sí y no. Está fuera de lógica. Es abstracta y, al mismo tiempo, subjetiva. Voy a coger el toro por los cuernos, Otto. Estamos buscando nuestros ojos y nuestros oídos por todas partes. Especialmente en los pequeños países fronterizos con Rusia, y Alemania también está interesada en Rusia, no solo en un futuro cercano, también en el lejano. Hablar de Rusia es especial, Otto. Estamos interesados en la ingeniería rusa, son unos teóricos de talento infinito, su concepto de la ingeniería es más libre e intrépido que el nuestro. No saben trabajar y nunca aprenderán dada su pereza, pero precisamente por su pereza nos interesan mucho sus fantasías, especialmente las de ingeniería teórica, repito. Se cuenta que en Revel y en Riga hay muchos rusos que pasan necesidad… Una nación infeliz…

fräulein Barbara acercó a Dollman-Grotte una carpeta con recortes y este tomó al azar varios anuncios del Últimas Noticias.

—Con su permiso: «Clases de matemáticas superiores, de física y de química en tres lenguas a cambio de cualquier pago». O «Por una pequeña recompensa un ayudante de docencia de la Universidad de San Petersburgo da clases de matemáticas y física». Y en la dirección de remitente: «Dirigirse al periódico con una petición a mi nombre». Te estoy pidiendo que ayudes a Alemania, Otto. Naturalmente todos tus posibles gastos por los encuentros, la correspondencia, las citas y demás fruslerías burocráticas aburridas pero obligatorias te serán compensados. A tus trescientos dólares añadiremos quinientos de los nuestros. Si estás de acuerdo, ahora mismo firmaremos un contrato de colaboración con IG en calidad de consultor para Rusia y la región báltica.

Nolmar empezó a actuar al día siguiente de esta conversación. Pasó por Últimas Noticias a ver a su director y editor Mijaíl Guénrijovich Ratke, por El Popular a ver a Vajt, por el Comité de Ayuda a los Refugiados a ver a Lvov, y acordó con la organización varios encuentros con ingenieros y profesores

rusos. Además, como era de esperar, en la conversación con Ratke o Lvov no salió el tema de la compensación económica. Otto Vasílievich llevó de tal forma la conversación que estos se sintieron imprescindibles: por fin iban a ayudar a la infeliz intelectualidad rusa.

El primero con quien se vio Nolmar fue el joven físico Iván Prójorovich Travin. Después Nolmar se fustigó por haber adoptado desde el principio un tono protector en la conversación con ese desharrapado.

—Y, a ver, ¿por qué ha decidido que estoy dispuesto aceptar su propuesta? —preguntó Travin—. ¿Cómo es que me ofrece con tanta firmeza que me traslade a Alemania?

—No tiene otra salida, aquí vive en la miseria.

—Siempre tengo una alternativa: regresar a Rusia.

—¿Qué le espera allí?

—Rusia.

—Hambre, desprecio de obreros embrutecidos, comprobaciones, terror.

—Estoy convencido de que la NEP va a acabar con el miedo a la represión.

—No lo he comprendido, ¿lo está rechazando? —preguntó Nolmar tras echar otro vistazo rápido e imprudente a la ropa y a las botas destrozadas del ruso—. ¿De veras prefiere el salvajismo a la civilización, vegetar a estar trabajando?

—Nunca he considerado salvaje a mi patria y un trato así para con Rusia me da derecho a poner fin a esta conversación.

Con el ayudante de docencia Pável Petróvich Kuravliov Nolmar ya mantuvo una conversación muy distinta. Reunió varios datos sobre él y después habló así:

—Pável Petróvich, comprendo lo duro que tiene que ser para usted vivir lejos de su patria… Imagino que a usted, como patriota ruso, le resulta especialmente amargo no poder transmitir al pueblo sus conocimientos… Lo comprendo y uno mis lamentos a los suyos, aunque sea de sangre alemana…

—Gracias, Otto Vasílievich. Gracias por sus bondadosas palabras sobre mi país… Ahora está de moda increpar a Rusia y asustar a los niños con ella, pero Rusia todavía tiene que decir una última palabra.

—Estoy autorizado para proponerle que vaya dos años a Alemania, a un buen instituto superior, para trabajar en su especialidad; creo que, para cuando haya terminado su investigación, las cosas en casa se habrán arreglado y así no regresará a Rusia con las manos vacías…

—Muchas gracias, gracias —repitió Kuravliov conmovido—, a uno le dan ganas de volver al trabajo cuando se encuentra con gente como usted. Pero ¿cómo vamos a viajar a Alemania? Mire, tengo tres hijos, esposa, y ni un kopek para el camino…

—Tendrá un piso listo y, en cuanto al tren, la firma pagará los gastos y

después descontará las cantidades de su retribución.

El tercero, Stepán Gavrílovich Ugárov, una vez hubo oído la pequeña introducción —ahora ya un patrón—, sonrió sardónico y preguntó:

—Pero, veamos, ¿por qué ha decidido que tengo intención de regresar? Son una jauría de perros humanos rabiosos, ¿y voy a trabajar para ellos? Habría que fusilar a la mitad de Rusia, siguiendo lo que dice la Biblia: a todas las personas de sexo masculino; y casar a las tías con vuestros alemanes, con ingleses y suecos. Claro que me voy a Alemania, pero necesito garantías de que me darán la ciudadanía o me ofreceré a los Estados de Norteamérica, allí pagan más y está más lejos de Rusia…

«Qué nación tan poco previsible, así os maldigan tres veces —pensaba Nolmar—, no hay nada que pensar de antemano, sobre todo para hablar con sus ingenios y talentos: es un completo caos, el mayor de todos».

Mientras subía a su casa después de la conversación de turno con un ingeniero ruso, Nolmar llevaba intención de darse un baño caliente y, acto seguido, meterse debajo del edredón: dormir hasta recuperarse; los rusos hacían que se cayera de cansancio.

Al ver junto a su puerta una sombra, rápidamente sacó la pistola del bolsillo. Era algo que tenía automatizado: Revel se acostaba pronto y, además, en los años que llevaba viviendo aquí ni una sola vez se había plantado alguien en su puerta.

—Otto Vasílievich, estoy a punto de volverme loca, llevo tres horas esperándolo —dijo Olenétskaia en voz baja.

—¿Qué ha ocurrido? Se la ve descompuesta. Pase, cielo, pase. No tenía que haber venido sin llamar, claro que no… quiera Dios que nadie la haya visto…

—He tenido cuidado.

Hizo que pasara dentro, le cogió el abrigo.

—Víktor está en Rusia… ¿Usted lo sabía?

—Vaya, qué mujer tan astuta… ¿Cómo se ha enterado? ¿Quiere un café?

—No, gracias, no…

—Está pálida, y sus manos son pedacitos de hielo. Se va a tomar una pizca de grog, siéntese en el sillón y tápese las piernas con esta manta. ¿Cómo se ha enterado de… de que Víktor Vitálievich está en casa?

—Lo he averiguado hoy de forma completamente precisa.

—¿Por quién?

—Eso no importa, Otto Vasílievich. Lo importante es que él…, en Rusia han empezado a darle caza porque los mensajes…

—¿Lo quiere mucho, María Nikoláievna?

—Si le pasa algo, me mato. Mi vida no tiene sentido sin él…

—¿Qué está dispuesta a hacer para salvarlo?

—Todo.

—Todo —repitió Nolmar pensativo—, todo… Entonces, para empezar, tome un poco de grog, entrará en calor. Y, por favor, confíe en mí, querida, Víktor Vitálievich, al que también yo estimo mucho, está bien. Ha dicho que estaba dispuesta a hacer todo por él… Entonces, en primer lugar, dígame, por favor, ¿cuál es su trabajo en la embajada rusa?

—Soy la especialista en cifrado.

—Es bueno que me haya dicho la verdad enseguida.

Ahora, en segundo lugar, dígame, ¿con qué sistema de cifrado trabaja? ¿Con qué sistema de cifrado ha escrito hoy el mensaje sobre Víktor? ¿Me lo dejará mañana media hora?

—¿Para qué lo necesita?

—Lo necesito porque, como agente alemán en Revel, toda la información procedente de su representación es de suma importancia para mí. Y Víktor Vitálievich es uno de mis amigos más cercanos y, por consiguiente, cuanto más sepa de todo lo que ocurre en su oficina, mayores garantías de poder avisarlo con tiempo del peligro.

—Cielos… —dijo la mujer en voz baja—, ay, cielos… —¿Se arrepiente de haber entregado su corazón a una persona como Vorontsov?

—No… Solo estaba pensando… lo cruel que es este horrible mundo. Qué pequeños somos todos nosotros. Qué indefensos…

—No tiene razón, María Nikoláievna. Seríamos débiles y estaríamos indefensos si no tuviéramos amigos. Ahora la vida de Vorontsov depende de nosotros… Por ejemplo, se me está ocurriendo que puede que tenga ciertas dificultades para encontrar dónde vivir… ¿Cómo podría usted ayudarlo?

—Mi hermana… vive en el Kremlin, está libre de cualquier sospecha.

—¿Y si le manda unas líneas: «Querida, aloja a mi amigo dos o tres días», su hermana le ofrecerá un techo?

—Claro…

—¿Dónde trabaja?

—Es inspectora de la INSOC en el DEA.

—Fíjese… Y yo sin saberlo. Tenga una hoja, escriba: «Querido Víktor: Otto y yo vamos a ayudarlo, siempre y con todo». Se pondrá muy contento cuando reciba esa notita…

—¿Quién lo estará más, él o usted? —preguntó ella con amargura.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Nolmar—. No entiendo…

—Pues yo sí lo entiendo, Otto Vasílievich, estaría bueno que no lo hiciera: una recluta es una recluta.

—Ya basta, María Nikoláievna, ¡qué dice de reclutar! Víktor me habló de la inestimable ayuda que usted le prestó hará medio año y, por consiguiente, también a mí… Así que esa notita no es más que una forma de observar las

formalidades necesarias. A usted la reclutaron hace medio año y los documentos correspondientes están en Berlín. No podemos pasar sin escribir informes… ¿No tiene hambre? Puedo hacerle un bocadillo.

—No hace falta… ¿Cuándo va a volver?

—Según nuestros cálculos, lo podrá solucionar en un mes. Pero pueden darse todo tipo de circunstancias imprevistas, entonces se retrasaría y tendría que salir por el Lejano Oriente y China.

—¿Ha tenido noticias de él?

—De momento sé que cruzó felizmente la frontera. ¿Y quién y cómo supo que estaba en Rusia? Víktor Vorontsov es un hombre famoso en la Checa. Seguro que tienen fotos de él. Solo un agente serio de la Checa ha podido enterarse de que está en Rusia, uno muy perspicaz. Por lo que yo sé, a su embajada no ha llegado nadie nuevo… ¿Quién ha transmitido el informe? ¿Fecha exacta? ¿Hora?

—Lo ha escrito alguien de fuera, nunca había visto la letra. El informe me lo entregó Shórojov.

—¿Y no sabe si había salido antes de la oficina? —No…

—¿Puede averiguarlo?

—Lo intentaré —respondió Olenétskaia como indiferente, mirando obsesivamente un rincón oscuro del despacho.

—Así no me sirve, querida amiga… Así causará la ruina de Víktor Vitálievich… Ante todo debe usted responderse a sí misma si puede aclarar con exactitud si Shórojov estuvo ayer en la embajada y cuándo.

—Vino a verme hacia las nueve, colorado, como si viniera de pasear.

—Comprendido, y ¿no se habrá equivocado, seguro que fue hacia las nueve?

A la mañana siguiente Nolmar, a través de la gente que tenía en la policía política de Estonia, se enteró de que el coche del encargado de negocios Shórojov había salido, en efecto, del edificio de la embajada a las 8 horas 25 minutos. El automóvil del ruso consiguió zafarse de la observación externa que intentaron los agentes, que no tenían coche, solo dos birlochos.

A la petición hecha por Nolmar a través de su agente del Ministerio de Asuntos Exteriores, el departamento de policía respondió que en las redacciones de los periódicos de emigrados y en el Comité de Ayuda a los Refugiados se había registrado un ruso nuevo, Isáiev. Sin embargo, no habían conseguido fijar por el momento la dirección de dicha persona. Cierto es que el crítico Alexandr Chernígovski había informado de que Isáiev había prometido pasarse por la redacción a la semana siguiente.

Nolmar acordó que Chernígovski pondría en su inmediato conocimiento o en el de sus buenos amigos —le dio tres números de teléfono— la visita de

Maxim Maxímovich y que intentaría retener a Isáiev unos veinte o treinta minutos.

Moscú. Para Kédrov.

> Se ha colocado bajo vigilancia al director del consorcio joyero Marchand, que se aloja en la habitación número 53 del Savoy. Con él vive su guardaespaldas Villa. Esto complica el trabajo, por cuanto en la habitación siempre se queda uno de los dos y hace imposible el poder examinar los papeles. Informo de que a Revel ha llegado uno de los directores de Krupp, Do llman-Grotte. Con él ha mantenido contactos el agente local alemán, O. Nolmar. Después de su encuentro con D.-Grotte, el agente ha empezado una serie de conversaciones con emigrantes rusos que no tienen relación con los grupos políticos locales.

román

SE PREPARAN UNOS…

Querida mía:

Por lo visto, la imperfección de la memoria humana permite —con el tiempo— que los verdugos se conviertan en genios buenos; los dulces mártires resultan unos sádicos calculadores; seguro que por esta misma razón las personas queridas se convierten en enemigos, los idiotas en genios, los ignorantes aburridos en grandes clarividentes. Estoy hablando de mí… Estoy ahora junto a una ventana que da a un jardín primaveral, no, a un jardín sin más, como antes, tengo prisa, pero echo muchísimo en falta ese florecimiento primaveral y por eso me permito vivir un poco hacia delante, ya con las flores de la primavera. Qué le voy a hacer, me acelero, pero el carácter es una de esas realidades que puede doblegarse, aunque nunca cambiarse.

Es muy probable que todas las desgracias que hemos vivido juntos vengan de que yo he deducido esa fórmula exacta, pero la correlacioné solo conmigo. Por lo visto quise, sin darme siquiera yo cuenta, hacer de ti mi copia, una especie de repetición de mí mismo, sin comprender que, de haberlo logrado, sería todo indeciblemente aburrido, como aburrido y solitario se vuelve un hombre que se encuentra en una sala de espejos vacía, y no para una hora, sino para toda la vida.

Imagino que está muy mal que la gente sepa todo de sí misma, hasta el último «padrastro de la uña», como decía Yegórushka. El misterio, el desacuerdo, disciplinan tanto en el amor como en el combate, en política o en una batalla bursátil. Estoy convencido de que la agresión se vuelve posible solo cuando una parte ha averiguado los principales secretos de la otra.

Pero, ¿sabes?, ahora, con el paso de los años, de pronto he pensado que es todavía peor mirar a las caras de las mujeres y empezar a comprender que el misterio oculto en sus ojos y en su sonrisa, regulado por ellos a conciencia, y por eso de antemano comprensible, que ese misterio no lo defienden a causa de su turbación o de su timidez, sino porque son semejantes a un estado que defiende su soberanía. Cuando las fronteras de las relaciones humanas están trazadas con precisión y se defienden con garantías mutuas, entonces se conserva el misterio y la discreción cortés y la disciplina de las interrelaciones,

todo se conserva, pero no habrá el milagro que había cuando oías música o cuando bañabas a los niños en Sosnovka, en las bañeras pequeñas en el prado, al sol; no habrá lo que había cuando tú leías y yo veía la vida de tu rostro: cómo se movían las cejas, cómo se entristecían tus ojos y cómo tus labios repetían en un susurro las líneas que te gustaban: te encantaba leer varias veces las frases buenas.

No creemos en la pérdida hasta el momento en que perdemos. Tú dijiste: «A diferencia de ti, yo juego a cara descubierta: espero tus cartas». No tenía que haber hecho lo que hice. No tenía derecho a dejar todo y marcharme. Maldita sea mi susceptibilidad… y no solo la mía, también la tuya, al menos en esto podemos igualarnos… Y es que lo que más temía no era tu engaño, un burdo engaño. Siempre he temido que puedan hacerte daño. Hay pocos hombres buenos en la tierra. Queda de manifiesto sobre todo cuando estás en alguna fiestecita de hombres y ves a tus amigos contando detalles amorosos, riéndose, intercambiando guiños, y sus ojos están llenos de desprecio y sus bocas son libidinosas y soeces. Temía que en mi lugar —un filósofo lleno de babas, un genio fallido— apareciera un rico alcanzado calculador, capaz de someterte y que te quisiera solo para la noche, mientras que al conservatorio iría con su mujer. El sexo «débil» siempre tiende hacia el fuerte. La sumisión voluntaria solo es posible en el amor femenino. Y esta es la esclavitud más terrible… y la más fiel…

No he querido a nadie más, solo a ti. ¿Lo he buscado? No lo sé, es posible. La memoria, el tiempo… todo se mezcla en mi pobre cabeza: ¿quién es el malo?, ¿dónde está la víctima? Dios sabrá… ¿Quería yo ser admirado? No creo… Que me creyeran más bien… Imagino que tú creíste en mí con mucho pudor y a escondidas… Y quizá al principio te engañé: tú creíste que yo era muy fuerte, mientras que yo me atormentaba por ser débil y no tener confianza en mí mismo. No lo sé, amada mía, no sé nada. Si pudiera encontrarme contigo de nuevo, ahora, en mi condición actual, después del frente, de las revoluciones, el destierro… Tú me querrías más y mejor y yo vería en ti lo que no pude ver ni comprender antes.

Dicen que hay que saber cuidar el amor. Estos conceptos —«cuidar» y «amor»— son incompatibles, y cualquier intento de combinarlos es inmoral. Se pueden cuidar las joyas de la tía Varvara o la leche puesta al fuego, si en la finca hay un buen nevero. No se puede cuidar el amor: está fuera de nuestro alcance; y, al mismo tiempo, es nuestra esencia, está lejos y cerca. Tendría que ser una convergencia única de almas, donde una de ellas cargara con la pesada cruz del amor. Lo único es que no hay que querer a infelices, sobre todo a mujeres infelices y a hombres débiles. Y estos y aquellas son un argumento agotador para Dostoievski que acabará en tragedia, algo que obedece no a la fantasía del genio, sino a la verdad…

Anna Viktórovna, que observaba a Vorontsov con los párpados medio cerrados, preguntó:

—¿Qué está escribiendo?

—Una carta.

—¿Para qué?

—Yo sé bien para qué.

—He estado observando su cara. Se ha humillado y compadecido mucho, pero no se cree para nada lo que ha escrito. Está actuando ahora, Dmitri, como un actor que no se cree la obra. La mujer a la que se está dirigiendo no lo comprenderá. Los hombres no cambian, solo cambian las mujeres que han pasado por la desgracia… o por la felicidad. Y si la mujer ha cambiado, no se ofenda, pero le parecerá divertido leer los ejercicios de escritura de su antiguo amor… Solo actuando puede hacer las paces con ella…

—¿Cómo?

—No lo sé… Imagino que tendrá muchas ganas de que lo hieran otra vez, de yacer al borde de la muerte, pero de forma que esta vez ella lo vea y venga a usted, pero si ella lo hiciera, usted no podrá evitar hacerle daño.

—Lo que acaba de decir pertenece a la categoría de las bellas letras.

—Es posible —convino Anna Viktórovna indiferente.

—¿Cómo es que está de acuerdo conmigo con tanta facilidad?

—Lo quiero…

—Déjelo estar.

Ella meneó la cabeza.

—No debe molestarse: si le gusta alguna mujer, me pondré a solicitarle su amor… para usted.

—Es una puta, usted no puede amar a nadie.

—Solo las putas somos capaces de amar…

Vorontsov se levantó de la mesa y se fue a la habitación contigua: sobre el horno dormía Oleg, el apocado, mientras que Krútov estaba sentado junto a la ventana y jugaba al solitario.

—¿Cómo está Oleg? —preguntó Vorontsov.

—Le he dado bicarbonato.

—¿Ardor de estómago?

—No, el bicarbonato ayuda al organismo a controlar la intoxicación alcohólica.

—¿Mañana estará rehecho?

—Bonita palabra, «rehecho». ¿Usted también es de los que se pasan con los tragos?

—De esos.

—Pues yo descarté el alcohol en cuanto una mañana sentí la necesidad de recuperarme con un traguito. Mi viejo dice: «Si juegas, no busques el desquite.

Si bebes, no intentes quitarte la resaca». Y los viejos son sabios, por mucho que de jóvenes los veamos como momias escleróticas.

—¿Y su viejo no le dejó ningún sucedáneo de filosofía en relación con el «tiempo»?

—Sí. Me aconsejaba «apresurarme con demora».

—Pues Tolstói, por ejemplo, aseguraba: en el momento de indecisión, actúa rápido e intenta dar un primer paso, aunque sea superfluo.

—¿Y qué podemos hacer sin Oleg?

—¿Dónde hay tres de los vuestros que sean de fiar?

—La Checa hace estragos, tampoco la milicia es la de antes. Reuniré a la gente, aunque ya es el tercer día que Faddeika no aparece, y usted dijo que había prometido acercarse.

—Faddeika también tiene derecho a ponerse a salvo de la Checa —respondió Vorontsov—. Mi pacto con él es firme.

—¿Sabía los detalles de su plan?

—Los que debía saber, sí.

—Pues yo estoy en la mayor de las ignorancias —sonrió Krútov suavemente—, y así me cuesta trabajar…

—¿Y por eso su gente no está aquí todavía?

—Cómo quiere que lo sepa…

—¿Qué es lo que quiere?

—La verdad.

—El conocimiento del principio fundamental debe compensar el desconocimiento de toda la verdad. Su porcentaje es bastante grande: un millón en oro.

—Todo eso me lo sé, Dmitri Yúrievich. Pero, siguiendo esta reflexión juiciosa, me tiene perplejo una nueva pregunta: ¿cuál va a ser su porcentaje? La gente la ponemos nosotros; las manos, Olezhka; el arma es mía… Su idea es buena, no hay duda: pim-pam, y lo mejor del DEA se marcha a Posad. ¡Pero aquí se pueden pillar unos veinte millones como poco! A ver, para los hombres, un millón; otro millón para Ánnushka… Y para usted, ¿diecisiete?

—Algo menos, creo: unos diez.

—¿Y es justo?

—Mire, Krútov, el que no tiene colocados los principios de la futura operación en la sucesión lógica no solo es un cabeza de chorlito, sino que en los negocios se limita a hacer tonterías… ¿Cómo pretende llevar a cabo la operación? Le regalo mi idea. Pero ¿cómo la va a hacer efectiva?

—¿Y usted?

Vorontsov se echó a reír:

—Esto parece un interrogatorio chequista.

—Un atraco, ya está. La valentía mueve montañas.

—Por lo que sé, tampoco es que se haya dedicado mucho a los atracos, más bien se encaprichaba de mujeres mayores.

—Anna Viktórovna no está al tanto de todos mis asuntos ni mucho menos.

—Bueno, es que yo sé cosas aparte de Anna Viktórovna. ¿Cómo se propone realizar el atraco? ¿Cómo va a colarse en el DEA? ¿Quién va a enseñarle los caminos entre el departamento de plata y el de diamantes? ¿Cómo piensa averiguar en qué caja fuerte se guardan los diamantes y en cuál las copias? ¿Quién le va a dar todo eso?

—Usted.

—Exacto. Y ahora, tenga, un lápiz, calcule lo que le toca a cada uno. ¿Un millón es poco para usted? De acuerdo: millón y medio.

—Bien, se sabe usted los pasos, los traspasos y las salas donde están los diamantes, Dmitri Yúrievich. Tiene usted en su poder la llave de la puerta, bien. Aun así, ¡solo no puede llevarse nada! Los guardas, aunque sean poco numerosos, están armados, ¡y usted no los va a reducir! ¡Ni podrá abrir las cajas sin las manos de Olezhka! ¿Cómo va a transportar la mercancía? ¿Le va a pedir por favor a un cochero que lo espere en la puerta? «Es un momentito, desvalijo el DEA y nos vamos». ¿O cómo? Sus quince millones a partes iguales. Esa es mi condición.

—¿Cómo? —soltó Vorontsov despacito susurrando de rabia—. ¡Qué dice!

Krútov clavó la mirada en el rostro de Vorontsov, como disfrutando de la ira de este. Recostándose en el respaldo de la silla, se echó a reír.

—Solucionado. Como dicen en las reuniones: recuso la idea. Me veía venir que, si estaba de acuerdo en darme la mitad, después del trabajo sería hombre muerto; como ya lo he ayudado, pues dejo de hacerle falta, así que: puñalada por la espalda; pero usted ha sido honrado al negociar, nada de ruindades.

—Escuche, Krútov. —Oyeron una voz a su espalda y se dieron la vuelta al mismo tiempo. En el umbral estaba Anna Viktórovna—. Haga un esfuerzo por no olvidar lo que voy a decirle… Un tercero nunca sobra, sobre todo cuando no queda otra que trabajar con usted. El tercero —señaló con la cabeza a Vorontsov— y yo estaremos pendientes de todos y cada uno de sus pasos. Y ya sabe qué le pasará si empieza a colgarse perlas de más en el cuello… Lo sabe, ¿no?

Tenía la cara blanca como el papel, los ojos otra vez como en la casita de Pliuschija: fijos, sin vida.

—Y bien —preguntó—, ¿hemos terminado con esto?

—Sí —dijo Krútov, y Vorontsov vio que sus ojos brillaban de rabia fiera, pero impotente.

De las respuestas de L. B. Krasin a las preguntas de un grupo de dirigentes del movimiento liberal

PREGUNTA: ¿Hasta qué punto es un obstáculo grave para la recuperación de la economía de Rusia la posibilidad de ataques y revueltas inesperadas y organizadas en el extranjero?

RESPUESTA: La incertidumbre de la posición internacional de Rusia es el principal obstáculo para su resurgimiento económico. La intervención en Rusia y su bloqueo, iniciados por las potencias de la Entente en 1918, aún no ha cesado de un modo efectivo… La relación de Francia para con Rusia sigue siendo todavía hoy bastante hostil… De acuerdo a informaciones fidedignas, los círculos militares polacos siguen sin renunciar a sus planes de una intervención armada en Rusia. Los grupos monárquicos de guardias blancas presentes en Alemania están realizando actividades parecidas para preparar ataques a través de los antiguos gobiernos del Báltico (Estonia, Lituania, Letonia)…

… Y OTROS

En el pueblucho pesquero de Käsmu, no muy lejos de Rakvere, la orilla estaba desierta: solo unos pocos pescadores pescaban lucios con cebo. El color del agua en el golfo era parecido al de una lámina de hierro: gris con inesperados visos violetas. Dos pescadores, con las cañas de sus botas de pescar bien estiradas, se habían internado bastante lejos, más allá de los últimos cantos rodados. Desde aquí Käsmu parecía de juguete: siete casitas techadas al estilo sueco, con gruesos tejados de junco seco; un embarcadero que sobresalía en el mar como un florete ligero; una pequeña iglesia de madera, y el silencio, atravesado de cuando en cuando por los gritos de las gaviotas.

—Atento ahora, viejo amigo —decía Isáiev en voz baja al agente Román, mientras recogía el sedal—. Voy a pasarle unas fotos: son los retratos de los enviados de forma oficial a Revel. Uno de ellos se reunió con Vorontsov en el Corona de Oro.

—De acuerdo, lo aclararemos.

—Ha enviado informes sobre Croissier, el nuevo agente de los franceses. ¿Puede vigilarlo? ¿Y a todos sus contactos?

—Difícil.

—¿Pero factible?

—Muy difícil —repitió Román.

—En cuanto al alemán, Nolmar…

—Es la persona más interesante de Revel. Tiene más fuerza que los ingleses. Y que los franceses.

—He estado considerando… cómo ayudar en este asunto.

—¿Cómo?

—Voy a escribir un mensaje cifrado extremadamente sonoro con información falsa y le pediré a Shórojov que sea descuidado con él; en una palabra, vamos a jugar al despiste. Y soltaremos ese mensaje por orden: relacionado con Francia el día que pueda vigilar a Croissier y, al día siguiente, cuando arregle el seguimiento de Nolmar, sembraremos algo inauditamente alemán… Así que si alguien de nuestra embajada recibe mi «falsedad» (y la

voy a fabricar con precisión, teniendo en cuenta los intereses alemanes y los franceses), el agente infiltrado de nuestra embajada se pondrá en contacto con su amo y lo pillaremos.

—Con Nolmar es más fácil: anteayer se quedó un piso libre en su escalera, ya nos lo hemos agenciado.

—Qué previsor.

—La valentía debe estar asegurada con cierta prevención —le respondió Román con el mismo tono.

—Muy cierto.

—Se pone demasiado al descubierto cuando se mueve por la ciudad. Anteayer estuvo tres horas dando vueltas por el museo y se olvidó incluso de comprobar que no le siguieran.

—Tiene toda la razón —convino Isáiev al momento—. Qué le voy a hacer…, la pintura… Pedí entrar en la Escuela de Artes, pero Boki no me dejó.

Román miró alrededor: los pescadores seguían donde antes, lejos.

—En fin… Hora de separarse. Tenga, mi par de lucios, yo me quedaré una horita más, no se debe regresar sin un trofeo.

—Por si acaso le dejaré los lucios debajo del pino donde nos hemos encontrado, no vaya a ser que de pronto dejen de picar.

—Gracias, y esconda la caña entre el musgo.

—Llamaré en cuanto tenga preparada una buena «historia».

—¿Empezamos con Nolmar?

—Bien.

Isáiev echó a andar despacito por la orilla, pero Román lo llamó de vuelta:

—¡Max! Espere un momento, por favor.

—Dígame…

—Ya que ha propuesto una jugada bastante atrevida, absténgase de llamarme.

—¿Y otra forma de comunicarnos?

—Pues… Recuerde la dirección: Hotel Kajakas, es 'gaviota' en estonio. Pirita tee, número doce. Allí vive Lida Bossey, es actriz… En el hotel están acostumbrados a las peregrinaciones a su habitación. Por las mañanas suele estar allí.

—¿Cómo me reconocerá?

—Lo ha visto —se sonrió Román—. También le gustan los museos…

—Comprendido. Buen golpe. ¿Cómo la reconozco yo? —Dígale: «Lida, Román me ha hablado muchísimo de usted, y veo que no me he equivocado en mis perspectivas … ».

—Vaya frasecita, digámoslo claro. «Román me ha hablado mucho de usted…».

—No —corrigió Román—, «Lida, Román me ha hablado muchísimo de

usted…».

—Está bien. «Lida, Román me ha hablado muchísimo de usted, y veo que no me he equivocado en mis perspectivas».

—Ella responderá: «¡Hola, querido Repin!».

A las siete de la mañana Shórojov salió de su piso por la puerta de servicio, que no había usado desde que se instalara en esa casa. Sabía que había dos personas apostadas para vigilarlo: un secreta se quedaba junto a la puerta de servicio del patio, el otro leía el periódico en el cuarto del conserje y jugaba con él a las damas. Sin embargo, al cabo de tres meses, convencidos de que Shórojov no había usado ni una vez la entrada de servicio y que ni siquiera había liberado de cachivaches el trastero del que salía el acceso de servicio, quitaron al secreta del patio. Y precisamente por esta puerta secundaria salió Shórojov a primera hora de la mañana. Desde su ventana había estudiado bien el sistema de los patios interiores de paso, por eso salió con facilidad al punto en el que esperaba Isáiev.

—Buenos días.

—Buenas —respondió Shórojov en un susurro y lo arrastró a un portal que daba al patio—. Deje de sonreír, al final se va a hacer usted notar.

—No lo haré más.

—Le entregó rápidamente una cajita de cerillas—. Haga hoy tres copias con el membrete: «Alto secreto. Muy urgente. Para Dzerzhinski, personalmente». Una de las copias déjela en la secretaría, en un lugar visible, otra en su despacho, la tercera… Tiene usted la posibilidad de pasar libremente por la embajada soviética, ¿no?, dados sus negocios con Moscú.

—Encontraré un sitio para olvidar la tercera. ¿Para cuándo espero sus noticias?

—Todo el tiempo.

—Oiga, hágame el favor de ser serio…

—Se lo estoy diciendo totalmente en serio: todo el tiempo. Mías o de mis amigos…

La ciudad estaba envuelta en niebla. Las torres de Víshgorod parecían disueltas en leche gris. Olía con fuerza a mar: con niebla los olores se distinguen especialmente, aunque también los difumina un poco la humedad.

… Una absurda casualidad llevó al cartero al piso de Shórojov justo en el momento en que el dueño estaba ausente. Bajó donde el conserje y dejó un paquete para «el señor comerciante rojo», y el secreta salió pitando a la calle: todavía era pronto, podría ver a Shórojov de lejos. Y lo vio cerca del siguiente cruce: salía de uno de los patios justo después de un hombre alto, con aire

presumido y de estilo europeo. Al principio el secreta no relacionó a Shórojov con ese europeo, pero después se maldijo por ello, pues Shórojov se dirigió a su casa y subió a su piso por la escalera de servicio, sin haber hablado con nadie más.

Sin embargo, el secreta se había fijado en el europeo y no se olvidó de informar sobre él al señor Nolmar —el secreta también era alemán, todavía quedaban muchos en la policía del lugar—, aunque sí a sus jefes estonios, pues temía una reprimenda por su falta de atención.

—Román me ha hablado muchísimo de usted, y veo que no me he equivocado en mis perspectivas.

—Pase. Se ha olvidado de que me llamo Lida, querido Repin.

—Puede llamarme simplemente Rubliov —sonrió Isáiev.

Se fijó en que la cara de Lida Bossey pertenecía a ese tipo único de caras femeninas que no cambiaban en absoluto después de dormir: los ojos estaban brillantes, mínimamente hinchados, pero esto le confería cierto encanto infantil y todo hombre —las conclusiones de Isáiev eran precisas— busca sin falta un niño en una mujer.

—¿Le apetece un café? —preguntó Lida—. Me disponía a desayunar, no puedo hablar de nada serio con el estómago vacío. Me empezará a sonar la tripa y usted hará como que no oye nada, en lugar de echarse a reír, y eso me cabreará y una mujer cabreada es repugnante. ¿O no tengo razón? Ahí tiene, lea los periódicos: rusos, estonios y uno alemán, soso como el césped bien cortado, y dentro de diez minutos le daré de comer y de beber.

Él cogió de la mesa el Últimas Noticias. En primera plana y en negrita rezaba: «Segunda gran producción de Unions: La millonaria relámpago. ¡Un programa grandioso! ¡Drama en siete actos! ¡Interpretaciones nunca vistas de los actores! ¡Houdini en aeroplano! ¡Houdini lucha contra un buzo y le corta la manga! ¡Houdini amansa a los monos, a los antropófagos de la jungla!».

Un poco más abajo: «Hoy en el café El León de Oro concierto y bailes entre las mesas: foxtrot y shimmy». Y al lado: «¡Mañana en Villa Mon Repos velada a beneficio de los artistas! Participan Zamiátina, Bossey, Thala, Timan, el coro gitano Koromaldi. La entrada es más cara. El cabaré empieza a las 10 de la noche». En la tercera página Alexandr Chernígovski desmontaba la nueva puesta en escena en el Teatro Ruso: «¿Es El inspector lo que estamos viendo? ¿Dónde está el amargo sentido gogoliano? ¿Dónde la contundente fusta de la sátira? A sustituirlos ha venido una penosa compasión por lo que ya no está, por todo lo que definía el día a día y el modo de vivir en Rusia. Algo que debía provocar la ira del espectador en la puesta en escena del señor Kasser engendra, por el contrario, ¡un tierno sufrimiento por todo lo perdido con la victoria de los bolcheviques! Y esto en una época en la que debemos educar a

nuestros jóvenes para que estén dispuestos a entregar los mejores impulsos de su juventud y, si fuera necesario, la vida ¡en la lucha por liberar a la Patria! Si el señor Kasser se hubiera propuesto hacer de El revisor una sátira contra el bolchevismo, contra la monstruosidad que es el país soviético sumido en el servilismo, entonces se habría merecido nuestra gratitud ciudadana, pues no hay nada que queme los corazones humanos sino la palabra».

—¿Qué le tiene entusiasmado? —preguntó Bossey saliendo del baño. Llevaba un vestido gris, un peinado ligero y sencillo, olía a jabón del bueno.

—Chernígovski.

—Mi querido Sáshechka… Pasa hambre… De vez en cuando le damos de comer. Es bueno, pero está resentido, parece un erizo.

—Pobre erizo.

—Voy a comprar unas galletas para acompañar el café de la mañana, las hornean aquí enfrente según una receta mía. ¿Puede esperar cinco minutos?

—Claro —respondió Isáiev y señaló con la mirada el teléfono.

Bossey negó con la cabeza e hizo una ligera indicación hacia la ventana. Isáiev comprendió que no iba a llamar desde allí, probablemente por eso se le había ocurrido lo de las galletas. Volvió a mirarla atentamente y ella esbozó una sonrisa ligera y se fue al perchero. Él se adelantó, la ayudó a ponerse la capa y le tendió un bolso pequeño de paja trenzada.

—No, gracias, allí me preparan un paquetito para poder llevarlas con más comodidad y elegancia. Lea los periódicos, descanse, ahora vengo.

Se sentó a la mesa, hojeó de nuevo los periódicos y los apartó molesto; se levantó, se alejó hasta la ventana y echó un vistazo a la calle. Cruzando la calle empedrada, vacilando un poco con los tacones, Bossey corría con un envoltorio enorme aunque, por lo visto, nada pesado en las manos.

—Aquí estoy —dijo ella dejando el envoltorio en la mesa—. He traído muchas cosas increíblemente ricas.

Encendió el gramófono —un modelo americano nuevo— y puso a Mozart.

—Es un compositor matinal —dijo Lida—, lo oyes y la vida en este mundo se vuelve adorable. He llamado donde Román. Dice que todo va a ir bien y que «los camaradas ya han empezado la vigilancia de todos los objetivos».

—Gracias.

—Por favor, al menos llámeme Lida. O mademoiselle Bossey, si no, parece que está usted hablando conmigo como con una mesa.

—Muy de la tradición del teatro ruso: con una mesa, un armario…

Lida se echó a reír.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isáiev contagiado por su alegría.

—Es la primera vez que veo a un intelectual… ahí…

—¿Dónde? —Isáiev no había comprendido.

—En la Checa —susurró ella despacito.

—Ah, bueno, gracias —dijo él—, me conmueve…

—Disfrute de los regalos de Revel. Esos pastelitos blancos con merengue están especialmente ricos. Aunque la tarta napoleón hoy no les ha quedado bien, demasiado seca…

—No tomo dulces, Lida.

—Y yo aquí esforzándome como una boba. Todos ustedes son increíblemente vergonzosos, solo comen acompañados, pues yo estoy a dieta, rigurosísima…

—Está bien, me tomaré la napoleón y usted un merengue.

—Huy, mira qué astuto, mire que soy una mujer con voluntad. No voy a tomar nada.

—Uno se siente a gusto con usted, es una cualidad escasa en nuestras mujeres.

—Es que no soy una de sus mujeres: mi padre es francés y mi madre, estonia.

—¿Hace mucho que trabaja con nosotros?

—Dos años…

—¿Por qué ha dicho que soy el primer intelectual de «ahí»? —Porque los demás son buenos, pero son todos como de acero, nada de carne. Y enseguida comprueban que en la ventilación de la habitación contigua no haya un fonógrafo, como si a mí no me dieran un miedo mortal… Además usted ha nombrado a Rubliov… «Un maldito burgués, pintaba iconos», es lo que me dijo uno de los suyos.

—Se les pasará.

—Rezo a Dios por ello… Soy creyente, haga el favor de recordarlo y no blasfemar en mi presencia.

—¿Ortodoxa?

—Nada. Simplemente creo en Dios. En realidad tengo muchos dioses: Jesucristo, Bach, Tolstói… A veces el interlocutor se convierte en Dios, pero no suele durar mucho. Mi marido fue Dios… No estoy loca, lo que pasa es que siempre digo lo que pienso, de lo contrario es como que me da vergüenza mirar a los ojos de la gente. ¿Más café?

—Con mucho gusto.

—¡Dios mío, no lo rechaza! ¡Hurra! ¡El poder ha cambiado! ¿Al despedirse dirá «Camarada, cuídate»?

—Sí.

—Qué pena. Porque entonces ya sí que hubiera perdido la cabeza. Soy muy enamoradiza, Maxim Maxímovich, ¿tengo que llamarlo así? Maxim Maxímovich, ¿por qué está con… con ellos?

—¿Y usted?

—Vaya, está mal responder a una pregunta con otra, ¿lo sabe?

—Es cierto, sí. Cómo responder… No acabo de entenderla del todo: ¿cuándo es coquetería y cuándo interés real?

—Bueno, no sé cuándo y cómo… ¿Acaso puedo partirme en dos? Los suyos se controlan tanto, se controlan tantísimo…, por eso es que los vigilan. Hay que ser todo el tiempo uno mismo, al buen tuntún. Tengo caramelos, ¿quiere?

—No, gracias.

—¡Váyase al infierno! No hay forma de complacerlo…

—Vaya cómo es usted —señaló Isáiev—, ¡«queremos la emancipación»!

—¡Qué dice! —Lida estaba espantada—. En mis sueños mis niños llevan volantitos y pantaloncitos. ¿Por qué no dice nada? Ya veo que tenía intención de responderme. Si se le han unido las cejas, vamos, que es un celoso terrible.

—Ya veo lo pícara que es usted.

—¿Yo? Soy terriblemente pícara. ¿Y? La argucia es una segunda cabeza… ¿Usted también ha estado en la cárcel? Lo torturaron, ¿verdad?

—No, todo se me ha dado bien. Incluso tuve tiempo de terminar el liceo, empecé a ir a un curso de matemáticas…

—Vaya, ¡qué bien! ¡Bravo por usted! Yo, en cambio, a veces le doy vueltas: ¿para qué, qué hago con ellos? Todos los míos se oponen a ellos y yo… con ellos, ¡y todavía me fusilarán por espía! Ya sabe lo que es que te fusilen: un chasquido y ya no estás. Te tiran a una isla y cuentan que intentaste escapar y que heriste a un guarda. Huy, ¡ya sé lo que quiere usted! Tengo cigarrillos americanos. Con miel. ¿Lo he adivinado?

—Sí, eso es.

—Sé leer la mente, por los ojos. Me ofrecieron un contrato para Sudamérica: «Sesiones prodigiosas con mademoiselle Bossey».

—¿Lo rechazó?

—El empresario se puso enseguida a hurgar en mi corsé. Y, además, solo puedo adivinar cuando estoy inspirada. Como profesional, en el escenario me limito a hacer monerías. Y… dinero al canto. ¿Y bien? ¿Qué hace tan callado?

—Estoy esperando.

—¿El qué?

—Los cigarrillos.

—Le he mentido. No tengo. Pero me ha dado por adivinar qué es lo que podía querer usted.

—Gracias por el café, Lida, he pasado un buen rato, pero es hora de que me vaya.

Bossey meneó la cabeza:

—Román me pidió que me quedara con usted. Sabe, si va conmigo, me mirarán a mí, soy guapa y tengo ojos de lujuria. Y después me pidió que lo enfermara. Dijo que iríamos a visitarlo cuando los médicos hicieran un primer

diagnóstico… No me cree: habla en código, piensa que soy idiota, como todas las mujeres. Pues sepa que Antón Ivánovich me dijo que no hay mujer más sabia que yo.

—¿Denikin?

—Sí, es un hombre increíblemente amable. No comprendo por qué ustedes lo odian. Tendrían que haberle enviado un buen agitador, y se habría cambiado de bando. He intentado explicarle todo, pero no soy especialista en esa materia…

—Me gustaría saber qué le respondió Antón Ivánovich.

—Huy, me acuerdo bien, su respuesta fue muy divertida. Dijo que si a un lacayo inglés le das las gracias por su trabajo, este te recordará y te estará agradecido toda la vida, pero que pruebes a dárselas a uno de los nuestros… (aquí Antón Ivánovich se quedó un buen rato callado, no hacía más que restregarse los ojos con los dedos), será inevitable que decida que estás chalado y no dejará pasar la oportunidad de darte gato por liebre. E intenta reprenderlo, que empezará a sacar palos del zarzo para pegarte…

—Un buen hombre Antón Ivánovich, sí —se sonrió Isáiev.

—Hale, ¡ya estamos! Es lo que más temía… ¿Por qué son tan crueles? ¿Por qué no buscan caminos para la paz, en vez de que todos sus esfuerzos sean para cambiar el mandamiento «no matarás» por un nuevo «golpe por golpe»?

—¿Recuerda el Eclesiastés? «Pues de prisión salió quien llegó a reinar, aunque pobre en sus dominios naciera».[37] Bueno, ¿hemos salido? Sí. ¿La indulgencia es un testimonio de bondad? Y la indulgencia con una nación, ¿qué es?

—¿Es usted filósofo? Entonces ¿por qué se enfada? Si hasta me ha citado el Eclesiastés y yo en la vida lo he leído.

—Mal hecho.

—¿Y por qué defiende el Eclesiastés?

—Defiendo mi punto de vista; es usted un encanto, por cierto. Aun así, vamos a desobedecer a Román y me iré solo, a hurtadillas.

—Román se va a poner nervioso. Si quiere, le echo la buenaventura con Lérmontov.

—Vale.

—Diga una página.

—Ciento seis.

—Ajá. Uno más seis, siete; ¡cree usted en el siete!

—Lo ha adivinado.

—Ya lo ve. ¿Qué línea?

—La primera.

—¿Por abajo o por arriba?

—Por arriba.

—«Cuando abandonado por la esperanza…». Poca cosa. A ver después… «ya no me atrevo a llorar ni a amar», ajá, ¡aquí está! «Cuando abandonado por la esperanza, / ya no me atrevo a llorar ni a amar, / los vicios de mi juventud culpable / expiados los creía por mi sufrir».

Isáiev se quedó de una pieza al ver cómo se transformaba el rostro de Bossey.

> Cuando hora tras hora el pasado
> surgía ante mis ojos
> y todo lo sagrado y bello
> me sonaba ajeno, entonces
> con una oración disparatada
> a Dios importunaba y, de pronto,
> una voz prodigiosa proclamaba:
> «¿Qué pides? ¿Estás cansado
> de vivir? No soy yo el culpable.
> Domina las pasiones de tus arrebatos,
> sé, como los otros, calmo,
> sé, como los otros, paciente.
> Tu dicha no era cierta,
> ¿tanto lamentas tus sueños?
> ¿Dónde dejaste tu cayado, bobo?
> Ahí lo tienes, echa a andar […]».[38]

Lida dejó el librito sobre las rodillas, se quedó un buen rato en silencio, encendió una cerilla a Isáiev cuando este hubo acabado de prensar un cigarrillo y dijo con mucha seriedad y sencillez:

—Fíjese, ni un solo signo de exclamación.

Isáiev se puso de pie:

—Es usted encantadora, Lida… Hasta la vista… Tengo que irme…

Lida negó con la cabeza.

—De eso nada —dijo—, usted no se va solo a ningún sitio…

---

[37] Ec. 4, 14. (Biblia de Jerusalén, edición española dirigida por José Ángel Ubieta, Editorial Española Desclée de Brouwer, S. A., Bilbao, 1967. [N. de la T.])

[38] Traducción de Joaquín Fernández-Valdés y Marta Sánchez-Nieves. (N. de la T.)

LA OPERACIÓN

Al principio Olenétskaia no le prestó mucha atención al telegrama: se lo habían traído de la secretaría y le pidieron que lo cifrara sin guardar turno y como alto secreto. Ella pensaba en Víktor, esperaba alguna noticia de él, pero Nolmar había fijado su encuentro para el siguiente jueves porque, según dijo, «es menester mantener la mayor de las precauciones si queremos ayudar a Vorontsov».

Pero tras leer atentamente el telegrama firmado con el código numérico «974», como el primero sobre Víktor, Olenétskaia comprendió que ese telegrama le daba un motivo para ir a ver a Nolmar. El telegrama decía:

> Según los datos recibidos por nuestras fuentes, se ha de presuponer la llegada a Revel de tres altos representantes de Londres para verse con nuestros agentes comerciales europeos. Se informa de que probablemente el punto de encuentro sea la casa en Nõmme del barón Grauer.

974

«¿Y por qué esperar a la tarde? —pensó María Nikoláievna—. Con un telegrama hay que arriesgarse. Y quizá haya noticias de Víktor. Me acercaré en el tiempo de la comida».

—¿Estás seguro? —Román repitió la pregunta a su interlocutor—. ¿No te habrás equivocado?

—No, no me he equivocado. Este es el que estaba con Vorontsov. —El hombre señaló la fotografía de Pozhamchi.

—Uf, vaya giro… Es el tío Kolia…

—¿Cómo?

—Nada… Me he encontrado varias veces con este hombre. Es más, lo conozco. Está bien, gracias, Jan.

El teléfono sonó en el piso de Nolmar:

—Otto Vasílievich, nuestro amigo común anda por la ciudad.

—¿Dónde está usted?

—Junto al Dom, la catedral.

—¿Y él?

—Ha bajado.

—¿Dónde es «ha bajado»?

—Al centro.

—Quédese ahí, paso a buscarlo ahora mismo.

Nolmar llamó a su gente en la policía y corrió a por su coche.

Olenétskaia se acercaba a su casa con el texto «falso» de Isáiev dos minutos después de que él se hubiera marchado.

—Román —el agente oyó en el teléfono la voz del responsable de la vigilancia de Nolmar—, Karl ha salido corriendo no sé a dónde, imagino que a buscar un médico, tenía mucha prisa.

—Pobre Karl —respondió Román pensativo—, está bien, intentaré ayudarlo yo.

—¿Y yo? ¿Me acerco a ver a la tía Linda?

—No, quédate en casa, por si de pronto necesitas… Quizá alguien vaya a ver a nuestro Karl.

El siguiente aviso fue aún más inesperado. Hans, que había organizado la vigilancia del piso de Nolmar, llegó corriendo a ver a Román («Cuántas veces le habré pedido que no venga resoplando por la calle: no hay nada que se recuerde más que a alguien que va corriendo», pensó Román). Informó de que acababa de seguir hasta la embajada rusa a una mujer que había estado bastante tiempo llamando al piso vacío del alemán.

—No era joven, de unos cuarenta… Nada vistosa…

—¿Los ojos?

—Grises. O azules. Claros, en resumen.

—¿Algún lunar en la cara, algún signo especial?

—Ningún lunar. Los labios eran así, normalitos…

—¿Pendientes? ¿Gafas? ¿Bolso?

—¡Ah, sí! Tenía bolso. Marrón, finito.

—¿De qué estaba hecho?

—De eso… de… cómo se llama… vive en África…

—¿De cocodrilo?

—¡Eso es!

—¿Cómo iba vestida?

—Cazadora marrón y zapatos marrones. Hebillas doradas.

En el guardarropa enseguida reconocieron la cazadora marrón de tela con ampollitas: pertenecía a la especialista en cifrado Olenétskaia. Llevaba zapatos

marrones con hebillas «de oro», y en la mesa de su cuarto había un bolso plano de piel de cocodrilo, abierto.

Después de despedirse de Bossey cerca de Väike-Karja — Isáiev le había dicho que llegaría por los patios interiores al piso franco—, este se coló en un portal, salió a otra calle, una vacía, y se marchó sin prisa en dirección al centro.

El paseo con Lida no se había representado sin más ni más: la mujer era un faro para la gente de Román que controlaba la presencia de posibles seguidores ajenos. Ellos fueron quienes le dieron la señal convenida de que no había peligro, que nadie «andaba tras» Isáiev y solo por eso ella dejó que se fuera…

En sus encuentros en Revel con cadetes y eseristas, Isáiev guio sus conversaciones para darles a que lo examinaran de la forma más concienzuda posible. Su leyenda era cierta, no había por dónde pillarlo: en efecto, en el año 1919 había servido siete meses en el grupo de prensa de Kolchak y su coartada, de necesitarla, era completamente fiable. Había tenido en cuenta, y con razón, que en el futuro los emigrantes irían a buscar ayuda, después de esa primera vez en que él se marchó con tanta facilidad de su «seguimiento». ¿La ayuda de quién? Esto era algo que interesaba a Román y a Maxim, tanto en relación con la posible traición en la embajada, como para el futuro. El experimento era arriesgado. Al principio Román quiso rechazarlo, pues veía imposible autorizar que Isáiev se convirtiera en «ave de reclamo», pero este expuso sus argumentos. La coartada con Kolchak y Vaniushin, en caso extremo; su capacidad para evitar los seguimientos; la confianza en que su gente, si llegara a darse un momento crítico, acudiría en su ayuda.

La operación, que con tanta discreción y tranquilidad, paso a paso, habían trazado Isáiev y Román, se desarrollaba en tres direcciones. En primer lugar, la información falsa que afectaba a intereses alemanes (y después a franceses e ingleses) se «perdió» de tal forma en la embajada que llegó a conocimiento de un círculo de gente bastante amplio. Si en verdad era aquí donde tenían al enemigo, ya estaba claro que buscaría el contacto urgente con su patrón. En segundo lugar, puesto que Stepansky aseguraba que los monárquicos habían preparado a un diplomático para que se le reclutara, Isáiev inició con ellos un juego bastante fino: se «cubrió de sombras», dejó que pensaran de él toda clase de historias y que comentaran de diferentes formas su comportamiento en la ciudad, en Revel. Contaba con que la emigración entraría en contacto con alguno de los servicios de información que trabajaban en Estonia: los que tuvieran más recursos tendrían más fácil determinar quién era en realidad Maxim Maxímovich Isáiev, un representante del movimiento clandestino de los cadetes que seguía actuando en Rusia o un agente de la Checa. El «señuelo» estaba bien calculado: los emigrantes en Revel vivían sin lazos con Moscú, por eso toda persona «de allí» era para los cadetes y los eseristas un auténtico tesoro. Si se contaba con una persona sólida, se podía pedir dinero a ingleses y a franceses, estos habían dejado de darlo cuando empezaron las conversaciones. Y, para terminar, en tercer lugar Isáiev contemplaba la posibilidad del contacto «intermedio» del diplomático reclutado con el servicio de información extranjero a través de los compatriotas que —cuantos más, mejor— empezaban a visitar la embajada soviética: estaban los que se informaban sobre el destino de los suyos y los que entablaban precavidas conversaciones sobre cómo podrían regresar allá, a su patria.

En estas tres rutas para buscar al agente ajeno, Isáiev medio se descubría con toda intención. Era arriesgado, pero era un riesgo imprescindible y justificado, porque Revel se había convertido en el nudo crucial en el que nuestra diplomacia afinaba los contactos

con Londres y con Estocolmo, y la presencia de un intruso en la embajada ponía en peligro la realización de esas acciones tan necesarias para la república y cuyo objetivo era agrietar el bloqueo económico.

Isáiev recordó las palabras de Kédrov: «Cuando un agente empieza a abrir fuego y a correr por los tejados, está acabado; no es ninguna hazaña, no es más que torpeza. Incluso si lo amenaza el fracaso, está obligado a sacar tajada de ese fracaso».

—Maxim Maxímovich —alguien llamó a Isáiev pronunciando con mucha claridad cada una de las letras de su nombre y patronímico—, buenos días.

Isáiev se giró sin mucha prisa: al volante de un coche deportivo vio a Nolmar.

—Saludos. ¿Con quién tengo el honor?

—Me llamo Otto Vasílievich, soy el agregado comercial de Alemania.

—Encantado, pero el comercio no es mi fuerte —respondió Isáiev fijándose en que en el otro lado de la calle, a unos veinte pasos, tres hombres de cara cuadrada examinaban aplicados el escaparate de unos ultramarinos.

—Quién sabe, quién sabe… —sonrió Nolmar—. ¿No aceptaría conversar conmigo un momento?

—Mañana a las cinco estaré comiendo en el Rossia.

—¡Cielos! —Nolmar se mostró sorprendido—. ¿Acaso en estos tiempos se puede vivir pensando en el día de mañana? No, le pediría que encontrara tiempo para mí ahora.

—Lo siento, ahora estoy ocupado, señor Nolmar.

—Su negativa no hará más que complicar su vida hoy, bueno, y en general el futuro cercano y previsible —dijo Nolmar señalando ligeramente a los tres que con la misma atención de antes estudiaban el escaparate, y Maxim Maxímovich pudo sentir la espera tensa encerrada en la nuca de esa trinidad.

«Hay que aceptar la pelea —comprendió Isáiev—. Es absurdo atraer a la policía. Y este precipitado interés por mí significa que Román y yo vamos por buen camino».

Isáiev se sentó al lado de Nolmar y preguntó:

—¿Gasta mucha gasolina?

—¿Cómo? —Nolmar no había comprendido.

—Le pregunto que si el motor gasta mucha gasolina.

—Los automóviles deportivos son glotones, su combustión es enorme… Ocho cilindros, al fin y al cabo.

—¿Y el timón? ¿Es seguro? —preguntó Isáiev y, con un movimiento brusco, colocó la mano en el volante y lo giró varias veces de un lado a otro.

—¡Con más cuidado! —gritó Nolmar; su cara se había vuelto pálida al momento—. ¡Podía haberme subido a la acera!

Frenó cerca de su portal.

—Vivo aquí.

—¿Es buena la casa?

—Caliente, es su principal virtud.

Entraron al portal y empezaron a subir por la escalera de madera. De repente, Isáiev gritó:

—¡Eco-o!

—Pero ¿qué hace? —la cara de Nolmar volvió a estremecerse—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, estoy probando la acústica. En mi casa hay una acústica sorprendente: el conserje estornuda y yo me despierto.

Nolmar no podía saber, claro está, que Isáiev había gritado su «eco» para el que estaba ahí cerca, en uno de los pisos recientemente desalojado y que tenía comunicación con Román. Quería asegurarse y llamar la atención (¿y si, por un casual, estaba en las nubes?) sobre Nolmar y sobre sí mismo, y lo consiguió: Artur Kreutz observaba atento al joven de aire presumido y andares elásticos que subía junto con el enorme Nolmar.

—¿Hola? ¿Está Román?

—Vendrá enseguida. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—Que llame a la tía Roza, no se encuentra nada bien, acaban de llegar los médicos para un concilio.

Pero Román andaba por la ciudad y el enlace que había dejado no estaba autorizado a salir del piso. Por esta concatenación de casualidades Isáiev se encontró a solas con Nolmar y con los cuatro agentes de policía, descendientes de alemanes, que estaban en el pequeño dormitorio contiguo al despacho en el que ahora conversaban los dos a solas. Los policías conectaron los fonógrafos después de que se encendiera la lámpara junto a la cama: Nolmar había pulsado un botón que tenía debajo de la mesa. Después se encendieron dos lamparitas a los lados de una coqueta (a Nolmar le encantaban los muebles elegantes). Estas dos lamparitas indicaban que era el momento de empezar a fotografiarlo en secreto conversando con su visitante y, luego, al visitante por separado: de frente y de perfil.

—¿No quiere tomar nada? —preguntó Nolmar.

—Huy, querer claro que quiero —respondió Maxim Maxímovich—, pero no puedo.

—¿Y eso? ¿Úlcera?

—Estoy perfecto de salud. Me da miedo que me emborrache. Que ya sé cómo son ustedes, los diplomáticos…

Nolmar arrimó su sillón al de Isáiev y dijo:

—Gracias por ayudarme a empezar la conversación sin preludios de

cualquier tipo necesarios en nuestro caso…

—No me diga que tiene formación musical.

—Formación, a secas. Y presupone un determinado conocimiento de la cultura, que no existiría sin la música.

—Vaya, apruebo su fórmula. —Maxim Maxímovich volvió a esbozar una sonrisa maliciosa—. Pero no nos demoremos más, que todavía tengo cosas que hacer, lo escucho.

—Ni siquiera sé desde qué lado abordarlo.

—Bueno, por lo visto el que ha elegido no está mal.

—Para mí lo está. No es usted alguien típico, uno puede perder con usted.

—O ganar de forma inesperada.

—¿Es usted de Moscú?

—Sí.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Pero… ¡anímese! Que salga lo que tenga que salir, y si no, pues qué se le va a hacer.

—El «qué se le va a hacer» no me convence. Usted dijo que Urúsov le escribió la carta en un pasillo, ¿no?

—Eso es.

—Los peritos han demostrado que la notita se escribió en una mesa de paño. En una mesa de paño verde…

«Exacto —se dijo Isáiev—. Precisamente era verde la mesa del piso franco donde escribió Urúsov. ¡Vaya con el alemán!»

—¿Y?

—Nada… Una mentira pequeña engendra una gran desconfianza.

—No entra en mis planes llevarle la contraria, señor Nolmar. Me limitaré a señalar que es posible escribir en un pasillo en un papel que hubiera estado antes encima de una mesa cubierta con un paño verde. ¿Algo más?

—Continuar con esta conversación también tiene interés para usted.

—¿Por mandato de quién la mantiene usted?

—Por iniciativa propia… Ahora la segunda pregunta: ¿está usted al corriente de que a Urúsov lo protege meticulosamente la Checa?

—Sí.

—¿Qué puede decirme de Leonid Yúrievich?

—¿A qué Leonid Yúrievich se refiere?

—Cerca de Urúsov solo hay un Leonid Yúrievich…

—Ah, ¿ese anciano? ¿Su antiguo mayordomo? No puedo decirle nada sobre él.

—Sin embargo yo puedo contarle que ya en el año trece se reparó en ese mayordomo por sus contactos con los bolcheviques. Así que si usted lo conoce, me sorprende que haya podido salir de Rusia sin ayuda de la Checa.

—Y si he salido con ayuda de la Checa, ¿cuáles serán las preguntas?

—Discúlpeme, tengo que dejarlo un momento… Nolmar se fue a la habitación contigua e indicó con la mirada y las manos: «Preparad las armas». Uno de los secretas le tendió a Nolmar varias fotografías reveladas todavía húmedas.

Nolmar regresó y las tiró sobre la mesa.

—Si ha venido con ayuda de la Checa y no ha buscado encontrarse conmigo, me parece que en la Checa estas fotos pueden ser un escándalo…

—Al revés, creo yo. Les parecerían muy interesantes.

—Solo si es usted su agente encubierto. Pero ¿y si es personal de la Checa?

—Quién sabe… Me cuesta razonar aquí…

—A mí también. Aunque sí que puedo presuponer ciertas cosas.

—Yo también —respondió Isáiev y se puso de pie—. Ya lo siento, pero se me ha acabado el tiempo.

—A mí también. Por eso le voy a hacer una propuesta: tenga, un boli, escriba un compromiso, yo le dictaré el modelo.

—¿Y…?

—Después me contará sus enlaces, direcciones clandestinas, encargos y recursos. Y entonces ya sí podremos despedirnos.

—¿Hay fonógrafos grabando nuestra conversación?

—¿Usted qué cree?

—Ay, no puedo aceptar su propuesta.

—Está en situación ilegal, puede tener algún disgusto con la policía y luego está su documentación… Ha dicho que no tenía…

—¿Por qué cree que no tengo documentación?

—¡Es la sensación que me da! Si la tuviera, estaría más cómodo, viviría en un hotel.

—Ha sido muy interesante conocerlo, señor Nolmar.

En ese momento irrumpieron en el despacho los cuatro policías. Dos se lanzaron sobre Isáiev y hurgaron en sus bolsillos —buscaban armas—, mientras los otros dos lo sujetaban de los brazos.

—No voy armado —dijo Isáiev sin ofrecer la más mínima resistencia—. Pero sí que elevo una protesta.

—De acuerdo —dijo Nolmar, mientras examinaba la cartera que los agentes le habían entregado enseguida. Dentro había un pasaporte de la RSFSR y el permiso del consulado estonio en Moscú para la entrada de M. M. Isáiev en Revel por un plazo de seis meses.

Nolmar se guardó el pasaporte en el bolsillo y dijo:

—Señores, este hombre ha intentado atracarme y ha amenazado con matarme. Exijo que lo detengan. Lo he retenido y desarmado e insisto en que el caso se examine a conciencia.

—Devuélvame el pasaporte —pidió Isáiev— y la cartera.

—¿Qué pasaporte? —dijo el agente de mayor rango—. La cartera, aquí la tiene.

Lo encerraron en una celda aislada. Nolmar convino con Neumann, el jefe de la policía política, que el agente moscovita sería acusado de intento de robo; el tiempo para comprobar su testimonio sobre los documentos expedidos en Moscú (¿de verdad se los habían expedido?) permitiría vigilar a conciencia a la red de agentes locales al servicio de Moscú: seguro que empezaban a revolverse, que era justo lo que necesitaba el Ministerio del Interior: un mes antes la Checa había detenido en Moscú a siete estonios, de su legación.

—Necesitará intercambiar a su gente y, por lo que yo sé, no hay soviéticos en sus cárceles —concluyó Nolmar—. Ese Isáiev no puede por menos que arrastrar consigo a unos cuantos más. Y entonces le saldrán las cuentas. No pediré una paga por mis buenas obras —se sonrió Nolmar—. Una última cosa, este señor se ha visto con un comerciante de apellido Shórojov. El plano del lugar donde se han visto se lo presentaré hoy mismo, pero considere secreto ese documento.

No entregó a los estonios el pasaporte de Isáiev, pues contaba con guardarse esa carta para el futuro, hay veces que pasa de todo… Y si el hueso resultaba duro de roer y Neumann acudía a él, a Nolmar, en busca de ayuda, él, Nolmar, exigiría contraprestaciones a cambio de esa ayuda y eso sería una victoria bastante importante si las contraprestaciones las ofrecía en persona el jefe de la policía secreta de Estonia.

De inmediato, Neumann se puso en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores —ir sobre seguro era la mejor garantía de éxito— y pidió a la sección consular que solicitara un informe al departamento correspondiente en la embajada rusa sobre si cierto Maxim Maxímovich Isáiev figuraba como trabajador de algún organismo soviético en Revel y, en caso afirmativo, de cuál en concreto, desde qué fecha, dónde residía y quién podía dar garantía de él, por cuanto en ese momento se estaba abriendo una causa penal contra él.

El cónsul respondió al funcionario al teléfono que haría averiguaciones sobre Isáiev.

—Sin embargo, estamos dispuestos a darle protección, puesto que asegura que es ciudadano de la República Soviética —añadió el cónsul.

—Entonces ¿es alguien oficial? —preguntó el funcionario del ministerio.

—Vamos a hacer averiguaciones.

—Señor cónsul, estoy autorizado a recibir de usted documentos oficiales. Es lo único que nos da la posibilidad de hacer cualquier gestión dentro del orden establecido por el derecho internacional.

—Bueno, pues solucionemos esto en el orden habitual — accedió el cónsul

—, a fin de cuentas son ustedes quienes han planteado la cuestión, no nosotros.

Ya al amanecer Román se vio con Víktor Kingissepp, miembro del Comité Central en la clandestinidad.

—Tienen a Maxim —dijo Román—. He llegado tarde. No creía que fuera a dar a la primera en la diana de su propia desinformación.

—Lo conozco muy bien…, es un buen chico. Ha trabajado en la Sección de Asuntos Exteriores. Con Kédrov, me parece, y después con Boki.

—Pues yo lo he conocido solo ahora.

—Ya me han contado algo los camaradas: ha sido cosa del alemán. ¿Por qué entró en contacto con él? Era arriesgado.

—Sabía quién es Nolmar y cuánto nos interesa. Después acabó en una situación en que no podía evitar la conversación. De una forma u otra, tendríamos que habernos ocupado de Nolmar… Víktor, puede que haga falta un buen abogado.

—Elegiremos abogado, Erik Lahme, imagino que has oído hablar de él. También buscaremos la forma de llegar a él en la cárcel…

—Ya he tomado alguna medida que otra en esa dirección. Solo hay una cosa que me preocupa, si me pongo en el peor de los casos… En caso de fracaso, si llegaran a probar nuestra relación, tendremos un escándalo mundial: los comunistas estonios realizando trabajos para Moscú…

—Estonia está ligada a Rusia por la revolución común, ya conoces nuestra posición al respecto. Estonia era una colonia de Rusia, pero nos convertimos en república después de la revolución en Píter. Aquí no puede haber una doble interpretación y, por favor, ni ustedes ni nosotros necesitamos andarnos con pies de plomo con canallas de todo tipo, o sustituiremos la idea por la politiquería interestatal.

—¿Erik es un abogado caro?

—A nuestros camaradas los ha defendido sin cobrar.

—A los vuestros —dijo Román—. Pero este es nuestro.

Lo que quiero decir es que, por dinero, que no sea.

—Eso espero. —Víktor esbozó una sonrisa hosca, solo con la boca—. De nuestra parte será el camarada Juha quien mantenga el contacto contigo.

—Está bien, gracias.

—No hay necesidad de apresurarse en reconocer a Isáiev como súbdito soviético, solo en caso extremo, si no logramos sacarlo de otra manera. Les encantaría conseguir el reconocimiento de Moscú… Intentemos no darles ese triunfo. Y en Isáiev se puede confiar, el camarada es fuerte y, si mal no recuerdo, tiene sentido del humor.

—Una última cosa: necesito toda la información que tengan sobre

Neumann.

—Ávgust Fránzevich —dijo Neumann a su antiguo compañero Schwarzwasser—, tengo que hablarle de algo… ¿Cómo le va a su literato ruso rebelde?

—¿Nikándrov? Después de su intento de fuga y de casi descalabrarme con un artículo de oficina (me parece que así describen al tintero en nuestro inventario), está en una celda de castigo. Tuvo otro intento: atacó a un guarda, este lo aplastó un poco al resistirse, aunque también se llevó algún golpe…

Cuando hablaban entre ellos nunca se rebajaban a ese cinismo mezquino por el que se distinguía a los carceleros y a los trabajadores rasos del aparato de instrucción de la policía política. Ellos hablaban de forma abierta, saboreaban los detalles, se burlaban del comportamiento de los detenidos y con cierta crueldad encarnizada aguardaban el momento en que podrían someter a una u otra persona a una refinada humillación moral.

En una ocasión Neumann le dijo a Schwarzwasser:

—¿Sabe cuál es la tragedia del político? Que mientras construye sus líneas de actuación, mientras traza los giros cardinales en los asuntos internacionales o en el interior de su país, se apoya en dogmas teóricos. Las cuestiones prácticas son sórdidas y no le merece la pena verlas o conocerlas: eso es cosa de los ejecutores. En última instancia, se puede descargar en ellos la culpa de que haya fallado el experimento, pero para eso hay que permitirles libertad total de acción: en el cauce de él, del político, de la idea. Esto y solo esto le dará al político la posibilidad de mirar a los ojos a sus conciudadanos con la mirada limpia y sin considerarse culpable por los hechos consumados.

Esta conversación había tenido lugar justo al poco de que empezaran a trabajar juntos en la policía política, cuando hubo que concebir todo de nuevo después de que el Kremlin concediera la independencia al Estado estonio. Antes de la revolución Schwarzwasser y Neumann habían trabajado en el departamento de la policía rusa y, naturalmente, conocían como nadie todas las debilidades de la organización que había «tomado tierra», que había descendido —con el empeño de los políticos que habían apostado por el absolutismo gubernamental, con el equilibrio entre centurias negras y liberales moderados— hasta una especie de oficina registradora que dilucidaba el estado de ánimo de la sociedad.

—Eso no es para nosotros —decía entonces Neumann— . Debemos ir, para empezar, por supuesto, a remolque del ciudadano de a pie ansioso de agentes secretos, de conspiraciones desenmascaradas y de procesos escandalosos. Después de haber predispuesto al ciudadano, tomaremos el camino de la legalidad europea. A nuestro favor, la línea de actuación; a favor de nuestros ejecutores, la práctica de esa línea. Y en ninguna parte ha

arraigado tantísima gentuza de la peor ralea como en nuestras dependencias: es nuestra garantía de éxito y, al mismo tiempo, una posible tragedia. Debemos resolver algo cruel y desconocido para nosotros, pero no por escrito ni de palabra, sino simplemente cerrando los ojos ante esa necesidad, ay, cruel y sangrienta. Esto solo se lo he dicho a usted y no voy a repetirlo, y será mejor para nosotros que olvidemos enseguida lo que acabo de decir. Carguemos con nuestra cruz en silencio, somos una especie de eslabón intermedio entre el político y el carcelero. Nosotros sabemos todo, pero no debemos saberlo: debemos hacernos a la idea de una vez y para siempre y aceptar este voto, penoso pero imprescindible…

Y ahora, al tratar el tema de Nikándrov, Schwarzwasser miraba a Neumann como estudiándolo: tras haber encontrado su vocación de escritor, había empezado a apartarse del viejo conocido —interiormente, claro, porque en apariencia su relación seguía siendo de igualdad y benévola—. Desde que había sentido en su interior el don de engendrar argumentos, de inventar historias, de traer a la vida desde el oscuro vacío cierta realidad que él sí podía percibir, empezó a sentir un sentimiento de superioridad sobre el teorizante y cuidadoso Neumann. Una vez se descubrió pensando que Neumann no era la figura que en adelante podría liderar la policía política de Estonia. «Él mismo me ha hablado de la toma de tierra rusa, pero su línea está igual, en la tierra, y privada de cualquier clase de audacia —pensaba a veces Schwarzwasser—. Ha olvidado sus propias palabras sobre que al principio hay que ir detrás de los ciudadanos… En realidad, no va detrás de nadie, está atascado, tiene miedo de emprender cualquier acción, solo intenta localizar el hecho consumado por el enemigo…».

—¿Cuál es el estado moral de Nikándrov?

—¿Les interesa desde el punto de vista de un uso profesional? —preguntó Schwarzwasser.

—Sí.

—¡Por favor! Es justo lo que quería pedirle, quítemelo de encima, he perdido todo interés por él…

—No, no estoy facultado para quitárselo —respondió Neumann, comprendiendo perfectamente por qué Schwarzwasser le entregaba tan alegremente al golpeado y torturado literato, al que sí o sí había que trasladar a alguna parte, pero era a Schwarzwasser a quien le tocaba hacerlo, y Neumann no quería de ninguna manera hacerse cargo de ese trabajo de clasificación y separación—. Creo que puede cambiar después de descansar en una buena celda.

—Me temo que no va a despertar mi interés —objetó Schwarzwasser suavemente—, simplemente me da miedo.

—Entonces será mejor que lo dejemos en libertad —respondió Neumann

igual de suave, sabiendo muy bien que Schwarzwasser no podía llegar a eso: el ruso no se olvidaría de escribir en los periódicos cómo lo habían tratado. Neumann tenía claro que el ruso estaba sentenciado: debía pudrirse en la cárcel o convertirse en su «amigo».

—Estoy dispuesto a hacerlo ahora mismo —respondió Schwarzwasser—, si usted autoriza su liberación.

—En vista de que yo no he autorizado su detención, si no recuerdo mal, solo permití el arresto preventivo de Vorontsov, no estoy facultado para permitir o prohibir que se le suelte. Además, mi permiso no es más que una mera formalidad: si yo figuro como jefe de la policía política, entonces usted puede considerarse, de derecho, su cabeza pensante.

—¿Y cómo formalizamos su traspaso? —preguntó Schwarzwasser, comprendiendo que había perdido esta vez— . ¿Va a escribir una solicitud?

—Cielos, ¿en una relación como la nuestra y nos vamos a andar con esa vacía casuística? Basta con su aprobación verbal, y puedo ver en sus ojos que la tengo.

—Tome asiento, señor Isáiev —ofreció Neumann con una ligera indicación de cabeza—. Soy el jefe de la policía política.

Se hizo una pausa que Neumann no esperaba. Contaba con que el ruso empezara a protestar enseguida, pero Isáiev, meneando apenas la pierna izquierda, cruzada suavemente sobre la derecha, examinaba con cierta dureza a Neumann y guardaba silencio, moviendo de forma divertida la punta de la nariz, como si le estuvieran rascando con una pajita.

—Quiero ser lo más sincero posible con usted…

—Adoro la sinceridad.

—No haga el payaso, su posición no le da motivos para comportarse así.

—Me sorprende que en ruso «hacer el payaso» tenga esa huella de indulgencia despectiva. Leoncavallo llamó Payasos a su ópera sobre la honradez y el amor. «No sea pagliaccio» suena respetuoso, pero «no haga el payaso» es desprecio. ¿Ha pensado usted en eso? ¿En por qué?

—No, no lo he hecho —respondió Neumann, que decidió «seguir» al ruso, a veces estas cosas llevaban a buen término—. ¿Por qué?

—Porque los señores rusos lo sacaron de los teatros de sus siervos, los aplaudían cuando estaban sobre el escenario, pero por una falta luego los azotaban en el establo. Y yo que creía que esto era algo propio de nuestros señores, pero resulta que ustedes también están contaminados.

—¡No se pase!

—¿He cometido una torpeza? Le pido que me disculpe…

—Oiga, Isáiev, habría preferido que fuéramos amigos. Pero, en fin, la vida nos ha unido como adversarios. Tengo tres testigos contra usted, declaran que

Nolmar lo encontró a usted en su piso y lo desarmó, encima el revólver no está registrado y, lo más importante, no tiene documentación y es usted extranjero…

—Mala cosa.

—¿Cómo? —Neumann no comprendió.

—Digo que pinta mal mi caso…

—Sí, muy mal… No somos la dictadura bolchevique, estamos obligados a profesar las ideas democráticas en todo, y en los procedimientos judiciales más que en ningún sitio. Y aquí es donde se pone de manifiesto el contrapunto más peligroso de nuestra partida: ¿podré celebrar un juicio público contra usted, en vista de que en nuestro país no es posible una institución de juicios a puerta cerrada? Todo se aclarará cuando reciba la respuesta a la solicitud enviada por la sección consular del Ministerio de Exteriores a su embajada: ¿es usted en efecto ciudadano de la República Soviética o es un impostor, una persona oscura por la que nadie quiere dar garantía alguna?

—¿No es posible una tercera solución?

—Esa oferta tiene que salir de usted.

—¿Cuándo tendré la acusación?

—A su debido tiempo.

—¿Puedo pedir ver a un abogado?

—Examinaré su petición verbal.

—Un asunto del carajo, ¿eh? —se sonrió Isáiev.

—¿Perdone? —De nuevo Neumann no había comprendido.

—Digo que es un asunto del carajo, señor Neumann. «Del carajo» es una expresión algo vulgar, un sinónimo de malo, difícil.

—¿Le entusiasma la filología?

—La filología es inabarcable. Pero me gusta la semántica comparada… ¿Da su permiso para que me vaya?

—Sí, está libre.

—¿Del todo? Entonces firme un permiso.

—Mire qué amable es usted —suspiró Neumann con una sonrisa—. ¿A santo de qué se ha enredado en nuestros asuntos? Distingo enseguida a los seres poco corrientes, porque yo mismo soy una mediocridad, por lo visto… Debería estar trabajando en el mundo de las artes, pero va y se mete… Las naturalezas poco corrientes naufragan en los servicios de información, pues son como polillas que no hacen más que ir a las fuentes de luz. La ciencia determinará el futuro de los servicios de información.

—¿De qué manera?

—¿Quiere hacerse con mi secreto? ¿Y si de pronto se fuga?

—En sus cárceles el sistema de vigilancia es bastante de fiar y, según he comprendido, a mí me retienen en una sección especial, ¿no?

—Cierto.

—Y los secretos, en fin… Por ellos pagan bien, por los secretos importantes.

—Haga el favor de darme… una propuesta que pueda ser interesante… Y yo que pensaba que empezaría usted a asustarme con la inminencia de la caída de los explotadores, con la dialéctica…

—Qué cosas tiene, señor Neumann, ni que uno fuera un marinero.

—En Revel solo conozco a un antiguo marinero de los rusos rojos.

—¿Quién es?

—El señor Shórojov. Seguramente por eso le gusta tanto vagar por ahí, porque entregó sus mejores años al elemento marino.

—Pobre Shórojov…

—¿«Pobre»? ¿Por qué? Tiene un trabajo bien interesante.

—¿Y qué trabajo es ese?

—Uno variado, Isáiev, uno variado… ¿Qué tal la comida? ¿Alguna queja?

—Ninguna.

—¿La col no tenía gusanos?

—No creo que empiecen a alimentarme con rosquillas.

—Depende de usted.

—Empiezo a sentirme todopoderoso.

—Más cerca, Nikándrov. Un poco más. No tiemble, hombre, que no tengo intención de pegarle, a no ser que se ponga a lanzarme tinteros.

La cara de Nikándrov empezó a contraerse.

—Está bien, está bien, lo pasado, pasado está. Lo he llamado para tener una charla agradable. Tranquilícese, haga el favor.

—Estoy completamente tranquilo… y agradecido por sus palabras bondadosas… Por eso me he emocionado. Gracias, enormes gracias… Yo creía… esperaba, estaba convencido de que esta pesadilla acabaría…

—Puede acabarse bien rápido si se ayuda.

—¿Cómo voy a ayudarme? —Nikándrov se echó a llorar otra vez—. Aquí me he convertido en un animal, en un animal cobarde… Como el perro de caza de un montero cruel que, de lo atemorizado que está, va siempre con el rabo entre las piernas.

—Tengo una sobrina —apuntó Neumann—, todavía es muy pequeña. Cuando damos un paseo, si no está contenta con algo que le digo, siempre me dice: «Contas mal el cuento». Contas mal el cuento, Nikándrov. ¡El hombre está obligado a sentir que es un hombre! Siempre, en cualquier circunstancia vital, porque «hombre… ¡suena a orgullo!».[39]

—Gracias… ¡Señor, has oído mis lágrimas!…

—Las lágrimas, el Señor puede verlas, oye los sollozos — corrigió

Neumann y se encontró pensando que probablemente Isáiev hubiera dicho algo así—. Haga un esfuerzo por entenderme bien, Nikándrov. Vamos a trasladarlo a otra celda, allí estará con un compatriota suyo, con otro ruso.

—¡Qué felicidad! ¡Sí, felicidad! Ya había empezado a hablar con las paredes, con el catre, con las rejas de la ventana…

—Bueno, veamos… Ahora ya va a salir a pasear junto con los otros detenidos, cierto que también hay comunistas, pero no discuta con ellos. Son gente intelectual, agradable, pero se han extraviado, aunque «dichoso el extraviado, pues ayuda a los demás a ir por el buen camino». Su vecino está privado de paseos. Puede que le pregunte: «¿Con quién pasea?», y luego de pronto le pedirá algún favor. No se lo niegue, pero me contará a mí qué es lo que pide.

—¿Me está proponiendo que me convierta en un provocador?

—Hágame el favor de no alterarse así. En primer lugar, puedo retirar mi propuesta y mandarlo de regreso a la celda de castigo, donde, melancólico, habla usted con paredes, catres y rejas. En segundo lugar, está usted en la cárcel por culpa precisamente de ese ruso.

—¡Estoy en la cárcel por culpa de una tropelía cometida por una gente desleal!

—Vamos a hacer como que nuestra conversación no ha tenido lugar, Nikándrov. Tengo que expresarle mi compasión…

—¿Por qué son todos tan crueles? ¡Dios mío, por qué!

—¿Yo soy cruel? ¿Yo, que he dedicado tanto trabajo para acordar su liberación? ¡Está acusado de espionaje! ¡A beneficio de los rojos! ¡He hecho todo lo posible por desmentirlo! ¡Y ahora estoy convencido de que es usted un burro sin cerebro! Si no puede contarme sobre qué habla un agente de la Checa, un bolchevique, si se niega a ayudarnos en nuestra lucha contra aquellos a los que antes tachaba de opresores del progreso y de la razón, pero a los que ahora ha decidido proteger, entonces está todo claro, Nikándrov. ¡Está a sueldo del Kremlin!

—Ni usted mismo se cree lo que está diciendo.

—¿Y si me lo creo? —preguntó Neumann—. ¿Qué pasaría si me lo creo?

Los sábados Neumann se iba a su pequeña mõis, se había comprado este caserío en un recodo del riachuelo Perel. Le había costado poco: en los primeros días después del golpe de octubre, los alemanes que vivían en Estonia vendieron sus inmuebles por nada.

La casa estaba construida al estilo prusiano: las paredes encoladas con papel a rayas, la cocina pintada con espesa pintura al aceite, e incluso las repisas de las ventanas estaban forradas con floreados hules.

Neumann había llevado allí a su mujer y a su hija mayor; les gustó la casa y

le suplicaron que no cambiara nada.

—Está limpio y es acogedor —decía fru Elza, su mujer— . Modera tu incansable fantasía, Artur.

—Mis queridas embaucadoras —respondió Neumann— , sabéis que soy un viejo maridazo, pero, creedme, haré que este sitio os guste todavía más.

—Papá, pero si prometiste comprarme unos añinos…

—Te compraré los añinos, enfadona mía… Lo voy a hacer todo yo solo. ¿Qué soy, el nieto de un guardabosques o un se- ñorito que no sabe hacer nada?

—¡Artur, pero que tus fantasías no se reflejen en el presupuesto familiar! —dijo fru Elza.

—De acuerdo, cariño mío. Ni un solo marco de nuestro presupuesto irá a parar a la reconstrucción. Fumaré menos y en verano no iré a Pärnu.

Desde entonces ya iban cinco años que Neumann se ocupaba de la renovación de su mõis. Gastó sus primeras vacaciones en desempapelar, en quitar el linóleo, en cubrir el yeso de la sala. Neumann intentaba hacerlo todo solo, muy de cuando en cuando aparecía por allí el pescador Lahme, y a la luz de una lámpara de queroseno jugaban a las cartas y comentaban los lugares para conseguir un buen pino y cómo teñir bien de verdad unas vigas de roble para después ponerlas en el techo de la veranda.

Ahora la mõis estaba casi lista. Neumann no había hecho nada por fuera: la casa seguía pareciendo vieja y torcida. Pero el interior estaba todo cambiado: en la veranda había construido una chimenea con piedras traídas desde el mar; en la cocina había ahora vigas negras de hollín y tableros de un amarillo vivo, con tres capas de aceite de linaza. Hacía una combinación espléndida con las cacerolas y sartenes de cobre antiguas colgadas sobre el horno, construido de ladrillo visto.

Neumann venía aquí todos los sábados, arreglaba unos fallos que nadie excepto él notaba y pasaba las noches blancas en el río, pescaba truchas. No había más caseríos, y se sentía completamente a solas con la naturaleza en ese pinar enorme, silencioso y mohoso.

Aquí se sentía tranquilo y contento: desaparecían todas las preocupaciones diarias. Neumann comprendía perfectamente que el jefe de la policía política nunca se convertiría en un hombre de Estado, en ministro o en parlamentario. Cuando hubo conseguido el puesto, al principio se sintió embriagado y solo con el correr de los años empezó a darse cuenta de su gran error: hay determinados puestos en el escalafón que, si de verdad piensas en hacer carrera, deben saltarse. Tras comprender que su «solidez» en la policía le había jugado una mala pasada, pues le había bloqueado el camino a la alta política, Neumann decidió ser para siempre el «gran inquisidor». Y esto sería posible solamente en el caso de que su trabajo fuera claro, imperceptible y rápido, pero

sin alboroto, obligatoriamente silencioso: sin escándalos ni rumores en los periódicos. Por eso, una vez ajustado el trabajo del organismo, de hacer que «tomara tierra» aun en contra de sus primeros planes, Neumann alcanzó determinada estabilidad en todos los eslabones de su departamento y prácticamente no había nada que lo preocupara, confiaba en sus hombres y los asuntos de los que decidía ocuparse personalmente debían tener, al menos en cierta medida, gracia. Y así el error se perdonaría y el éxito sería perceptible.

… Por las noches el sol no desaparecía del firmamento; solo a medianoche sus rayos se volvían descoloridos, ingrávidos y, por eso, difusamente tiernos, ligeros, terrestres.

Neumann había aprendido a acercarse sigilosamente a las pozas. Contemplaba en su superficie enormes peces, petrificados, inmóviles y fluyendo con el agua. Podía estar un buen rato admirando esos peces petrificados y no apenarse lo más mínimo si la trucha desaparecía de pronto dejando tras de sí círculos lentos.

Y cuando lograba lanzar justo delante de la nariz de una trucha el anzuelo con dos gusanos ensartados y esta al momento mordía el cebo, Neumann tiraba del pesado pez, sintiendo la línea que dividía su ligereza y su peso en el agua y en el aire y, después de admirarla un rato, la envolvía en lampazo, la metía en la mochila y echaba a andar… hacia los saltos de agua.

Cerca de los saltos hacía una hoguera y, amontonando ramas secas de los pinos, se echaba a dormir hasta que a los peces les daba por picar por la mañana.

Pero esa mañana se despertó sin querer: había soñado que alguien le daba golpecitos en el hombro, pero no quería abrir los ojos; cuando aun así los abrió, vio a dos hombres de cuclillas junto a él, y un terrible presentimiento de desgracia se apoderó de él.

—Siéntese —dijo Román—, tengo un asunto que tratar con usted.

—¿Y qué ha pasado, si puede saberse? —preguntó Neumann y se sorprendió de su propia voz—. ¿Quiénes son ustedes, señores?

—¡Que se siente! —repitió Román—. Y escúcheme con atención. ¿Accede a ayudar a Isáiev?

—¿Cómo puedo hacer algo así?

—Nosotros le diremos cómo. Primero responda: ¿accede?

—Nunca he quebrantado mi deber en el trabajo.

—Si se niega a ayudar, sobre Isáiev puede que caiga una amenaza mortal. No tenemos otra posibilidad de salvar a nuestro amigo. Así que su negativa a prestar ayuda equivaldrá a dos sentencias de muerte: la de Isáiev en la cárcel y la suya ¡aquí!

—¿Se han vuelto locos? ¡Soy un representante de la ley!

—No estoy dispuesto a repetirlo dos veces, Neumann — dijo Román y miró a Juha. Este, a lo que parece, lo comprendió, porque se estiró rápidamente y derribó a Neumann con un golpe en el cuello. Este empezó a lanzar aullidos prolongados, como los de los conejos, y Juha se sentó sobre él, le agarró el cuello y preguntó, hablando ya con Román:

—¿La mordaza está lista?

—No necesitas mordaza. Dale un golpe en la cabeza, lo arrastraremos al río…

—¡Lo haré! —soltó Neumann con un chillido ronco, tras ver claramente y casi palpar con horror su caserío, las sartenes de cobre en las paredes, las pesadas vigas de roble y la suave luz del crepúsculo en los cuadrados regulares de las ventanas.

—Suéltalo —dijo Román.

Neumann se sentó respirando con dificultad. Román le tendió papel y boli.

—Escriba, y nada de trucos con el tipo de letra, tengo modelos de sus informes y los compararé.

—¿Qué tengo que escribir?

—«Yo, Artur Ivánovich Neumann, me comprometo a colaborar con Pável, agente de la Checa en Estonia». Firme abajo. Una cosa hecha. Y ahora: «Informo de que el secretario de la fracción comunista Paul Raudsepp será trasladado a Rakvere, donde se intentará matarlo durante un intento de huida. Trataré de aclarar la fecha de traslado de Raudsepp con Ploom, quien, probablemente, esté al corriente de los hechos. Artur».

—No voy a…

—Sí que lo hará —dijo Román en voz baja.

—¿Qué más?

—Escriba: «Isáiev está bajo mi jurisdicción. Nolmar insiste, a través de sus agentes, en que es ruso y que se encuentra de forma ilegal en Revel. Artur». El siguiente: «Yo, Artur Ivánovich Neumann, he recibido de Pável 3000 (tres mil) francos franceses». Firme con su nombre.

Román se guardó los documentos en el bolsillo, se acercó a la hoguera, se calentó las manos y dijo:

—Esto es lo que va a hacer ahora… Isáiev le pedirá un médico, porque sufrirá fuertes dolores de columna… Y usted lo trasladará al hospital, como hombre que no se puede mover, que tiene las piernas paralizadas. Naturalmente lo hará solo después de que los expertos lleguen a la conclusión de que es imposible trasladarlo, para mantener su reputación… Y como ahora usted es mi agente, hay que mantener su reputación con el doble de cuidado, y esto es una promesa realmente firme que le hago.

—No puedo dejarlo en el hospital sin guardias.

—Póngale guardias.

—No estoy convencido de que su gente pueda sacarlo de allí, la guardia está muy bien entrenada…

—Si no podemos llevárnoslo, no tendremos queja de usted. Claro que si lo que quiere es montar una emboscada para cargarse a los nuestros y así llegar hasta mí, eso ya es otra cosa… En primer lugar, no vivimos en el siglo XVII y sus notitas cruzarán hoy mismo la frontera; en segundo lugar, si, a pesar de esta circunstancia, usted se arriesga e intenta fastidiarnos, no daría por su vida lo más mínimo: no tengo otra salida. Mientras, tenga —Román ofreció dinero a Neumann, un grueso fajo de marcos—, sus primeros honorarios, espero que no los últimos.

Neumann colocó con cuidado el dinero en el bolsillo, como si escondiera una serpiente.

—Ahora vaya a lavarse, que vamos a darle una vuelta a los detalles…

Neumann se fue al río, encorvado, diez años más viejo, lastimoso y pequeño de estatura; era extraño, antes a Román le había parecido bastante más alto.

—¿No se tirará? —preguntó Juha en un susurro.

Román meneó la cabeza y arrancó una hierbita; empezó a mordisquearla sin prisa.

Para A. O. Alski.

Camarada Alski:

¿Ha tomado usted medidas para agilizar e intensificar los trabajos del DEA?

¿Ha movilizado a los comunistas?

Resumen: ¿dentro de cuántos meses y qué se habrá hecho exactamente?

Usted será el culpable si esta cuestión se atasca, pues en un caso semejante tendrá que apelar rápidamente, que llevarlo a las altas instancias, es decir, al Politburó.

Pero rápidamente.

Hay que aprovechar el verano, pero usted está dejándolo escapar: le advierto de que la responsabilidad recae íntegramente en usted. Dese prisa y envíeme sus quejas (respecto al Consejo de Trabajo y Defensa), y al Politburó, si yo no estoy capacitado.

Lenin

Proyecto de directriz respecto al trabajo del CTD y del Sóviet del Narkom, así como del PSCP

… La desconfianza en los decretos, en las instituciones, en las «reorganizaciones» y en los jerarcas, especialmente si son comunistas; la lucha contra el cieno del burocratismo y del papeleo controlando a la gente y controlando el trabajo real; la expulsión implacable de los funcionarios superfluos, recorte de efectivos, destitución de los comunistas que no estén aprendiendo en serio a gestionar… Esta debe ser la línea de los comisarios del pueblo y del SCP, de su presidente y de sus vicepresidentes.

[39] Cita muy reconocible en Rusia extraída de la obra de Maxim Gorki Bajos fondos. (N. de la T.)

FUEGO DE RECONOCIMIENTO

Esa noche trasladaron a Nikándrov a la celda de Isáiev. A la luz débil e irregular de la bombilla metida en una red metálica, la cara de su compañero de celda resultó a Isáiev lejanamente familiar, pero no le preguntó nada, pues comprendía que no habían metido allí a ese hombre sin más ni más: Neumann tramaba una partida importante y mimar a su «tutelado» así porque sí no entraba en su cometido, claramente.

«Vamos a ver cómo trabajan aquí los soplones —pensó Isáiev tapándose con la manta—, puede ser interesante».

Empezó la mañana haciendo algo de ejercicio. Se dedicó a ello de forma exhaustiva, hasta sudar copiosamente, pero esa mañana intentó no hacer ruido, saltaba de puntillas y resoplaba con menos fuerza: su compañero de celda seguía durmiendo. En realidad, Isáiev odiaba hacer gimnasia. Consideraba que los paseos a pie y con esquíes, los viajes a tomar las aguas y la equitación en modo alguno podían evitar que a un hombre le cayera en la cabeza un trozo de yeso o que se envenenara con monóxido de carbono, pero aquí, en la cárcel, la gimnasia era imprescindible como «instrumento de disciplina».

—Luego va a oler fatal —oyó una voz algo ronca.

—El sudor no es como la mierda, se puede soportar — respondió Isáiev y se dio la vuelta—. En primer lugar, levántese, conde, lo aguardan grandes empresas, y, en segundo lugar, me presento: Maxim Isáiev.

—Leonid Ivánovich Nikándrov.

—¡No puede ser! ¿El mismo?

—Qué más da… El mismo…, otro…

—No da igual. Mire, no me dan libros, solo la Biblia después de…

Nikándrov lo interrumpió:

—¿Y la Biblia qué es? ¿No cree que sea un libro?

—Déjeme acabar, ¡después del castigo! Así decían los antiguos, ¿no?

—Si siempre hubiera profesado esa verdad.

Isáiev rompió a reír a carcajadas. Estuvo un buen rato riéndose, y así ganaba tiempo para reflexionar. «Así que Neumann —pensaba— le ha dicho al

infeliz escritor de dónde vengo. Lo habrán hecho polvo con el caso Vorontsov y me lo han colado aquí…».

—Ya hablaremos de mí después, Leonid Ivánovich. En pie, intente mover los brazos, luego le daré un masaje y podremos empezar nuestra conferencia.

—¿Está usted loco?

—Sí. ¿Y? Súbase la camisa, para el masaje. Aun así, mañana le obligaré a estirar las piernas y a girar los brazos.

Isáiev se sentó en el borde del catre, a la altura de los hombros de Nikándrov. Este se apartó espantado, sin poder ocultar su odio duro, asustado.

Isáiev meneó la cabeza y dijo en tono bajo, muy amigable:

—Leonid Ivánovich, debe entablar una relación amistosa conmigo.

Nikándrov se sentó de golpe. Se restregó la cara arrugada con su demacrada manaza, como si estuviera espantando una alucinación, y preguntó:

—¿Para qué? ¿Por qué debo entablar con usted una relación amistosa?

—No grite… Los guardias se enfadarán, súbase la camisa. En la barriga, con su permiso.

En 1919, cuando Isáiev era oficial en el grupo de prensa de Kolchak, cayó prisionero de los partisanos. No tenía derecho a revelar quién era, ni siquiera a los suyos. Además, de haberlo hecho, ¿quién lo hubiera creído? Por eso, tras zurrar a base de bien al «gusano blanco», los partisanos lo tiraron a un cobertizo, pero al amanecer se entabló un combate contra el tren blindado del almirante, que se estaba aproximando, y en el fragor de la batalla se olvidaron de Isáiev; por la mañana, después de un té fuerte con vodka, le dio unas friegas el teniente Kúrochkin, de la caballería del general Kappel. El masaje que le dio fue perfecto y desde entonces Isáiev creía en la magia de ese método curativo. Una vez, entre risas, le dijo a Boki: «Gleb, con el masaje de la caballería kappeliana puedo convertir a cualquier agente experimentado».

Le dio buenas friegas a Nikándrov y este se quedó dormido con una sonrisa extraña pero calmada en la cara.

Después de desayunar Isáiev dijo:

—Y, ahora, un debate hasta la hora de comer.

—Yo tengo paseo hasta la comida…

«Pobrecito —se sonrió Isáiev—, todo claro ahora. Le han encargado que establezca mis lazos. Es importante para ellos saber a quién me gustaría ver aquí y cómo se van a comunicar conmigo desde fuera».

—Un paseo es un paseo, pero estar todo el rato tumbado es pecado. Levántese. Vamos a discutir de pie. ¿Conoce la nueva teoría médica? ¿No? Si un hombre está de pie ocho horas al día, estará a salvo de úlceras, de hemorroides y de que se le atrofie la próstata.

—Déjeme dormir tranquilo…

—¡No!

—Me duelen las piernas…

—¡Se le pasará! ¡Levántese!

Nikándrov se levantó, se alejó hacia la ventana.

—Eso es —observó Isáiev con aprobación—. Muy bien. Hale, ¡empecemos! Cuando trabajaba en el grupo de prensa del difunto almirante, transmitía por telégrafo crónicas que salían enseguida, en el siguiente número. La rapidez de la guerra conllevaba la rapidez de la lengua. La Biblia es historia, de ahí su brevedad, su concisión y los aforismos de su lenguaje. ¿Ha notado que una lengua nunca es tan jugosa y densa como en los momentos de mayor tensión, cuando has apostado la vida a una carta? Piense en el siglo pasado: el descriptivismo como principio básico de la tradición. Pero el mundo se ha cansado de las generalidades, el mundo exige cosas concretas. Aquí se encierra un gigantesco peligro para la humanidad, pues la concreción se fundamenta en el utilitarismo, en una fórmula unívoca, en estar cortados todos por el mismo patrón: en este sentido, el programa de Benito Mussolini es un ejemplo sorprendente del futuro próximo. Sin embargo, la revolución en la sociedad, esa que ha dado vida a una revolución, aunque de momento algo deslucida, en la producción, en la ciencia y en la técnica, inevitablemente también pondrá en su marca a la literatura. La anterior literatura se ha terminado…

—¡Puf! —dijo Nikándrov—. ¡Puf! ¡La literatura nunca se terminará! ¡Nunca! Me da asco oírlo. Habla como si estuviera cerca de la verdad, pero ¡es todo mentira! ¿Cómo puede terminarse nuestra literatura cuando siempre ha sufrido con los sufrimientos del pueblo?

—¡Bravo! Es justo lo que quería oír. Vivir con el sufrimiento del pueblo significa ser interiormente honrado, ¿no?

—Exacto.

Isáiev se acercó mucho a Nikándrov y dijo:

—¿Está bien seguro de que tiene derecho a hablarme de la honradez de un escritor después de que me lo hayan colado aquí? —No dejó que Nikándrov se recuperara—. ¿Qué le han ordenado que hiciera? ¿Con quién debe verse durante el paseo?

—¿Lo sabía todo y, aun así, ha hablado conmigo?

—Me lo he figurado.

—Entonces usted… Entonces, ¿ha jugado conmigo?

—Es Neumann quien juega con usted. Mientras que para mí era, es y seguirá siendo Nikándrov —dijo Isáiev con tristeza—. Si está cansado, puede echarse diez minutos. El rasgo maldito de Rusia es sufrir. En Occidente un enemigo es un enemigo. Pero nosotros hasta en el enemigo, en ese malvado, escarbamos: debe de haber algo más, decimos. Y en cuanto a que la literatura rusa nunca se acabará, no hay discusión que valga, solo quería azuzarlo…

Enseguida lo llamarán para el paseo… Imagino que le colocarán a alguien, que lo tratará de «camarada» y que le pedirá que me entregue una notita. Es de los suyos… Diga que lo hará mañana… E informe a Neumann al respecto.

Nikándrov suspiró:

—Nunca habría pensado que esto era la felicidad: ¡hablar, aunque fuera con un enemigo, en un ruso decente!

—¿Y creyó a Neumann? ¿Lo de que soy su enemigo?

—Si es usted de la Checa, ¿qué va a ser? ¿Un amigo acaso?

—Bueno, y si soy un oficial de Kolchak, ¿qué sería?

—En ese caso, un conocido.

Narkom de Comercio Exterior, para Lezhava.[40]

Ayer vino a la embajada el jefe del consorcio joyero Marchand para encontrarse con el representante comercial soviético. Manifestó que, después de que a su representante lo haya visitado un tasador ruso de diamantes al que conoce de operaciones anteriores, su consorcio está dispuesto a iniciar relaciones comerciales con él. El sentido de la propuesta presentada por Marchand consiste en que Pozhamchi seleccione y traiga a Revel joyas de las registradas como únicas. «Pozhamchi debe escoger para nuestro consorcio los diamantes y zafiros que me permitan, a pesar del riesgo, ofrecerles productos alimenticios: pan, mantequilla, grasas vegetales y carne, así como también algunos productos manufacturados. Deben comprender que todos los joyeros del mundo los están boicoteando, sin embargo yo voy a arriesgarme en atención a nuestros prometedores intereses comunes».

A la propuesta de comprar alhajas, Marchand respondió con una negativa, justificándolo con que no puede violar el acuerdo corporativo: boicotear nuestros artículos en la bolsa mundial de diamantes. A mi pregunta sobre de qué manera, en ese caso, podía suministrarnos productos alimenticios y cómo íbamos a fijar nosotros la identidad de precios, Marchand respondió que todo se decidiría en Revel después de que examine los diamantes seleccionados por Pozhamchi. «No pienso tratar con ningún otro tasador, pues Pozhamchi es un especialista sobresaliente en este campo y goza de gran autoridad en la bolsa de joyas de Amberes». También dijo que las materias primas y los productos manufacturados que podía ofrecernos los compraría a través de segundos y terceros en Suecia. Solicito que se resuelva la cuestión del envío de Pozhamchi y de los diamantes a Revel para adquirir alimentos.

Shórojov

Narkom de Economía. Del subcomisario al camarada Alski.

Estimado camarada Alski:

Solicito que se pidan informes al DEA sobre las características de N. M. Pozhamchi, de modo que —en caso de valoración positiva de su trabajo— se le utilice para asistir al

Narkom de Com. Ext. Los fracasos continuos de nuestras conversaciones con firmas francesas y holandesas, así como inglesas, y la fuerte necesidad de obtener fondos para adquirir en Suecia y Alemania locomotoras, arados y maquinaria para las centrales eléctricas en construcción convierten esta cuestión en primordial.

Saludos camaraderiles,

El subcomisario de Com. Ext.

Lezhava

Telefonograma para Lezhava de Alski (Narkom de Economía)

Las características de Pozhamchi están en el expediente personal que usted ya tiene, puesto que el susodicho ya ha estado por asuntos de trabajo en Revel.

A la dirección de personal:

Solicito que formalicen la salida a Revel de N. M. Pozhamchi para asistir a nuestro Narkom.

Lezhava

[40] Fusilado en el año 1937.

UNA SOLUCIÓN EN PARÍS

Boki comunicó a Dzerzhinski la caída de Vsévolod Vladímirov diez minutos después de haber recibido el mensaje de Román.

Dzerzhinski se paseaba arriba y abajo por el despacho, mientras daba pequeños tragos a un vaso alto y fino con té. Le gustaba Vsévolod, como a todos los que trabajaban con él, por cierto. Cierto que Vasili Morkovets, al que todos tenían por un poco seco pero competente, y que continuamente subrayaba su origen bracero, sentía por Vladímirov un sentimiento de aversión que no consideraba necesario ocultar.

—¿Por qué no le gusta? —le preguntó Boki en cierta ocasión.

La cara cubierta de heridas de Morkovets se estiró con una mueca de asombro:

—¿Y qué relación tiene esto con el trabajo?

—Mucha.

—¿Sabe?, desde bien pequeño no he podido soportar a los niños mimados, y Vladímirov es de los que se entrometen en todo; tiene elegancia, no lo discuto, inteligencia… No me gustan los que andan queriendo ser camaradas de todos.

—¿Es mejor mirar con recelo y huraño?

—¿Tiene alguna petición en concreto, Gleb Ivánovich? Estoy listo para cumplirla…

Boki resolvió no seguir con la conversación, pero en un encuentro con Dzerzhinski observó:

—Me da un poco de miedo ver cómo crece Morkovets en su sección. No es un buen hombre.

—No trabaja mal. —Dzerzhinski se encogió de hombros—. Si se da aires, póngalo en su sitio. Es de los que no ceja en sus acciones, también necesitamos gente así. Su trato para con Vsévolod es comprensible: la mediocridad normalmente se resiste al talento y no suele tenerle mucho afecto…

… Y ahora, mientras paseaba arriba y abajo por su despacho, por alguna

razón Dzerzhinski regresaba una y otra vez a esa conversación con Boki de la que ya había pasado bastante tiempo, un año, puede que más.

—Es arriesgado sacarlo del hospital —decía Dzerzhinski— . Lo moverán en cuanto sientan el peligro. ¿Qué agentes estonios tiene detenidos? ¿Son gente importante?

—De momento no podría decirle. Pero creo que no hay ninguno importante… Son especuladores…

—Está claro que los alemanes se han adelantado a Vsévolod… O han comprendido que han perdido a la descifradora o Vsévolod se ha dejado ver en relación con ese caso… ¿Habéis pillado a Olenétskaia?

—Sí, hoy, en la frontera.

—De momento no se lo diga a Kozlóvskaia, no hace falta que se traumatice. Creo recordar que la conozco: una mujer extravagante pero honrada… ¿Qué dice Olenétskaia?

—Ha reconocido que trabajaba para Nolmar. No ha dicho nada más.

—Lo hará… Hable con Kozlóvskaia dentro de un par de días, pero ándese con cuidado… ¿Trabaja en la secretaría de la INSOC?

—Está desplazada al DEA.

—¿Qué novedades ha habido en el DEA?

—Son una panda de ladrones, Félix Edmúndovich. Hablando claro, habría que detenerlos a uno tras otro.

—¿Dónde están los hechos? ¿Los indicios? ¿Las pruebas irrefutables?

—A la caza de ellos estamos. Si da su permiso, le presentaré un informe en los próximos dos días.

Dzerzhinski se paró de pronto, como si se hubiera encontrado con un obstáculo.

—¿Y dónde está Stepansky?

—¿Un polaco? —preguntó Boki.

Dzerzhinski se sonrió sombrío:

—El polaco está aquí, yo soy polaco.

Sabía sonreír en los momentos más complicados.

—Pregunto por el teniente coronel de la Segunda Sección… al que reclutó Vsévolod.

—¡Ah, ese Stepansky! Vive en el Grand Hotel.

—Vaya y prométale honorarios generosos si puede salir mañana mismo para Revel.

—¿Isáiev agente suyo? —supuso Boki.

—Exacto. Pero, una cosa, Gleb Ivánovich… La soberbia y las fanfarronadas son los principales rasgos que distinguen a los de las polcas. Así que indíquele firme y secamente que si le dice la verdad a la primera, que si en la conexión de Revel no puede ayudarnos por esto y por lo de más allá, que si el nivel de

riesgo allí es este y este otro, entonces le pagaremos el doble que si empieza mintiéndonos. Si se muestra interesado en este caso, piense un plan, permítale que ponga en marcha alguna estrategia, no tenga prisa en proponerle la propia. Que escriba su estrategia meticulosamente: con nombres, con las formas de acceso a unos y otros, con direcciones; lo analizaremos todo, lo comprobaremos con ayuda de nuestras posibilidades foráneas, introduciremos nuestras correcciones y, sin tardar, enviaremos al polaco a Revel. Que trabaje.

—¿Le digo a Román que, de momento, espere?

—Sí.

—¿Y si no resulta lo de Stepansky?

—Lea el Pravda, Gleb Ivánovich. Desde el establecimiento de la NEP, los ingleses y los alemanes pululan por aquí… Haremos presión en Londres con Krasin, y pasado mañana Krestinski sale para Berlín. Nikolái Nikoláievich también sabe presionar. Ya no estamos en el dieciocho, ahora no es tan fácil librarse de los nuestros, podemos cerrar…

—¿Reconoceremos a Vsévolod como a uno de los nuestros?

—Lo haremos si la situación se vuelve desesperada: no hay nada más ridículo que la postura de un avestruz con la cabeza escondida bajo el ala, ni un solo estado puede existir sin servicio de información.

—Alzarán el grito…

—¿Y qué, es que nosotros no oímos gritos? Se pondrán a gritar, ya pararán, ¿o tenemos que acostumbrarnos?

> Recluté a M. M. Isáiev en Moscú … de abril del año …; se marchó a Revel por asuntos relacionados con un trabajo clandestino en Petrogrado. Para el Estado Mayor es un hombre con un gran futuro en … aspectos; puede ser utilizado como … Militante en su talante antialemán, ha combatido en el frente ruso-germano. Conoce la mayoría de las lenguas europeas. Los informes sobre él se han elaborado con ayuda de nuestros canales diplomáticos en Harbin, Tokio y Pekín, por cuanto M. M. Isáiev combatió en las filas del ejército de Kolchak, tiene la medalla por la Gran Marcha sobre el Hielo (así llaman los rusos al raid del general Kappel, cuando este sacó a sus tropas del asedio rojo). Sus elevadas cualidades personales y para el servicio han sido corroboradas por N. I. Vanius hin, uno de los ideólogos del movimiento blanco en el L. Oriente, jefe del grupo de prensa de Kolchak, por el coronel V. G. Nedoshein y por el general Diterichs.

—Flojo —dijo Boki tras leer el plan de Stepansky—, no se sostiene… A ver, un agente, a ver…, en la clandestinidad… ¿Tienen pocos de estos?

—No muchos. Los agentes hacen de todo por caer en Francia o en Albión. Estos pagan mejor y las chicas son más baratas.

—Vale ya con las chicas… El que mucho habla de ellas, luego no pasa la revisión práctica. Será mejor que guarde silencio sobre ese tema, pan Stepansky…

—De una forma u otra me va a tocar trabajar para ustedes, pero aceptar el

código chequista de puritanismo…, libéreme de eso.

—No pretendo reeducarlo, ¡lo que me faltaba! Bien rapidito lo mandarían a la trena en Varsovia… con nuestro código…

—¡Bravo! Muchas gracias, pero no hace falta.

—Ignati Kazimírovich, nos ha dicho que el general Hoziak es avaricioso hasta decir basta. ¿Le parecerá interesante esta opción? —preguntó Boki y con el codo le acercó a Stepansky una hoja donde estaba escrito lo siguiente: «Isáiev tiene importantes contactos con el movimiento clandestino de tráfico de divisas de Moscú. No me ha comunicado ningún dato concreto al respecto, pero pretendía ir a Revel precisamente para conseguir los recursos que los negociantes trasvasan desde Rusia a fin de enriquecerse ellos, y no siguiendo los intereses de los antibolcheviques clandestinos. Creo que en Revel, si se establece la correspondiente vigilancia sobre Isáiev, podemos, en primer lugar, ponerle determinadas dificultades y hacer que se dirija a nosotros para sortearlas y, en segundo lugar, tenemos la posibilidad de llegar a contactar de forma encubierta con el movimiento clandestino de tráfico de divisas, que es increíblemente importante y tiene amplias ramificaciones. Considero que es imprescindible mi salida urgente a Revel, pues tengo fijado un punto de encuentro con Isáiev y acordados los plazos de estos. En caso de que me ausente, deberá prestarle ayuda el tercer secretario, Marek Jan. Los informes sobre Isáiev han sido elaborados por nuestra gente en Harbin, Pekín y Tokio, tiene referencias muy positivas (N. N. Vaniushin, el ideólogo del movimiento blanco en el Lejano Oriente, se marchó en 1920 a Dairen; el general de palacio Diterichs; el atamán Semiónov, ahora retirado)».

—Esto interesará a los nuestros. ¿Podré pasar un día o dos con Isáiev para elaborar la leyenda?

—Está en la cárcel. En Revel…

—Tendría que haber empezado por ahí. No conozco a Isáiev, no lo he mirado a los ojos, no sé hasta qué punto es resistente a los interrogatorios, no…

—Sí que lo conoce —lo interrumpió Boki—. Fue la primera persona con quien se vio, en Meschánskaia.

—¡Vsévolod! ¿Sufre presidio? Se van a romper los dientes con un hueso así… —Se quedó callado un momento—. La operación saldrá cara.

—Pero ¿habrá operación?

—¿Con qué lo han pillado?

—No tienen pruebas. Lo más seguro es que los alemanes le hayan tendido una trampa. Los mismos para los que trabajaba nuestro diplomático…

—¿Trabajaba? —Stepansky subrayó el final al repetir la pregunta—. ¡Qué rapidez! Acepte mis felicitaciones… ¡Bravo!

—Sin usted no lo habríamos encontrado, Ignati Kazimírovich.

—¿Era alguien importante?

—En cierta forma.

—Gracias por una aclaración tan completa.

—¿Entonces? ¿Se va a hacer cargo?

—¿Tiempo? ¿Plazos? ¿Cuándo se empieza?

—Ayer.

—¡Bravo! Se lo estoy preguntando en serio.

—Y yo le he respondido completamente en serio: ayer. Hoy, en todo caso. Le prepararemos unos mensajes cifrados de Vaniushin y Diterichs, entra dentro de nuestras posibilidades. Pida a los suyos que se vean con Urúsov en Moscú; aquí tiene la dirección. —Boki movió una hojita—. Memorícela, no hace falta que se la lleve. Y que mañana presenten una solicitud en Revel: cómo se comporta Isáiev.

—¿Con quién voy a ensayar las conversaciones? Si me hubieran creído antes, podría haber discutido todo esto con Vsévolod.

—Su detención no entraba en nuestros planes.

—No confían en mí… No necesito sus secretos, ya tengo los míos propios… De verdad quería ayudarlos: nuestra situación es irremediable, todos hemos levantando tantas vallas para separarnos que yo, dado mi carácter, estoy mejor aquí… Tiene usted razón: soy un charlatán en lo que se refiere a mujeres, pero si lo analizamos seriamente, es una rebelión contra nuestros fundamentos. No se ría. El matrimonio en mi país es un yugo, algo propio de pequeñoburgueses. Y no puedes divorciarte, porque está mal visto y ¡adiós a tu carrera! ¿Qué puedo hacer sino convertirme en agente?

—En espía…

—Déjelo ya —se enfurruñó Stepansky—. Agente, espía… , y una cosa y la otra son igual de viriles… Y no tiene ningún sentido dividir el mundo en espías de otros y agentes propios. En casa ahora soy espía, no agente… Está bien, vamos a dejarnos de discusiones especulativas…

—Muy bien, no me decidía a cortarlo, ya me ha quedado claro que es usted un hombre realmente susceptible.

—Cualquier hombre es susceptible y un agente, todavía más. Y encima tendrá alguna tara… En fin, ¿cómo es que cayó?

—Uno de los alemanes se la jugó para que lo detuvieran.

—Por cierto, Marek Jan, el tercer secretario de la embajada, es amigo mío. Pero, si no recuerdo mal, no se lo había contado, ¿no?

—No —Boki sonrió ligeramente—, no me lo había contado.

—¡Bravo! Ya veo que su servicio de extranjería trabaja bien. —Se quedó un buen rato quieto, pensativo, mientras se mordisqueaba el bigote rojizo—. ¿Isáiev estuvo con Kolchak o es todo cuento?

—Ha trabajado con Kolchak.

—¿Dónde?

—En el grupo de prensa.

—¿Ha mantenido el contacto con los periodistas franceses o americanos?

—Tendríamos que comprobarlo…

—Los periodistas son gente corporativista. Es la segunda profesión más antigua, pero no les interesa la nobleza, sobre todo si se trata de los suyos. Tengo lazos con periodistas de París… Lazos firmes…

—Buena propuesta. Hagamos una prueba: «A instancias de los alemanes, que lo han acusado de espionaje, se ha detenido a Isáiev, distinguido periodista y una de las cabezas pensantes del movimiento blanco. Su arresto se debe a la fuerza de la egoísta corrupción de los alemanes en Estonia. Por lo visto, el Gobierno estonio no ha sido informado de esta detención, de lo contrario se habría puesto fin a este atropello. Hemos sabido de casos en que la policía, temiendo ser castigada por ilegalidades, ha simulado el suicidio de la persona a la que debían poner en libertad. En este caso es Neumann quien ha de responder por la detención de Isáiev. Parar a Isáiev solo favorece a funcionarios interesados y a chequistas-chupasangres». ¿Así, por ejemplo?

—Bueno, no está mal… Incluso diría que está bien. mañana debería ir a París, no a Revel. Mucho mejor si es hoy. ¿El nombre de Antoine Cabain no le dice nada? Es amigo mío…

Antoine Cabain había empezado en el periodismo con sueltos de dos líneas. Tras sufrir el descarrilamiento del tren Toulouse-París y salir de él solo con magulladuras, escribió un reportaje sorprendente. Después se marchó a Transvaal; sus crónicas desde la corresponsalía dieron la vuelta al mundo. Al principio disfrutó de la gloria, de la notoriedad, pero después rechazó inesperadamente una gira europea muy bien retribuida con clases y conferencias sobre la Segunda Guerra Bóer, y se marchó a Rusia para alcanzar el Ártico junto con los exploradores polares Sedov y Kolchak. Esto le pareció demasiado despiadado: inventar microhéroes y macromalvados en periodismo; lo que había visto en la vida debía escribirse en prosa. Escribió una novela que tuvo éxito más por su nombre que por sus cualidades literarias. Publicó cinco libros en tres años y volvió a marcharse, esta vez dos años, a Japón y a China. La prosa ya no le resultaba satisfactoria, había comprendido que la literatura estaba obligada a ser demoledora, terrible, implacable, pero él no había sido capaz de «matar» ni una sola vez a su protagonista, lo espantaban los desenlaces trágicos, buscaba conclusiones buenas y felicidad total para los personajes que le gustaban. Entonces regresó a su periódico, donde el editor le dijo:

—Cabain, ¡menuda pieza es usted, qué astuto! Ha dado una hábil vuelta para regresar como un rey al gremio de los gacetilleros. Nadie envidia tanto a

los escritores y nadie los respeta tanto como los periodistas, bien lo sé yo. ¿Qué es lo que quiere hacer aquí?

—Lo que me apetezca.

—¿Guerras? ¿Historias heroicas? ¿Infamias?

—Todo eso son consecuencias. Voy a dedicarme a las causas. A la política y a los políticos. Me encomendé a la literatura, me parecía que la palabra haría entrar en razón al mundo, pero era una tontería. Los soberanos asiáticos temen a la literatura, sus pueblos son ignorantes y por eso creen en los libros, igual que los niños creen en los juguetes. Las democracias asentadas pueden permitirse cualquier capricho inmaterial, incluso la palabra libre. Voy a intentar agarrar el toro por los cuernos; dejaremos el rabo a los jóvenes subvertidores de los fundamentos.

—¿Sabe que ahora seguimos la orientación de Clemenceau?

—Sí. Y he venido para no dejar que Clemenceau haga tonterías. Tiene muchos que lo glorifican, a ver si aguanta a uno solo que le diga la verdad a la cara.

—Usted no necesita de su gloria, por consiguiente todo lo que usted empieza, en serio… ¿Cómo va de dinero?

—El dinero ahora no me preocupa.

—¿No le gustaría desayunar con Clemenceau?

—Sería todo un honor.

—Si le dijera que tienen intención de pelearse por su causa, diciéndole al mismo tiempo todo lo que considere necesario decirle, como amigo, no como un adversario chillón, haremos una buena obra.

—¿Haremos? —Cabain alzó ligeramente las cejas—. ¿Por qué «haremos»? Haré. La haré yo, no la «haremos». No se enfade, el mercado literario enseña esta precisión cruel al principio, pero así no habrá ningún malentendido al final. De lo contrario no se conservaría no ya una amistad, sino ni siquiera una habitual relación de camaradería.

Precisamente Cabain, después de conversar con Stef-Stepansky y con Stanisław Siedlecki, consejero de la embajada polaca en París, quienes le hablaron de los sufrimientos de un gacetillero ruso que había caído en el misterioso entrelazamiento de las relaciones germano-estonio-rusas, se fue a ver al ministro de Asuntos Exteriores. El ministro tenía en cuenta las opiniones de Cabain, como todos en Francia.

> Estrictamente personal, para el señor Piip, ministro de As. Ex. de Estonia
>
> Respetado señor ministro:
>
> Ayer, durante una recepción en la embajada americana, estuvo hablando conmigo el ministro de Asuntos Exteriores de Francia. La cuestión a mí me parecía local, pero el ministro insistía en pedir aclaraciones sobre las causas de la detención del héroe del

movimiento de liberación ruso Isáiev, denigrado supuestamente en Revel por culpa de las intrigas del servicio de información germano, que actúa siguiendo un soplo de los bolcheviques. En este sentido, el ministro hizo referencia al caso de Šalukavičius en Kovno,[41] donde los alemanes, dirigidos por la Checa, lograron que se arrestara a un súbdito francés tras fabricar contra él una acusación de espionaje. Hice promesa de pedir informes a Revel, después de señalar que no creo mucho en rumores de ese tipo, pues en Estonia se respeta rigurosamente el Estado de derecho. Solicito una respuesta sobre el modo en que corresponde conversar con el ministro la próxima vez, si he de regresar personalmente a esa cuestión para dar explicaciones o si es más razonable evitar la conversación hasta que haya una interpelación oficial.

Ministro plenipotenciario y embajador de Estonia en Francia
P. Pusta

Moscú. Para Boki

En marcha la táctica con A. Cabain. Se han dado todos los pasos posibles. La decisión de esta cuestión ahora es competencia de las autoridades de Revel, del ministro del Interior Einbund y del de Exteriores (Piip). Presumo que se puede ejercer presión sobre Piip, el de Asuntos Exteriores, utilizando Londres como punto de referencia.

Joseph[42]

[41] Actual Kaunas. (N. de la T.)
[42] Seudónimo de Stef-Stepansky.

LA LÓGICA DE UNA CONVERSACIÓN CARCELARIA…

—El porqué escribe un escritor es una cuestión muy compleja, Maxim Maxímovich… Esta frase es de un escritor ruso: «Rózanov, ¿tienes al menos un poco de interés en el lector?». «Claro que no, si es lo más tonto que hay». «Entonces, ¿por qué escribes?». «Me dan dinero…». Una broma nacida de la más completa desesperación… El escritor escribe porque no puede no escribir. Todo el rato debe componer lo que se le ocurra. Un auténtico literato escribe no para demostrar algo a alguien. El escritor que se imagina como un simple emisor de información — decía lentamente Nikándrov mientras daba vueltas por la celda—, y no como un escritor en general, sino como un politicastro hacendoso…

—¿Un «politicastro hacendoso»? —se sorprendió Isáiev, y se levantó del catre—. Sin embargo, yo creo que la literatura rusa siempre ha querido servir a una causa…

—A qué causa, esta es la cuestión. Servir sí quería. ¿En qué nivel? Chernyshevski servía en un nivel, Rastopchín, en otro.

—¿Y Pushkin? —preguntó Isáiev.

—Pushkin es el principio de los principios de Rusia. Es la Rusia no materializada; es la Rusia que una vez relumbró. Porque él también sirvió, pero siempre fue fiel a sí mismo… «No quiero ser bufón ni siquiera junto a nuestro Señor Dios», ahí reside toda su dignidad. Cantaba como un pájaro, hacía tonterías, hacía imitaciones burlonas, enviaba a Benckendorff[43] cartas asustadas. Y precisamente por eso era un hombre y podía permitirse tal ingenuidad, porque había algo sagrado en su interior… Y se habría mantenido aparte de la «política» de usted…

—Entonces, ¿cómo explica usted su artículo «Apuntes sobre la instrucción del pueblo»? ¿O «La historia del levantamiento de Pugachov»? Ahí él era político, ¿no?

—Recuerde que una vez le preguntaron a un gran hombre francés: «¿Qué hacía usted mientras Robespierre cortaba cabezas, Fouché organizaba pogromos y Mirabeau daba discursos?». «Yo vivía», respondió el francés. De

alguna manera, Pushkin también vivía. Pero en él se materializó la armonía divina de esa antigua clase que una vez apareció en Rusia. ¿Él sirvió? No sirvió a ninguna causa. Y ni siquiera junto a nuestro Señor Dios fue bufón. Estaba unido al zar por un «acuerdo personal». Recuerde: «Prefiero ser frívolo que desagradecido». Y por eso escribió sobre Pugachov, porque tenía la protección personal del zar, porque el zar le daba de comer, le prestaba dinero, lo apoyaba, lo sacó de las filas de los decembristas… Y por eso Pushkin, habiendo dado su palabra, y era un hombre de honor, un hombre loco a más no poder por el código del honor, sirvió de broma…

—¿A qué sirvió?

—A la verdad. Así es como se diferencia a un escritor del común de los mortales, tiene muy desarrollado el sentimiento de dignidad personal. La personalidad no es ser un individuo, la personalidad es el momento de refracción de la verdad común. ¿Y en qué se diferencia la personalidad del individuo? —continuó Nikándrov acalorado—. El individuo es una separación. Mientras que la personalidad es la conciencia de que «yo he aparecido y me iré». La tragedia de la personalidad reside en que, una vez creada, debe desaparecer. Si yo muero, mi personalidad desaparece. ¿Acaso es posible reconciliarse con esa idea? El escritor, si es un escritor nato, es depositario de una justicia superior. ¿Y dónde está la justicia en nacer y morir? El escritor está obligado a ser el depositario de la verdad moral, frente a la que la fuerza no debe tener poder. Vive con la cuestión de «ser o no ser». Pero si la fuerza domina, no queda sitio para la alta moral. ¿Y acaso no es ahora la fuerza quien domina en Rusia?

—¿Así que, en su opinión, Briúsov, Maiakovski, Yesenin, Kustódiev, Pasternak y Maliavin sirven a una fuerza desnuda y dominante?

Nikándrov se encogió de hombros:

—Todo verdadero autor encuentra su Gólgota. La tragedia del escritor ruso reside en que puede ser escritor solo en Rusia. Dentro. Pero no puede ser escritor fuera, porque es justamente en Rusia donde le cuesta tantísimo llegar a la gente. Quizá por eso haya nacido en Rusia el complejo del escritor. No puede escribir sin pensar en quienes lo rodean, pero, al mismo tiempo, no es capaz de llegar a ellos. Es la tragedia que crucifica a la literatura rusa. O tiene límites políticos, como Písarev. Entonces es hasta feliz si la crucifican. Y si surge un rayo de luz, como con Tolstói, Dostoievski y Gógol, entonces los manuscritos vuelan al fuego, entonces el hombre huye de casa no sabemos a dónde, entonces él, como Dostoievski, es infeliz toda su vida, es epiléptico, porque este abismo no puede saciarse con el simple servicio a una determinada situación política. Pero tampoco tiene dónde meterse. He aquí la tragedia del escritor ruso. El escritor de Occidente en un instante se realiza y se seca; en Rusia la desgracia es que no puede realizarse, pero en su interior se

van acumulando los pensamientos, la fe, y lo desgarran. Y por eso marcharse de Rusia para él es igual de trágico que quedarse.

A Isáiev le encantaban estas conversaciones con Nikándrov. No interrumpía al escritor si no estaba de acuerdo con él: lo escuchaba intentando comprender su lógica, pues nunca antes se había encontrado con concepciones semejantes. Estaba rodeado bien de amigos, bien de enemigos declarados. Nikándrov se esmeraba en estar en el centro, y Vsévolod comprendía que, de decirle esto al escritor, sus conversaciones cesarían: Nikándrov solo podía hablar cuando creía en la atención benevolente de su interlocutor.

—Me he hecho muchas veces la pregunta —dijo Vsévolod— de por qué en Rusia la palabra impresa posee una fuerza tan mágica. ¿Por qué confiamos tanto en ella y le tenemos tanto miedo?

—Qué forma tan bonita de decirlo… —sonrió Nikándrov.

—Me he respondido más o menos esto: somos una potencia campesina, sin caminos decentes, aislada por extensos espacios… La palabra le ha dado conexión a una nación poseedora de un territorio gigantesco, precisamente ha sido la palabra.

—Eso es importante —convino Nikándrov—. ¿Y después?

—La indolencia rusa, dicen. ¿Y por qué es posible? Porque el aldeano, si no quiere sembrar cereal, tira la red a un estanque y pesca; que no quiere pescado, se va al bosque y derriba un oso; que no quiere derribar un oso, trenza unos chanclos y los vende en el mercado. Y si no quiere hacer nada de nada, entonces se va a Siberia y se pone a criar abejas.

—No son reservas sin fondo.

—Cierto. Por eso en Rusia hemos empezado a experimentar. Se está pensando en destruir el modo de vida ruso, maravilloso, bonito y sabio pero infinitamente inerte, y hacer entrar al país en la organización de la producción de maquinaria…

—Entonces morirá también la cultura rusa tal como la conocemos.

—Pero es que todo fluye, todo cambia. La cuestión de las cuestiones es quién va a influir en el proceso del desarrollo evolutivo de nuestra cultura. ¿Yo? No. ¿Usted? Justo.

—Ha dicho muy bien que en unas extensiones como las nuestras nada puede agrupar a la gente, excepto la palabra o la violencia. Así es como nació el gran estado. Es cierto, se puede derribar un oso, cazar una liebre o vender chanclos trenzados. ¿Cómo combinar todo esto para hacer una nación? Había dos posibilidades. Una se oponía a la otra. Una es la de nuestros Ivanes y Nicolases: látigo, bayoneta y correo militar. Y la segunda va de Pushkin a Dostoievski, a Tolstói, Chéjov y Bunin. Ellos agrupaban a su país, a Rusia. Imagino que, pese a todo, dos osos pueden vivir en un único cubil, es inevitable…

—Usted y yo estamos bien avenidos y vivimos en el mismo cubil… Usted representa la palabra, entonces yo, digámoslo así, el látigo… —se sonrió Isáiev.

—El estado y la espiritualidad —suspiró Nikándrov.

—Hemos jugado la carta de arrastrar al campesino fuera de su isba inclinada, de enviar a su hijo a la facultad obrera y a su nieto, a la universidad. Y devolverlo después al pueblo como una personalidad de amplia instrucción.

—¿Y cómo van a conseguir que, con ello, no deje de ser un hombre?

—¿Es que ahora es un hombre al cien por cien?

—Ahora es un hombre en potencia, pero todavía no está muerto. Y cuando ustedes lo hayan pasado por la picadora, solo le quedarán dos posibilidades: salir como un hombre civilizado o como un mecanismo civilizado.

—Cierto. Y es entonces cuando su palabra se hace imprescindible.

—¿Para qué? —Nikándrov se encogió de hombros.

—Porque siempre debe haber alguien que, pacientemente, recuerde a esos millones que son personas. Ese hombre será ridículo, le lanzarán tomates podridos. Esos hombres son el blanco de las burlas, pero deben existir. Y mientras alguien gracioso siga diciendo que el bien es el bien, pero que el mal es el mal, y que el negro es negro, pero el blanco es blanco, ¡el hombre seguirá siendo hombre!

—Bonito… y amargo… Debería ser escritor, Maxim.

—Dígame, lo que está ocurriendo ahora en su país, ¿le parece necesario?

—Necesario. E inevitable.

—Recuerdo sus libros sobre Pedro I e Iván el Terrible. Había respeto hacia sus experimentos…

—Es fácil juzgar cuando tienes delante el resultado del experimento. El látigo con el que el sentido común azotaba el trasero de los aldeanos se ha vuelto historia. En la época de Pedro me habría costado escribir un libro así. Iván tenía al menos cierta inquietud moral, se arrepentía de cuando en cuando, mientras que Pedro mataba sin arrepentirse, en él ya existía el nuevo espíritu… Un programa, llamémoslo así.

—¿Y tenía algún programa su hijo, Alejo? ¿O el príncipe Kurbski? —preguntó con curiosidad Isáiev—. ¿Tenían estos un programa?

—El programa de Kurbski era Rusia como una comunidad de elementos boyardos relativamente libres, la movilidad horizontal, garantías, es decir, una sociedad de tipo parlamentario, británica. De haber ido entonces Rusia por su camino, ahora estaríamos levantando monumentos en honor a Kurbski, y no a Iván.

—¿A dónde emigró Kurbski?

—A la Rzeczpospolita.

—¿Tenía entonces Polonia buenas relaciones con Rusia?

—No.

—¿En qué papeles escribió Kurbski sus ejercicios?

—En polacos, naturalmente.

—¿Y a quién convenía más la filosofía y la concepción de Kurbski, a Rusia o a Polonia?

—¡Pero es que él no podía soportar la visión de la sangre inocentemente derramada! Igual que yo ahora, cuatro siglos después…

—¿Y por qué soportó la sangre de 1905? —Isáiev se ensañó—. ¿Los pogromos?, ¿las ejecuciones?

—Precisamente esa es la razón de que toda la intelectualidad rusa progresista se opusiera al zarismo.

—Estoy hablando de usted, no de la intelectualidad…

—En cuanto intente ayudar a estos contra aquellos o a aquellos contra estos, pasaré de ser escritor a ser un hombre impotente, enredado en la corriente, que ha perdido la sensación de tener un punto de referencia real. En cualquier sociedad debe haber puntos inmóviles en medio del caos. De cuando en cuando la gente que gira en corro debe fijar la vista en algún sitio y recordar quiénes son.

—Bueno, siga…

—En Europa la Iglesia y la literatura han existido siempre por separado y cada una ha cumplido con su tarea. De ahí la falta de espiritualidad de la literatura europea, su practicismo, de ahí el arte por el arte, el esteticismo, el vanguardismo… Mientras que en Rusia la Iglesia siempre ha estado impotente ante el poder. La literatura espiritual en las personas de Dostoievski, Tolstói o Gógol era la única esfera donde las constantes del espíritu y de la moral podían conservarse. Naturalmente, es muy fácil perderlo. Pero solo se pueden perder una vez. Ahí es donde se diferencia la literatura rusa de la europea, en que conserva la moral de espíritu. Es la guardiana de los valores eternos… Y ustedes quieren arrastrarla a una pelea. Es posible comprenderlos, por supuesto: necesitan cumplir una tarea extraordinariamente complicada, buscan ayuda donde sea, hasta están dispuestos a exigir a la literatura un trabajo puramente propagandístico.

Aporrearon la puerta:

—¡Nikándrov, hora del paseo!

Isáiev le hizo un guiño a Nikándrov y dijo así como así:

—Vaya a respirar aire puro y no se cabree. Después terminamos la discusión.

---

[43] Alexandr Jristofórovich Benckendorff (1782-1844), hombre de Estado y general de caballería a quien el zar Nicolás I encomendó el control y vigi- lancia del poeta. (N. de la T.)

… Y LA LÓGICA DEL CARCELERO

Después de que Neumann regresara el lunes a su casa, la gente de Román lo mantuvo vigilado las veinticuatro horas del día. Román suponía que Neumann podía informar al ministro Einbund de su nuevo reclutamiento y empezar un contraataque.

Al principio esta fue la intención de Neumann; cuando hubo regresado a su mõis desde el bosque, se burló de la temeraria estupidez de los rojos. Pero cuanto más a conciencia recordaba los detalles de la conversación en el bosque, cuanto con más exactitud revisaba su futura explicación con el ministro, más experimentaba una extraña incomodidad. Se acordó de Artur Gross, en el pasado un instructor con futuro y ahora convertido en un pequeño oficinista. Gross había ido a ver a Neumann con un asunto casi idéntico: en el tren, tras encerrarlo en un compartimento, tres jóvenes lo habían obligado a darles datos sobre las acciones planeadas por la policía en relación con el inminente Primero de Mayo. Al llegar a Revel, Gross fue directo a ver a Neumann. Artur Ivánovich había comprendido que el sincero informe de Gross le ofrecía un amplio campo para contraatacar a los rojos. Neumann agradeció a Gross su informe y le entregó una recompensa monetaria, pero se estuvo pensando muchísimo el invitarlo a planificar la nueva operación y, al final, no lo invitó. «Quién sabe —razonó entonces Neumann— hasta qué punto están interesados en él. ¿Y si lo secuestran cuando sepa mi nuevo plan? Le da miedo morir, eso está claro, ya que reveló todo a los rojos, no prefirió un disparo en el pecho».

Cuando se enteró de que no lo habían llamado para reunirse con Neumann, Gross empezó a beber de esa manera que solo saben hacerlo los estonios: sombría y escandalosamente. Neumann le hizo varias observaciones amistosas, pero después lo echó de la policía y solo al cabo de medio año se enteró, por un provocador infiltrado en las redes clandestinas, de que la operación en el tren la habían llevado a cabo los rojos sin que tuviera conexión alguna con las festividades del Primero de Mayo: Gross era famoso por su odio fanático hacia los comunistas y decidieron comprometerlo. Había que sacarlo de la policía y los comunistas lograron que lo hiciera el propio Neumann.

«¿Qué garantías tengo de que el ministro sea más cauto que yo? —razonaba Neumann—. Al menos después yo encontré el valor cívico de ir a ver a Gross e invitarlo a volver a la policía. No es culpa mía que se diera a la bebida y no fuera capaz de llevar los casos. A mí no vendrá a verme el ministro, incluso aunque consiga salir victorioso del caso de Isáiev. ¿Y hasta qué punto nos interesa a nosotros, a los estonios? —por primera vez Neumann se hizo la pregunta como es debido— . ¿No estaremos sacando las castañas del fuego a los alemanes? Pero si ahora me pongo a acudir a unos y otros por este asunto, enseguida me convertiré en un resentido a ojos de los dirigentes y, si me han podido ofender, significa que soy culpable, débil y poco hábil. En cualquiera de las tres opciones, tengo las de perder, porque el jefe de la policía política no tiene derecho a dejar que lo ofendan».

De regreso en Revel la mañana del lunes, Neumann no había llegado a tomar ninguna decisión y continuaba deliberando penosamente hasta qué punto podía confiar en el valor y sensatez del ministro. Unas dos veces estuvo listo para ir a ver a Einbund y contarle todo lo sucedido. Pero, en cuanto estaba resuelto a ir a ver al ministro, se paraba: debía pensar toda la situación de nuevo, qué le habían pedido, después de qué torturas había accedido a hacerlo y qué ventajas podía tener este «reclutamiento» para la policía política.

Se había montado una versión bastante completa al decidir que, a fin de cuentas, un mõis quemado valía el prestigio del jefe de la policía, pero de nuevo se paró.

«Seguro que el ministro pide que le hable de Isáiev, cómo, por qué y con ayuda de quién se le ha capturado. ¿Y estoy facultado para comunicarle los datos de Nolmar? La amistad es la amistad y los alemanes son los alemanes, pero las elecciones están a la vuelta de la esquina y Einbund empezará a exigir pruebas —razonaba Neumann—, por lo visto primero tengo que ir a ver a Nolmar y discutir con él todos los detalles. Aunque no dejará pasar la oportunidad de sacar provecho de la conversación y al instante pasaré de ser buen conocido a depender de él. Y si ahora me está organizando lo de la casa de reposo para mi mujer y mis hijas, después de una conversación así, se sentirá con derecho a entregarme el precio del descanso en efectivo».

Y así pasó el lunes. Por la noche Neumann no pudo pegar ojo. Al amanecer se acercó de puntillas al armario, se tomó una copita de coñac, se acostó bajo el plumón cerca de su mujer y, con la cabeza apoyada en su cálido hombro, se quedó dormido… no mucho más de media hora. Y el martes el ministro salió urgentemente a Tartu a las celebraciones del vigésimo aniversario de Jaan Tõnisson en el oficio periodístico. Aquí se iban a reunir muchos diputados del parlamento, profesores y catedráticos, los editores de Vaba Sõna, Postimees y Päevaleht, en resumen, la gente de la que habían empezado a depender muchas cosas en Estonia.

El miércoles por la mañana Neumann comprendió con total claridad que ya iba tarde. Ahora sí que era seguro que el ministro no lo creería, porque no había ido a verlo la mañana del lunes ni la noche del domingo, sino solo la tarde del miércoles. Y se lo guardó, convenciéndose como desde fuera — por cierto que de forma totalmente involuntaria— de que todo lo que había ocurrido allá, en Perel, era un sueño salvaje y absurdo, de que se lo había parecido a él que ocurría y que la vida debía seguir tal como había sido antes.

Cuando los vigías comunicaron a Román que Neumann no había ido al ministerio esos días, seguro de que por teléfono no iba a hablar de algo así con el ministro —todas las conversaciones pasaban por las chicas de la centralita —, Román fue a Nõmme, a la casa donde vivía Neumann, y decidió hablar con él allí mismo. Sus camaradas tenían bien cubierto el barrio, entrada la noche no solía haber casi transeúntes, así que estaba libre de riesgos. Román esperó a que se alejara el coche del jefe de la policía y lo llamó cuando este atravesaba el jardín en dirección a la puerta.

—Artur Ivánovich, disculpe el sobresalto. ¿Tiene cinco minutos?

Neumann se giró despacio, por un instante lanzó una dura mirada a Román, después respondió:

—Este no es un buen sitio…

—Vayamos a dar una vuelta.

—Pero rápido, por favor, no me encuentro muy bien.

—¿Tiene intención de pasarle el caso de Isáiev a otra persona?

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno, por su mal estado de salud… El viaje a tomar las aguas, el descanso prescrito por el médico… Artur Ivánovich, habría que exponer los motivos de otra manera: un ataque al corazón en el trabajo, todo como muy inesperado, aunque convincente tanto para su jefe como para mí. Aquí la gradación puede ser mortal. Podrá ponerse enfermo cuando hayamos acabado nuestro trabajo.

—Todavía no he tenido ocasión de ponerme con el caso de Isáiev.

—Queremos facilitarle la tarea. Tenga, unos cigarrillos, en la boquilla hay un mensaje serigrafiado para Isáiev. Después llámelo para interrogarlo y así él nos enviará por usted la respuesta. Hasta la vista.

Neumann pasó la tarde en su despacho, examinaba por centésima vez las cifras en el papelito serigrafiado.

«Tengo que ir ahora mismo a hablar con el ministro — pensaba sin mucha consciencia—. Pero entonces Eindbund preguntará —objetaba en su interior alguien, un ser pequeño, sobresaltado, lastimero— por qué no lo he hecho

hasta ahora. Responderé que estaba esperando. Y él preguntará que por qué no podíamos esperar juntos. Dejará de confiar en mí si confieso, incluso si rompemos la cadena que se alarga hasta la cárcel».

Y, de pronto, la ira se abrió paso en su interior: todo iba tan bien y, de repente, ese absurdo encuentro en el bosque lo había plantado en un límite fatídico, y dejó de ser él mismo, dejó de ser el antiguo Neumann, el honrado, el exigente y bueno.

La ira lo ahogaba, pero era una ira impotente: quería demasiado a su mujer, a sus hijos y a su mõis en Perel como para borrar de la vida al penoso Neumann actual. Era demasiado simple y materialista como para descubrir en su nueva situación la posibilidad para una posterior actividad, arriesgada pero, a fin de cuentas, prometedora si se centraba bien en sus nuevos patronos. Encima, resultó que no era tan justo y extremadamente sincero como siempre se había considerado: no se culpó a sí mismo de lo sucedido, tampoco se atrevió a culpar al chequista canoso del bosque, puesto que este era inalcanzable; pero ya sabemos que la ira suele encontrar una salida. Así que Neumann necesitaba encontrar un culpable y este fue el ministro Einbund.

«Si fuera una persona en la que se pudiera confiar, si fuera un político de verdad y no un politicastro que se vende cuando puede sacar beneficio con fines partidistas, hace mucho que habría ido a verlo y juntos habríamos ideado una operación audaz. Si en lugar de ese fanfarrón hubiera un verdadero patriota amante de su patria, no estaría sufriendo así».

Neumann se levantó de la silla, aguzó el oído. La casa estaba en silencio, en algún lugar goteaba un grifo y este sonido conmovió a Neumann hasta el punto de quedarse inmóvil, sintiendo las lágrimas en la garganta, prestando una prolongada atención a las gotas, y estas lo trasladaron a la infancia, cuando vivía en el caserío, a los atardeceres de primavera que se convertían en amaneceres a través de la noche gris, vacilante; recordó a su madre, su cara bondadosa, y reparó de pronto en que en su infancia el silencio era diferente, especial: tranquilo y apacible.

«Por mi madre, por esa mujer santa, debo resolver cómo comportarme a partir de ahora», pensó Neumann.

El plan surgió de buenas a primeras, por la ira, abriéndose paso entre la lástima por su familia, entre el amor por su madre, el miedo del ministro y el odio temeroso a ese chequista canoso con el que todo había empezado.

«Le diré que solo él puede sacar a Isáiev del hospital. Prepararé un modelo de permiso, lo firmaré yo y se lo entregaré en mano. Que venga con su gente y yo los estaré esperando. Y allí les dispararé personalmente. ¿Que por qué no lo puse en conocimiento del ministro? Porque si dejas que pase por la administración y las secciones del ministerio, la fuga de información sería tan real que todo el asunto podría estar al borde del fracaso. El ministro exige al

gobierno dinero para ampliar su personal, pero lo que tendría que estar haciendo no es exigir dinero o debatir en las reuniones del gobierno, sino dedicarse a su trabajo cotidiano, minucioso. ¡Al vencedor no se le juzga! Al que da muestras de debilidad, se le destruye. ¡Solo firmeza, solo fuerza! Ya tengo un plan, ahora tengo que acostarme y ya me pondré mañana con los detalles para perfilarlo. Si venzo, el ministro caerá. Y luego, pues ya veremos».

Y con estas Neumann se quedó dormido, al momento y sin somníferos…

La vigilancia de la casa de Neumann continuó toda la noche. También la mañana del día siguiente: Román calculaba que si en ese momento, con el mensaje serigrafiado en sus manos, Neumann no iba ya por la mañana al ministerio —e iba allí muy pocas veces, solo en casos extraordinarios— , entonces podía dar por cerrado el proceso de reclutamiento. Aceptaba también que se diera la casualidad de que de pronto el ministro convocara a Neumann por algún asunto, que de pronto se fijara alguna reunión o que hubiera que obtener un visado en el Departamento de Exteriores; Román contaba con todo esto, pero sus amigos estonios habían prometido ayudarlo: Víktor tenía su propia gente en el ministerio, quienes podían controlar a Neumann incluso allí, en el sanctasanctórum de la policía secreta.

«Comunicación recibida —escribió Vsévolod como respuesta—. He informado a Neumann de que estoy dispuesto a declarar solo después de encontrarme con el tercer secretario de la embajada polaca Marek Jan».

EN SIBERIA

Vladímir Alexándrovich Vladímirov obligó a Ósip Shelejés a ir a la Checa para que consiguiera que el traslado de Nina continuara otras dos semanas.

—Su trabajo son los contrarrevolucionarios, no las bibliotecas —se defendía Shelejés.

—Una biblioteca, Ósip, es más importante y a veces hasta más temible que cualquier contrarrevolucionario. Una biblioteca son libros…

—¿Y quién diablos necesita libros ahora? Los blancos andan matando a gente en la taiga y tú… ¡me vienes con libros!

—¿Has estudiado aunque sea una sola vez en una biblioteca?

—¿Cuándo iba a hacerlo? A mí y a Fedia, mi hermano mediano, nos atraparon cuando yo tenía trece años. Hacíamos eks,[44] hacía falta dinero para la imprenta, y después, la clandestinidad, ¿cómo iba a estudiar?; distribuía el periódico, fui correo en Praga. Después de la revolución solicité el ingreso en la academia comunista, me enviaron a unos cursos de la Universidad de Tobolsk, pero llegaron los blancos y me entregaron al servicio de contrainformación. Y aquí —rompió a reír—, ¡ya verás qué carnet de biblioteca me dieron! Dos oficiales, sobrios, y su principal ocupación: descolocar costillas…

—¿Cómo es eso?

—¿Que «cómo»? Te desnudaban, te aplastaban las piernas con un riel, te ataban las manos, una patada en la cabeza, mira, desde entonces tengo el morro torcido, y con las manos te estiraban las costillas. Tres tengo rotas, en cuanto cambia el tiempo, me duele por dentro, un horror…

Shelejés se desabrochó la guerrera y se levantó la tela basta y amarillenta de su camiseta interior.

—No es necesario —le pidió Vladímirov con el ceño fruncido—, tápate.

—Cuando en los mítines hablo en contra de los intelectuales —Ósip rompió a reír—, y estos me fastidian y la masa obrera empieza a soltar risitas y se burla de mí, voy y les enseño el costado: aquí tenéis, les digo, ¡así discuten ellos cuando tienen el poder! No falla. ¡Después toca librar de los golpes a los intelectuales!

—¿Y en verdad crees que eso está bien?

—¿Por? ¡No voy pavoneándome de heridas ajenas!

—No se trata de eso. Al contrario, hay que batirlo con lógica, sin emociones. En Rusia valoramos la profundidad por encima de todo. ¿A dónde quiero llegar con esto? A que Uliánov os ha dado un programa: hay que estudiar, Ósip, estudiar.

—¿Y por qué has llamado Uliánov a Ilich?

—Es la costumbre de los años que estuvimos juntos en la emigración…

—Mira a ver… Si tienes algo en su contra…, te pego un tiro y luego escupo a tu cadáver.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No.

—¿Y cómo es que le tienes tanto cariño?

—Pues porque es Lenin.

—¿Lo has leído?

—Sus discursos en los congresos, también he leído El Estado y la revolución, ¿Qué hacer?…

—¿Y Materialismo y empirocriticismo, La cuestión agraria en la rusia de finales del siglo xIx?

—De momento no lo he conseguido.

Vladímirov le hizo un gesto con el dedo a Shelejés. Este se acercó precavido al anciano.

—Qué deshonra la tuya —dijo en un susurro Vladímir Alexándrovich—, y qué vergüenza…

—Y yo que pensaba que querías hacer propaganda contrarrevolucionaria —se sonrió Ósip.

—Cuéntame cómo te explicarías si en una discusión delante de una multitud de espectadores te preguntan: «No me satisface su respuesta de quiero a Lenin porque es Lenin. Es otra cara de la religión, cierto que de una manera nueva». ¿Qué responderías a eso?

—Si es delante de una multitud de obreros, pues no está bien pegar un tiro por esa pregunta, claro… A solas… le daría una paliza… Pero si hay una multitud, respondería esto: «A ver, tú, ¡gusano rastrero! ¿Cómo es que no te atragantas con tu propia lengua al hablar así? ¡Enemigo de los proletarios eres después de esas palabras!». ¡Ovación de los espectadores! ¿Qué, que no?

—No —Vladímirov meneaba la cabeza—. Yo respondería de otra forma. Yo diría: «Estimado contrincante, camaradas… ».

—¡Pero qué estimados ni nada! Contrarrevolucionario. ¡Di «ciudadanos»!

—Claro. «Ciudadanos, desde los tiempos de la Antigua Roma, cuando el líder de los esclavos Espartaco guio a sus partidarios contra los propietarios de esclavos de la altiva capital, la humanidad ha soñado con la libertad. Por ese

gran sueño marcharon a la muerte los campesinos de Alemania guiados por Lutero. Dio su vida el zar aldeano Emelka Pugach… Se pudrió en el presidio Radíschev… Combatieron los héroes de los Estados de Norteamérica… Sacudió las bases del mundo feudal el feroz Robespierre… Perecieron bajo las balas zaristas los decembristas; con la cabeza bien en alto aguardaron su ejecución Sofia Peróvskaia, Kibálchich y Alexandr Uliánov… Este sueño de la humanidad lo convirtieron en ciencia el barbudo Marx y el solitario Engels, el enamorado del mar… Un mundo de ciudadanos dormidos, cansado de la pobreza de ideas y de la obtusa existencia, escondido, aguardaba pusilánime un cambio. Siempre hay alguien que sale el primero y asume la gran y terrible carga de la responsabilidad: esto puede aplicarse por igual al pueblo, al estado, al individuo. Y entonces llegó Lenin. En lugar de esperanzas de un mesías que nos traería la libertad, Lenin convirtió en práctica las palabras del himno: "Nadie nos traerá la salvación: ¡ni Dios ni zares ni héroes!".[45] Lenin hizo volar por los aires el letargo del siglo. En cuanto la nueva sociedad empiece a calmarse, a esperar nuevas bendiciones de alguien, es menester que recuerde a Lenin: "Ahora todo está en nuestras manos, ¡sois los responsables de todo!". Hemos hecho lo principal, os hemos dado el gran derecho de distinguir a la gente no por un censo de riquezas, no por el color de su piel, sino ¡por cómo el hombre trata a la libertad!».

Shelejés escuchaba a Vladímirov fascinado, como un niño, incluso con la boca entreabierta. Cuando el anciano se calló, Shelejés se aclaró la voz, volvió a adoptar su habitual aspecto de escepticismo y desconfianza y dijo:

—A grandes rasgos ha estado bien. Ha tenido dos errores: no es Emelka Pugach, sino Yemelián Pugachov y, bueno, eso del barbudo Marx y que Engels era un solitario… no viene al caso, al fin y al cabo son líderes…

Nina estaba maravillada con el arte de Vladímirov en el trabajo. Podía estarse horas admirando cómo sujetaba un libro en las manos, cómo pasaba sus hojas, cómo lo acariciaba y con cariño toqueteaba el lomo una vez colocado en su estante.

Una tarde, mientras hojeaba un librito de su querido Montaigne, dijo pensativo:

—El talento, Ninushka, es una categoría innata que conlleva cierto desconocimiento misterioso. Pushkin escribía sus genialidades como de broma, sin pensar nunca en que estaba haciendo algo genial. ¿Y Schedrín? ¿Y las cartas de Chéjov? Escribía a sus amigos: «Estoy haciendo una cosilla aburrida, creo que no me va a quedar bien». Y estaba hablando de Los aldeanos. ¿Cómo aprender a determinar el ingenio humano innato?

—Hay que idear exámenes —dijo Nina—. Debates… —Qué poca seriedad. Ustedes los jóvenes no hacen más que generalizar; van de lo general a lo

particular, pero a mí me parece que lo correcto es partir de la individualidad, de la ley a la sociedad, y no al revés.

Vladímirov se apartó a los estantes con los libros clasificados y, tras observar orgulloso su trabajo, dijo:

—¡Pero qué bien lo han hecho! Dentro de una semana nos pondremos con las muestras del museo.

—Nunca habría pensado que trabajar con los libros fuera tan interesante. Una vez me desperté por la noche, como si hubiera alguien aquí con gasolina… ¡Qué horror! Vine corriendo y no había nadie. Y pasé aquí el resto de la noche, examinando todos nuestros libros.

Vladímirov acarició la mejilla de la muchacha y en su cabeza apareció el pensamiento de que con ese mismo movimiento acariciaba la mejilla de Vsévolod y, de pronto, una dolorosa angustia oprimió su corazón: ¿dónde estará? ¿Qué será de él?

En el cuarto contiguo retumbaron unas botas.

—¿Será verdad que ya tenemos estufa? —exclamó Nina y salió corriendo a la otra sala: aquí los libros también estaban ya clasificados, los suelos fregados y las ventanas cuidadosamente limpias.

Pero no era una estufa lo que había en la sala vecina: cinco miembros del Ejército Rojo estaban colocando camas de hierro junto a la puerta.

—Pero… ¿esto qué es? —preguntó Nina.

—Aquí tiene la orden, hermanita —respondió un soldado jovencito tendiéndole un papel—, todo según la ley. Vamos a instalarnos aquí cinco días: a dormir y a leer libros.

Nina, que seguía sin entender nada, preguntó:

—Pero, entonces, ¿van a vigilar la biblioteca?

—¿Qué hay aquí que tenga que ser vigilado? —se echó a reír otro, un mozo de pelo rojo fuego bajo su papaja caucasiana—. Si hubiera sables o pan, todavía. Vamos a dormir aquí, no hay otro sitio.

—No, camarada —dijo Nina—. No van a quedarse aquí por las noches.

Vladímirov entró y, desde el umbral, propuso:

—En el sótano hay una sala libre, pueden instalarse allí mientras buscan un sitio para vivir.

—¿La gente pudriéndose en el sótano —dijo el pelirrojo— y los libros aquí en una habitación? Venga, muchachos, coged sitio…

—¡Lo prohíbo! —dijo Nina—. Dadme ahora mismo esa orden, que os voy a encontrar un buen lugar.

—De eso nada —dijo el primer soldado—, nos gusta este.

—Dadme la orden —dijo Nina.

—¿Qué haces ahí de cháchara con la niña? —dijo un soldado mayor—. Suelta los bártulos y ya está.

—¿Quién os ha dado la orden? —preguntó Vladímirov.

—El que nos la haya dado —respondió el pelirrojo y, apartando a Nina con el hombro, arrastró una cama al estrecho pasillo entre los estantes, el más lejano de la puerta.

Nina agarró al chico por el brazo y, con una inesperada fuerza en un cuerpo tan delicado, le hizo darse la vuelta y soltó:

—¡Basta ya!

El chico dejó la cama en el suelo, apoyándola en los lomos de los libros, y empujó a la chica sin decir nada. Nina se cayó. Todo fue muy rápido. Vladímirov levantó su bastón y golpeó el cuello del pelirrojo.

—¡Desgraciado, salvaje! —gritaba—. ¿Cómo te atreves? Daba miedo: el bigote encrespado, las cejas alzadas e hinchadas y, en las comisuras de los labios, espuma blanca.

Nina corrió a su lado, lo abrazó para intentar tranquilizarlo. Vladímirov se dejó caer al suelo, pálido, respirando con dificultad.

El pelirrojo, ya recuperado, agarró el fusil e hizo resonar la culata. El soldado joven se lo quitó y se quedó petrificado en la puerta: seguía sin ser consciente del todo de qué había pasado.

—Desgraciados, deshonráis la gran obra —dijo en voz baja Vladímirov, al que Nina seguía abrazando—. Deberíais estar custodiando libros con los fusiles, pero lo que hacéis es graznar y levantar la mano a una niña. En cuanto me levante, os arrancaré el brazalete rojo, deshonráis el color rojo con vuestro comportamiento de malhechores…

—¡Peleas con un bastón, gusano! ¡No soy tu criado, burgués! ¡Abolido tendrías que estar! —gritaba el pelirrojo con voz fina y resentimiento.

—Tú eres el burgués —sollozó Nina—, ¡monstruo pelirrojo! —Se volvió a los demás miembros del Ejército Rojo— : Lleváoslo para que no siga gritando. Ahora mismo nos vamos a la Checa, ya aclararemos allí quiénes sois…

—Huy, están rabiosos —dijo el soldado mayor—. Vámonos, tú, no vaya a ser que con la emoción el viejo se quede en el sitio.

Nina salió corriendo al cuarto de al lado. Un minuto después regresaba con la cazadora de cuero sobre los hombros y un colt en la mano.

—Las armas contra la pared, ¡dispararé sin avisar al que desobedezca!

—¡Qué dices! —preguntó el joven en voz baja—. ¿Qué pasa?

—A ver, usted, abuelo —Nina hizo una indicación al más mayor—, acérquese y compruebe mi credencial, soy de la Checa siberiana.

—Perdónalo, hija —dijo el mayor—, es un botarate… Si lo hubiéramos sabido…

—¿Cómo que si lo hubieran sabido? ¿Entonces sí que habrían tenido miedo? ¡Vamos a la Checa! ¡Dejad aquí las armas! Vladímir Alexándrovich, enseguida vuelvo.

—Déjalo, Ninushka, déjalo —pidió Vladímirov haciendo un gran esfuerzo por levantarse del suelo—. No es culpa suya… Es su desgracia. Y mi comportamiento también ha sido feo… —Miró al pelirrojo y suspiró—. Perdónenme, por favor, camaradas…

De pronto Nina se echó a llorar, la pistola le temblaba en las manos, le caían lagrimones como ante la peor de las ofensas, como de niña…

—No pasa nada, Ninushka, no pasa nada… —Se volvió a los soldados—. Camaradas, vamos a hacer como que aquí no ha pasado nada. Iremos a ver la otra sala y Nina Ivánovna los ayudará a alojarse en un sitio bueno que no sea de acantonamiento.

—En la cárcel los van a acantonar —dijo Nina y, de pronto, tras un sollozo, rompió a reír.

Y también se echó a reír el soldado joven, y Vladímirov y, después, el soldado mayor. Estaban allí todos de pie y se reían, intercambiaban miradas…

Moscú. Para Boki y Kédrov.

Con ayuda de su gente, «Víktor» ha llegado hasta un camarada del ministro de Asuntos Exteriores, el director del departamento europeo, E. Tanneberk. Tanneberk ha mantenido dos conversaciones con el ministro Piip a propósito de la detención de Isáiev. El ministro ya estaba al corriente de esta detención y, en presencia de Tanneberk, se comunicó por teléfono con el ministro del Interior Einbund. Simultáneamente, un polaco, Marek Jan, empleado en la embajada, encontró la forma de informar al MAE de los detalles que había conocido a propósito del detenido Isáiev. Por nuestra parte, y dentro de nuestras posibilidades, hemos guiado a Gavrílov y a Shostak, dos importantes corredores de finanzas que tienen lazos con Londres, al entorno de Einbund. Dado que son rusos sin relación con los extremistas monárquicos, dado que tienen un poder económico real, escucharán lo que tengan que decir. En la mañana de hoy, la vigilancia exterior ha determinado que el ministro Einbund ha convocado a Neumann a horas intempestivas. Se puede suponer que lo han llamado por el caso de Isáiev. Para la tarde de hoy tengo planeado un encuentro con Neumann.

román

[44] Expropiación o eks en el argot revolucionario: ataque armado cuyo fin es el pillaje y el saqueo. (N. de la T.)
[45] Inicio de la segunda estrofa de la traducción al ruso de La Internacional. (N. de la T.)

EN REVEL

Neumann dejó que el automóvil se fuera tres casas antes de llegar a la suya.

—Vaya a descansar —le dijo al chófer—, quiero andar un poco.

Supuso que hoy lo estarían esperando, y no se equivocaba: junto a la cancela estaba ese, el canoso.

Neumann comprendió que hoy lo estarían esperando ya por la mañana, cuando el ministro le pidió un informe a propósito del detenido Isáiev. «Los franceses dicen que es amigo suyo y un hombre de todo punto agradable —aclaró Einbund—. Por eso he estado evasivo y no he dado ninguna respuesta concreta».

—Ya ve qué previsor soy —dijo Neumann a Román—. Si hiciera trampas, ahora mismo podrían detenerlo.

—Mejor que sea mañana —dijo Román—. ¿Cómo ha ido?

—¿Me pregunta que cómo funciona su organización? Funciona bien, a juzgar por lo que veo, han enganchado recursos de fiar. ¿Usted está aquí de forma permanente? ¿Legal?

—Completamente.

—¿No lo siguen?

—Lo sabrá usted mejor. ¿No ha tenido ningún aviso sobre mí?

—De momento no.

—¿Qué piensa responder a Einbund a propósito de Isáiev?

—¿Cuáles son sus propuestas?

—¿Ha sido Nolmar quien lo ha puesto en el punto de mira?

—Supongo.

—No sirve de nada «suponer» en un caso así. ¿Nolmar?

—Sí.

—¿Tiene alguna vinculación con él por obligaciones del servicio?

—¿Sospecha de nuestros tratos con él? No. Tiene muchos amigos en la policía, eso está claro, los alemanes tienen intereses aquí desde hace tiempo. Me aseguró, ya después de que mi gente hubiera procedido al arresto, que me entregaba un agente encubierto de la Komintern y de la Checa.

—¿Qué pruebas le dio para corroborarlo?

—Había visto a Isáiev con Shórojov. Lo relacionó con las organizaciones de Revel por las que había mostrado interés Isáiev, y el resultado era bastante convincente.

—¿Ya está?

—Creía que la documentación básica me llegaría por sí sola después de detener a Isáiev. Estaba convencido de que empezaría una batalla. Contaba con su aparición —Neumann se sonrió—, aunque no en un bosque.

—Razona bien…

—Nolmar es un agente de talento. Ahora me da más miedo que nada.

—¿Y si le escribe al ministro sus opiniones sobre este caso?

—¿Cuáles en concreto?

—Exige libertad de acción, pues la detención de Isáiev la han instigado los alemanes, quienes en el futuro pueden hacerles chocar con Francia, Inglaterra y Rusia. Nombre al ministro los apellidos de algunos de sus empleados que trabajan abiertamente en favor de los alemanes.

—¿Qué beneficio saco de iniciar una campaña antialemana?

—¿Y para qué calificar la campaña de antialemana? Califíquela de proestonia.

—¿Comprende usted las dificultades que voy a tener después?

—Sí, pero si confía en el statu quo, arriesga todavía más. Se está alzando contra los extranjeros que quieren indisponer a Estonia con sus vecinos.

—¿Beneficios?

—Muchos… Pero vuelva a analizar si hay algo con lo que Nolmar pueda pillarlo.

—Si nos ve juntos y averigua quién es usted, se dará cuenta de todo. Y se acabó.

—Estamos cubiertos por mi gente. Para el futuro montaremos un buzón de correos y un sistema de cifrado.

—Todos han caído así. Hay que pensar alguna otra cosa.

—Lo haremos.

—¿Cómo lo busco mañana?

—Aquí tiene una dirección: vaya a encargarse un traje en este taller. Lo veré allí entre las dos y las tres.

—Bien.

—¿Isáiev no sufrirá ningún percance si alguno de los suyos se da cuenta de que lo van a dejar libre?

—No lo sé, por eso he pensado si no sería mejor llevar todo este caso con cautela, sin hacer ruido y sin publicidad de más.

—Estoy a favor, Artur Ivánovich, pero me temo que el ministro pueda exigir que se castigue a los culpables de la detención de un ruso.

—No estoy obligado a conocer los intríngulis de cada detención…

—El ministro es quien no está obligado a conocer los intríngulis de cada detención, pero usted, desde el punto de vista de él, sí que lo está. Seamos sinceros: ¿por qué se hizo cargo del caso? ¿Contaba con hacer salir a toda la red detrás de Isáiev? ¿No era eso? Pues ahora toca pagar. En fin… Como suele decirse, a ver qué se hace con los puños en alto después de la pelea como no sea darse con ellos en la cabeza. Me parece que este caso no vamos a poder llevarlo con cautela: va a tener que enfrentarse a Nolmar.

Román había seguido su línea de actuación punto por punto: la liberación de Isáiev asestaba un golpe a toda la red de Nolmar en Estonia, que era realmente peligrosa. Ahora Román estaba apuntando a dos blancos a la vez y estaba en una de esas situaciones en las que tenía la posibilidad real de derribar ambos blancos.

—Sin riesgo, Artur Ivánovich, no hay forma de llegar a ser alguien. Se ha visto envuelto en un complejo enredo, así que nada de obrar con excesiva cautela: golpee con todas sus fuerzas. Después de dos o tres interrogatorios imparciales a Isáiev, convoque a los que prepararon el material contra él, la gente de Nolmar, y pídales pruebas inmediatas. Ellos correrán a ver a Nolmar. Y su equipo de vigilancia, detrás.

—En mi equipo hay gente de Nolmar.

—Hable con el ministro de Defensa; le vendrá bien aliarse con usted, que lo ayude el servicio de contraespionaje militar.

EN MOSCÚ

Permiso para sacar al detenido Prójorov acompañado de un grupo operativo encabezado por B. Búdnikov a la travesía Merzliakovski para que se encuentre con Gazarián.

G. Boki

Al salir de la travesía Merzliakovski, Gazarián ha comprobado varias veces que no lo seguían y después, convencido de que no había nada sospechoso, se ha dirigido a la calle Povarskaia, n.º 4, piso 9. En este piso residen los siguientes ciudadanos: Ívlev, un timbre; familia Anikéiev, dos timbres; Lóvichev, tres timbres; Shelejés, 4 timbres, y Firsánov, 5 timbres. Aquí estuvo no más de media hora (el reloj se me ha roto, no he podido determinar el tiempo exacto, y mis adjuntos no tienen reloj. Efroimson,[46] de administración, todavía no nos los ha entregado, a pesar de tener instrucciones directas de Búdnikov). Al salir de aquí, se dirigió a su casa. Mientras salía, tomé esta decisión: enviar a dos personas a seguir a Gazarián, y dejar al resto, conmigo a la cabeza, para vigilar el piso n.º 9 de Povarskaia, 4. Poco después de Gazarián salió una anciana a la que seguimos hasta la iglesia de Borís y Gleb, aquí rezó unas oraciones, sin entrar en contacto con nadie, y regresó a casa. La anciana pulsó el timbre dos veces, de lo que se puede deducir que es de la familia Anikéiev. Después del piso salió una criatura de unos siete años (de sexo femenino). La criatura jugó un rato en la calle y no mantuvo ningún contacto con adultos. El tercero en salir fue un ciudadano calvo en traje bueno de color gris, con zapatos de cordones y un pequeño envoltorio en la mano. Seguimos al ciudadano hasta el Kremlin; aquí, en la entrada Borovitski recibió un permiso a nombre de Yákov Savélievich Shelejés. Estos datos los obtuve de Gueorgui Yevsiukov (Yuri, según el nuevo estilo), que antes trabajaba en la entrada tres de la Checa moscovita, pero ahora está en la oficina de permisos del Kremlin. A pesar de las relaciones de camaradería, Yevsiukov se negó a dejarnos entrar con nuestras acreditaciones de servicio para que pudiéramos seguir al ciudadano calvo. Cuando recibió instrucciones de que nos dejara pasar, después de haber llamado nosotros a la sección, el calvo no estaba a la vista. Dimos con él solo al cabo de media hora, cuando salió del Kremlin sin el envoltorio, y se dirigió a Skátertny, n.º 2, piso 6, donde residen dos familias: los Shabáiev y los Pozhamchi. Aquí es donde se encuentra en el momento actual. Por cuanto no

tengo gente suficiente para continuar vigilando al calvo, algo que considero necesario, así como a Shabáiev y a Pozhamchi, aparte de a Gazarián, solicito que se asigne otro grupo a mi servicio.

Gorkov[47]

—¿Por qué tengo que darles mis piedras? —Nikolái Makárovich Pozhamchi se encogió de hombros. Añadió té ya reposado al de Shelejés—: ¿No le importa si está fuerte?

—Pero tampoco puedo ser yo el que ponga todo —dijo Shelejés enojado—. Eche más, no me asusta el té cargado. ¿Por qué tengo que hacerlo yo solo? Al fin y al cabo no tiene menos interés en Gazarián.

—No se enfade, Yákov Savélievich. Toda la historia es absurda. ¿Por qué debemos cubrir a ese burro de la sección de oro? Ha caído…, pues que Gazarián dé su oro…

—La persona de la que depende todo el asunto exige piedras. Otros que se han vuelto listos: el oro pesa sus kilos y pero las piedras son livianas y no ocupan. Además, Gazarián nos cubre.

—¿Quién ha metido a Gazarián?

—El padre de Belov. El viejo era mercader, le requisaron, no tiene nada que perder. Pero el muchacho ha estado suministrando buenas cantidades de oro a Gazarián. En fin, el papaíto ha puesto sus condiciones: la vida del hijo o una denuncia en la milicia. Y por eso Gazarián anda inquieto.

—Una cosa —propuso Pozhamchi pensativo—, ya que estamos, ¿a santo de qué tenemos que hacer nosotros el papel de mecenas buenos? Una cosa por la otra: que él nos saca el oro, pues nosotros le ofrecemos copias de diamantes, rosetas… ¿Qué van a saber ellos si es un diamante de verdad o una roseta? Si lo que les importa es que la cantidad sea gran…

—Muy razonable. Lo acompañaré a ver a Gazarián.

—¿Para qué? Hay que mantener las distancias. Dígale que… que dice el ruin de Pozhamchi que él quiere oro. Écheme a mí la culpa, tampoco es que vayan a morder a Pozhamchi: son de dientes cortos…

—Se dice de brazos cortos —corrigió Shelejés.

—¿Qué tipo de oro le pedimos? ¿Lo más cómodo?

—De buenas dimensiones: anillos, monedas, pitilleras…

Ahora hablaban con cuidado, escuchándose bien el uno al otro. Tenían fundamentos suficientes para ello: a Pozhamchi lo habían convocado al Narkom de Comercio Exterior y le habían hecho fotos para el pasaporte. Además, le habían dicho que en los días siguientes estuviera listo para salir al extranjero. «Una semana antes del viaje conocerá a los camaradas que lo van a acompañar; mientras, organice el inventario de las joyas que, en su opinión,

son más fáciles de poner a la venta en el mercado internacional», le dijeron.

Shelejés, a su vez, habiendo comprendido que la caída de Belov era solo una golondrina en la cadena de posibles caídas, acababa de entregarle a Kozlóvskaia, que vivía en el Kremlin, un pequeño envoltorio.

—Es un regalito para mi primo —le dijo Shelejés, disponiéndose a abrir el paquete—, dos matrioshkas de madera con decoración de Jojlomá. Mi primo me envía alimentos y no tengo cómo devolverle el… Mire, eche un vistazo, por favor, camarada Kozlóvskaia…

La mujer lo paró:

—Yákov Savélievich, basta, no soy un trabajador de la aduana, soy su camarada en el trabajo. ¿Ha escrito la dirección?

—Aquí está, en el sobre, una cartita y el teléfono. Que su hermana llame a Auguste, 80-4-23-3…

Las muñecas de madera estaban huecas y Shelejés había escondido en su interior veinte diamantes, los más singulares, su valor total era de dos millones de rublos de oro.

El posterior plan de Shelejés se diferenciaba del que había pensado Pozhamchi. Yákov Savélievich contaba con obtener el permiso para ir de vacaciones a uno de los estados del Báltico. Para eso ya se había presentado varias veces en el hospital quejándose de dolor de corazón. Consideraba, y con razón, que la memoria de su hermano caído, secretario del comité provincial en Kursk, y la posición de sus otros dos hermanos le permitirían obtener el permiso para salir. Pozhamchi no soportaba a su mujer, por eso ni se planteó la pregunta de qué hacer con su familia; mientras que para Yákov Savélievich lo principal era sacar a su familia con él. Para eso contaba con, una vez en Revel, a donde partiría solo, procurarse un médico de fiar y enviar un telegrama a Moscú pidiendo la inmediata salida de sus familiares debido al peligroso estado del enfermo. Es más, contaba con obtener un certificado de defunción y, después, simplemente desaparecer. Hubo un Yákov Shelejés, ha muerto ese Yákov Shelejés. Y si su mujer y su hija optaban por quedarse en Revel a cuidar de la tumba, esto no arrojaría sombra alguna sobre los hermanos que servían a la dictadura del proletariado. Tenía pensada hasta la más mínima menudencia. Había decidido encontrar en Revel a alguien que, de forma ficticia, contrajera matrimonio con su hija, lo que también sería una justificación de peso para sus hermanos en el caso, claro está, de que alguien se interesara por el destino de la familia de su «difunto» hermano.

Shelejés dejó de remover la cucharita del azúcar, miró a Pozhamchi… y los dos se echaron a reír de pronto, al mismo tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, como si hubieran leído los pensamientos del otro.

—¿Cuándo tenemos que empezar a andar con precaución? —preguntó

Pozhamchi—. ¿Me avisará con tiempo?

—Estoy seguro de que será usted quien me dé a mí el aviso unas tres semanas antes de…

Pozhamchi tenía ventaja: si su partida se realizaba al cabo de dos semanas, avisaría a Shelejés tres o cuatro días antes. Por su parte, Shelejés contaba con avisar a Pozhamchi de la suya con una semana de antelación.

—¿Y qué hacemos con el oro de Gazarián? —preguntó Shelejés después de tomarse el té—. A mí no me conviene guardar el oro.

—Ni a mí. Podemos venderlo a través del viejo Krópotov.

—Nos ofrecerá marcos o francos. Y unos y otros son inestables.

—Le pediremos dólares.

—Krópotov no es tonto —resopló Shelejés.

—Ahora tiene poco trabajo, accederá. Claro que nos timará unos veinte mil…

—Sobreviviremos… Bueno, un placer, Nikolái Makárovich…

—Un placer, Yákov Savélievich… Salude con mis mejores deseos a su esposa y a su hija.

> Al salir del piso donde residen Pozhamchi y Shabáiev, el calvo se ha dirigido a la casa de Krópotov, en este lugar ha estado veintisiete minutos (doy el tiempo exacto: resulta que el nuevo efectivo tiene reloj) y ha regresado a casa. Al cabo de cuarenta minutos Krópotov ha salido de su casa y se ha dirigido a la plaza Teatrálnaia, donde se ha encontrado con Gazarián, quien le ha entregado una maletita.

Gorkov

—La pregunta que realmente me atormenta, Gleb Ivánovich —Búdnikov estaba informando a Gleb Boki—, es dónde está el paquete que llevaba Shelejés. Porque ese paquete se ha quedado dentro del Kremlin.

Boki se levantó de la mesa y se restregó la espalda contra la esquina de una gran caja fuerte: la columna se le entumecía cada vez con más frecuencia, la pierna izquierda se le quedaba como muerta, pesada. Preguntó:

—¿Quién le encargó el permiso de entrada?

—No está registrado.

—Solo por eso habría que empezar a cortar cabezas. Informe al comandante, que lleven a los tribunales al que estuviera en ese turno, por negligencia…

—Hay que atraparlos a todos, Gleb Ivánovich. El círculo se ha cerrado: Belov, Prójorov, Gazarián, Shelejés, Pozhamchi, Krópotov.

—¿Y después? ¿A dónde nos conducirá Krópotov? ¿A quién ha visitado Shelejés en el Kremlin? ¿Dónde está el paquete que llevaba? No, todavía es pronto, Volodia. Ahora hay que andarse con pies de plomo y no precipitar los

acontecimientos.

Dzerzhinski escuchaba muy atentamente a Boki. Después se acercó hasta la gran ventana veneciana y se quedó un buen rato mirando la plaza, llena del repiqueteo de los tranvías, de los gritos de los cocheros y de las voces timbradas de los chiquillos que vendían periódicos.

—Hace mal en dejarse llevar por la desesperación, Gleb —dijo—. No hay nada antinatural en lo que se ha revelado. Intente siempre observar la génesis, el desarrollo. Le pedí a Messing que preparara informes de todos los participantes. Ha salido un cuadro curioso. Los padres de Shelejés tenían un diminuto negocio de acarreo en Volinia, en una zona de asentamiento para judíos, pobreza… No verás nada más terrible… El padre de Pozhamchi limpiaba patios, en las fiestas recibía de los señores un rublo de plata y él les besaba la mano, y enseñó al hijo a hacerlo. Krópotov. Hijo de un esclavo. De un siervo, vamos. Ahora tiene setenta años, así que el barin en persona lo habrá azotado en la cuadra, y pudo haber azotado a su padre delante de él, y a la madre. Ya ve. Gazarián es hijo de un cochero de Tiflis. El padre de Prójorov empezó siendo lacayo: «¡Para aquí! ¡Toma! ¡Largo!». Y antes de cumplir los trece Prójorov ya lo estaba ayudando. Por cierto que Prójorov es capítulo aparte, luego volveremos a él. La gente recuerda la pobreza, especialmente agudos son los recuerdos de aquellos que están privados de ideas propias, es decir, de la gente de nivel medio que ha sorteado con esfuerzo y astucia la relativa desventaja. Un escritor me dijo una vez: «¡No puede ni imaginarse lo que significa cargar cojines hasta el mercado!». Esta frase es la llave para comprender muchas de las anomalías humanas, Gleb. Mientras siga existiendo la pobreza, las personas que logren dejarla atrás harán todo lo que esté en su mano para ser más ricos, para protegerse a ellos y a sus hijos de ese horror que recuerdan tan bien desde que eran críos. A ver, agite su memoria: ¿los recuerdos más precisos que tiene son de su infancia?

—No —objetó Boki—. Los trabajos forzados.

—De eso nada.

—Dzerzhinski frunció el ceño con despecho—. ¿Qué le resulta más querido, la cara de su padre, el primer prado que vio en su vida, los disfrazados en las pascuas navideñas, la pena de nuestras madres cuando no tenían qué darnos de comer o la jeta del gendarme en la celda con el juez? Ahí lo tiene… Mira que le gusta discutir… ¿Se rinde?

—Sí, estoy de acuerdo —sonrió Boki.

—Entonces déjeme seguir… El miedo ante la posible pobreza es capaz de mover a un hombre a acciones elevadas o abominables. Y ahí tiene la respuesta a nuestros miedos.

—Entonces hay que profesar a Lambroso: todo el mal en uno u otro

individuo…

—El hombre, el individuo, como usted ha tenido la ocurrencia de expresarse, no vive en un espacio vacío, Gleb. Debemos hacer lo principal: poner fin a los usos codiciosos de la pequeña burguesía que anda ojo avizor detrás del ojo de la cerradura, atraer a la nueva gente a los límites de la revolución científica. Tú sabes hacerlo, tienes talento, eres laborioso, ¡conseguirás todo lo que sueñes! Por mucho que me cueste decirlo, Gleb, por mucho que ahora castiguemos, no eliminaremos las llagas de la pobreza: cicatrizarán con el tiempo. A ver, reflexione, ¿por qué Lenin repite día tras día: estudiad, estudiad y volved a estudiar? ¿Por qué está tan obsesionado con Ramzín, Graftio e Iván Pávlov? ¿Se cree que ellos nos halagan cuando hablan de nosotros? No sé por qué me da que meten miedo a sus hijos no con el diablo, sino con los chequistas. Y ni mucho menos están de acuerdo con todo lo que está pasando… Pero ¿por qué Lenin tiene tan buen trato con ellos? ¡Piénselo! Porque la ciencia, ella sola, es capaz de engendrar gente nueva de calidad…

—Según va hablando, Félix Edmúndovich, me dan ganas de soltar a Pozhamchi y a Shelejés y que se vayan a donde quieran.

—No, Gleb, están robando los diamantes con los que Occidente nos va a vender la maquinaria para las centrales eléctricas. La dialéctica es una cosa cruel, inflexible, no perdona los dobles sentidos ni las salidas del camino… Si queremos ver a nuestro país como un estado de alta tecnología, nos veremos obligados a fusilar implacables a aquellos que ponen por encima de nuestro sueño el miedo por el propio bienestar, aunque esto sea comprensible desde un punto de vista humano.

—¿Cuándo autorizará que se informe sobre los resultados de la operación en el DEA?

—¿Ya se le han ido las dudas? Espere, que ahora viene Yurovski, lo uniremos a su caso.

Yákov Yurovski era robusto, alto y guapo, de marcada belleza sureña. Incluso en invierno su cara parecía estar tocada por el color del sol.

—Tome asiento, camarada Yurovski —dijo Félix Edmúndovich—. Lo hemos invitado por un caso muy desagradable y, por eso, de especial importancia.

Yurovski escuchaba a Boki con la cabeza inclinada, enfurruñada, la mandíbula adelantada. A veces hacía alguna marca en la caja de cigarrillos; Dzerzhinski reparó en que Yurovski atrapaba con exactitud la esencia del caso.

—Con Pozhamchi es fácil —dijo Yurovski tras escuchar a Boki—. Se le convoca al Narkom de Comercio Exterior y se le dice que la partida se ha fijado para mañana. Llevará a los nuestros hasta su escondrijo, si es que no lo

tiene en casa, sino en algún otro lugar… En cuanto a Shelejés… Creo que habrá que introducirme ilegalmente en el DEA…

Dzerzhinski meneó la cabeza:

—Tienen su propio contraespionaje. Yurovski, no eres una aguja en un pajar, lo reconocerán. Lo introduciremos abiertamente, como inspector del Comité Central. Tendrá que comportarse como un simplón cualquiera, que sabe hacer indicaciones pero no llegar al fondo de las cosas. Y así podrá pillarlos en los detalles. Nos preocupa lo más importante: cómo tienen organizados los robos, porque hasta ahora han sido afortunados con las inspecciones. Y tenemos que pensar en el futuro, es mejor castigar una vez que estar mareando la perdiz eternamente…

—Estaría bien poder pedir consejo a alguno de los expertos en joyas —dijo Yurovski—. Los casos así los capto mejor hablando, con la práctica. Pero parece que ahora no tenemos un joyero en quien poder confiar… No podemos confiar en nadie de esta audiencia.

—En nadie —Boki estuvo de acuerdo.

—¿En nadie nadie? —preguntó Dzerzhinski.

—En nadie —repitió Boki obstinado—. Yo, personalmente, no puedo recomendar a nadie a Yurovski.

—No diga «nadie», por favor —dijo Dzerzhinski irritado—. Lo de no confiar en nadie no es posible. Es su obligación dejar ese mensaje de que hay que confiar en todos. Su tarea y la mía es demostrar en quién se puede y en quién no. «En nadie» —repitió enfadado—. Acabará enfermo de manía persecutoria, Gleb.

—Félix Edmúndovich —preguntó Yurovski—, este Shelejés… ¿no será familiar de nuestro Fiódor?

—Hermano carnal —respondió Dzerzhinski—. Y confío en Fiódor igual que antes.

—¿Dónde está? Llevo muchos años sin verlo —dijo Yurovski.

Boki miró a Dzerzhinski interrogante. Este respondió:

—Fiódor Shelejés está en Revel, es nuestro agente residente.

Según nuestros datos, a las 21.54 Krópotov llamó a Koczar, secretario de la misión polaca, y acordaron encontrarse junto al antiguo Yar, al que llamaron Nadezhdin. El encuentro tendrá lugar mañana a las 9 horas de la mañana.

Oskóltsev

---

[46] Fusilado en 1937.

[47] Fusilado en 1939.

«UNA VEZ PREPARADO… ACTÚA»

Al oír que sonaba el timbre ya avanzada la tarde, Poz hamchi salió a abrir, su mujer ya se había acostado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo. —Oyó una voz conocida y, sin llegar a tener claro quién era, abrió el cerrojo.

Vorontsov lo apartó con el hombro, cerró la puerta con suavidad y, apenas tocando la mano de Pozhamchi con los dedos, hizo una señal con la cabeza al pasillo oscuro. Con un vacío en el estómago, Pozhamchi fue a su dormitorio y dijo a su mujer:

—Liza, tenemos visita.

—Discúlpeme por esta incursión tan tardía —Vorontsov sonrió con suavidad—, pero tengo un asunto urgente.

—Si esperan en el pasillo, me levanto y les preparo un té —dijo la mujer.

—Por favor, no se moleste —dijo Vorontsov—. No vamos a cruzar más de tres palabrejas.

Vorontsov ya había tenido tiempo de reparar en que, después de haber andado en tratos con delincuentes, su habla se había vuelto sucia, vulgar, rotunda. Se llevó a Pozhamchi hacia las ventanas que daban a la calle Povarskaia, ahora a oscuras, y dijo en voz baja:

—Nikolái Makárovich, comprendo que mi visita no le alegra mucho, pero qué se le va a hacer. Tengo que pedirle algo muy concreto y de fácil cumplimiento: necesito un plano del DEA, la distribución de las cajas, los puestos de los vigilantes en el interior, si es que los hay; moldes para hacer copias de las llaves, de todas las que pueda conseguir; una lista de las armas de las que disponen los vigilantes de la entrada, la alarma secreta, dónde están los cables, a dónde dan, en resumen, usted ya me entiende…

—Como para no entenderlo…

La sensación de angustioso vacío en el estómago se le fue pasando poco a poco, las manos volvieron a entrar en calor y se le fue el desagradable temblor en las rodillas. Sus ideas se iban organizando con claridad, como le pasaba siempre en los momentos de mayor peligro.

«El robo me beneficia: todo lo que falte se achacará al robo —pensaba Pozhamchi mientras se abrochaba los botones del pijama—, y si pierde la cabeza y acaban con él, pues también bien, no tendré una sombra rondándome. Solo tengo que intentar retrasarlo hasta el día en que haya cruzado la frontera. No hay que esperar mucho. No sé qué es mejor, si que acaben con él, aunque entonces habría que escribir una denuncia, o que le salga todo bien».

—Queda claro —susurró—, sí… Es algo difícil y muy arriesgado, Víktor Vitálievich…

—Soy Dmitri Yúrievich, haga el favor de olvidarse de mi nombre, se lo digo por su propio interés.

—Comprendido, Dmitri Yúrievich, comprendido, amigo mío…

Vorontsov volvió a llamarlo al orden:

—No soy «su amigo», déjese de zalamerías y decida en voz alta si tiene alguna duda sobre mi petición.

—Cumpliré su petición.

—¿Hasta qué punto? ¿Conseguirá las llaves?

—Lo intentaré. Intentaré sacar los moldes.

—¿Cuándo?

—En una semana me apaño.

—¿Tienen alguna alarma?

—Creo que no.

—¿Los puestos de vigilancia dentro? —Vorontsov hacía preguntas rápidas, exigentes, invitando a Pozhamchi a dar respuestas rápidas y concisas. Sus ojos estaban medio cerrados, eran de acero, despiadados, y Pozhamchi no se veía capaz de oponerse a la fuerza oculta en esos ojos, aunque sí tuvo tiempo de pensar con dolor: «¡Ahí es donde se ve la sangre! Mientras que yo salí de la mierda, y en ella me hundiré».

—No, juraría que no, no he estado dentro por la noche…

—¿«Juraría» o seguro?

—Según todos los indicios, no hay. No se ve ninguna luz en las ventanas por la noche.

—Eso ya lo sé. ¿Puede dibujar un plano?

—¿De qué?

—¿Dónde están situadas las cajas fuertes?

—Puedo.

—¿Cuántas llaves hay?

—Doce cajas y trece armarios de material incombustible.

—¿Qué hay en cada uno? ¿Puede indicarlo?

—Hay piedras.

—Ya imagino que no es caca de vaca. Dónde están los diamantes, dónde

las esmeraldas. Qué caja fuerte tiene las de más valor, cuál es el triunfo… ¿Eso puede decirlo?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué necesita una semana? —preguntó Vorontsov; se le había erizado el bigote y Pozhamchi pensó: «Como Pedro el Grande, palabra de honor y de caballero, todo un emperador».

—Para asegurarme. Y después conseguir la llave…

—La llave tiene que tenerla para mañana mismo.

—No puedo.

—¿Y eso por qué?

—Hay preparativos que hacer. Charlar con el guarda, invitarlo a algo… Si aceleramos las cosas, podemos fallar.

—¡No me mienta! ¿Hay un vigilante en la puerta por la noche?

—Sí.

—¿Es el mismo que por el día?

—No, el de día es Rodión Kondrátievich.

—Bien, pues dele a Rodión Kondrátievich medio millón, ya verá que no solo le va a sacar las llaves, hasta la puerta del DEA le dará.

De pronto, Pozhamchi se sonrió:

—Por medio millón no me la entrega. No me va a creer.

Pero por una botella de vodka y pan, seguro que sí. Pero es que yo tengo que seguir trabajando allí, no quiero que mi cabeza acabe en el cadalso, además, ¿qué sacaría usted con eso?

—Nada… Tiene razón… con lo del medio millón, muy propio de mí eso de idealizar al pueblo… Pídale a Rodión Kondrátievich que lo ayude a mover el armario…

—¿Qué armario?

—El que va a comprar mañana en el rastro. En cuanto a cómo robar, no seré yo quien le enseñe, yo mismo estoy aprendiendo, Nikolái Makárovich. Emborráchelo, a su Rodiónushka, y haga el molde de la llave. Es una casa y, ya se sabe, hasta el culo descansa…

—Lo haré así —respondió Pozhamchi.

—Y yo se lo agradezco. Cierto que usted no necesita para nada mi agradecimiento, sin embargo, grano a grano hincha la gallina… Añada a su colección diez de las mejores piedras.

—Muy agradecido.

—Mañana a las siete verá un cochero parado junto al DEA… El caballo es blanco, él irá afeitado. Súbase y, si le da recuerdos de Dima, dele el molde sin que nadie lo note. Métalo en una cajetilla de cigarrillos. Si sale mal, habrá que hacer otro. Los planos también los dejará ahí. Hasta la vista.

Anna Viktórovna esperaba a Vorontsov dentro del portal, en el bajo.

—¿Todo tranquilo? —preguntó moviendo apenas los labios.

—Hay dos borrachos danzando por aquí, me han molestado un poco.

—¿Apestaban a vodka?

—No me he puesto a olfatearlos.

—Mal hecho.

—Se tambaleaban.

—Yo también puedo tambalearme cuando hace falta. ¿Dónde están?

—Se han ido a la calle.

Vorontsov agarró a Anna Viktórovna del brazo y la llevó escaleras arriba. Aquí empujó con el hombro la puerta del desván, le costó que cediera.

—Tengo cerillas —dijo Anna Viktórovna.

—Y yo. Pero no hay que encenderlas.

La guio entre la completa oscuridad del desván, como si hubiera estado allí más de una vez, empujó con cuidado el cristal de la ventanita que daba al tejado, salió, ayudó a salir a la mujer y susurró:

—Por la escalera, hasta el patio, y saldremos por los patios interiores.

> […] Sin embargo el alto, una vez fuera del piso de Pozhamchi, no apareció en la calle. Solo después, cuando descubrimos que la mujer había desaparecido, fuimos al desván, donde comprendimos que se había escapado de nuestra vigilancia saliendo por el tejado y después por los patios interiores de paso.

Neprájov

En otro aviso se hablaba de que Gazarián le había entregado dos veces una cartera a Shelejés y que este, a su vez, había ido a ver a Krópotov con esos maletines. Esta línea estaba clara: los criminales estaban solucionando el asunto del oro y los diamantes que había «pedido» Ternopolchenko a través de Prójorov.

> Habiendo comprado en el mercado una coqueta, Pozhamchi la llevó a casa con ayuda del obrero R. K. Písarev, quien presta servicio como portero y cargador en el DEA. R. K. Písarev salió de casa de Pozhamchi una hora después, algo alegre, pero sin dar tumbos, y se quedó dormido en el vestíbulo al lado del portero G. B. Bespalko. Pozhamchi no ha salido de casa.

Gorkov

Boki perdió el hilo del mensaje en la parte sobre «el alto» y releyó varias veces esas líneas. En su memoria surgió el mensaje cifrado de Vsévolod —Vorontsov está en Rusia—, Pozhamchi con un «desconocido alto» en Revel… Boki pidió que le enviaran a los hombres encargados de la vigilancia y, sin decir palabra, les mostró una foto de Vorontsov.

—¿Era este? —preguntó Boki sin atreverse a creer su suerte.

—Sí —le respondieron al momento—, pero ahora lleva bigote y está más mayor.

Convocaron a Pozhamchi al Narkom de Comercio Exterior y le pidieron que estuviera listo dos días después.

—Irá a Revel y, desde allí, a Londres —le dijo un comisario al que no había visto antes.

Este comisario era Búdnikov, que contaba con que Poz hamchi, después de una conversación así, sacara los diamantes de su escondrijo, en casa, en las afueras, daba igual dónde. Lo importante era obtener pruebas y no permitir que las piedras preciosas cruzaran la raya fronteriza. Mientras hablaba con Pozhamchi, Búdnikov lo observaba con tenacidad: para él era importante que se le grabara la forma que tenía de comportarse en libertad el joyero del DEA, es algo que lo ayudaría a montar de forma correcta el esquema de los interrogatorios después de la detención.

—¿Qué opinión le merece la firma Jacobs & Hnos., Nikolái Makárovich?

—Es una firma seria —respondió Pozhamchi—, su activo circulante se cuenta en millones de libras esterlinas, en decenas de millones. Y tienen a un hombre especialmente eficiente, mister Karff.

—¿Quién es, el propietario de la firma?

—No, es su principal tasador —Pozhamchi sonrió—, es una especie de Pozhamchi inglés. Su palabra sobre un precio es ley.

—¿Conoce a Karff? —preguntó Búdnikov.

—En el año doce estuve con él, entonces cerramos un trato para la emperatriz viuda; era un buen trato, pero es que entonces no se negociaba, tanto pedía, tanto se le daba. El dinero entonces era incontable, ¿quién contaba entonces el dinero del pueblo?…

—¿Podría verse con Karff? ¿Él se acuerda de usted?

—Tampoco somos tantos, ¿no?, los joyeros rusos.

—¿Y Marchand?

—Es un zorro, el joyero con más poder del mundo, se diga lo que se diga… Es amigo nuestro, todos los joyeros son amigos, pero te das la vuelta… y ya nadie nos habla, organizan un boicot…

—Entonces de Marchand dependen muchas cosas si se quieren comercializar las piedras preciosas, ¿no?

—De Marchand depende todo…

Pozhamchi respondía enseguida, casi sin pensar, como un estudiante de sobresaliente acostumbrado a maravillar al profesor con sus conocimientos, su memoria y su seso. «Ya veremos cómo hablas cuando estés con nosotros —pensaba Búdnikov—. Parece que primero tendré que confiar a otro el interrogatorio y yo escucharlo fuera, podré señalar los “contrapuntos” de las

mentiras. He hecho bien —se alabó— en decidirme a conocerlo ahora, libre».

> Después de trabajar, Pozhamchi ha cogido un coche de punto y se ha ido a casa, pero después se ha dirigido a la estación, de aquí ha seguido a la estación de ferrocarril de Kliazma, aquí ha ido a la casa n.º 7 de la calle Sólnechnaia. Como hemos aclarado, precisamente en esa dirección tiene alquilado, para la época otoño-veraniega, un cuarto con veranda en la primera planta, el propietario de la dacha es Úsov G. Ye. Pozhamchi no ha sacado de la dacha ninguna otra cosa, excepto la cartera con la que ha llegado. Al pasar junto a un estanque, Pozhamchi ha tirado un objeto que se parecía a una moneda cuyo valor sea de cinco kopeks. Pozhamchi ha regresado a casa y no ha salido más ni ha entrado en contacto con terceras personas.

Usóltsev

—Bueno, a este se le puede pillar ya —dijo Búdnikov—. En cuanto suba al tren, entonces lo atraparemos.

Dejaron que Krópotov y el polaco Koczar se separaran tranquilamente después de que hubieran intercambiado sus carteras y habiendo estado primero diez minutos sentados en un banco. Dado que el diplomático polaco no comprobó el contenido de la cartera de Krópotov y que el viejo no contó los dólares que seguramente hubiera en la cartera que había recibido de Koczar, el grupo operativo de la Checa llegó a la conclusión de que no era ni mucho menos la primera vez que hacían tal intercambio de «mercancías». En el polaco se cerraba el círculo: el diplomático podía sacar el oro con su equipaje, que no estaba sujeto a inspección aduanera. Por eso se decidió representar un «espectáculo», que tenían ensayado de antemano para la ocasión. Al polaco se le «ofreció» un coche de punto que fue retenido junto con sus pasajeros por una patrulla del servicio sanitario. En la zona de cuarentenas aneja a la Línea Férrea del Báltico se le anunció a Koczar, quien, naturalmente, no llevaba encima su documentación, que él, el cochero y todos los pasajeros que habían alquilado ese coche de punto debían quedarse una semana en cuarentena: se había registrado un brote de cólera (sobre el que se había informado en el periódico, por cierto, y en eso basaron los chequistas su operación). Los chequistas también habían supuesto que el polaco intentaría, para evitar un escándalo, negar el maletín: explicar de dónde había sacado tanto oro era un asunto complicado, imposible dadas las condiciones en el país soviético.

Y sucedió tal como habían previsto los chequistas. A Koczar se le permitió llamar a la embajada, se le aisló en una sala aparte y le dijeron que la cuarentena duraría seis días. Cuando le ofrecieron la cartera para su reconocimiento, negó categóricamente que fuera suya, dijo que había salido de la embajada para dar un paseo y que no se había llevado ninguna cartera. Hablaba con una ligera sonrisa, por lo visto había comprendido que la cuarentena era parte de un movimiento y que lo más conveniente era, dadas

las condiciones que presentaba la partida, no mostrar ni nerviosismo ni interés. El polaco confiaba en Krópotov y, además, aunque este confesara las operaciones con divisas, no había pruebas: nadie podía unirlo a la cartera con oro, no había firmado ningún acta con los objetos entregados para su desinfección, así que desde un punto de vista legal no podían reclamarle nada.

A Krópotov no lo tocaron: se tomó la decisión de ir a por él solo en el caso de que lo llamaran de la embajada, pero no hubo ninguna llamada desde allí; probablemente el polaco compraba las piedras preciosas para él.

Boki decidió esperar a poder atrapar al viejo in fraganti: era importante aclarar cuál de los tres iría, si Gazarián, Poz hamchi o Shelejés. Mientras, todo se iba alineando a la perfección, excepto el paquete que había desaparecido del campo de visión de los chequistas en el Kremlin.

… Los billetes para el tren, Vorontsov los había comprado con tiempo. El atraco al DEA estaba calculado minuto a minuto. Cuando Krútov hubo reunido a su gente, Vorontsov desenrolló una hoja grande de papel tipo Whatman con un plano y empezó, como recitando lo estudiado:

—A las once saldremos en dirección al DEA. Sí, sí —dijo al captar la mirada de dos asaltantes—, vamos a tomar el DEA. Tengo llave, por eso vamos a entrar tan tranquilos, los guardias suelen estar en su cuartito tomando té. Anna Viktórovna se quedará con los cocheros. Tiene bombas y podrá defenderse en caso de que haya alguna sorpresa, aunque, según mis cálculos, no la habrá. Ustedes —Vorontsov señaló con la cabeza a los dos asaltantes— atarán a los guardias. Se pondrán medias en la cabeza, es la mejor máscara de todas: las medias cambian tanto una cara que la vuelven irreconocible. Sin navajas ni tiros, todo tranquilito.

—Dice que nada de sangre —explicó Anna Viktórovna.

Los asaltantes asintieron en silencio.

—Sin sangre —sonrió Vorontsov sin saber muy bien por qué—. Lo ha explicado muy bien mi ayudante. Olézhek vendrá conmigo y con Krútov a la caja. Debemos ejecutar la operación en quince minutos.

—No me da tiempo —bostezó Olézhek.

—Te dará tiempo —sonrió Vorontsov.

—¿Y a qué tanta prisa? Estamos dentro, ¿qué miedo hay? Podemos hacerlo sin prisas. Y no robar una caja, sino cinco.

—Te dedicarás a una —dijo Vorontsov—. Cada caja contiene unos cien kilos. Si nos llevamos todo, los chequistas se pondrán furiosos. De esta forma, bueno, pues nos han robado, estas cosas pasan. Incluso en París, y eso que allí hay orden, no como en este burdel que tenemos aquí.

—Pero ¿usted es ruso? —preguntó uno de los asaltantes— . Si no es de los sóviets, no vamos.

—Es de los nuestros —lo tranquilizó Anna Viktórovna— . Un patriota. Ama a la Rus. ¿Acaso nos hemos juntado alguna vez con mala gente?

Mientras acompañaba a los asaltantes a la cancela, Krútov los retuvo un momento y susurró rápidamente:

—Después del asuntillo, a él y la mujer, un punzón directo al corazón, que no digan ni ay, y pitando a nuestra guarida, que ya haremos allí cuentas como dios manda, sin engaños. Hale, es todo. No puedo quedarme más, el tipo controla cada minuto.

Para O. Alski

Camarada Alski:

Llamo su atención sobre el informe que me ha presentado el camarada de la Checa acreditado por mí de acuerdo con el camarada Dzerzhinski. Determiné que se hiciera la investigación que implica este informe después de un mensaje que recibí de comunistas de fiar sobre que algo no iba bien en el DEA.

El informe del camarada Boki lo confirma punto por punto.

Preste la mayor de sus atenciones a esto.

Usted en primer lugar, y después toda la composición de miembros del consejo del Narkom de Economía, en especial el camarada Basha, ¡deben dedicarle al DEA diez veces más esfuerzo! Si en un brevísimo plazo de tiempo este asunto del DEA no se reorganiza de forma que se excluya completamente la posibilidad del pillaje y, junto con ello, se acelere todo el trabajo y se aumenten sus dimensiones, el vicecomisario y todos los miembros del colegio del Narkom de Economía serán llevados ante la justicia, no solo del partido, también la penal.

Por culpa de la demora en el trabajo del DEA (en invierno es más difícil trabajar, antes del invierno hay que hacer mucho), por culpa del pillaje, la república sufre pérdidas gigantescas, pues precisamente ahora, en estos días difíciles, necesitamos conseguir rápidamente el máximum de alhajas para los intercambios comerciales con el extranjero.

Es imprescindible:

1) Organizar reuniones regulares y frecuentes con Boki para una mejor reestructuración del DEA.

2) Definir a la perfección la vigilancia y la inspección (cercas especiales, cercas de madera, armarios o tabiques para los cambios de ropa, registros por sorpresa, sistemas de comprobaciones dobles o triples y sin previo aviso según todos los cánones del arte de la investigación policial, etc.).

3) Reclutar, en caso de necesidad, a decenas y centenas de comunistas moscovitas, responsables y de honradez probada, para que participen (pongamos que una vez al mes o cada dos meses) en inspecciones por sorpresa, diurnas y nocturnas. Las instrucciones para obreros e inspectores deben estar archidetalladas.

4) Todos los miembros sin excepción del consejo del Narkom de Economía están obligados a realizar personalmente al menos una vez al mes, de forma inesperada, de día y de noche, una inspección en el DEA en los puestos de trabajo y en todo lugar donde pueda haber saqueos. El vicecomisario está obligado a llevar personalmente un boletín secreto de estas inspecciones.

En vista del carácter secreto de este papel, le pido que me lo devuelva inmediatamente con las firmas de todos los miembros del consejo del Narkom de Economía.

V. Uliánov (Lenin)
Presidente del Sóviet de Comisarios del Pueblo

Vorontsov iba con Anna Viktórovna. En el pescante estaba Lenia el Tuerto. En el segundo birlocho iba Krútov con Olezhka y tres asaltantes (Vorontsov no se había quedado con sus nombres).

—¿Tienes frío? —preguntó Vorontsov al notar que ella temblaba.

—Estoy nerviosa, no me habían llevado nunca a un trabajo de estos.

—También es la primera vez que hago el papel de asaltante.

—¿Le gustaba montar en trineo?

—Supongo que sí, no lo recuerdo.

—A mí la niñera me llevaba en trineo hasta que empezaba la primavera, todavía ahora recuerdo el chirrido de las cuchillas en los guijarros. La nieve había desaparecido, pero yo seguía pidiendo que me llevaran en trineo…

—Imagino que debía de ser muy desagradable ese chirrido, se me pone la piel de gallina solo de pensarlo.

—La niñera se iba a comprar y yo me quedaba en la entrada del mercado, sentada en el trineo, los caballos pasaban cerca, el barro… Y yo fijaba la vista en una pequeña islita de nieve, miraba… sin poder apartar la vista. La nieve se había quedado allí de una forma curiosa, como un hombre que se está conteniendo para no echarse a reír; tenso, pero después relaja los hombros y rompe en carcajadas… La nieve en primavera es igual… La capita de hielo resiste de milagro, debajo ya corre un hilillo marrón, pero ella aguanta y aguanta, después cederá y la nieve se volverá sucia y, luego, desaparecerá. Nada desaparece con tanta desesperación como la nieve en primavera…

—Ostrovski ya se fijó en eso —dijo Vorontsov y, sacando un paquete de cigarrillos, encendió uno protegiéndose del aire.

—Es la primera vez que es usted desagradable conmigo.

—No quería molestarla. Siempre me ha sorprendido la diferencia de la amistad de los hombres con los hombres y con las mujeres…

—Un hombre no puede ser amigo de una mujer.

—¿Por qué?

—Blancos, rojos, verdes, monárquicos, anarquistas… — Anna Viktórovna sonrió con dulzura—, todos se pueden poner de acuerdo, pero un hombre y una mujer nunca se entenderán… En realidad, vuelve a tener razón…

—A Dios gracias…

—Dmitri Yúrievich, ¿nunca ha tenido ganas de largarse a algún rincón perdido, construirse algo y vivir como un ermitaño?…

—¿Solo? ¿Con usted?

—Conmigo…

—Eso no es de ermitaños, es de lujuriosos. Solo sí que me gustaría.

—¿Y por qué no se marcha?

—Me da miedo. Los rojos aseguran que el hombre es un animal social. Y yo no soy una excepción. También ahora siento a veces el vivo deseo de ponerme una levita e ir a algún club, oír risas, las voces de los amigos, sus bromas… Siempre corremos hacia lo desconocido, pero, cuando lo alcanzamos, regresamos de nuevo con los nuestros, y no hay nada más dulce que ellos… Recuerdo que en tiempos de paz iba a cazar, vivía en una cabaña, hacía sopa de pato. Qué felicidad, ¡no hay palabras para describirlo! Y así un día, tres, una semana, pero luego, te pica el gusanillo: quieres ir a la ciudad, al ruido, al ajetreo de la gente. Regresas como si llevaras fuera un año. Un día, tres, una semana… y ¡anda y que se pierda todo! Pero, vaya, se ha terminado la temporada de caza, los patos están incubando… ¡lo has dejado escapar!

—Estaría bien ser cocinera…

—¿Por qué?

—De pie junto a los fogones, dejar que pase el día, matar el tiempo, arrastrarte hasta la cama, quedarte dormida y, por la mañana, de nuevo a los fogones. Nada de sueños, solo que llegue la noche cuanto antes para poder dormir.

—¿Nunca ha llegado a trabajar de cocinera?

—Pasé de doncella a puta, directamente…

—Pues yo sí he trabajado… No de cocinera como tal, pero casi… De lacayo… Mayores soñadores que los lacayos de nacimiento no he visto en mi vida. ¡Huy, qué arte tienen para soñar, Anna Viktórovna! ¡Sus sueños y los míos no son nada!… Si las cocineras no tuvieran sueños, ¡no habría habido revolución, querida mía!

Yevplánov, el jefe de la guarda, se terminó su taza —el vigilante había preparado té con flores de tilo—, se secó el sudor de la frente y dijo:

—Es denso este brebaje, te hace sudar bien, muy bien… —Como con los vapores del baño —sonrió Bekmatullin, un viejo con la cabeza afeitada y una tubetéika negra, de estilo tártaro—, completamente empapado.

—Mi yerno —dijo Yevplánov repantigándose en un sofá— , que es científico, metió en casa multitud de libros, y va diciendo que los antiguos en lugar de «le deseo salud» se decían: «¿Cuánto has sudado?».

—¿Cómo iban a decirse eso? —se sorprendió el vigilante Jarkov—. ¡Qué maleducados!

—Es que eran antiguos —le respondió el vigilante Kárpov—, ¿qué se puede esperar de ellos? Ve tú ahora y pregunta: «¿Cuánto has sudado?», que vas a ver cómo te arrean.

—¡Lo que podrán pensar! ¡Que he sudado con una moza! —se rio un poco Bekmatullin.

—No te burles de las mujeres —dijo Kárpov—. Ahora están emancipadas, ¿queda claro?

—La emancipación debe hacerse por las buenas —señaló Bekmatullin—, ¿para qué obligarlas?

—Entre nosotros, ese «por las buenas» duele —suspiró Kárpov—. El pueblo se muere de hambre, los baños están sin caldear…

Jarkov le dio un pequeño puntapié a Kárpov y empezó a toser con fuerza, después susurró:

—Es de la Checa, imbécil…

—Tú desahógate —pidió Yevplánov sombrío—, que ya respondo yo…

—No me das miedo… Ahora hay tanta comida en las cárceles como fuera.

—¡Serás idiota! —dijo Yevplánov—. ¿Tienes hijos?

—A mis hijos los mataron, los mataron en el frente.

—Así que dejaron nietos.

—¿Y qué más da? El hambre se los llevará.

—Y cuando lo haga, lloriquearás y tendrás tantas lágrimas como distancia hay de aquí a Tver. Mira, por tus nietos yo entregué a un blanco malnacido mi brazo, hasta el hombro… Dice mi yerno que todos nuestros críos van a acabar la escuela, y después la universidad o un instituto, y después, todos limpitos, a mandar en la producción obrera…

—Qué manía te ha dado con la universidad —dijo Kárpov—. Quizá a mis nietos no les haga ninguna falta estudiar. Quizá les haga falta una vida sencillita, como cuando había paz: ahí tienes tus cinco rublos y tú me das una vaca. No todos los hombres quieren dirigir eso… cómo lo has llamado…

—La producción obrera —sopló Jarkov.

—Eso, eso… ¿Para qué diantres quiero yo tu producción obrera? ¿Sabes lo que hago yo con eso? ¡A patadas!

—¿Cómo? ¿Qué? —Yevplánov se quedó de una pieza. Se levantó del sofá donde se había recostado tan a gusto—. ¿Qué disparates son esos? ¿A quién le has oído decir eso, parásito?

—¡Los parásitos están en mi trasero huesudo! ¡Y en mi estómago vacío! Parásito dice… En cuanto pilló un Nagant, ahí estaba, intentando dejar la marca de quemazón en la frente. Libertad dicen… Ya podías darnos algo de orden en lugar de esa libertad tuya…

—¡Ahí lo tienes! ¡Fíjate! —Yevplánov hasta se echó a reír—. Mi yerno me lo decía y yo no quería creerlo: ser esclavo es muy cómodo, no tienes que preocuparte por nada. Igual que una vaca en su establo, tienes tu heno y, hale, a rumiar. ¡Pues tira, ponte a rumiar! ¡Pero yo no quiero hacerlo!

—El que esclavo fue, esclavo será, incluso con vuestra libertad —objetó tozudo Kárpov—. Trabajé de vigilante con el barin, y ahora lo soy con los comisarios.

—¿Y qué sabes hacer, aparte de vigilar? —preguntó Yevplánov—. Todos vosotros queréis un trocito de libertad, ¡pero bien que os cagáis en ella! Pues mira lo que te digo, no sé cómo te…

—Kárpov me llamo, Trofim Ivanov, corre a denunciarme…

—¡Lo que me faltaba, ir a dar con un Kerenski!, qué voy a denunciarte. Lo haría con alguien inteligente, pero a ti, a un ignorante, ¿qué responsabilidad podemos pedirte? Mira, por la libertad di mi brazo hasta el hombro, y no pido nada a cambio, solo que se cumplan mis sueños y que tus nietos, idiota, vivan en el reino de la libertad universal, ¡donde todos los hombres sean iguales!

—Nunca ha habido de eso y nunca lo habrá. La libertad es la libertad, pero las cárceles siguen llenas. Antes estaban así, igual que ahora.

—¡Anda y que te…! —Yevplánov estaba incluso sorprendido—. ¡Que te…! ¿De dónde saca tu lengua esas cosas, eh? ¿Dónde quieres que metamos a los bandidos? ¿En una iglesia?

—La libertad es que haya paz y tranquilidad —dijo Kárpov pensativo—. Y si por las noches en las calles solo hay perros aullando, ¿qué libertad es esa? Antes en las calles teníamos luz hasta el amanecer, la cháchara de los porteros, figones…

—Fuiste esclavo y esclavo palmarás —dijo Yevplánov—, ¡anda y vete al diablo! Me estás volviendo loco.

En ese momento la puerta se abrió y en el umbral aparecieron dos hombres con revólveres en las manos: fueran o no demonios, tenían la cara marrón y como transparente, pero mirabas a lo transparente y no había forma de distinguir nada.

—¡Todos quietos! Al que se mueva, le agujereo la frente. Yevplánov iba a alargar el brazo para alcanzar su máuser, pero el más alto levantó el gatillo:

—No me limitaré al brazo, jefe, y sin cabeza no creo que puedas vivir… No toques la automática.

—Chicos, veamos—dijo Yevplánov—, estáis levantando la mano al país. Es mejor que os marchéis por las buenas u os pondrán a todos en el paredón, no van a tener compasión.

—No es tan grave —lo tranquilizó el primer ladrón, y avanzó hacia Yevplánov—. La pistola ni rozarla, que me viene bien.

—Ni se te ocurra —dijo Yevplánov—. Dispara, no pienso dártela, ¿queda claro?

El primero volvió la vista hacia su compañero: Dmitri Yúrievich no permitía que dispararan, el ruido lo arruinaría todo.

—Con la navaja —dijo el que estaba junto a la puerta—, que no hace ruido.

Yevplánov se dio cuenta: no se arriesgarían a disparar. En una fracción de segundo se tiró del sofá al suelo y le dio tiempo a golpear al ladrón en el estómago con la punta de la bota. Este soltó un alarido. Yevplánov empezó a

arañar la funda para sacar la máuser y no vio que Kárpov, tras agarrar al ladrón que estaba hecho un ovillo, se lo plantó delante para lanzarse contra el que estaba petrificado en la puerta.

—¡Cabrón! —gritó el ladrón y, mientras daba un tirón a la cazadora de su compañero, con la otra mano clavó con todas sus fuerzas el Nagant en el estómago de Kárpov. No quería y no tenía pensado disparar, pero su dedo apretó el gatillo y retumbó un disparo, y justo en ese momento Yevplánov, que ya había sacado la máuser, disparó varias veces. Uno cayó en silencio, mientras que el segundo empezó a gritar asombrado, con voz fina:

—¡Ah, cielos! ¡Me han matado! ¡Me han matado!

Con cuidado, Bekmatullin le quitó el Nagant de la mano, sin ser capaz de apartar la vista del hueso blanquecino que sobresalía por encima de la caña de la bota.

Vorontsov lanzó al saco varias piedras —sin que le diera tiempo a enterarse bien de cómo eran— y se abalanzó hacia la salida, andando de puntillas, con suavidad, igual que en primavera lo hacía al lugar de querencia desde donde el urogallo lanzaba su reclamo.

Detrás de él corrían Krútov y Olezhka el Apocado y Lenka el Tuerto, quien había tenido tiempo de acumular varios puñados de diamantes. Vorontsov pasó deslizándose junto a la puerta iluminada donde estaban los guardias, no sin antes gritar:

—¡Tuerto, páralos!

Lenka, sin llegar a entrar en el cuarto, desde la puerta, vació el cargador y ya iba a lanzarse en pos de los suyos cuando sintió un dolor agudo, y solo después oyó un disparo y notó el olor a quemado, igual que cuando de pequeño quemaban el azufre de las cerillas en el sótano de la calle Brónnaia.

Yevplánov se tropezó con Lenka, se cayó, se levantó enseguida y gritó:

—¡Bekmatullin, llama a la Checa!

Salió corriendo al porche y vio dos birlochos: uno iba en dirección a Tverskaia y el segundo estaba a punto de girar por Dmítrovka. Levantó la máuser y disparó tres veces a cada viajero: uno iba en el pescante y el otro parecía un pope, en sotana o en saya. No podía ni imaginarse que estuviera disparando a una mujer.

Anna Viktórovna vio en el porche del DEA a un hombre que levantaba un arma y apuntaba en su dirección. Se tiró sobre la espalda de Vorontsov, le sujetó la cabeza con las manos y empezó a gritar:

—¡A un lado, Dima, échate a un lado!

Y después resonaron dos disparos y Vorontsov sintió un golpe en el omóplato: una bala había atravesado el cuerpo finito de la mujer.

«Habrá sangre —se dijo maquinalmente—, y en el gris se nota un

montón».

—Ania —dijo despacito al notar que la mujer se resbalaba lentamente sobre su espalda—. Ánnushka, ¿te duele?

Se dio la vuelta; Anna Viktórovna tenía los ojos completamente abiertos: la mujer estaba muerta. En algún lugar no muy lejos retumbaron más disparos. «Es Krútov — comp rend ió—, la batida ha empezado».

Vorontsov saltó del birlocho y, a la carrera, alcanzó un portal. Estaba cerrado con llave. Corrió hasta la travesía y se escondió en el patio de una casa pequeña. Echó un vistazo: en un rincón oscurecía un cobertizo. «¿Espero a que se haga de día? Pero… ¿dónde está el saco? En el birlocho. ¿Se acabó? No, tengo que ir. Si me paran, me lío a tiros y, el último, para mí».

Yevplánov se quedó un buen rato junto al caído Kárpov y no era capaz de apartar la vista de las enormes manos nudosas del vigilante: iban cambiando, del pardo pasaron a un amarillo-blanco, limpio, como si alguien se las hubiera lavado con un jabón suave.

Y, después, Yevplánov se echó a llorar y ni siquiera sabía por qué lloraba ahora, había visto tanta muerte en su vida y nunca había llorado, como mucho había apretado los dientes y negado con la cabeza…

Y solo al amanecer, cuando el destacamento de la Checa hubo terminado de examinar el lugar de los hechos y Jarkov y Bekmatullin dejaron por escrito su garantía de que guardarían silencio sobre lo sucedido hasta que les llegara la autorización especial, comprendió de dónde venía la amargura que le pesaba en el corazón. Recordó las últimas palabras que le había dicho a Kárpov y comprendió que nunca podría reconocer ante el vigilante su tontería e ignorancia, y un «descansa en paz» cualquier idiota puede decirlo, uno que no sienta culpa ni dolor, sino solo curiosidad ansiosa por el entierro y las lágrimas ajenas en el cementerio.

También Vorontsov lloraba acurrucado en un rincón de una litera en un tren que iba a Pskov, en dirección a la frontera estonia. Todo lo hacía mecánicamente, obedeciendo a ese otro, al que lo veía desde fuera y que había dirigido sus actos ese día, empezando por los disparos en el cuarto de los vigilantes. Mecánicamente se había quitado el caftán cosaco y comprobado si tenía manchas de sangre en la espalda; también mecánicamente le explicó al cochero dónde debía llevarlo, le dijo que a Kalanchovka, no dijo nada de una estación, como si así se protegiera inconscientemente, pero, al parecer, así es como tenía que ser y confiaba en ese que ahora lo dirigía a él. Con igual tranquilidad subió al vagón, sin prestar atención a los secretas y otros policías que observaban tenaces a los pasajeros, sobre todo a los que tenían equipaje. Se

desvistió y trepó a la litera de arriba, enseguida se quedó amodorrado, como hundido en una oscura calidez. En sueños vio varias imágenes dulces y, al despertarse, ante él apareció la cara de Anna Viktórovna. La distinguió con tal precisión que hasta alargó el brazo. Y ella desapareció. Y él se echó a llorar. Recordó la cara bondadosa, imprecisa, de su mujer y después vio a Anna Viktórovna, después se le aparecieron su madre y sus hijos.

«He perdido todo, todo —pensaba conteniendo los sollozos—, me quiso una mujer, más que a sí misma me quiso, y yo la entregué a la ligera, sin pensar, a esta vida terrible y cruel donde no se puede vivir solo… Me quiso Ania, sí, me quería; dio su vida por mí y yo, en lugar de escuchar su relato sobre la nieve al derretirse, salgo con Ostrovski no vaya a ser que, Dios me libre, vaya y crea que soy cariñoso… He echado a todos, me he quedado solo conmigo mismo y ¿para qué me necesito? ¿Quién me necesita en este mundo? ¿Y qué es lo que andaba buscando en este mundo? Tenía que haber cuidado la dulzura, la mía y la de quienes me ofrecían la suya, pero yo solo quería el combate, la verdad, mi verdad… Ánnushka, pobrecita mía… Estás ahora sobre el zinc con una chapita atada al pie…».

—Hijo mío. —Oyó el susurro tranquilo de la anciana de la litera de abajo. Estaba echada en el borde, tapaba cuidadosa a su nieta con un chaquetita de felpa—. ¿Qué tienes, hijo? No sufras, no pasa nada.

Vorontsov suspiró, no pudo contenerse y sollozó. La anciana se levantó, encontró la cabeza de él en la oscuridad, empezó a acariciarle el pelo áspero, mientras susurraba:

—Reza, querido, rézale a nuestro señor, y tu corazón se sentirá libre, ligero… No sufras así, pobrecito, anda, mocetón, no sufras, ay, cómo te tiembla la espalda…

Vorontsov encontró la mano de la anciana y la estrechó con los labios, con la frente, con las lágrimas, y se quedó así quieto, excepto el temblor que recorría su espalda y un dolor fuerte en la sien izquierda…

Autorización para que el grupo operativo encabezado por Búdnikov y Arutiúnov lleve a cabo la redada y el registro de todos los colaboradores del DEA sospechosos.

Boki

Miembro del Consejo de la Checa

SIN PRUEBAS NO HAY EVIDENCIAS

Transcripción taquigráfica del careo entre Prójorov y Gazarián:

PRÓJOROV: ¡Ah, cerdo, gusano! ¡Caíste! ¡Ya era hora! Camarada, todo ha sido por su culpa. Yo… ¡procedo de una familia de campesinos! De pequeñito labraba la tierra, ¿saben? Sabía bien lo que es pasar necesidades, Gleb Ivánovich, tienes que creerme. Como suele decirse, no es la primera vez que nos vemos, ¿no? Gazarián, porque fue él, vino a verme y me ofreció cuarenta millones por Belov. Te lo he contado todo al detalle, cómo me lo propuso, después él…, Gazarián, pues… ¿Cómo se te pudo ocurrir ofrecérmelo? Bueno, está bien, soy idiota. Piqué, pero ahora estoy ayudando a la instrucción, ¡he dicho toda la verdad! Porque la conversación que tuvimos en Merzliakovski está grabada, ¡y esa conversación la mantuve porque me lo ordenaron! ¿Comprendes? Así que, Gazarián, te van a llevar al paredón ya mismo, ¡para que no vuelvas a tentar a miembros honrados del partido!

BOKI: Bueno, ¿qué tiene que decir, Iván Ivánovich? GAZARIÁN: Que se lo lleven.

(Se llevan a Prójorov.)

GAZARIÁN: Me declaro en huelga de hambre.

BOKI: ¿Para?

GAZARIÁN: Pues porque no puedo seguir mirando a los ojos de la gente. Y Prójorov, quien, como verá usted, se tragaba mi vodka y me pedía mujeres, no es un hombre en absoluto. Y si yo soy un cerdo, él es un cerdo mil veces más grande. Quiero morir sencilla y tranquilamente en la cárcel, en la celda. ¡Hasta la vida me resulta odiosa ahora mismo!

BÚDNIKOV: La gente honrada limpia su vergüenza con sangre, Gazarián, y, si alguna vez fuiste honrado, está claro que te diste de baja de ese grupo.

Yo, Klavdia Ivánovna Kleimiónova, vendedora en el departamento de calzado de la tienda n.º 16, conocí a Iván Ivánovich Gazarián mientras este realizaba una inspección en la red comercial. Ocultó mi descubierto y no llevó el caso a los tribunales, pero se llevó por escrito la garantía de que Shmelkov, el director del departamento, y yo íbamos a trabajar para él. Desde entonces nos ha estado dando tareas: a quién ver, a quién llevar una carta, y tanto Shmelkov como yo creíamos que así servíamos a las autoridades soviéticas. No leía lo que ponía en las notas, pero a la gente que he visto sí puedo reconocerla y también todos los pisos a los que me enviaba.

Escrito de mi puño y letra.

Kleimiónova

Yo, Grigori Serguéievich Belov, en cuanto al fondo de las preguntas que me han planteado, puedo declarar lo siguiente: he estado entregando a Gazarián grandes cantidades de objetos de oro, sin embargo ahora mismo no recuerdo cuánto exactamente, porque ha sido mucho. Le he dado monedas, anillos y relojes. Le di un reloj que daba las horas cantando «Alzad cual águilas el vuelo, halcones», de esto sí me acuerdo bien. Entre

las cosas que se me han presentado para su reconocimiento, puedo reconocer un brazalete con piedrecitas, una pitillera con las iniciales V. V. V. Las monedas no puedo reconocerlas porque son todas iguales. Asimismo puedo declarar que, en mi presencia, a Gazarián le entregaron objetos de oro los tasadores Petrov, Kriúkov y Alexándrova-Botaciano; de entre los tasadores de la sección de diamantes ni una sola vez vi a Gazarián con Pozhamchi, Shelejés o Alexándrov. Con relación a Tumánov, debo declarar que lo maté, de una puñalada en el cuello, una vez que lo hice ir al bosque para entregarle su parte de las joyas. El lugar en que lo lancé al agua con piedras atadas a los pies se lo he indicado in situ a los agentes de la Checa. Lo que firmo y suscribo. Todo lo suscribido lo hice no con ánimo criminal, sino por casualidad y por juventud.

Belov

Yo, Iván Ivánovich Gazarián, respecto a las preguntas que se me han planteado, declaro lo siguiente: los diamantes me los entregaba personalmente Shelejés durante nuestros paseos conjuntos a casa, y también los sustraje yo mismo cuando se abrían las cajas con las joyas. El oro lo he recibido de Petrov, Kriúkov, Proskuriakov y Sidorchuk. Pozhamchi no se ha conjurado conmigo para delinquir y nunca he recibido joyas de él. Los diamantes descubiertos en los orificios de un sello de madera vaciado, que era con el que lacraba las cajas, me los entregó Shelejés. También fue este quien ahuecó el sello para que yo pudiera llevarme tranquilamente del DEA los diamantes.

Gazarián

La presente acta ha sido levantada por nosotros, los agentes de la Checa Timoshkin, Makárov y Drynov, en presencia de I. I. Gazarián. La presente acta se levanta para indicar que llegamos a la dirección indicada por I. I. Gazarián, en el apeadero de Tainínskaia, y aquí, en el bosque (se adjunta plano), debajo de un pino desenterramos dos latas de conserva que contenían los siguientes objetos:

—monedas de oro de un valor de diez rublos con el cuño zarista: 41 unidades;
—anillos de platino con piedras preciosas: 24 unidades;
—anillos de oro con piedras preciosas: 21 unidades;
—garbines de perlas de color verde: 6 unidades;
—pitilleras de oro: 4 unidades;
—diamantes: 51 unidades;
—perlas: 49 unidades;
—relojes de oro: 32 unidades.

Leído y firmado:

Gazarián

Firmado:

Timoshkin, Makárov, Drynov

A Pozhamchi lo atraparon en un compartimento del vagón internacional. Búdnikov reparó en cómo el rostro de Pozhamchi se sumía al instante, cómo de sus mejillas desaparecía el rubor y hacían su aparición unas venitas azules y escleróticas y, como la piel se le acartonó, en un momento quedó claro que

Pozhamchi se había teñido: la franja blanca junto a la raíz del pelo contrastaba extraña y ostensiblemente con los restos bruñidos de su cabellera y de su piel amarillenta.

Lo registraron a toda prisa, en los bolsillos no tenía nada, pero cuando abrieron la cartera (en ese momento Pozhamchi hasta se enfurruñó), encontraron una cantidad enorme de al hajas: diamantes, garbines de perlas y zafiros.

—En fin —dijo Búdnikov—, me presento. Soy el instructor de su caso, me llamo Vladímir Petróvich. ¿Hablamos ahora o prefiere darse un respiro en una celda?

—Preferiría descansar.

—Por supuesto. Aunque una cosa le digo: las pruebas son tan claras que no tiene mucho sentido que se haga el gracioso.

Pozhamchi recordó entonces que en 1895 lo pillaron por una tontería cuando trabajaba en la joyería de Shubeikin en Novo-Nikolaievsk.[48] Esa vez lo había interrogado un comisario de policía mayor, con aire de buenazo. Planteaba sus preguntas sin prisa, pero con cada pregunta Pozhamchi iba sintiendo cada vez con mayor claridad la inminencia de lo que al fin le iba a suceder; detrás de la indiferencia de ese viejo policía él vio omnisciencia y entonces —y esto es algo que no olvidará en la vida— tuvo un extraño sentimiento: como si con cada pregunta se fuera haciendo más y más pequeño y, finalmente, terminó por sentirse como un gusarapo diminuto.

—Aun así, me vendría bien descansar —suspiró Pozhamchi—, ya tengo una edad, Vladímir Petróvich, el corazón no me aguantaría.

> Al Narkom de Com. Ext.
>
> Solicitamos se dirijan al joyero Karff de Londres —su dirección la tienen en Arcos Ltd.— y, previo pago, bajo juramento, consultarle sobre el valor de las alhajas confiscadas a Pozhamchi.
>
> Dada la urgencia de este asunto, solicitamos que el interrogatorio a Karff se realice sin demora alguna. Se adjunta inventario.

Boki

Mientras, Krópotov moría durante el arresto. Murió en silencio, en un sillón, de un ataque al corazón…

Al amanecer Pozhamchi se despertó sintiendo una alegría vaga e inesperada. Veía una pequeña ventana enrejada debajo del techo, una bombilla pálida tapada con una rejilla metálica, los muros grises pintados con pintura grasosa, pero, aun así, sentía en su interior cierta alegría latente. Se secó el sudor de la frente y, de pronto, recordó el sueño: su tía se había sentado en el

borde de la cama y, acariciándole la espalda y el cuello húmedo, decía:

—Ay, Nikolashka, ¡qué tontito eres, Nikolashka! A ese desalmado que te ha estado preguntando antes le dices que las piedras se las has comprado en el mercado de pura casualidad a un granujilla sin casa, y que te las has llevado para cambiarlas por dinero en el extranjero y luego devolvérselo por sorpresa a las autoridades.

Pozhamchi se incorporó en la cama y, de pronto, sonriendo, le hizo un guiño a alguien que estaba en un rincón de la celda:

—Nada, no pasa nada, vamos a ver si logra hacerme caer.

«Dios me ha salvado de haber hablado con él ayer. En el DEA no me han visto con las joyas ni una sola vez, o me habrían atrapado allí mismo, sin contemplación alguna. A Levitski los diamantes se los daba Shelejés. Y este no dirá nada, no han ido por el más indicado. Las piedrecitas que han sacado de la cartera no están registradas en el DEA. Estoy limpio. Han buscado sorprendernos por separado, en casa, a saber qué tiene cada uno, no pueden meternos a todos en la cárcel…».

BÚDNIKOV: A ver, entonces afirma que estas piedras las ha comprado en el mercado Smolenski el 24 de mayo de 1918, ¿es así?

POZHAMCHI: Bueno, puede que fuera el 23… o, como mucho, el 25… Me acuerdo de que era mayo, Vladímir Petróvich… Y me acuerdo porque entonces la Pascua fue un poco tarde…

BÚDNIKOV: ¿Y recuerda alguna característica especial del chiquillo sin hogar?

POZHAMCHI: Estaba muy blanquito… Con unas botas grandes, no eran de su número esas botas, de eso sí que me acuerdo… Los ojos negros, la nariz era chata…

BÚDNIKOV: ¿Qué precio le pone usted a los diamantes que le hemos incautado?

POZHAMCHI: Contaba con traer un millón como regalo para los hambrientos.

BÚDNIKOV: ¿Un millón? ¿Un millón en rublos soviéticos?

POZHAMCHI: ¿Y quién iba a tener rublos? No, contaba con traer un millón en oro.

BÚDNIKOV: ¿Y podría haber traído más?

POZHAMCHI: No sabría decirle…

BÚDNIKOV: Bien, entonces responda a esto: ¿se podrían vender esas alhajas por tres millones?

POZHAMCHI: ¿Tres millones? ¡De eso nada! Se podría subir unos cien mil, nada más.

BÚDNIKOV: ¿Qué opinión le merece el tasador inglés Karff?

POZHAMCHI: Es una persona seria. Ya se lo he dicho. Claro que entonces no era chequista, sino un comisario de Comercio…

BÚDNIKOV: De los joyeros-tasadores, ¿a cuál nombraría usted como el candidato más adecuado para nuestras operaciones comerciales?

POZHAMCHI: Karff es el más seguro de todos.

BÚDNIKOV: ¿No recordará usted el lugar donde compró al chiquillo los diamantes en los últimos diez días del mes de mayo de 1918? ¿La fecha es correcta?

POZHAMCHI: Correcta del todo.

BÚDNIKOV: Por favor, haga memoria del lugar donde compró los diamantes al chiquillo y, si fuera posible, de la gente que había por allí, del aspecto físico.

POZHAMCHI: El niño traía una cartera, me dijo: «Señor, señor, cómprame la cartera», y

yo le dije: «Largo de aquí, ¿para qué quiero yo tu cartera?». Y entonces me dijo que echara un vistazo a lo que había dentro. Y, bueno, en cuanto vi lo que había, pues todo lo que me rodeaba desapareció, como si no hubiera nadie…

BÚDNIKOV: ¿Comprendió enseguida que eran piedras preciosas?

POZHAMCHI: Me basta con una mirada, no ve que he dedicado toda mi vida a eso…

BÚDNIKOV: Tengo aquí un plano del mercado Smolenski, esta es la tapia, estas son las hileras de la carne. Intente marcar el sitio donde se encontró al chiquillo.

POZHAMCHI: No respondo por la cantidad exacta de metros, pero creo que fue aquí. Había un caballo, se oía crujir el heno, cerca de la tapia.

BÚDNIKOV: Marque el sitio y firme el plano del mercado. Indique que con una cruz señala tal y cual, que estuvo usted allí tal día…

POZHAMCHI: ¿Por qué voy a indicarlo con una cruz? Eso es de mal agüero. Mejor pongo una rayita. Ya está.

BÚDNIKOV: Gracias. Y, ahora, respóndame, Pozhamchi, ¿cómo es posible que estuviera usted en el mercado Smolenski en los últimos diez días de mayo de 1918, y encima cerca de la tapia, si precisamente en mayo del dieciocho el mercado estaba cerrado y la tapia que tan bien recuerda se levantó la pasada primavera?

POZHAMCHI: ¡Imposible!

BÚDNIKOV: Aquí tiene un escrito del comité ejecutivo de Jamóvniki, puede leerlo si quiere, esto es un escrito de la inspección sanitaria de la ciudad y, para acabar, el interrogatorio del administrador del mercado, de Usyskin…

POZHAMCHI: ¡Tiene que haber algún error!

BÚDNIKOV: Puedo organizar un careo con el administrador del mercado, con el inspector de sanidad de la ciudad y con un representante del comité ejecutivo. ¿Le parecería bien?

POZHAMCHI: Le estaría muy agradecido.

BÚDNIKOV: Y ahora responda a la siguiente pregunta. Ha declarado que conoce a Karff y que confía en su competencia. A petición de nuestra gente, Karff ha tasado en Londres sus diamantes no en un millón de rublos en oro, como ha hecho usted, sino en siete millones de rublos en oro.

POZHAMCHI: ¿Quién?

BÚDNIKOV: Karff. Su autoridad.

POZHAMCHI: ¿Cuándo lo ha hecho?

BÚDNIKOV: Ayer.

POZHAMCHI: Anda que no se pueden decir cosas… BÚDNIKOV: ¿Karff ha podido equivocarse en seis millones al tasar los diamantes?

POZHAMCHI: Vladímir Petróvich, deje que primero vea el acta donde ha firmado eso de los siete millones… Porque ahora mismo estoy confuso y perplejo.

BÚDNIKOV: Le enseñaré el acta cuando lo considere necesario. Espero que comprenda que un tribunal no me aceptaría un acta falsificada.

POZHAMCHI: ¿Puedo irme ahora a mi celda?

BÚDNIKOV: ¿Se encuentra mal?

POZHAMCHI: No… Estoy cansado…

BÚDNIKOV: Yo también lo estoy. Con todo, vamos a continuar. ¿Ha conocido a aristócratas moscovitas o petersburgueses, a capitalistas de envergadura, a políticos?

POZHAMCHI: Como si alguno me hubiera dejado pasar… Les llevas alguna joya, te dan el cheque en la entrada, se quedan la mercancía, y eso era todo.

BÚDNIKOV: ¿Con ninguno tuvo negocios de índole personal?

POZHAMCHI: Solo cumplía con los encargos de mis señores, Iván Afanásievich

Nenájov y Pável Mijáilovich Riabinin… Los dos se largaron pitando, así que yo no respondo por ellos…

Búdnikov: ¿No conoció a los Razumovski?

Pozhamchi: Nunca.

Búdnikov: ¿A los Yusúpov-Elston?

Pozhamchi: Sí, claro…

Búdnikov: ¿A Vorontsov?

Pozhamchi: No.

Búdnikov: ¿A los Lvov?

Pozhamchi: No, Vladímir Petróvich.

Búdnikov: Así que Vorontsov miente.

Pozhamchi: ¿Qué Vorontsov?

Búdnikov: Víktor Vitálievich.

Pozhamchi: ¿Dónde está?

Búdnikov: ¿Lo conoce o no?

Pozhamchi: No.

Búdnikov: ¿No se han visto?

Pozhamchi: No.

Búdnikov: Entonces permítame que le pregunte con quién estuvo en el Corona de Oro de Revel la tarde del 18 de marzo de este año.

Pozhamchi: ¿Yo?

Búdnikov: Sí, usted.

Pozhamchi: Pues no recuerdo dónde pasé la tarde del 18 de marzo en Revel…

Búdnikov: Basta de mentiras, Pozhamchi. Váyase a la celda, pero no se sorprenda si se encuentra allí a alguno de sus conocidos de Revel.

Pozhamchi se levantó de la silla y empezó a gritar:

—¡Con él no! ¡No me metan con él! ¡Se lo suplico! ¡No puedo mirarlo! ¡No puedo mirar a ese monstruo!

Búdnikov no se esperaba tal reacción, había dicho lo de los conocidos por si acaso, esperando que Pozhamchi se inquietara y con precaución se interesara por saber cuál podría estar en la celda con él, que incluso nombrara algún apellido, y así después él podría estudiar ese apellido y prepararse en condiciones para el siguiente interrogatorio, ya con una base nueva.

—Ahí tiene un bolígrafo, escriba todo lo que sepa de él —dijo Búdnikov, obligándose a bostezar y a demostrar con todo el cuerpo su completa falta de interés—, mientras, yo iré a ordenar que lo cambien de celda…

Dos horas después Pozhamchi había terminado su declaración sobre Vorontsov: escribió sobre las llaves para la caja, sobre el supuesto atraco, sobre que la emigración blanca necesitaba oro para combatir a los sóviets, oro, y no papeles…

Durante la redada en el DEA y el registro general a todos los trabajadores que salían del edificio, a Shelejés no se le encontró nada. Tampoco dio resultado alguno el exhaustivo registro en su casa. Cuando los chequistas llegaron a su dacha, el responsable del registro Martirós Arutiúnov solo pudo

silbar: la dacha ocupaba una parcela de dos hectáreas. En la casa no se encontró nada y habría que cavar dos hectáreas, al menos.

—¿En base a qué estoy detenido? —preguntó Shelejés—. Elevaré una protesta y me niego a declarar mientras no se invite a venir a los representantes del Narkom de Justicia y de la fiscalía de la república.

A pesar de las declaraciones inculpatorias de Gazarián, de que Levitski había confesado que había recibido diamantes de Shelejés, a pesar de que le presentaron para su identificación las muñecas enviadas a Revel a su mítico sobrino Auguste, Shelejés respondía a todas las preguntas bien con un silencio, bien con una negación rotunda de su culpabilidad.

—Son calumnias de Gazarián —decía Shelejés—, no puedo aceptar como declaraciones serias las revelaciones de ese granuja y ladrón. Levitski es un viejo especialista que odia a todos y a todo. En cuanto a Auguste, ya me van a permitir que llame sobrino a una persona que me es querida y en cuya instrucción he participado en la medida de lo posible, o tráiganlo para la audiencia. No es culpa mía que alguien haya metido diamantes en las muñecas de Jojlomá. ¡No tengo intención de cargar con la culpa de nadie!

… Búdnikov informó de todas las circunstancias relacionadas con Shelejés a Boki. Este lo escuchó según acostumbraba, sombrío, y propuso:

—Deja que hable yo con él. Mira. —Tocó con el meñique varios papeles que tenía delante, en la mesa—. Fíjate la de cartas que han llegado. Piden su liberación y dan su aval.

—Yákov Savélievich, mi apellido es Boki, soy camarada de Fedia.

—No pensaba yo que iba a encontrarme con un camarada de Fedia en una celda.

—Yo tampoco contaba con esto.

—No es culpa mía, camarada Boki, no es culpa mía.

—¿Es mía?

—De sus colaboradores desleales, ahí tiene de quién es.

—Si hay alguien a quien nos resulte amargo detener, ese es usted.

—Su hombre, el que me ha estado interrogando, me ha notificado mi culpabilidad: uno, la declaración de Gazarián; dos, mi amistad con el difunto Krópotov; tres, los balbuceos de Pozhamchi; el paquete a Revel, cuatro. Si lo miramos desde un punto de vista lógico, todas estas acusaciones absurdas se desmoronarán a poco que las soples.

De pronto, Boki sonrió; su sonrisa era bondadosa, desarmaba, dejaba ver los dientes blancos.

—Bien, sople —dijo—, sople. Si le soy sincero, estoy dispuesto a soplar con

usted.

Shelejés se restregó la frente con su fuerte manaza, exclamó un hum bajito, después estiró bien la espalda:

—En fin, vamos, aunque no me suponga una ventaja, tengo que cuidar mi situación para el juicio.

—Es que yo no me ocupo del sumario.

—¿Y para qué se ha dotado de memoria a la gente?

Bueno, está bien, Gazarián. El primer punto. Se puede calumniar a quien se quiera y como se quiera. ¿Por qué creen a ese timador y a mí no? ¿Dónde están las pruebas? ¿Los diamantes en mi bolsillo? ¿En un escondrijo en mi casa? ¿Dónde están? Segundo punto. Krópotov. ¿Cómo puede incriminarme un muerto? ¿El paquete? No lo niego, yo se lo di a la camarada Kozlóvskaia y le pedí que lo examinara, seguro que ella se acuerda si se lo preguntan, pero no quiso hacerlo. ¿Levitski? Pero si estamos hablando de Levitski… ¿Y si es una campaña de difamación contra mí?

—El autor es aquel que se beneficia. No lo digo yo, Yákov Savélievich, sino los clásicos. ¿Quién se beneficia de difamarlo a usted?

—Los que tienen atragantados a Fiódor y Ósip.

—Le estoy prestando mucha atención y estoy dispuesto a seguir haciéndolo, pero le pediría que dejara de hacer especulaciones con los nombres de sus hermanos.

—Mencionarlos no es hacer especulaciones.

—Tal como lo ha hecho usted es claramente una especulación y, créame, eso no le va a gustar nada al tribunal.

—Así que, a pesar de la falta de pruebas, están decididos a llevarme ante un tribunal.

—¿En verdad cree que van a juzgarlo sin pruebas?

—¡Qué sinceridad! Asustarme con futuras pruebas, pero ahora bien que se las callan… ¡Vaya con los camaradas de Fiódor!

—¿Qué es para usted más querido, sus hermanos o su patria?

—Son conceptos incomparables.

—¿Cuál lo es más?

—Y no se pueden medir. El hombre, aparte de juicio, tiene corazón.

—Si le hago a Fiódor una pregunta similar, ¿qué cree usted que va a responder?

—No lo sé. Ellos… son diferentes. Imagino que responderían que la revolución le es más querida que un hermano.

—Cierto. Es lo que dirán. Mire, Yákov Savélievich, estoy infringiendo todas las normas… Escúcheme con atención: dígame dónde tiene las alhajas y haremos todo lo posible por salvarle la vida. Comprenderá que con esas dichosas piedras tenemos que comprar pan para los niños moribundos. Usted

también es padre… Compréndame, por favor, y ayúdeme a ayudarlo… Tenemos pruebas contra usted y, de ser necesario, habrá más. Por eso si dice, aunque no conste en el sumario, sino así, sin más, dónde encontrarlas, juro que intentaré suavizar todo este asunto. De lo contrario, y no pretendo asustarlo, me va a costar mucho ayudarlo, incluso por Fedia.

—¡Eso es chantaje, ciudadano Boki! —dijo Shelejés después de reflexionar un momento—. ¡Pienso ponerlo en conocimiento de sus superiores y del tribunal!

Boki se recostó en el respaldo de la silla como si lo hubieran golpeado con fuerza. Después se levantó despacio y, encorvado, salió del despacho. Solo en la puerta se paró y miró perplejo a Shelejés.

Búdnikov, que lo estaba esperando, preguntó:

—¿Cómo ha ido?

Sin responder, Boki agitó una mano y se marchó a su despacho. En la sala de espera estaba el secretario de Unszlicht.

—Es de Vladímir Ilich —dijo entregándole un telefonema—. Solicitan que se informe de las causas de la detención de Yákov Savélievich Shelejés. Preguntan si es posible dejarlo en libertad hasta el juicio bajo la tutela de los camaradas del partido o trasladarlo de la zona de reclusión de la Checa a la cárcel de Butyrka.

Boki agarró un boli y escribió la respuesta, rápidamente, sin equivocarse ni una vez, como si llevara mucho tiempo esperando esa petición.

Camarada Unszlicht:

Ya. S. Shelejés está detenido por el proceso del DEA y acusado de robar alhajas. Conforme a la instrucción, no considero posible dejarlo en libertad hasta el juicio. También creo que es imprescindible dejarlo en la cárcel de la Checa.

Boki

La segunda carta la tecleó con un solo dedo en una máquina de escribir:

Camarada Lenin:

Usted me confió la dirección de la instrucción del caso DEA. Sobre el curso de tal instrucción le he enviado informes semanales.

Entre los detenidos por este caso se encuentra el hermano carnal de nuestro Shelejés, el tasador del DEA ciudadano Ya. S. Shelejés, por el que están intercediendo diferentes «personas de alto rango», que han llegado hasta usted, Vladímir Ilich (su petición en nombre de Unszlicht del 8 del presente mes, n.º 691). Estas continuas gestiones por todas partes nos apartan del caso y no pueden por menos que reflejarse en el curso de la instrucción.

Habiéndole dedicado suficiente atención al presente caso, le pido encarecidamente que me permita no prestar atención a ninguna clase de reclamaciones o presiones sobre el caso del DEA, provengan de donde provengan. O le pido que disponga el traslado de este

caso a cualquier otra persona.

Boki

Camarada Boki:

En su carta sobre Shelejés (Yákov Savélievich) usted dice: «por él están intercediendo» hasta llegar a Lenin y pide que le «permita no prestar atención a ninguna clase de reclamaciones o presiones sobre el caso del DEA».

No puedo permitírselo.

La petición que le envié no es ni una «gestión» ni una «presión», tampoco es una «reclamación». Estoy obligado a hacer este tipo de peticiones toda vez que se me han señalado varias dudas sobre su justedad.

Usted está obligado a responderme en propiedad: «las evidencias o las pruebas son importantes, tales y tales, estoy en contra de su puesta en libertad, en contra de que se suavice…», etc., etc.

Así es precisamente como ha de responderme usted.

Las reclamaciones y las «gestiones» puede omitirlas. «Presionar» está prohibido por ley. Pero, le repito, se equivoca usted al mezclar una petición del presidente del SCP con las reclamaciones, gestiones y presiones.

V. Uliánov (Lenin)
Presidente del Sóviet de los Comisarios del Pueblo

Camarada Lenin:

Solicito que me permita enviarle el informe definitivo del caso Ya. S. Shelejés dentro de diez días, después de que haya tenido lugar una operación imprescindible en Revel, operación que debe realizar nuestro agente allí, F. S. Shelejés, hermano del detenido.

Boki

Después llamó a la Sección de Asuntos Exteriores y acordó la urgente partida a Revel del estonio Víktor Piperal,[49] a continuación llamó a los peritos científico-técnicos y, colocando en la mesa la carta cifrada «al sobrino» y la declaración de puño y letra del detenido Shelejés, así como su queja a Dzerzhinski por «la arbitrariedad e ilegalidad de la Checa», dijo:

—Tienen tres días, cinco como mucho. Su tarea: determinar si es la misma caligrafía; descifrar la carta al sobrino estableciendo la correlación con la lista de tasación del Narkom de Economía y del DEA para las alhajas; indicar la fecha de redacción de la carta al «sobrino». ¿Está claro cuál es su tarea?

---

[48] Actual Novosibirsk. (N. de la T.)

[49] Fusilado en 1939.

EL CENTRO DONDE SE CRUZAN LOS CAMINOS

Querido camarada Lenin:

La Checa ha detenido en Moscú a mi hermano Yákov Savélievich Shelejés. No puedo creer que haya cometido delito alguno contra la república. No es miembro del partido, pero en su casa mis hermanos y yo ocultamos de la policía zarista a Kámenev, Skrípnik,[50] Tomski,[51] Krestinski o Yenukidze.[52] Solicito que dé indicaciones para que se solucione de la forma más meticulosa posible. Si hay alguna reclamación, los camaradas de la época prerrevolucionaria están dispuestos a apoyar mi petición.

Ósip Shelejés
Dirección Política del V Ejército

Ulián Kalgánov era un aldeano callado. Unos creían que lo turbaba su voz chillona que en nada armonizaba con su enorme estatura y su cuello de toro, inmóvil cuando lo llamaban, pues se giraba con todo el cuerpo. Otros decían que era un viejo creyente y que por eso evitaba a los demás y que solo hablaba con su mujer. Y un tercer grupo simplemente creía que era corto de entendederas.

No bebía, evitaba las fiestas e incluso en las celebraciones del día de San Pedro apartaba la copita de la boca: de pequeño su padre lo había emborrachado y estuvo dos días al borde de la muerte, ahogado en vómito amarillento. Desde entonces no soportaba el olor del alcohol, se le revolvían las tripas.

Esta era otra razón por la que no gustaba a los aldeanos, aunque las mujeres envidiaban a la suya, a Frosia: «Ya podían tener los nuestros un mal así, qué felices seríamos…».

No lo enrolaron en la guerra: era ciego del ojo izquierdo, aunque no se notaba, su ojo era como cualquier ojo, solo que con una manchita amarilla en la pupila.

Desde entonces su vida empezó a cambiar. En la aldea solo quedaban cinco aldeanos, mientras que allá, en la frontera con la taiga, había mucha tierra. Así que las mujeres de los soldados acudieron a Uliánov en busca de ayuda. Entre la primavera y el verano se puso todo negro, se quedó seco. Y sus hombros empezaron a parecer enormes, eran como las alas plegadas de una gran ave.

En otoño, una vez recogida la cosecha, pidió a cada mujer un cuarto de sus cosechas, pidió lo justo. Se marchó a la ciudad y regresó con un rapaz gitano: juntos guiaban tres caballos, un toro y cinco vacas, y había comprado bien de

grano.

A la primavera siguiente Ulián trabajó de sol a sol junto con el gitanillo, y en otoño trajo otros cinco caballos y nueve vacas.

Ahora una vez a la semana llegaba a verlo en su calesa el viejo Nadein, el dueño de la mantequería, y se llevaba tres tinas de madera llenas de smetana amarilla.

En verano trescientos bisoños cruzaron la aldea. Al mando iba el capitán de caballería Tarykin. Se alojó con los Kalgánov, su casa estaba limpita, olía a pino enano y a pan.

—¿Dónde metes tanta riqueza? —preguntó Tarykin después de cenar, cuando Frosia les hubo acercado el samovar y una botella de vino tinto dulce —. ¿Qué haces con tu dinero?

Y, de pronto, Ulián empezó a hablar. Su voz era calma, pero no chillona, sino como concentrada: existen voces así, que salen bien de dentro y, si las oyes de cerca, puedes notar el fuerte olor que emanan.

—Señor oficial, ni yo mismo sé qué hacer. Soy de oscuridad intransitable… Quizá usted podría sugerirme…

—¡Qué dices de oscuridad! —respondió el capitán—, anda y que no hablas como la gente normal y no como los pavos. Mis bisoños hablan como los pavos: glu-glu-glu, y no hay manera de entenderlos.

—Estoy acostumbrado a hablar como con la gente, pero para mí. Cuando hablas para ti, sale todo bien, lo importante es no tener prisa. Reposa y se espesa, entonces hablarás sabiendo lo que dices.

—Ahí lo tiene, justo como los pavos: «reposa, espesa, habla sabiendo». ¿De qué estamos hablando?

—De que la leche, señor oficial, tiene que reposar, entonces espesa y se hace nata y, con ella, smetana. Con las palabras sucede lo mismo.

—En fin, dime… ¿Sobre qué querías mi consejo? —Sobre qué hago con las ganancias.

—Abre una fábrica pequeñita…, destila alquitrán o compra una herrería.

—La gente se enrabietará. Aquí no gustan los que pasan del granero a casonas de madera. Y yo soy callado y, encima, tuerto. Ve y compra una fábrica o abre un figón, que empezarán a escupir a tu paso: ¡aprovechado!

—No hay que prestar oídos a todo lo que se dice, Ulián. El mundo aprecia la fuerza. Si uno es fuerte, anda y que odien y que, de puro odio, escupan sangre a tu espalda. Con todo, en tu presencia sonreirán y se quitarán el sombrero.

—Eso puede hacerlo aquel cuya sangre es extraña. Pero yo soy de aquí, por más que me expriman, no va a salir un valiente de mis tripas, si al menos tuviera un socio… —dijo Ulián y miró atento al capitán—. Como si me hubiera contratado de dependiente y nada fuera mío.

—¿Cuánto vas a pagar al socio?

—Es cuestión de hablarlo.

—No te hagas de rogar. Igual cuando negocio con el aldeano que va a trabajar al jardín: «¿Cuánto le debo?». «Lo que quiera darme». Y luego: «Vaya, pero tú eres el que trabaja. ¿En cuánto lo valoras?». «Lo que quiera darme». Así que le di un kopek. Y lo largué. «Cuando hayas pensado un precio, vuelve», le dije.

—El cinco por ciento de la facturación, señor oficial.

—¿Y cuánto es la facturación? ¿Un rublo de plata?

—Calculo que puedo reservar quinientos rublos al año para usted.

—¿Reservar? A ver, alma de cántaro, que no soy un aldeano. Necesito el dinero para vivir. Y me voy al frente, no de caza. Envíame los quinientos al año y llama al principal del pueblo, que voy a escribir la solicitud. ¿Un figón? ¿Una fábrica?

—Pues, a ver, escriba que Ulián Gavrílov Kalgánov es mi dependiente y que le dejo encargado de abrir un negocio a criterio propio. Y ya está.

—No, añadiré también lo de los quinientos rublos.

—Señor oficial, ¿y si vuelve de la guerra y le da por pleitear para quitarme los bienes?

—Dame ahora mil y dejaré por escrito que he recibido dinero a cambio y que en el futuro no habrá reclamación alguna…

En el año 1920 expropiaron a Ulián.

Y poco después Tarykin salió de la taiga, la manga izquierda vacía y metida en un bolsillo de su guerrera. Estuvo un mes metido en el henal de Kalgánov y comía patatas con tocino. Luego preguntó una tarde:

—Bueno, ¿qué? ¿Te has quedado mudo y manco? ¿Eso es lo que vas a hacer, quedarte aquí sin hablar?

—No puedes ir contra el poder…

—¡Qué va a ser eso el poder! Un hatajo de borrachos es lo que son, ¡y de vagos! ¿Quién gobierna la aldea? ¡Un vocinglero que no tiene nada de nada!

—Tiene un Nagant.

—Así que consideras que hay que esperar.

—Sí, eso considero.

—Bueno, vaya —dijo Tarykin buscando una postura más cómoda en el heno—. Que tengas suerte.

—O al aldeano le da por ser indulgente o correrá la sangre.

—¿Y qué si hay sangre? ¿Quién va a empezar?

—No seré yo.

—Y así seguiréis señalándoos unos a otros.

—¿Y usted, qué? Tiene ametralladoras escondidas en la taiga, haber empezado.

—Se necesitan dos brazos para la ametralladora, Ulián. De lo contrario, habría empezado.

—Vale, dispare al comité de campesinos. Y luego, ¿qué? Vendrá un escuadrón de la ciudad… y al paredón.

—La taiga es grande, me iría.

—Y en el lugar de este comité pondrán otro.

—También acabaré con ese: un ataque desde la taiga y solucionado.

—Vendrá un tercero.

—También habrá que deshacerse del tercero. Y entonces ya habrá miedo. En Rusia no sabemos pasar sin sentir miedo. Con las palabras no nos entendemos. Si hay algo que se entiende aquí, ¡eso es el miedo!

En febrero de 1921 estalló una revuelta que alcanzó la estepa de Baraba, las estepas al noroeste de los Urales y los gobiernos de Omsk y Tobolsk. Cuarenta mil personas se alzaron bajo la bandera del ejército de campesinos.

La noche del 27 de febrero Ulián despertó a Tarykin y le dijo:

—Baja del horno, el samovar está listo.

Era la segunda vez en su vida que bebía vino tinto dulce y experimentaba un sentimiento extraño de dicha; el estómago le ardía, la lengua se le quedaba pegada con un dulzor espeso, la cabeza le daba vueltas con ruido.

—¿Dónde están las ametralladoras, señor oficial? Ahora nos vienen bien.

—¿Vas a ponerte a excavar en la nieve?

—Estoy acostumbrado a trabajar.

Al día siguiente Ulián y Tarykin mataron a los miembros del comité de campesinos; fueron de casa en casa y desde el umbral disparaban a tiro hecho a los del comité: como si fueran patos en la temporada otoñal de caza, antes de que alcen el vuelo.

Cuando el Ejército Rojo inició su ofensiva, Tarykin y Ulián se marcharon a la taiga y se llevaron con ellos a doce aldeanos, querían abrirse paso hasta Sinkiang, hasta los chinos.

Antes de abandonar su casa querida, Ulián anduvo arriba y abajo por las estancias: recorrió la habitación principal, estiró con cuidado el mantel blanco con franjas de terciopelo, regó los geranios de los antepechos, comprobó si estaban cerrados con llave los cajones de las cómodas y colocó bien las láminas de los retratos fotográficos de su familia que, debajo de unos cristalitos, estaban colgados en la entreventana.

—Uliánushka, ¿qué tienes? —preguntó su mujer en voz baja, temblorosa —, ¿qué tienes?

—Vete —respondió él tranquilo—, sal de aquí…

«¿Por qué nos han convertido en animales? —pensaba—. ¿Por qué nos empujan a la taiga?».

—Uliánushka —su mujer volvió a llamarlo—, están todos esperando.

Vamos, Uliánushka. Las carretas están en el patio.

Estirándose con elasticidad, se santiguó ante una imagen; después descolgó un icono y se lo pasó a su mujer:

—Nos lo llevamos.

Cuando las carretas hubieron salido a la calle, Ulián sacó de un saquito dos bombas grandes de fabricación casera, le pasó las riendas a su mujer, saltó del carro y corrió a la casa. Rompió con cuidado un cristal de la ventana, arrancó la anilla y, una vez hubo lanzado la bomba dentro, se tumbó en el suelo. Un instante después su casa parecía vomitar: los marcos salieron volando, la puerta perdió los goznes, se propagó un humo denso, amarillo parduzco.

Más tarde Tarykin preguntó:

—¿Por qué?

—El camino es difícil y no tengo armas para odiar. Ahora no tengo casa, he roto mi cordón umbilical, no tengo nada que perder.

Y la gente de Kalgánov y Tarykin marcharon Siberia a través.

Y recorrieron así más de mil verstas, y se estaban acercando ya a Irkutsk, precisamente al punto de la carretera por el que iban Shelejés y Vladímirov en un coche pequeño y viejo.

Ósip Shelejés había pasado a buscar a Vladímirov, tenía que llevar al anciano a la tercera brigada, a que diera clases a los miembros del Ejército Rojo.

Como siempre, Vladímirov tenía frito a Ósip:

—Era una bonita escuela normal, pero no, mejor vamos a destrozarla siguiendo los nuevos tiempos y la llamaremos «popu-escu». Hum, puercoespín, popuespín… ¡popu-escu! ¡En tres años no se pueden hacer maestros de gentes sin estudios! ¡No tendrán más que sabelotodos! Ósip, ¿me estás escuchando?

—No mucho —respondió Shelejés, su cabeza estaba en Moscú.

—¿Qué ocurre?

—¿Eh?… No es nada.

—O me haces caso o empiezo a dar cabezadas.

—Prueba a hacerlo con estas zanjas —sonrió sombrío Ósip.

—«Dentro de quinientos años los caminos / habrán cambiado, seguro / las calzadas aquí y allá / a Rusia unirán, atravesarán» —recitó Vladímirov—. Pushkin. Es el único error que cometió.

—Oye. —Shelejés, que había recordado algo de repente, se giró—. Ha llegado un aviso, ¿has dicho algo de colgar en el museo cuadros de los zares? Supongo que serán ladridos, ¿no?

—¿Por qué? Es verdad. No de todos, claro, pero de Iván, de Pedro, de Alejandro II… Hay que organizar sin falta una exposición.

—¿Y qué hay de Stolypin y Witte? ¿También los metemos en el museo?

—Claro, son hitos en la historia del Estado ruso. Sin sus programas es imposible comprender nuestra lucha.

—¿Sabes qué, Alexándrovich…? Soy una persona con escrúpulos y no puedo olvidar que fui a la Checa, que pedí consejo. De lo contrario, en verdad te lo digo, sería el primero en informar sobre ti. Para que te aíslen de la sociedad como elemento dañino. A ver, ¿qué tonterías estás diciendo? ¿Que metamos al bueno de Nicolás en un museo soviético? ¿Para que los proletarios lo quemen? Y no les faltará razón. Ya estás como siempre, como una serpiente: empiezas lejos, como si nada, y acabas restaurando la monarquía.

El conductor se giró y, sonriendo —en su cara gris, cubierta de polvo, brillaron los dientes—, dijo:

—Camarada Shelejés, pero yo soy joven, a mí me interesa ver a Nicolás. Dicen que tenía todos los dientes de oro y un ojo incansable, siempre entornado.

—Mire —dijo Shelejés con aire de satisfacción—, ha encontrado un aliado. Con dientes de oro.

—¿Y cómo es que le interesa el retrato del antiguo zar? — preguntó Vladímirov al conductor.

—Siempre es interesante contemplar al que se han cargado. Y sobre Pushkin nos contaron en clase que era de la familia africana del zar. Que tenía rizos en el pelo, parecido a usted, camarada Shelejés. Allá en mi calle vive un acordeonista, Usynkin Kondrat Olégovich. Hace sus propias canciones. Si alguien le hace algún regalo, pues compone algo en honor a ese. Le quedan bien, hace llorar. A mi padre le escribió: «Tu hijo lejos lejos va, pronto cruzará el mar, el barco en el agua, los cisnes en el aire…» —cantó el conductor y luego se calló.

—Puedes cuidarte del enemigo, Ósip, del hambre, de las enfermedades…, pero no puedes tener miedo de la historia de tu estado y de su cultura… «El barco en el agua, los cisnes en el aire…». Es bonito, ¿no? ¿Hubiera podido cantar esto Us ynkin de no ser por Pushkin?

—¿Sabes qué es lo que me da miedo de ti? Que te burles del pueblo llano, como lo hacían esos intelectuales tuyos en la universidad…

—No sabes nada de la intelectualidad rusa, Ósip. Estoy convencido de que oíste a los naródniki decir eso de que habían tomado el camino equivocado. ¿O no?

—¿Quizá fueron por el correcto?

—No, aun así, ¿qué sabes de ellos? ¿O del noble Radíschev? ¿Del aristócrata Chaadáeiv?

Shelejés suspiró, se lio un cigarrillo.

—¿Sabe lo que pienso, Alexándrovich?… Para nosotros es importante que el pueblo, hasta la victoria de la revolución a escala mundial, quiera a la

república y odie a sus enemigos. Y en cuanto venzamos, ya nos las arreglaremos con tus intelectuales, los pondremos en su sitio. Mi instinto comprende lo que tú quieres. Pero compréndenos. No hay pan. Las fábricas están paradas. En tiempos del bueno de Nicolás se conseguían treinta y cinco mil kilos de oro al año, y nosotros apenas conseguimos rascar tres mil. No hay dragas, no hay caballos. No hay nada. Pero, a pesar de todo, ¿enviamos una expedición al mar de Kara? Lo hicimos. ¿Los barcos han llegado a Europa? Llegaron. ¿Hemos abierto universidades? Lo hemos hecho, y eso que la de aquí, la de Irkutsk, tus intelectuales llevaban setenta años queriendo abrirla. ¿Se ha organizado el departamento geológico de Siberia Oriental? Se ha hecho. Este año han partido expediciones a la taiga: en busca de manganeso, carbón, hierro, oro… ¿Se han abierto galerías de arte? Sí, aunque con tu ayuda… Por cierto que he sido yo quien se ha arriesgado. Alimentaremos al pueblo, lo vestiremos, lo cuidaremos de chinos y japoneses… y, entonces, a otra cosa. Pero ahora puedes provocar una revuelta con tus frases, Alexándrovich, una revuelta, y será sangrienta y tú serás el primero al que destruyan…

—Dispara a la nuca del chófer —dijo Tarykin a Ulián.

El disparo retumbó con fuerza, se expandió por la taiga con un eco alto, polifónico. El conductor se derrumbó sobre el volante, el coche se desvió hacia la taiga y se chocó de frente con un árbol.

Shelejés sacó la máuser y dijo a Vladímirov:

—Túmbate, ahora nos dispararán a nosotros. Vladímirov se inclinó sobre el conductor, lo agarró por los hombros y tiró de él. El muchacho cayó hacia atrás; debajo de una de las orejas tenía un agujerito oscuro y la sien derecha destrozada. La sangre manaba de la enorme herida.

—Coge la carabina que hay debajo de mis pies —dijo Shelejés—. Y sal del coche, entraremos en la taiga.

Saltó a tierra. Resonó un segundo disparo. Shelejés chilló y soltó la máuser, le habían destrozado el codo.

Y entonces de entre los árboles salieron Tarykin, Ulián y otros cinco.

—¡Salud, comisarios! —dijo Tarykin—. ¿Te duele la manita, ricitos?

«El barco en el agua, los cisnes en el aire», oyó Ósip de pronto con una claridad que dolía. Dijo:

—Aquí solo hay un comisario. El viejo no es del partido.

—¿Y qué hace que va contigo de viaje? —se sorprendió Tarykin, y empujó a Shelejés con la culata de su rifle—. Hale, a la taiga.

—Hasta siempre, Alexándrovich —dijo Shelejés.

Tarykin preguntó a Vladímirov:

—¿Usted quién es? A los comisarios los colgamos, a sus acompañantes les metemos un tiro, a los engañados los liberamos.

—Es un engañado, un engañado —gimió Shelejés, la sangre del codo ya le

salía a chorros.

—Nadie me ha engañado —dijo Vladímirov en un susurro. Tosió y repitió —: Nadie me ha engañado, ciudadanos.

—Si es un engañado, que se vaya —dijo Ulián—. Tiene cara de ser de los nuestros, bondadosa… Su cara es buena.

—Se lo repito: ¡nadie me ha engañado! —dijo Vladímirov.

Tarykin se dio la vuelta y golpeó a Ósip con la culata en la cara; este cayó al suelo.

—Ladrón —dijo ya con voz ronca Shelejés—, mala víbora, ¡el pueblo revolucionario acabará contigo! Y vosotros, botarates, ¿a dónde vais con uno de sangre azul? ¡Si es un hacendado! ¡Atadlo, canallas!

Tarykin se echó a reír:

—¿Agitador y propagandista? Entonces no lo colgaremos. A la hoguera, como Giordano Bruno. A ver si se desdice. Bueno, abuelo, va a estar bien verlo, ¿eh?

Vladímirov no esperaba hacer lo que hizo (fue algo inesperado incluso para él): escupió a la cara de Tarykin.

—Es… ¡un animal! —gritó—. ¡Un animal!

Tarykin dio un pequeño salto y con los pies golpeó a Vladímirov en el estómago. El anciano se derrumbó en silencio, como un saco, mientras que Tarykin cayó suavemente de costado, sobre el brazo bueno. Se quedó un momento en el suelo con los ojos cerrados, después se limpió la cara con el musgo húmedo y oloroso y dijo:

—A la porra los dos, menudo numerito. Hale, muchachos, acabemos con esto.

La detención de M. M. Isáiev puede considerarse ilegal, por lo que se dispone su liberación.

Neumann
Visto bueno,
Einbund

El Ministerio de Asuntos Exteriores da fe de su respeto por la embajada de Alemania en Estonia y por eso solicita al embajador plenipotenciario que tome medidas para prevenir las actividades de O. Nolmar, incompatibles con su condición de diplomático. En el caso de que Nolmar no cese en unas actividades inaceptables en un estado soberano, el Ministerio de Asuntos Exteriores pasará a considerar a Nolmar persona non grata y exigirá que sea deportado.

Confiar a A. F. Schwarzwasser la investigación de las actividades ilegales de los empleados de la policía secreta F. Tammann, V. Graube, R. Wallenstein, O. Kehrer; entregar a A. F. Schwarzwasser las carpetas n.º 4 y n.º 9 con el membrete «Alto secreto». Instar a que A. F.

Schwarzwasser entregue las carpetas n.º 4 y n.º 9 para su conservación en una caja de seguridad especial en cuanto termine el trabajo según sea necesario.

A. Neumann
Visto bueno,
Einbund

Solicito a A. Neumann que ofrezca a Schwarzwasser toda la ayuda posible en este caso y solicito a Neumann que mantenga el contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores, para que no se dé ningún paso sin su aprobación.

Einbund

Ayer salió de Revel O. V. Nolmar, exagregado comercial de Alemania en Estonia, después de un escándalo del que todavía no han trascendido los detalles.

(Crónica del periódico Vaba Sõna)

---

[50] Se suicidó en 1933.
[51] Se suicidó en 1936.
[52] Fusilado en 1937.

LA OPERACIÓN TODAVÍA NO HA TERMINADO

Cuando un guardia entró en la celda y dijo que Neumann reclamaba a Isáiev y, con un guiño apenas visible, susurró: «A todas luces, lo van a dejar libre», Nikándrov se puso mirando a la pared y se cubrió la cabeza con la manta gris que apestaba a fenol.

—Voy —dijo Isáiev—. Diez minutos y estaré listo, ¿de acuerdo?

—Bien, esperaré.

El guardia volvió a lanzar un guiño a Isáiev y salió de la celda.

—Leonid Ivánovich, ande, quítese eso. Tengo varias cosas que decirle.

—Lo escucho.

—Mi querido literato, tengo tres salidas posibles: que me suelten tras haber organizado alguna marranada para dispararme por la espalda, que intenten convencerme de que me convierta en el malo de esta historia y, por último, que me saquen para el interrogatorio de turno. Pero, si tomamos como punto de partida de nuestro razonamiento el primer supuesto y si admitimos que no voy a permitir que me vuelen la cabeza así como así, en el transcurso de los próximos siete días lo soltarán a usted.

—¿Piensa que le tengo envidia?

—Dada su situación, sería legítimo.

—¿Por qué? —preguntó Nikándrov y, apartando la manta, se sentó en la cama—. ¿Por qué? Es ruin y rastrero, pero le tengo envidia… Soy una porquería, Maxim, ¡una porquería!

—Ya basta, Leonid Ivánovich… No suelo justificar nada por las circunstancias, pero siempre las tengo en cuenta. Al parecer le van a preguntar si se considera ciudadano de la República Soviética Rusa. Incluso aunque quiera irse a París una vez esté libre, no renuncie a la ciudadanía, así podremos pelear por usted.

—Comprendo… Pero no nos vamos a ver más, no van a dejarme salir vivo de aquí, saben que contaré a todos lo que me han hecho…

—¿Y a quién puede preocupar eso? La cárcel no es un balneario. —Isáiev se sonrió y colocó una mano en la rodilla puntiaguda de Nikándrov—. Bueno, que le vaya bien, Leonid Ivánovich. Quiera Dios que… volvamos a vernos.

Intercambiaron un abrazo torpe y se besaron tres veces.

—Como en Pascua —sonrió Isáiev, y llamó a la puerta metálica y pesada.

El guarda volvió a hacerle un guiño. Isáiev miró con aire interrogador al joven espigado y pelirrojo. Este dijo:

—Todos piensan que lo hago aposta, pero es un tic que tengo en el párpado desde pequeño.

Solo después de haber salido del despacho de Neumann, quien le hizo entrega del auto de libertad, solo después del suave registro en la entrada, donde los dos guardas le palparon un poco los bolsillos y ni siquiera le hicieron quitarse las botas, solo después de haber visto a Lida Bossey sentada en un taxímetro abierto, solo después de esto Isáiev rompió a reír a carcajadas al acordarse del guarda pelirrojo y guiñador con su sonrisa bondadosa, culpable.

—Maxim Maxímovich, le sientan bien la barba y el pelo así —dijo Bossey —, le da un toque de virilidad.

—Lo tendré en cuenta.

—La cárcel es… ¿dura?

—Mucho.

—Me daba miedo que me dijera que no.

—¿No es muy arriesgado que me haya recogido?

—Considero que no hay que tener miedo al destino. Hay que tentarlo… Y además Román me lo ha pedido… Después de la cárcel todos quieren irse a dormir, ¿y usted?

—Personalmente, después de la cárcel lo que me apetece es moverme.

—Pues muévase… Hoy tengo una representación benéfica en el Apolo, allí lo verá Román. ¿Ha echado de menos el dulce? Ahora no me rechazará un pastelito, ¿no?

—Quiero pescadito ahumado.

—¿Pescado ahumado? Qué raro… Antes a los detenidos les daban pescado de ese tres veces por semana… Es que me he criado en una cárcel. Mi padrastro era el director de instrucción en las cárceles del Transbaikal.

Isáiev miró asombrado a la mujer.

—¿Sorprendido? Lo maté a tiros… Ordenó que azotaran al hombre que yo amaba, y después ese hombre se suicidó…

—Por lo que yo recuerdo el apellido de ese director era Vinográdov, ¿no?

—Espero que tampoco usted haya venido hasta aquí con el apellido de su padre.

—Y el que se suicidó se llamaba Seriozha Blinov, era bolchevique, ¿no?

—Sí. Por eso estoy con ustedes. Justo por eso —dijo Lida con semblante serio y tranquilo—. Con Denikin también estuve por ustedes.

Ya dentro de la habitación, Lida llamó al mozo y pidió:

—Por favor, traiga pescado ahumado, rutilus, y vodka. Y, si es posible —miró rápidamente a Isáiev—, patatas, caviar y panecillos dulces, que estén calientes.

Cuando el mozo, que casi se parte en dos al hacer la reverencia, salió corriendo, arrastrando un poco el pie izquierdo, para cumplir el encargo, Lida preguntó:

—¿He acertado?

Isáiev le sonrió en silencio, acordándose en ese instante de Nikándrov. Este le había dicho en una ocasión: «Maxim, todo hombre es la cumbre de la maravilla, y no hay nada más monstruoso que definir al hombre como "sencillo". Usted invierte en esto su sentido común, pero es utilitarista y les empobrece…».

Se quedó dormido en cuanto su cabeza rozó la almohada. Soñó que estaba en casa, en Moscú, que había venido el doctor Tumarkin. Vsévolod lo veía como si lo tuviera delante, todos los pequeños detalles, cada pelusilla de la cabeza y las venillas de la calva ovoide y los dedos largos, fuertes, y las comisuras bondadosas de los ojos.

—Si no le hubiera pedido a su padre que viniera —decía Tumarkin—, habría vivido dos semanas más. Subió a verlo a usted por su cumpleaños y la úlcera se perforó…

—Quería que mi padre se olvidara un poco de su enfermedad… —se justificaba Isáiev—, pensaba que mejoraría… Tenía tantas ganas de ver una hormiga grande en el bosque… Y yo había encontrado una y la solté en la mesa y él se rio tanto… lloraba de risa…

—Era el dolor lo que lo hacía llorar —replicó Tumarkin.

—¡Qué va, no! —suplicó Isáiev—. ¡No diga eso, doctor! Se estaba riendo, conozco su forma de reír…

—Pero no conoce su forma de llorar…

Después Tumarkin desapareció y en su lugar apareció la cara del tío segundo de Iliá.

—Ayer, ¿sabes?, fui con las niñas a la feria —dijo—, había un carrusel grandecito… Desde que Lena y yo nos separamos, solo puedo verlas los domingos. Ráienka se ha vuelto muy silenciosa, sonríe poquísimo… La pequeña… todavía no comprende qué pasa, no hace más que pedirme: «¡Vamos a subirnos!». Ráienka observa todo con atención y se ilumina cuando hablo bien de Lena y, como en los días de antes, la llamo «mamá». Antes me preguntaba: «¿Vais a hacer las paces pronto, papaíto?». ¿Qué podía decirle? Y aquí, en cuanto llegamos al carrusel, fue como si se olvidara de todo, se le encendieron los ojos y me preguntó: «¿Puedo subirme en la jirafa?». Natashka,

que todavía no comprende, se subió a un león, lo acariciaba con sus manitas…, susurraba: «León bonito, bueno, si te cansas, dímelo y voy andando», y Ráienka está en la jirafa, le da miedo y algo de vergüenza, porque, claro, ya es mayor, tiene doce años, y se ha subido a un carrusel… Y yo la miro y se me encoge el corazón… ¿Por qué todos nosotros, los Vladímirov, somos tan infelices en familia?

Isáiev se despertó empapado en sudor, con la cabeza pesada, porque en el último instante había vuelto a ver la pelusilla gris de Tumarkin inclinándose sobre un hombre cubierto con una sábana blanca, y al momento lo identificó: su padre…

En la calle ya había oscurecido, había llegado la noche primaveral, transparente, ligera, inestable, donde los contornos de las agujas y de los tejados de ladrillo se difuminaban rítmicamente.

Lida estaba sentada junto a la mesa y leía un libro; había tapado la pantalla con un paño para que la luz no cayera sobre el rostro demacrado de Isáiev.

—Ha gritado en sueños —dijo ella—, incluso llorado… Pobrecito mío… Lo espero en el comedor, vístase, tenemos que ir al Apolo, hay que estar hacia las diez allí… Si Román no se sienta a su lado, sino otro, este debe decir: «Qué pena no haber podido colocarme aquí, cerca de la ventana sopla mucho el aire y no tengo bien los pulmones».

El enlace resultó ser un chico jovencito, militar, a lo que parecía. Hablaba ruso con un ligero acento. Tras la contraseña, dijo:

—Me llamo Juha.[53] Nos están esperando…

—Vaya usted, yo lo alcanzo luego —dijo Isáiev—, ¿se ha «comprobado»?

—¿Comprobado? ¿Eso qué es?

—¿Nadie lo ha seguido?

—A mí no hay que seguirme —sonrió Juha—, soy del contraespionaje militar.

—¿Y por qué lo cuenta? Así no se hacen las cosas… Salga cuando se atenúen las luces.

Isáiev esperó a que Lida empezara a cantar. Nunca la había oído, y esa extraña manera suya de hacerlo y que la había hecho tan popular en Revel lo dejó pasmado. Cantaba como si estuviera narrando, andaba por la sala, se sentó a su mesa y, con la barbilla apoyada en el puño, lo miró largo rato a la luz vacilante de la vela que sujetaba en la mano izquierda.

Después regresó al pequeño escenario, cerró los ojos y, con un suspiro que parecía un gemido:

Adiós, hasta siempre,

no pidas perdón,
ya no lo hay. Ya solo hay despedidas
y pesar por la pobre rus…

En el piso secreto a Isáiev lo esperaban Román y Karl. En este último Isáiev reconoció enseguida a Víktor Piperal, un trabajador del servicio de información, él y Víktor llegaron a la Checa al mismo tiempo.

Isáiev se hubiera lanzado a abrazar a Román, pero este estaba sentado junto a la ventana con las manos apretadas entre las rodillas: sonrió a Isáiev con pena, incluso parecía estar lejos de allí y pedir perdón.

—Pero ¿qué…? —preguntó Isáiev—. ¿Qué ha pasado?

Había susurrado la pregunta: la alarma enseguida se transmite a un agente, no hay forma de ocultarla por más que se intente, pero es que Román ni siquiera intentaba ocultarla.

—Nada —respondió Karl—. ¿Cómo estás?

—¿Qué ha pasado? —repitió Isáiev. Karl miró interrogante a Román.

—Cuéntalo tú —pidió, y se encendió un cigarrillo.

—Verás… Han detenido a Yákov Shelejés… Un tasador del DEA… Es… es el hermano mayor de Román.

—¿Tú eres Fiódor Shelejés? ¡Oh!

Karl empujó con un dedo un paquetito envuelto en trapos:

—Shelejés… Yákov… quería enviar diamantes a Marchand con ayuda de Auguste, su enlace… Lo hemos interceptado de milagro.

Se quedaron quietos y sin hablar un buen rato. Karl mordisqueaba ruidosamente un caramelo e Isáiev y Román fumaban, dando largas chupadas, y sus caras continuamente se iluminaban con un destello colorado, intranquilo.

—¿Es de menta? —preguntó Isáiev.

—Sí —respondió Karl.

—Los médicos dicen que son malos para el corazón.

—Mi corazón está bien.

—Alguna vez se te estropeará —prometió Isáiev—. ¿Tú qué crees, Román, puede que haya habido alguna equivocación en casa?

—La Checa no se equivoca —respondió Román.

Isáiev frunció el ceño:

—¿Por qué eres tan tajante? Se equivoca, claro que se equivoca, han podido poner a Yákov en el punto de mira.

—Yákov no es de los que permita a otro jugar por él.

—Entonces no tienes derecho a hundirte —dijo Karl—. Me han enviado aquí para decirte la verdad y que te piden que lleves la operación con Marchand. ¿A qué viene estar tan mustio?

—Imagino que, porque al fin y al cabo, Yákov es su hermano —respondió Isáiev—. ¿Tú no tienes hermanos, Karl?

—Tengo tres hermanos y una hermanastra.

—¿Y si a ellos les pasara algo así?

—Para mí lo primero es la revolución; los hermanos y la hermanastra, después —respondió Karl con dureza.

—Te creo —dijo Román—. Pero, ¿sabes una cosa?, todos estábamos hambrientos, y Yasha era el mayor, hacía de padre… Y cuando llegó el hambre definitiva, íbamos a él y nos daba lo último. ¿Lo comprendes? Y para las fiestas hacía gomulkes. Son unas bolitas de requesón salado. Estaba junto al fogón, se secaba el sudor de la calva y cantaba: «Oy, oy, main Belz, main shteitele Belz, main heimishe Belz, vu hob ij main kindere iorn farbrajt…».[54] Después de la revolución le

dije: «Yasha, antes podías hacer todo lo que querías con tu banda de ladrones, antes estaban el zar y los burgueses. Pero ahora tienes que olvidarte de tu banda». Juró que iba a trabajar honradamente y sin nada de líos con las piedras. Y yo lo creí. ¿Y cómo no creerlo? Si cuando nuestro hermano pequeño se estaba muriendo de tuberculosis por el hambre y todos nosotros nos quitábamos un cuarto del salario para comprarle tocino y huevos, y Yasha con una sola de sus piedras podría haber acumulado más comida que nosotros con todo nuestro dinero… Y él no envió nada, estuvo al mismo nivel que nosotros, y esto nos resultó más valioso que si hubiera continuado, como antes, con sus negocios… Lo creímos hasta el final, cuando estaba junto a la tumba de Isái…

Volvió a reinar un largo silencio. Se hacía insoportablemente pesado y, entonces, Karl se levantó, se acercó a Román, le puso la mano en el hombro y dijo:

—¿Cómo puedo ayudar? Haré todo lo que digas. Pero no tienes que desgarrarte así por dentro. Tu corazón todavía tiene que servir a la revolución.

—Se puede pedir indulgencia a los nuestros —dijo Isáiev—. Lo harán, por ti, por el caído Isái.

—No voy a pedir clemencia para él. —Román se golpeó varias veces las rodillas con los puños, manteniendo un intervalo regular, como automatizado —. ¡No osaré hacerlo! Isái me dijo: «Nuestros padres nos dieron una vida en la que nuestro nombre era "judiazo" y cualquier centuria negra podía rajarnos la tripa o estamparnos la cabeza contra una pared. Lenin nos ha dado una vida en la que hemos pasado de judiazos a hebreos y de parias a ¡ciudadanos de la república!». Isái murió por ello…

Karl se volvió hacia Isáiev:

—La principal dificultad radica en que Román tiene que ir a ver a Marchand y conseguir pruebas; Yákov no responde en los interrogatorios y no hay pruebas directas que lo incriminen, solo indicios. Boki me pidió que le

contara todo a Román, todo, hasta la más mínima nadería. Boki dijo: «Si Román no se ve capaz, entonces pensaremos otra cosa, no tenemos derecho a obligarle».

—¿Cuáles son los indicios? —preguntó Isáiev.

—Los datos de la vigilancia, el paquete con diamantes que interceptamos en la embajada; la declaración de la hermana de Olenétskaia que aceptó el paquete de Yasha —sin subir el tono, sin levantar la cabeza, respondió Román —, los informes de la inspección. Si Marchand confirma la conexión con mi hermano, el círculo se cierra. Karl ha traído el plan de la operación propuesta…

Román apoyó la cabeza en el antepecho y empezó a balancearse de lado a lado, y sus hombros empezaron a temblar de a poco, y entonces con más fuerza aún empujaba la frente contra el antepecho blanco y frío.

—Román tiene que actuar en un número mortal —dijo Karl—. Como se equivoque en lo más mínimo, se lo quitarán de encima y adiós al caso en Moscú. Tiene que interpretar el papel de traidor. De que traiciona todo el caso por su hermano. Y, una vez conseguidas las pruebas, necesita, por encima de todo, obligar a Marchand a que comercie con nosotros, que nos compre las piedras al precio que marca el mercado occidental… Así que…

La noche antes de partir hacia la frontera, Isáiev quedó con Shórojov. Se vieron a las afueras, en un pequeño camino vecinal cerca de Võru. Shórojov debía llevar a Isáiev hasta la aldea diminuta donde lo esperaba la barca de los enlaces.

Después de someter todo a discusión, Isáiev dijo:

—Conmigo en la celda estaba Nikándrov…

—Lo sé. Un gusano. Contrarrevolucionario. Amiguito de Vorontsov…

—Cierto. Podía estar trabajando para Neumann, claro, pero me ayudó.

—¿Y?

—Me gustaría pedir que se den pasos encaminados a su liberación.

—¿Quiere darle las gracias por no ser un completo canalla?

—¿Ha leído sus libros?

—No.

—Vaya… Tiene talento.

—Bunin y Sávinkov tampoco es que sean mediocres. ¿Y qué me dice de Kuprín?

—Esta revolución es nuestra. Nos gusta a usted y a mí. Kuprín la aceptará más tarde. Quizá también lo hagan Bunin y Sávinkov. Aunque… no lo creo, los dos son políticos acabados y un político nunca perdona al que lo ha apartado de la política… Un escritor, un científico o un pintor… son diferentes. Repin, por cierto, no vive en Píter, sino con Mannerheim. Si Kuprín se pone en la misma situación de Iván, si deja de recordar su linaje, nosotros, la dictadura

del proletariado, no tenemos derecho a hacerlo: nuestros descendientes no nos lo perdonarán. Y en lo que a nosotros respecta, camarada, entre otras cosas todavía hoy vivimos bajo el techo de la gran cultura rusa del siglo diecinueve… Por más vueltas que le des, a Tolstói y a Dostoievski no hay forma de arrastrarlos a la clase predominante, sería ridículo.

—Así que hay que ayudar al enemigo… Vaya, esto es nuevo. Aunque claro, llevo un año sin estar en casa, puede que no me haya enterado de los nuevos aires…

Isáiev miró la cara fuerte y de pómulos salientes de Shórojov, se encendió un cigarrillo.

—No tiene sentido que se ponga así —dijo tras una calada profunda—, por cierto que no lo culpo. Tenemos un extraño rasgo que nos distingue: todos nosotros, cuando discutimos, creemos que precisamente «yo» y no «él» comprendo el problema mejor y con mayor exactitud, y que «yo» amo a la patria, y si «él» rebate mi punto de vista, entonces está claro que «él» no la ama. ¿O no es así?

—No creo que usted ame a nuestra patria menos que yo.

—Gracias.

—¿Y por qué está sonriendo todo el rato?

—¿Qué quiere que haga, que llore? ¿Tiene usted hijos?

—Tres.

—¿Van al colegio?

—La mayor acaba de empezar.

—¿Ha echado un vistazo a su abecedario?

—Con los palitos y los círculos se arregla sola.

—Los palitos están en el libro de aritmética, creo yo. Entonces, ¿no?

—Imagino que el abecedario tiene sílabas.

—Y también hay poemas. De terratenientes: Pushkin, Lérmontov, Nekrásov, Bátiushkov, Fet e incluso Zhukovski, el educador del zar. Con esos terratenientes chupasangres enseñamos a los niños el amor por la patria, ¿cómo lo ve?

—¿Y qué? Nuevos poetas vendrán.

—¿Cómo? De la nada solo surge la nada. Al principio la gente necesita sumar dos más dos y después pasar a las integrales. Ahora nosotros somos los amos, y es inútil que desperdiciemos el talento, nuestros niños van a necesitarlo.

Perplejo, Shórojov se encogió de hombros:

—¿Quiere que mueva hilos por un enemigo?

—Es escritor, ruso.

—Es un contrarrevolucionario.

—Déjelo ya, de verdad se lo digo… Las editoriales son nuestras, las

tipografías también. El soldado da miedo solo al que tiene un fusil en las manos. Nikándrov habla mal de la dictadura de los bolcheviques, vale, va llorando en los hombros de los conocidos, vale… No pasa nada. Llegará un día, mirará a su alrededor, calculará a ojo la relación de lo imposible perdido con el futuro posible y entonces… ¿quién sabe? La vida es una broma misteriosa, justo igual que la creación. En resumen, cumpla mi petición, por favor.

—¿Está convencido de estar haciendo lo correcto?

—Sí.

—Pues yo no.

—Pero no aduce nada razonado. «Enemigo», «contrarrevolucionario», «desmoraliza a la gente»… No son argumentos. No hay criminales natos, las condiciones hacen a la gente enemigos o aliados. Ahora, cuando hemos vencido en el frente, debemos probar a convertir a nuestros artistas si no en amigos, al menos en aliados.

—¿También a Miliukov? El abuelo no es tonto que se diga.

—¡Ha vuelto a un político!

—Con todo, me mantengo en mi opinión. El obrero tiene una libra de pan, el campesino se muere de hambre y a cualquier literato o académico le dan una buena ración… Y ellos van y, hale, puñalada por la espalda, y encima con saña, para que duela más.

—Camarada Shórojov, escribir un libro es bastante más penoso que dar a luz. El pintor Ivánov estuvo toda su vida pintando La aparición de Cristo ante el pueblo.

—¿De quién? ¿La aparición de quién?

—De Cristo.

—Bien podía no haberlo pintado. Sujétese, hay otro agujero.

—¿Así que podía no haberlo pintado? —se sonrió Isáiev—. «Estudiar, estudiar y volver a estudiar», ¿quién lo dijo?

—Lenin.

—¿Y cómo pretende estudiar? ¿Con qué? ¿Con los dibujos rupestres de los habitantes de las cuevas? Está bien, es absurdo que nos despidamos con esta discusión. Dejémoslo aquí y preocúpese de transmitir mi petición a los camaradas.

—¿Es una petición personal?

Isáiev frunció el ceño:

—No. Puede tomar esta conversación como una orden.

—¿Tengo derecho a elevar una protesta contra esta orden?

—Pleno derecho.

El ministro de Asuntos Exteriores Piip releía los recortes de periódicos que

le había preparado su asesor sobre las conversaciones de los rojos con representantes del gabinete británico y sobre los encuentros del embajador Krestinski con el canciller alemán.

«Tenía yo razón desde el principio —pensaba Piip—, al defender nuestra línea en relación con Rusia: moderación tranquila, benévola. En política, en general, cualquier giro brusco es una fuente de desgracias. Solamente una evolución gradual puede contribuir al progreso una vez surja un statu quo fijo y seguro. Hay que acostumbrarse al otro. Ser permeable, tolerante con el otro… esto puede no solo aplazar la guerra, sino unir las naciones en una familia mundial, única para todos. Es imposible que nuestra suavidad no sea correspondida con suavidad por el Kremlin, al fin y al cabo, también son gente. Y ahora, cuando Londres está cada vez más orientado hacia Rusia, alejando a todos los demás, no tenemos competencia: el comercio de Londres con Moscú es inconcebible sin Revel… Solo yo he mantenido a raya el maximalismo susceptible de nuestro presidente en estos meses difíciles, y Estonia no se olvidará de lo que he hecho…».

Piip hojeaba la entrevista de Chicherin, publicada en los periódicos de Londres y de Nueva York con un gran encabezado. Se sonrió y meneó la cabeza: «Si nos hubiéramos comportado como los polacos, ¡qué ridículos seríamos ahora! Y qué difícil lo van a tener los polacos en el futuro: el cambio de rumbo de Londres y de París inevitablemente obligará a los polacos a buscar el camino para reconciliarse con el Kremlin, pero Chicherin obligará a los polacos a pasar por todo un auto de fe: cuando los señores hacen las paces, el temblor del mechón de pelo de los siervos se nota bastante más que antes, cuando peleaban… En este sentido, los dirigentes de los países peque- ños deben ser mejores políticos que los líderes de los grandes estados, por muy paradójico que pueda parecer. Clemenceau me deja asombrado: vaticina la caída del bolchevismo basándose en que Lenin ha roto bruscamente el rumbo interno del país y, en lugar de consignas embriagadoras para combatir, hace que sus partidarios aterricen sobre un trabajo paulatino, sin ruido ni estallidos. Sobre el trabajo más difícil y desagradecido: la creación de un aparato de estado legal, el progresismo científico, la organización y recomposición del coloso que es la potencia rusa… Clemenceau no tiene razón: con el cambio de rumbo de Lenin, queda oculto el enorme peligro del futuro avance del bolchevismo por todo el mundo…».

Piip miró su reloj: a las once esperaba a Leonid Stark,[55] consejero de la embajada rusa.

«Todavía tengo tiempo para una taza de café —pensó—. Qué raro, siempre me empiezan los mareos a esta hora. Tengo que ir a las montañas, a Suiza, por ejemplo, y tratarme de la circulación… Antes era fácil: Kislovodsk era seis veces más barato que Zúrich. Estaría bien saber cuándo piensan abrir los

balnearios del Cáucaso. Menuda sensación causaría que fuera a uno de sus balnearios».

Stark llegó tres minutos antes de la hora acordada. Los diplomáticos soviéticos habían sustituido las chaquetas rabonas por levitas y esmóquines, y el Narkom de Asuntos Exteriores había publicado un libro, una traducción del francés: Protocolo diplomático. Todos los trabajadores de embajadas y consulados tenían la obligación de estudiar a fondo y concienzudamente este libro y seguir sus disposiciones.

A pesar de que Antón Ivánovich Piip hablaba ruso sin acento —se había licenciado en la Universidad de San Petersburgo—, recibía a los representantes rusos en presencia de su secretario y de un traductor.

Después de los habituales saludos protocolarios, Stark, acomodado en un sillón enfrente del ministro, dijo:

—Excelentísimo, ya en primavera aparecieron en los periódicos de Revel unas informaciones de orientación claramente difamatoria. Recuerdo que esta campaña se inició después de que nuestro embajador informara al gobierno de Estonia sobre las intolerables acciones de aquellos miembros de la emigración rusa que han caído en el pillaje. La campaña alcanzó su apogeo después de que el gobierno de Estonia expulsara fuera de las fronteras del país a los emigrantes más activos en sus pillerías. Ahora en la prensa de Revel han aparecido nuevas informaciones completamente absurdas. Algo que me ha obligado a pedirle audiencia y así poder entregarle una nota oficial…

A diferencia de Litvínov, Stark visitaba al ministro y al jefe de gobierno con una gran carpeta de piel estampada azul, hecha de encargo. Stark abría la carpeta con ademán pintoresco, cierto que siempre algo turbado por ese aire pintoresco, en su opinión obligatorio en diplomacia.

—Aquí tiene, señor ministro —dijo—, por favor, si puede leer el documento…

El ministro se giró suavemente y le pidió al traductor:

—Sea tan amable de traducirme este texto.

Nota del representante plenipotenciario en ejercicio de la RSFSR en Estonia para el ministro de Asuntos Exteriores de Estonia Piip

Excelentísimo señor Antón Ivánovich:

En la prensa estonia han aparecido informaciones sobre supuestas concentraciones de tropas rusas ocurridas en la frontera de Estonia. Incluso llegan a indicarse las unidades de tropas y los puntos de concentración, Yámburg y Luga.

Por este motivo, considero necesario asegurarle de forma categórica que las citadas informaciones son pura invención. En la frontera de Estonia no está teniendo lugar ninguna concentración de tropas rusas. El gobierno de la RSFSR alienta en relación con Estonia, al igual que con todos los estados limítrofes con Rusia, las intenciones más pacíficas, y está completamente ocupado en trabajar por el resurgimiento económico del

país y en combatir el hambre que se ha extendido por algunas zonas de la RSFSR. Las relaciones de amistad del gobierno ruso para con Estonia no necesitan, a mi parecer, de pruebas. Y por eso opino que el gobierno de Estonia tiene realmente clara la naturaleza provocadora de las informaciones alarmistas de toda clase que los enemigos de la Rusia soviética difunden sistemáticamente. Su objetivo está claro: provocar conflictos entre Rusia y los estados limítrofes con ella, incluida Estonia, por supuesto.

Estoy profundamente convencido de que su Gobierno sabrá valorar en su debida forma estas acciones criminales, y que todos los intentos de nuestros enemigos por destruir las relaciones de amistad de nuestras repúblicas serán vanos.

Acepte la seguridad de mi completo respeto.

En nombre del representante plenipotenciario de la RSFSR en Estonia

Stark

Piip asintió satisfecho y le pidió al traductor:

—Por favor, esté pendiente de que la nota se traduzca y se hagan diez copias. Señor Stark, no tiene nada en contra de que ponga al corriente de este documento a los representantes más dignos de nuestra prensa, ¿verdad?

—En principio somos contrarios a la diplomacia secreta.

—En tal caso —se rio Piip—, ¿cómo es que sus telegramas a Moscú están cifrados?

—Para que nuestra diplomacia abierta no tenga posibilidades de dedicarse a la diplomacia secreta…

—He notado que la diplomacia rusa tiende a la manera francesa de llevar una conversación…

—¿A qué diplomacia se refiere? ¿A la prerrevolucionaria?

—No, me refiero a usted, señor Stark.

—En ese caso, no lo he comprendido bien: yo no soy diplomático ruso, soy diplomático de la escuela soviética…

—Ah, sí, claro, pero ahora los sóviets están sólidamente asociados al concepto de Rusia.

—Gracias.

—Espero que a la diplomacia soviética no le desagrade todo lo que le ha dejado en herencia la cultura rusa.

—Para nada. Por ejemplo, no deja de preocuparnos el destino del escritor Nikándrov, detenido hace tiempo por la policía de Revel y sin pruebas suficientes para ello.

—Pero ¿es emigrante y no es ciudadano suyo?

—¿Conoce el caso de Nikándrov?

—No, ni siquiera había oído el nombre, pero de haber sido Nikándrov ciudadano de usted, ya me habría planteado esta cuestión más de una vez.

—Nikándrov no era oficialmente trabajador nuestro, salió de la república por asuntos personales, por eso nos hemos enterado tan tarde de su detención.

—¿Está haciendo una petición sobre Nikándrov, señor embajador?

—No protestaría si usted entendiera así mis palabras. Nikándrov se opone a las autoridades soviéticas, sin embargo sus libros están marcados por el sello del talento, es un gran conocedor de la Hélade, sus traducciones del griego y del latín son famosas en toda Rusia…

«Si ahora también hacen peticiones por sus oponentes políticos —observó Piip—, es que se están volviendo increíblemente fuertes en casa».

—Le prometo —dijo el ministro poniéndose en pie— que pediré un informe al Ministerio del Interior y, si resulta que es como usted cuenta, el caso de Nikándrov se resolverá de inmediato. ¿Se supone que va a regresar a Rusia?

—Eso lo desconozco. Ha sido un honor…

—Que vaya todo bien, señor embajador. —Piip acompañó a Stark hasta la puerta y, cuando este ya estaba girando el gran picaporte de cobre, preguntó—: Por cierto, ¿no sabrá usted cómo están las cosas ahora en las aguas del Cáucaso? ¿Los sanatorios ya están funcionando o siguen cubiertos con la ceniza de la guerra?

Neumann —quien ya había ensayado la partitura con Román— al principio se negó a dar el visto bueno a la orden de Einbund, el ministro del Interior, para que se pusiera en libertad a Nikándrov.

—Si nos sometemos a las presiones del Ministerio, ahora que acabamos de liberarnos de la rusa, estaremos bajo presión de otros… Estamos dando motivos a nuestros enemigos para que nos echen en cara nuestra excesiva complacencia.

—¿Se refiere a enemigos externos o internos?

—En este caso, internos.

—¿A cuáles en concreto? —sonrió el ministro.

—Recelo de la oposición de derechas.

—Amigo mío, ¿quién tiene miedo a la oposición en una república parlamentaria? Las palabras son peligrosas solo cuando están validadas por metralletas. ¿Tiene usted algún dato que menoscabe a Nikándrov? ¿Está relacionado con las actividades criminales de Vorontsov? ¿Es un participante activo del movimiento clandestino monárquico? ¿Un bolchevique encubierto?

—Lamentablemente, señor ministro, Nikándrov no es culpable de nada. Es víctima de un error.

—¿No hay demasiados errores en su institución?

—A Nikándrov se lo detuvo después de la orden del jefe de gobierno, había que detener y expulsar de Revel a Vorontsov, Krasnitski y a otros tres antiguos oficiales de Denikin que habían participado bien en destacamentos de castigo, bien en contraespionaje.

—¿Nikándrov también había participado?

—No.

—Entonces ¿por qué una decisión legítima del jefe del Estado debe extenderse a un inocente?

—Señor ministro, Schwarzwasser permitió determinadas… un poco de flexibilidad… con el ruso. Cierto que este le dio pie, pues atentó contra la vida del instructor.

—Si la culpa es de Schwarzwasser, castíguelo.

—¿De verdad que por un ruso de nada vamos a poner en peligro a un instructor?

—No por «un ruso de nada», querido Neumann, sino por Nikándrov, su embajador ha presentado una petición. ¿Será posible, y permita que lo parafrasee, que por «un Schwarzwasser de nada» tenga que poner en peligro nuestra relación con Moscú? Ya ve lo que está pasando en el mundo… Lo más peligroso es llegar tarde al último tren… Londres anda en amoríos con el Kremlin y de un momento a otro reconocerá a Lenin. París está a punto de reconocerlo, a pesar de su hasta ahora posición inflexible. Créame… ¿Y qué saca el pueblo de todo esto? El nuestro, el estonio. Somos las puertas navales del Kremlin y de Londres, los unos y los otros van a jugar con nosotros… ¿Me está diciendo que debo estropear algo tan grande por una nadería?

Solo cuando hubo dejado atrás la puerta de la cárcel, Nikándrov sintió que le temblaban las piernas. Se apoyó en el muro alto de ladrillo y se quedó así un buen rato, los ojos cerrados, sintiendo que no tenía fuerzas para moverse, que se caería.

Al principio dentro de él había una lástima calma por sí mismo y ternura. Todo despertaba ternura en él: el chacoloteo de las pezuñas de los caballos, el olor a gasolina que quedaba en el aire al paso de un taxímetro chirriante, las voces sonoras de los críos, los gritos malvados de las gaviotas gordinflonas…

Echó a andar muy despacio por la calle: al principio porque le seguían temblando las piernas, después, cuando se le hubo pasado ese temblor pequeño y convulsivo, simplemente por disfrutar de la posibilidad de ir a donde quisiera sin temor a los gritos de los guardas.

No lo dejaron entrar en el cuarto que Vorontsov había alquilado en Parnü tee, vivían otros inquilinos, también rusos.

—No he fisto ningún manuscrito de usted —dijo el dueño de la casa Hans Gustávovich—, le pido que no venga con esas preguntas o llamaré a la policía…

De casualidad, Nikándrov se vio en un espejo: envejecido, con manchas rancias. Vio una sonrisa lastimera y asustada, llena de respeto y miedo, y de pronto vio la cara de viejo que tenía, una cara cubierta de pelusilla amarillenta,

y el antiguo odio, el que de pronto había olvidado, se abrió paso en su interior.

Desde el piso de Vorontsov se fue a la redacción de los periódicos rusos. Solo quería hacer una cosa: hablar del horror que había sufrido en la democrática cárcel del lugar.

—Pero, mi querido amigo —respondió Ratke, el editor del Últimas Noticias—, ¿acaso puedo publicar algo así? No me dejarán, e intentar colarlo no traerá nada bueno a la desgraciada emigración rusa. Créame, llevo cuatro años… viviendo aquí… Si esto se puede llamar vivir…

Los eseristas escucharon de buena voluntad a Nikándrov, prometieron que le organizarían un encuentro con Chernov, quien la víspera de los sucesos en Kronstadt se había trasladado a Revel, le transmitieron al escritor sus sinceras condolencias y le aseguraron que en el transcurso de la siguiente semana le darían una respuesta… en uno u otro sentido.

—¿De veras hay que deliberar una semana para publicar mi declaración? Se puede solucionar con una llamada de teléfono a las personas implicadas.

—Estamos sujetos a la disciplina del partido —respondió el editor Vajt— y representamos a sus órganos.

Cuando Nikándrov se hubo marchado de La Voz del Pueblo, Vajt dijo a sus colaboradores:

—En estos tiempos, los provocadores más temibles son los provocadores involuntarios. ¡Recordad bien a Nikándrov! Todavía tiene que causarnos muchas desgracias debido a su egocentrismo y a que vive de su propia ofensa, y no por la causa común. Los estonios están expectantes por imponernos una multa por cualquier material que pueda deshonrar a su país. Y no vamos a darles ocasión de hacerlo.

Nikándrov se fue al tribunal de la ciudad. El juez resultó ser un hombre de edad avanzada, amable.

—Creo que he leído sus libros —dijo tras escuchar a Nikándrov—, si ha traducido a los clásicos, seguro que soy de los que han disfrutado con sus traducciones. Espero que pueda perdonarme, nos cuesta tanto recordar los apellidos rusos como a ustedes los estonios… En fin, su caso. Créame, estoy profundamente indignado… Podría entender una crueldad semejante si fuera bolchevique: amenazan con destruirnos y la crueldad prevalece sobre el raciocinio, y se tortura a un bolchevique, con lo que se lo humilla a él y a uno mismo, y a eso tan sagrado que es la democracia, que castiga, pero no humilla… Pero ¿cómo puede usted demostrar que son culpables?

—Con las cicatrices.

—¿Tiene algún escrito de un experto médico sobre que las cicatrices aparecieron después de su detención?

—No.

—En ese caso, el señor Schwarzwasser, o aquel a quien usted desee someter

a juicio, lo acusará a usted de falso testimonio. Asegurará que las cicatrices son antiguas. ¿Quién puede testificar en su favor?

—Las paredes y el suelo.

—Suena terrible, pero, ya lo siento, no es suficiente.

—¿Se niega a instruir el caso?

—Si insiste, admitiré a trámite el caso y daré diligencia de ordenación.

—Es lo único que quiero. Se lo agradezco.

—A ver, haga el favor de rellenar este cuadro, el número de pasaporte, en qué comisaría está expedido, validez, lugar de residencia y demás formalidades que imagino que ya conoce…

—El pasaporte no fue expedido en una comisaría de aquí, sino por el comisariado de Asuntos Exteriores en Moscú.

—¿Es usted ciudadano de los sóviets?

—Soy ciudadano ruso.

—No puedo intervenir en un caso iniciado por un ciudadano extranjero contra la policía política. Solo el ministro de Justicia puede autorizarlo. Me da que lo hará… Es un hombre inteligente, le pido por favor que se dirija a él primero…

A los periódicos estonios Nikándrov no fue, recordaba su primera conferencia de prensa en el Corona de Oro.

Pasó por la oficina de telégrafos y, reuniendo su último dinero, envió un telegrama a París, a la dirección que con ansia y entre lágrimas repetía en la cárcel: «Jules Blenner, rue Bonaparte, 41, París, Francia. Liberado de cárcel estonia. Espero ayuda. Revel, a lista de correos, Nikándrov».

Jules Blenner no recordó enseguida quién era el tal Nikándrov y, cuando lo hizo, se sorprendió de que los estonios hubieran podido mandar a la cárcel a un ruso así.

«Aunque, con su programa de humanismo paneslavista y de cosmopolitismo —solo un ruso es capaz de reunir un conjunto de tantos significados—, capaces son de meterlo entre rejas».

Con todo, Blenner se decidió a ayudar a Nikándrov y llamó a la editorial donde había entregado el libro del ruso.

—Jules, no nos sirve —le respondió Yves Karr, el propietario de la editorial Républicain—. No nos encaja en ningún sitio. Si fuera un comunista que invitara a quemar a Shakespeare, lo publicaría, sería exótico, lo comprarían los chavales del Barrio Latino. Les gusta charlar sobre la revolución en los descansos entre cliente y cliente homosexual. Si tu Nikandroff fuera monárquico y hubiera pegado un tiro al menos a un comisario, lo editaría. El objetivismo es el azote de la literatura. El escritor está obligado a ser egocéntrico. Buscar la armonía de la verdad no es cosa suya; ya se ocupan de

eso Clemenceau y Chicherin. Es demasiado elegante como para que lo comprendan. Ahora hay que escribir en plan bruto y, obligatoriamente, algo interesante. Sobre todo los rusos, que tienen sobre qué escribir. Perdóname, Jules, pero no puedo ayudar de ninguna manera.

Nikándrov pasó tres noches en la estación y una en el parque. Todos los días se acercaba a Telégrafos, pero no había respuesta de París. Se movía a empujones entre la gente del mercado, pretendía cambiar su abrigo por comida, pero a nadie le interesaba el abrigo; el cerdo y el requesón se vendían por marcos y todos los intentos de Nikándrov por convencer a los campesinos de que llegaran a un acuerdo de trueque acababan en burlas y expulsiones de las hileras. Los dos primeros días esta humillación le provocaba cierto placer agudo, doloroso.

Se acordó de Bossey y fue a verla, pero le dijeron que mademoiselle Lida había salido de gira por Europa.

Al quinto día Nikándrov ya no esperaba recibir respuesta alguna. Preguntó a la muchacha de la ventanilla en voz baja, somnolienta; solo quería dormir, pero en cuanto se quedaba dormido, empezaba a ver imágenes nauseabundas: bien estaba bebiendo leche de un bidón sucio y sonoro y la leche se le derramaba por el cuello, bien estaba comiendo carne y a su alrededor zumbaban moscas verdes, se posaban en el tocino y se le colaban en la boca, o bien bebía vodka a grandes tragos y el estómago le ardía y le dolía…

—Un telegrama para usted —dijo la muchacha con tono de indiferencia, y le tendió un papelito azulado.

Con manos temblorosas Nikándrov rompió el precinto del papel áspero y leyó: «¿Qué ayuda espera de mí? Responda dentro de un mes, ahora salgo para Berlín, Blenner».

---

[53] Fusilado en 1939.

[54] «Ay, ay, mi Belz, mi pueblecito Belz, / el pequeño hogar / donde disfruté de mi niñez». Traducción del ídish de Varda Fiszbein. (N. de la T.)

[55] Fusilado en 1937.

LA CAUSA A LA QUE SIRVEN

El secretario de Marchand —el enorme y musculoso Robert Villa, medio italiano, que de joven había boxeado en el equipo de Marsella— abrió la puerta de la habitación de lujo compuesta de tres estancias.

—¿Quién es usted? —preguntó Robert atento y alerta.

—Informe al señor Marchand de que ha venido a verlo por un asunto urgente el hermano de su tío moscovita…

—¿Qué tío?

—Él ya lo sabe.

—¿Me permite que lo registre? —dijo Villa y, sin esperar permiso, rápidamente, como si estuviera atacando a Román, pasó las manos por todos sus bolsillos.

Marchand salió un minuto después: pequeño, regordete, por lo visto venía de echarse una siesta, pues llevaba un pijama de seda —pasado de moda— encima de un jersey viejo y con zurcidos aquí y allá.

—¿Con quién tengo el honor? —preguntó.

—Quiero hablar con usted a solas…

—No veo por qué. No tengo secretos con mi ayudante.

—Soy el hermano de Yákov…

—¿Qué Yákov?

—Pues ya sabe… Shelejés.

—¿Puede demostrar que es usted su hermano?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Fiódor.

—Usted es el que trabaja en…

—Sí —lo interrumpió Román—. Ese soy yo. Por eso haga una excepción y hable conmigo a solas.

—Robert, nos vamos al despacho a hablar…

Una vez solos, Marchand señaló una cajita de madera, le ofreció un cigarro a Román y preguntó:

—¿Qué tal está Osia? ¿Dónde está ahora?, ¿en Píter?

—Sabe muy bien que Osia está en Irkutsk —respondió Román—. Y para acabar cuanto antes con todas las formalidades, la comprobación de mis credenciales y todo lo demás, he traído varias fotografías y el pasaporte con el que resido aquí como ciudadano belga… Aquí trabajo…, bueno, usted ya comprende para quién trabajo… Tenga, mírelas. —Y colocó delante de Marchand un paquetito de fotografías y el pasaporte.

Sin mucha prisa, Marchand sacó una lupa de su pijama pesado de seda, estudió atentamente las fotografías, no fueran a ser un montaje, con la misma atención estudió el pasaporte y luego dijo:

—Pero, Fiódor Savélievich, seguro que su hermano le ha dicho que yo me mantengo alejado de la política y que nunca me he mezclado en aventuras sucias. Y usted, me da a mí, no pretende cambiar su profesión de agente por el inestable negocio del comercio de diamantes.

—Señor Marchand, la Checa ha detenido a mi hermano.

—¡Dios mío! ¿Cuándo?

—Hace una semana.

—¿Es grave?

—Me temo que sí.

—Pobre Yákov… Pero no comprendo…, ¿por qué lo han detenido? ¡Si es un hombre honradísimo! Estoy convencido de que saldrá absuelto del juicio. Estoy dispuesto a hacer una declaración escrita en su favor: estuvimos en contacto por cosas de trabajo antes de la revolución, y su hermano siempre se ha distinguido por su extraordinaria honradez.

—Gracias —respondió Román—, le estoy muy agradecido por una valoración tan halagüeña de las cualidades laborales de mi hermano, señor Marchand… Pero el asunto es considerablemente más grave de lo que usted cree… Han detenido a Yákov por culpa de este envío a Auguste —dijo sacando del bolsillo un paquetito de fotos hechas por el fotógrafo judicial como material incorporado al caso—, aquí hay una dirección que Yákov escribió de su propio puño y letra… ¿Conoce esta dirección?

—No —respondió Marchand, y cesó la sonrisa suave y ligeramente burlona que no había desaparecido de su cara desde el principio de la conversación—, lo siento, no la conozco.

—Entonces, ¿de qué modo he podido seguir el rastro de Auguste hasta usted? A mi hermano lo acusan por sus relaciones con usted, pero en Moscú no tienen datos concretos, yo los he conseguido aquí, solo, por iniciativa propia…

—Entonces tendrá que darse prisa. Tiene que enviar esos datos a Moscú, los están esperando sus colegas de la Checa, camarada Shelejés.

—Los esperan con impaciencia —estuvo de acuerdo Román—, pero, por favor, en el futuro… nunca y en ningún sitio vuelva a llamarme por mi

apellido.

—Suelo evitar hacer aquello que amenaza con causarme desgracias, pero de vez en cuando olvido hacerlo en relación con las personas que la vida me pone en el camino. Le pido perdón…

—No siempre ha evitado hacer aquello que le pueda causar desgracias, Marchand. ¿Comprende que si la Checa recibe los datos sobre el tipo de envíos que Auguste recibe para usted desde el DEA, se convertirá en delincuente en su propio país, según las leyes de su país, no del mío?

—¿Qué quiere decir? —Marchand hasta levantó levemente las cejas.

—Si se demostrara, por ejemplo, que le hacen llegar diamantes del erario del Reino Unido, ¿sería malo para usted?

—¿Malo? ¡Sería el fin! ¡De mi nombre! ¡De mi honor! ¡De mi empresa! Pero ¿qué puedo hacer si me equivoqué de hombre? ¿Qué puedo hacer si Yákov Shelejés resultó ser un rufián y envió diamantes del DEA a monsieur Auguste? Un hombre, por cierto, que me ha importunado en varias ocasiones con extrañas operaciones y al que no dejo que cruce mi umbral, desde ahora y para siempre. Espero que… No se puede por menos que creer mis declaraciones y las de Villa.

—Pueden no creerlas…

—Tienen que creerlas —se sonrió ligeramente Marchand.

—Puede que no —repitió terco Román—. Como mi hermano… está en la cárcel y la muerte se cierne sobre él…, como lo acusan de contrarrevolución financiera, de haber frustrado conversaciones sobre la compra de diamantes, en particular con su empresa, he tomado algunas decisiones por mi cuenta. Auguste ya no vive en su casa, sino que está donde a mí me es más útil, monsieur…

Marchand se secó las mejillas, su cara se había vuelto sombría y rígida, ya no sonreía.

—¿Ha venido a chantajearme?

—He venido a salvar a mi hermano.

—Pues ha elegido un modo extraño de salvarlo. ¿Para qué necesitaba eliminar a Auguste?

—Para que declare cuándo, cuántas veces y qué exactamente le entregaba a usted de parte de Yasha.

—Esos datos son más que suficientes para que fusilen a Yákov Savélievich… Aunque si fuera en nuestro país, en el mundo civilizado, iría a la guillotina.

—¿Acaso he dicho que tenga intención de entregar esos datos a Moscú?

—Si no los entrega a Moscú, estará incumpliendo con su deber, infringirá la ley y se convertirá en un traidor.

—¿Tantas ganas tiene de que entregue esos datos?

—No, no tengo ninguna.

—Bien hecho. En su negocio, la reputación es la base del éxito.

—En el suyo también.

—Ahora nos entendemos: usted no tocará mi deber y yo haré lo mismo con su reputación. ¿Están claras las proposiciones?

—Ahora sí. Pero ¿por qué no me tiene miedo? Si no a mí —esbozó una sonrisa afectada—, al menos a mi guardaespaldas.

—¿Y por qué piensa que he venido sin seguro?

—Está bien. Ya está claro. ¿Qué es lo que quiere?

—Solo una cosa: salvar la vida de Yákov. Está acusado no solo del robo de diamantes, y esto es algo que todavía tienen que demostrar… Lo acusan de haber impedido que el Narkom de Comercio Exterior cerrara un trato para la venta de diamantes y de estar confabulado con usted, con el tratante de alhajas más poderoso. Quiero que vaya mañana a ver a Litvínov y le exprese su sorpresa por la falta de respuesta de Moscú a tres cartas suyas en las que se ofrece a entablar conversaciones directas con el Narkom de Comercio Exterior en condiciones mutuamente ventajosas. Con tanta burocracia como tenemos, la versión de las tres cartas es creíble. En cualquier caso, será cómodo creerlo dado que han atrapado a casi todos los tasadores del DEA.

—¿Y a… Pozhamchi?

—Claro.

—En su propuesta hay un pequeño detalle que no cuadra: es verdad que escribí a Moscú para proponer negociaciones comerciales, pero como contraparte nombraba a Pozhamchi y a Shelejés.

—Al contrario, señor Marchand. Eso refuerza mi posición. Seguro que Litvínov o Stark se andan con cuidado y levantan una cortina de humo: «Shelejés y Pozhamchi están fuera por razones de trabajo, así que, señor Marchand, espere a que vuelvan».

—No hay razones para ello, señor embajador, estoy dispuesto a ponerme en contacto con el representante de cualquier organismo ruso competente, y no es competencia mía definir la composición de la delegación comercial, simplemente tienen ustedes unos especialistas de primera clase en las personas de los señores Pozhamchi y Shelejés —Marchand empezó a seguir el juego—, que podrían haber defendido los intereses de su parte…

—Pues ya está todo —dijo Román con cansancio, y cerró los ojos—. Y por cuanto la posición del poder soviético se ha reforzado bastante en Alemania, Krestinski va a ser el nuevo embajador, le aconsejaría que mencione cifras lógicas: los alemanes van a comerciar, detrás van los ingleses, crea lo que le digo, señor Marchand.

—Gracias por la información… ¿Cuándo sale para Berlín el señor Krestinski?

—Pronto —respondió Román—, y no crea que voy a hacer negocios con los secretos de mi país.

—¡Para nada! ¿Acaso es posible vender los secretos del propio país? Una última cosa: ¿qué va a pasar con Auguste? Voy a necesitarlo pronto…

—Cuando haya cerrado el trato con Moscú, regresará.

—¿Y si le ocurre algo?

—¿Quién lo necesita? —respondió Román, levantándose despacio—. No necesito escándalos de más.

—¿Tendrá que volver a Moscú dada la dolorosa situación de Yákov? ¿O…?

—Eso es asunto mío.

> Marchand está de acuerdo con empezar de inmediato las conversaciones con el Narkom de Economía. Ofrecerá precios del mercado europeo. Yákov enviaba los diamantes a Marchand vía Auguste. Adjunto la declaración de Auguste.

román

> El Tribunal Revolucionario de la RSFSR presidido por Karklin, y siendo Krylenko el acusador público, ha examinado en audiencia pública el caso del robo de diamantes y oro en el DEA de la RSFSR. A los acusados los han defendido los miembros del Colegio Moscovita de Protectores de la Ley Muraviov, Afanásiev, Gintsburg, Vasíliev, Gryzlov.
>
> El acusador del Estado Krylenko ha exigido para todos los acusados la pena capital: el fusilamiento. Este Tribunal Revolucionario condena: a Pozhamchi, Shelejés, Prójorov, Gazarián, Belov y Vorontsov (en rebeldía) a fusilamiento; a Olenétskaia, a veinte años; a Levitski, a seis años de trabajos forzados; a Kozlóvskaia, a tres años de privación de libertad (condicional); a Shmelkov, a dos años de trabajos forzados; a Kleimiónova, a un año de privación de libertad (condicional).
>
> La condena es definitiva, no admite recurso alguno. En cuanto a Pozhamchi, Shelejés, Prójorov, Gazarián y Belov, la condena debe ser ejecutada en un plazo de 24 horas.

> Moscú. Checa. Para Boki.
>
> En la embajada soviética se ha firmado hoy un acuerdo con el consorcio Marchand para la adquisición de alhajas por parte de este. Marchand ha transferido tres millones de dólares a la cuenta de la representación comercial. El precio se ha propuesto en correspondencia con la cotización en la Bolsa de Amberes. También se ha firmado un acuerdo especial de intermediación: Marchand asume la obligación de introducir a nuestros delegados en la Bolsa de Amberes, asumiendo para sí un porcentaje del intercambio.

román

Vsévolod estaba quieto, la frente pegada al cristal. Lloviznaba. El viento de cara acumulaba las gotas en pequeños arroyuelos que temblaban, como el mercurio, al abrir sus caminos ignotos, unos que se acurrucaban en el marco verde oxidado. El techo del vagón retronaba a veces como si estuvieran lanzando guisantes: era el tren atravesando un chaparrón estrecho y grisáceo.

Y después, como si fuera un milagro, el tren emergió al sol, resplandeció el arcoíris blanco y rojizo sobre los campos azulados, sin labrar desde tiempo atrás.

«Muy pronto podré dar un abrazo a mi padre —pensaba Vsévolod, alegre por la cercana realización de su sueño—, y, sin tardar, saldremos para Úzkoie».

Les gustaba muchísimo ese sitio: el palacio construido según un proyecto de Paolo Trubetskói. La primera vez que estuvieron allí, el padre llevó a Vsévolod hasta el mismo portalón; se estaba poniendo el sol.

—Espera —dijo en un susurro— y mira atentamente, ahora sucederá un milagro.

El sol bajaba despacio, a tirones. Golpeó contra el arco, se quedó congelado un instante, después resbaló impetuoso y se convirtió en un relleno ligero del óvalo del portalón, y así se quedó varios minutos: un sol trenzado, sin poder para escapar de la exactitud geométrica del arco. Contemplar la impotencia del astro, aunque fuera temporal, era un poco terrible.

El padre miró a Vsévolod jactancioso y dijo:

—Lo descubrí yo.

«Primero iremos al bosque a pasear —pensaba Vsévolod—, a buscar setas, ahora tiene que haberlas buenas… Le gusta ver cómo las busco… Los boletos nunca los corta él, hace un esfuerzo para llevarme hasta ellos, sabe lo glotón que soy con las setas blancas…».

Cuanto más se acercaba el tren a Moscú, más se centraban los pensamientos de Vsévolod en su padre.

«No tenía razón —pensaba—, no tenía ningún derecho a hablarle como le hablé. Reafirmándome, reafirmando mis razones, lo rechacé. Fui cruel al cuestionarle su forma de pensar, su sistema de evidencias, su lógica, sus costumbres elaboradas en sus sesenta años. Mi padre no podía reprobar su pasado, creía en lo que hacía, nunca ha podido hacer algo en lo que no creyera, es infantil, inocente, pero lo será hasta el fin. Cuando discutimos, no tenía razón, porque no podía ser concluyente. ¿Por qué somos siempre tan crueles con los más cercanos? ¿Por qué fui tan paciente con Nikándrov? Hay que ser intransigente cuando tienes delante al enemigo armado, pero resulta que lo somos más cuando discutimos con alguien indefenso».

El tren ralentizó la marcha y, poco después, se paró por completo entre el chillido melancólico de los frenos.

—Nos ha alcanzado un mercancías de Revel —le explicó el jefe de vagón —. Lleva pan. Los pasan antes, como si fueran expresos.

Y, en efecto, pasados unos diez minutos resonó una composición larguísima.

Vladímirov se acordó de Fiódor Shelejés. Cuantos más vagones contaba, con mayor claridad distinguía la cara de Fiódor cuando este se disponía a ir a

ver a Marchand. En unas pocas horas su cara se había demacrado, los ojos se le habían hundido y los pómulos se le hincharon y marcaron. Esa tarde, la cara bondadosa de Fiódor se volvió dura, ajena y muy cansada.

También se acordó Vsévolod de los ojos de Lida Bossey mientras hablaba de su padrastro; recordó cómo resonaban las jarras de aluminio en el pasillo hueco de la cárcel justo antes del desayuno y de la comida, cuando repartían los bodrios por las celdas; recordó el odio en la cara de Neumann cuando tuvo que soltarlo y, de pronto, un gran cansancio se apoderó de Vsévolod, un cansancio tal que hasta las piernas le temblaban.

Regresó a su compartimento y se tumbó en la litera de felpa que olía a naftalina y humedad.

«Ya está, sí —se dijo—. Gracias a Dios, estoy en casa…».

Resolución de la sesión especial del NKVD de la URSS del 29 de marzo de 1938:

Condenar a

Fiódor Savélievich Shelejés (Román)

Lida Ivánovna Bossey

Guennadi Gavrílovich Shórojov a la pena máxima estipulada en nuestro sistema social como espías estonios.

La condena es definitiva, no admite recurso alguno.

N. I. Yezhov

BREVE ÍNDICE ONOMÁSTICO PARA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

ALSKI: vicecomisario de Economía, responsable directo de los funcionarios Gazarián y Kozlóvskaia, enviados a supervisar el DEA.

AUGUSTE: intermediario del joyero francés Marchand en el tráfico ilegal de diamantes, a quien envían las piedras preciosas los tasadores corruptos del DEA.

BELOV, Grigori Sergueiévich: trabajador del DEA implicado en el tráfico de alhajas junto a Gazarián y otros.

BOKI, Gleb Ivánovich: miembro del Consejo de la Checa, la policía política de la Rusia soviética, y superior inmediato de Vsévolod Vladímirov, alias Maxim Isáiev, a quien encomienda que se infiltre entre la emigración blanca de Estonia.

BOSSEY, Lida Ivánovna: artista de variedades residente en Revel, colaboradora del espionaje soviético.

BÚDNIKOV, Vladímir: ayudante de Messing, jefe de la Sección Especial de la Checa.

CHICHERIN, Gueorgui Vasílievich: comisario ruso de Asuntos Exteriores anterior a Litvínov. A diferencia de este, Chicherin era partidario de una política beligerante frente a las potencias capitalistas.

DZERZHINSKI, Félix Edmúndovich: comunista polaco, revolucionario de primera hora y, tras el triunfo de la Revolución de Octubre, fundador y primer director de la Checa.

GAZARIÁN, Iván Ivánovich: agente corrupto de la INSOC, al que envían a fiscalizar la labor de los tasadores del DEA.

ISÁIEV, Maxim Maxímovich: seudónimo de Vsévolod Vladímirov como agente encubierto.

JÜRLA, Karl Ennovich: crítico literario estonio del periódico Vaba Sõna, apuñalado en las calles de Revel por desairar a Vorontsov.

KARL: alias de Víktor Piperal, agente de la Checa en Revel que ayuda a salvar a Maxim Isáiev.

KOZLÓVSKAIA, María Ignátievna: una de las inspectoras que envía la INSOC

para fiscalizar la labor de los tasadores del DEA.

KRESTINSKI, Nikolái Nikoláievich: comisario de Economía en la novela y posterior embajador ruso en Alemania.

KRIVOSHENIA, Nina: ayudante de Vladímirov en Siberia, miembro de la Sección de Operaciones Especiales.

KRÓPOTOV, Nikolái Kapitánovich: el más destacado joyero de Moscú, asociado con Yákov Shelejés en el tráfico ilegal de alhajas. Es él quien compra los primeros diamantes a Levitski, jefe del DEA.

LENIN, Vladímir Ilich Uliánov: líder de los bolcheviques durante la Revolución de Octubre y posterior presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, órgano supremo de la Rusia soviética.

LEVITSKI, Yevgueni Yevguénievich: responsable del DEA, corrompido por Yákov S. Shelejés.

LITVÍNOV, Maxim Maxímovich: embajador de la Rusia soviética en Estonia y posteriormente comisario de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética.

MARCHAND: joyero francés, propietario de un consorcio interesado en hacer negocios con la Rusia soviética.

MESSING, Stanislav Adámovich: revolucionario de primera hora, convertido en 1921 en jefe de la Checa en Moscú.

NIKÁNDROV, Leonid Ivánovich: escritor ruso que parte al exilio hacia Estonia, desencantado con la evolución del gobierno soviético.

NOLMAR, Otto Vasiliévich: agente del espionaje alemán en Revel que tratará de apoyar a Vorontsov en su lucha antibolchevique.

OLENÉTSKAIA, María Nikoláievna: amante de Vorontsov y especialista en cifrado de la embajada rusa en Revel, captada como agente alemana por Nolmar.

POZHAMCHI, Nikolái Makárovich: tasador del DEA y uno de los implicados en el contrabando de diamantes. Trata de huir a Estonia aprovechando un viaje oficial.

PRÓJOROV, Pável Konstantínovich: presidente del tribunal de la Línea del Báltico. Intercede para que no condenen a muerte a Grigori Belov sobornando al juez Ternopolchenko con dinero del padre de Belov.

SHELEJÉS, Fiódor Savélievich: alias Román, agente de la Checa en Revel, hermano de Ósip y Yákov Shelejés.

SHELEJÉS, Ósip Savélievich: subjefe de la Dirección Política del V Ejército y

responsable de Vladímir Vladímirov en la biblioteca de Siberia, hermano de Fiódor y Yákov Shelejés.

SHELEJÉS, Yákov Savélievich: principal tasador del DEA y máximo responsable del tráfico ilegal de dimantes. Hermano de Ósip y Fiódor Shelejés.

SHÓROJOV, Guennadi Gravílovich: agente de la Checa en la oficina de la Sociedad Mixta Ruso-Estonia en Revel, en la que ocupa el puesto de encargado de negocios.

SOROKIN: Trata de sobornar al presidente del tribunal Ternopolchenko para que no condenen a muerte a Grirori Belov, por indicación de Pavel Prójorov. Se ahorca luego de tender una trampa a Prójorov siguiendo el plan de la Checa.

STEF-STEPANSKY: alias Joseph, oficial del contraespionaje polaco pasado a los rusos. Filtra a los soviéticos la noticia de que alguien de la delegación diplomática rusa en Revel trabaja para un servicio de información extranjero.

TERNOPOLCHENKO, Néstor: incorruptible presidente del Tribunal Revolucionario de Moscú, al que tratan de sobornar para salvar a Grigori Belov. En su nombre, la Checa tiende una trampa a Gazarián y Prójorov.

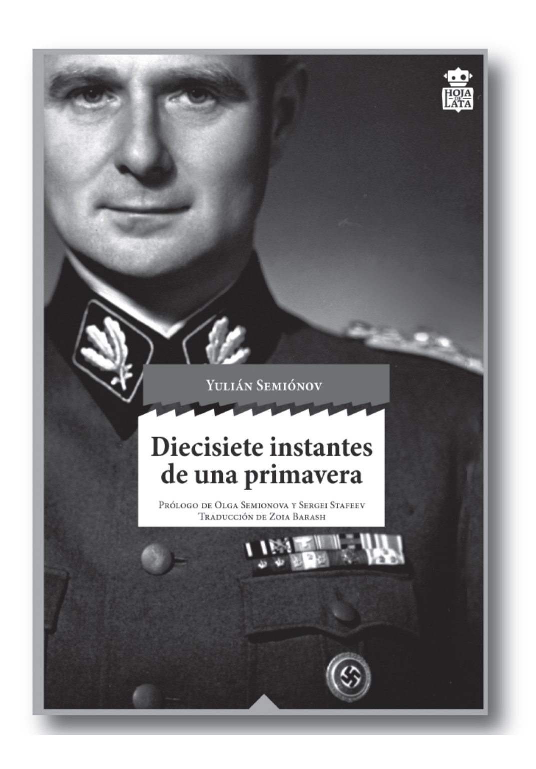
VLADÍMIROV, Vladímir Alexándrovich: padre de Vsévolod Vladímirov y profesor de la Universidad de San Petersburgo. Destinado a cuidar del legado cultural en una biblioteca siberiana, es crítico con la política bolchevique sin llegar a convertirse en contrarrevolucionario.

VLADÍMIROV, Vsévolod: alias Maxim Isáiev, joven agente de la Checa regresado a Moscú tras haber estado infiltrado en el Estado Mayor del Ejército Blanco. Mantiene su identidad secreta en su nueva operación clandestina en Revel.

VIKTÓROVNA, Anna: prostituta, se alía con Vorontsov y Krútov para atracar el DEA.

VORONTSOV, Víktor Vitalievich: antiguo aristócrata zarista ahora convertido en bandido y conspirador antibolchevique.

También en Hoja de Lata:



DIECISIETE INSTANTES DE UNA PRIMAVERA

de Yulián Semiónov

Traducción de Zoia Barash

ISBN 978-84-16537-01-3

416 páginas

21,90 €

Quedan diecisiete días para que termine la segunda guerra mundial en Europa. El alto mando soviético es informado de que alguno de los jerarcas nazis está tratando de negociar una paz con los Aliados occidentales, a espaldas de la URSS. Isáiev/Stirlitz, el espía soviético infiltrado en la cúpula del ejército alemán, recibe la orden de sabotear esas comunicaciones.

> «Un sobrio relato negro no exento de sabrosas disquisiciones sobre el disfrute de la vida, algo que, en épocas tan turbulentas como las de esta novela, está al alcance de unos pocos, los que pueden comprar la felicidad... tan sólo en apariencia.»
>
> Santiago J. Navarro, Noticias de Navarra

> «El protagonista se encuentra en las antípodas del snob, machista y, en general, absolutamente inverosímil celebérrimo agente al servicio de su majestad.» Raül Jiménez, Indienauta



En cualquier caso, ningún remordimiento

de Pino Cacucci

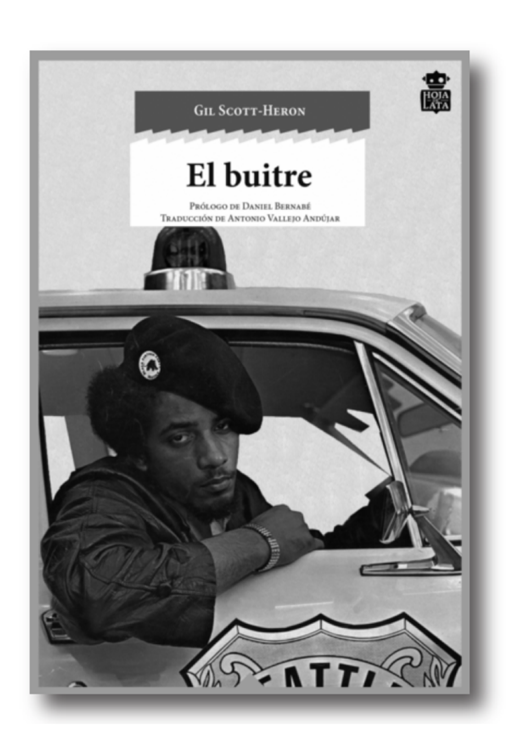
Traducción de Mónica Lobato

ISBN 978-84-941153-6-3
400 páginas
19,90 €

Pino Cacucci causó sensación en Italia con esta biografía novelada de Jules Bonnot, enemigo público n.º 1 de la Francia del 1900, atracador anarquista que asaltaba bancos a bordo de los primeros automóviles de la época.

> «Apasionante biografía novelada donde se narra su periplo como obrero, chófer de sir Arthur Conan Doyle y primer atracador de la historia que utiliza el coche como medio de huida.»
>
> Fernando Clemot, Quimera

> «La vida del líder de la temible Banda Bonnot es una historia de novela y el italiano Pino Cacucci la convirtió en libro.»
>
> Diego Gándara, La razón



El buitre

de Gil Scott-Heron

Prólogo de Daniel Bernabé

Traducción de Antonio Vallejo Andújar

ISBN 978-84-942805-7-3

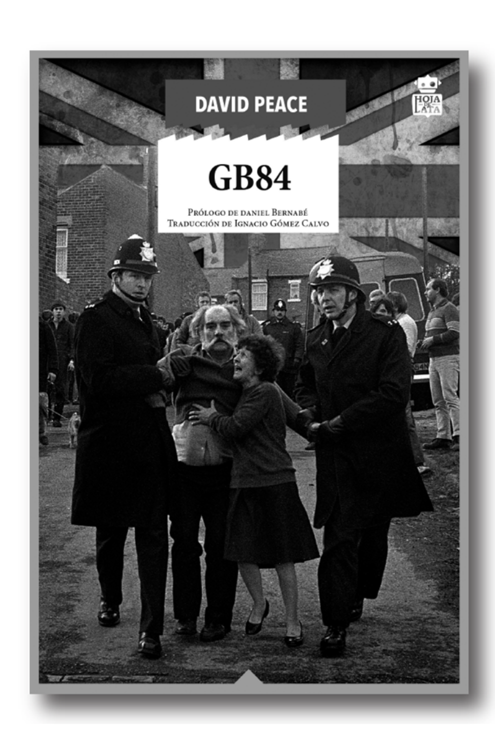
304 páginas

23,90 €

«¿Quién ha matado al gordo John Lee?». El gran poeta negro Gil Scott-Heron nos sumerge en una adictiva historia de asesinato en un gueto de Nueva York a finales de los sesenta. Camellos, portorriqueños y activistas del Black Power se disputan la hegemonía en las calles del gueto.

> «A medio camino entre el pulp y la novela social, entre el policiaco y la blaxploitation, y con una banda sonora de aúpa, El buitre termina sorprendiendo por su madurez y su atrevimiento, y más si tenemos en cuenta su condición de obra de debut.»
>
> Fran G. Matute, Estado Crítico

> «El asunto no es tanto saber quién ha matado a John Lee como entender por qué la revolución no va a ser televisada.»
>
> Carlos Prieto, El Confidencial



GB84

de David Peace

Prólogo de Daniel Bernabé

Traducción de Ignacio Gómez Calvo

ISBN 978-84-16537-25-9

688 páginas

27,90 €

David Peace firma la gran novela negra sobre la huelga de los mineros contra Margaret Thatcher. ¿Hasta dónde puede llegar un gobierno para derrotar al enemigo interno?

> «Peace ha convertido la épica de la gran huelga minera en un apasionante thriller, sin detrimento del realismo documental.»
>
> Terry Eagleton, The Guardian

> «El relato "oculto" de las 53 semanas de brutal confrontación política, social e ideológica convierte a GB84 en una novela enormemente significativa.»
>
> Alex Clark, The Times

> «La novela de David Peace sobre la última guerra civil inglesa es un análisis emocionante de un choque titánico.»
>
> Euan Ferguson, The Guardian